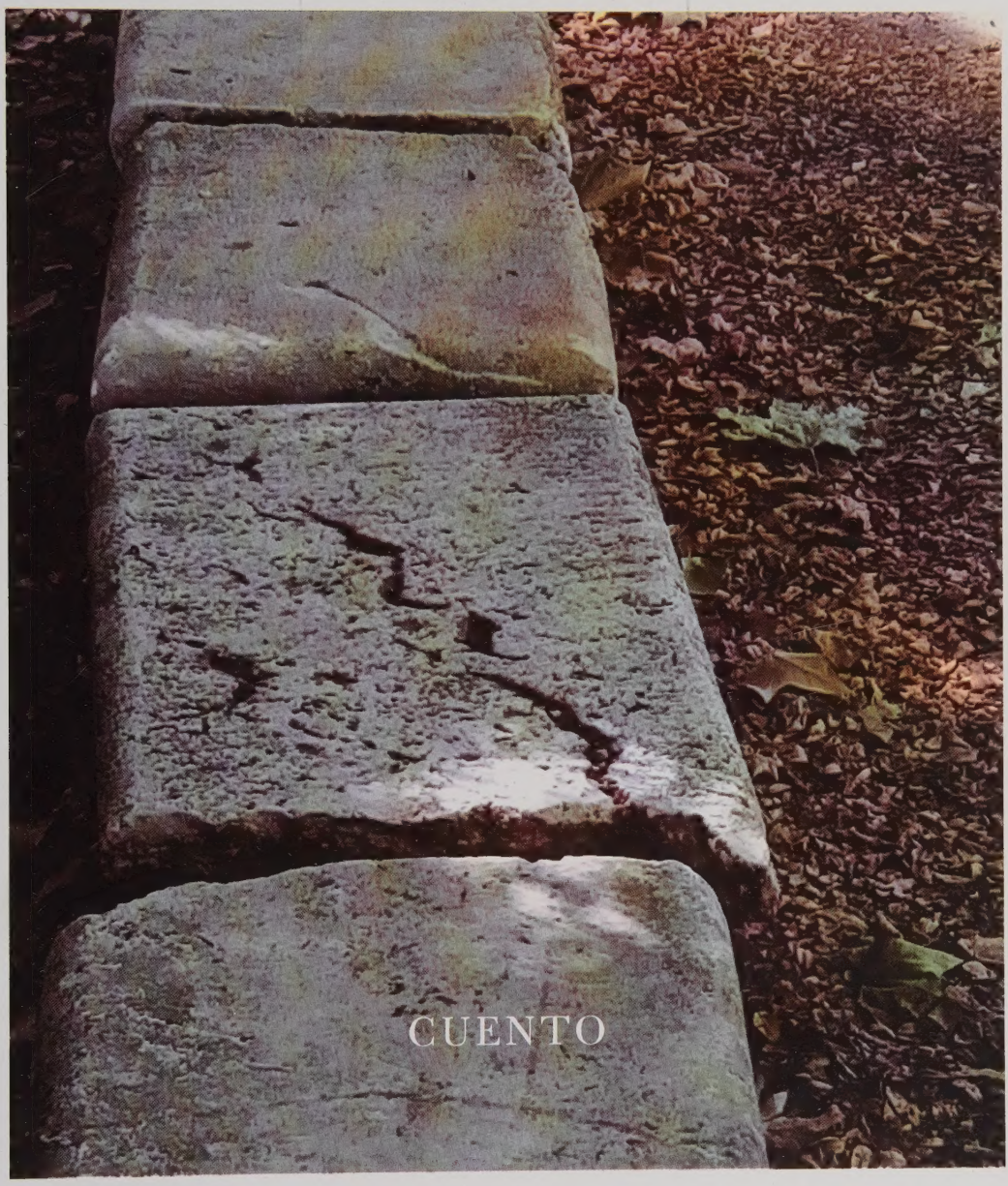
CUADERNOS
HISPANOAMERICANOS

WITHDRAWN
16 OCT 2020



Mariana Enriquez
Liliana Colanzi
Alejandro Zambra
Juan Cárdenas
Carlos Fonseca
Carlos Manuel Álvarez

Mónica Ojeda
Jon Bilbao
Eduardo Halfon
María Eugenia Ramos
Mónica Lavín
José Adiak Montoya

Enrique Jaramillo Levi
Esteban Bedoya
Pedro Llosa Vélez
Sergio Gutiérrez Negrón
Fernanda Trías
Juan Carlos Méndez Guédez

Fotografías © María Ventadour

CUADERNOS
HISPANOAMERICANOS

Avda. Reyes Católicos, 4
CP 28040, Madrid
T. 915838401

Director
JUAN MALPARTIDA

Administración
Magdalena Sánchez
magdalena.sanchez@aecid.es
T. 915823361

Suscripciones
María del Carmen Fernández Poyato
suscripcion.cuadernoshispanoamericanos
@aecid.es
T. 915827945

Imprime
Solana e Hijos, A. G., S. A. U.
San Alfonso, 26
CP 28917-La Fortuna, Leganés, Madrid

Depósito legal
M.3375/1958
ISSN
0011-250 X
Nipo digital
109-19-023-8
Nipo impreso
109-19-022-2

Edita
MAEC, Ministerio de Asuntos Exteriores, Unión Europea y Cooperación
AECID, Agencia Española de Cooperación Internacional
para el Desarrollo

Ministra de Asuntos Exteriores, Unión Europea y Cooperación
Arancha González Laya

Secretario de Estado de Cooperación Internacional
y para Iberoamérica
Juan Pablo de Laiglesia y González de Peredo

Director de la Agencia Española de Cooperación Internacional
para el Desarrollo
Magdy Martínez Solimán

Director de Relaciones Culturales y Científicas
Guzmán Palacios Fernández

Jefe del Departamento de Cooperación y Promoción Cultural
Pablo Platas Casteleiro

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, fundada en 1948, ha sido dirigida sucesivamente por Pedro Laín Entralgo, Luis Rosales, José Antonio Maravall, Félix Grande, Blas Matamoro y Benjamín Prado.

Catálogo General de Publicaciones Oficiales:
http://publicacionesoficiales.boe.es

Los índices de la revista pueden consultarse en el HAPI (Hispanic American Periodical Index), en la MLA Bibliography y en el catálogo de la Biblioteca.

La revista puede consultarse en:
www.cervantesvirtual.com
www.cuadernoshispanoamericanos.com

CUADERNOS
HISPANOAMERICANOS

CUENTO

3 *Mariana Enriquez* – «Mis muertos tristes»
19 *Liliana Colanzi* – «Los ojos más verdes»
23 *Alejandro Zambra* – «West Cemetery»
29 *Juan Cárdenas* – «Parábola del no-retorno»
45 *Carlos Fonseca* – «Marginalia»
59 *Carlos Manuel Álvarez* – «El barbero de Hialeah»
71 *Mónica Ojeda* – «Caninos»
81 *Jon Bilbao* – «El río, una pasta espesa que no hacía olas»
99 *Eduardo Halfon* – «El lago»
105 *María Eugenia Ramos* – «La cinta roja»
113 *Mónica Lavín* – «El manglar»
119 *José Adiak Montoya* – «Las malas vacaciones de Gino Paccelli»
125 *Enrique Jaramillo Levi* – «Cartas y fotos»
129 *Esteban Bedoya* – «Villa Eloísa»
145 *Pedro Llosa Vélez* – «La belleza del océano»
159 *Sergio Gutiérrez Negrón* – «Toma este anhelo»
169 *Fernanda Trías*– «Personaje en construcción»
179 *Juan Carlos Méndez Guédez*– «Serenatas»

Mis muertos tristes

Por Mariana Enríquez

Primero, creo, debo describir el barrio. Porque en el barrio está mi casa, y en la casa está mi madre y una cosa no se entiende sin la otra y sobre todo no se entiende por qué no me voy. Porque puedo irme. Puedo irme mañana.

El barrio ha cambiado desde mi infancia. Solía ser estas viviendas para obreros construídas en los años treinta en calles angostas; casas de piedra, hermosos jardines pequeños y ventanas altas, con persianas de hierro. Se puede decir que los propios vecinos las fueron arruinando con sus innovaciones: los aires acondicionados, los techos de tejas, algún piso más construído con materiales diferentes, revestimientos y pinturas exteriores de colores ridículos, o la eliminación de las puertas de madera originales reemplazadas por otras más baratas. Pero además del mal gusto, el barrio se tornó isla. De un lado, nos limita la avenida: es como un río feo, se cruza, no hay mucho en sus orilla. Pero al sur, tenemos los monoblocks que se fueron volviendo más y más peligrosos, con los chicos que venden paco en las escaleras y a veces se tirotean si hubo alguna escaramuza o si simplemente están de malhumor porque perdieron un partido de fútbol. Al norte, había un parque donde iba a construírse no se qué centro deportivo que nunca se llevó a cabo y ahora el predio está ocupado por casas pobrísimas, las mejores de ladrillo hueco, las más precarias de chapa y cartón. Los monoblocks y esta villa se comunican. Entiendo lo que pasa: cuando la miseria acecha de la forma en que acecha en mi país y en mi ciudad, si hay que recurrir a lo ilegal para sobrevivir, se recurre. Se gana más dinero que en un trabajo legal. Además no hay tanto trabajo legal, para nadie. Y si vivir mejor implica un riesgo, bueno, hay mucha gente dispuesta a tomarlo.

La mayoría de mis vecinos, los de esta isla de casitas construídas cuando el mundo era otro, no creen lo mismo. Quiero aclarar: yo también tengo miedo. Yo tampoco quiero que me atrape una bala perdida, a mí o a mi hija cuando viene de visita (poco), ni que me roben sistemáticamente en la parada del colectivo o cada vez que el auto se ve detenido por la luz roja en la esquina de los monoblocks. Yo también vuelvo llorando cuando un adolescente enarbola un cuchillo y me arrebata el teléfono. Pero no quiero matarlos a todos. No creo que son lacras y negros y extranjeros y descartables e irrecuperables. Mi exmarido, que vive en la Patagonia y trabaja en una empresa petrolera, me dice que los vecinos están asustados. Yo le digo que el fascismo en

general empieza con miedo y se transforma en odio. Él me dice que venda la casa y que me mude al sur, cerca de él. Estamos separados, pero somos amigos. Siempre fuimos amigos. Su nueva mujer es adorable. Yo suelo poner por excusa a Carolina, nuestra hija, pero es sólo una excusa. Carolina vive lejos de mí y de esta casa, y trabaja como productora de moda en una revista de hojas satinadas. No me necesita.

Yo me quedo porque mi madre vive aquí. ¿Una muerta puede vivir? Está presente, entonces. Desde que la descubrí entiendo mejor la palabra. La presentí antes de verla. Ella estaba aquí, ocupaba un espacio físico y la sentí antes de verla.

Mi madre fue una mujer feliz hasta que se enfermó de cáncer y vino a mi casa a morir. La agonía fue larga, dolorosa e indigna. No siempre es así. El enfermo sabio que desde su cama, sin pelo ya y con la piel amarillenta imparte lecciones de vida es una romantización ridícula pero es cierto que hay personas que sufren menos. Es una cuestión de fisiología y también de temperamento. Mi madre tenía reacciones alérgicas a la morfina. No podía usarla. Tuvimos que recurrir a analgésicos inútiles. Murió gritando. Una enfermera y yo la cuidamos todo lo que pudimos. No pudimos mucho. Soy médica, pero hace mucho que no trabajo con pacientes y prefiero ser administrativa en una empresa de medicina privada. A los sesenta ya no tengo ánimo, paciencia ni pasión. También, es cierto, durante mucho tiempo negué (la negación es una droga poderosa) lo que tuve que asumir con mi madre. Es decir: que hay fantasmas que se me presentan. Que me buscan. No los veo yo sola: en el hospital, las enfermeras salían corriendo. Yo las tranquilizaba, les decía «chicas, están sugestionadas».

La escuché gritar una mañana, a mi madre. No una madrugada, no durante la noche, si no esa hora llena de luz, tan extraña para un fantasma. Las casas del barrio, aunque muy bonitas, están muy cerca, a la manera de las *semi-detached* británicas: fueron construidas por empresarios ingleses del ferrocarril para sus trabajadores. Mi vecina Mari, que nunca sale de su casa porque tiene terror a que le roben y la maten, y quién sabe qué otras fantasías fóbicas, se asomó desde su ventana, que da a mi pequeño jardín delantero, con los ojos desorbitados justo cuando yo salía para verificar que no hubiese nadie en la calle, un acto reflejo tonto empujado por mi propio pánico: no podía creer estar escuchando los gritos de mi madre muerta, pensé que, quizá, se trataba de alguien en la calle. Un accidente, una pelea. Mari también recordaba los gritos verdaderos de mi madre y estaba estupefacta, helada.

–Es la television, Mari, métase adentro –le dije.

–Es que ¿usted se da cuenta del parecido, doctora?

–Mucho. Estoy muy impresionada.

Y entré.

Como no sabía qué hacer, me puse a buscar la fuente de los gritos por la casa y a pedir, como si rezara, que bajase el volumen. No le pedí que dejara de aullar: que fuese más discreta, eso le pedía. Se lo había pedido a otros fantasmas, en el hospital antes, en una clínica después. A veces funcionaba este ruego. Mi madre siempre tuvo sentido del humor así que el pedido de bajar el volumen la hizo reír. No la encontré ese día, que me tomé libre en el trabajo, pero la encontré por la noche, sentada en el piso de la habitación donde había muerto, ahora convertida en un depósito de muebles que nunca me tomo el tiempo de tirar o regalar. Estaba delgada pero, como al principio de su cáncer, no era esa mujer seca y afiebrada de los últimos meses. No quise acercarme: apoyada en la puerta, con las rodillas temblando, le canté. Y mientras cantaba, me dejaba caer hasta que quedamos las dos frente a frente, sentadas, yo con las piernas cruzadas, ella sobre sus rodillas. Era la canción que la tranquilizaba cuando el dolor era insoportable o al menos eso elegía creer yo. Esa noche no gritó.

Pero los fantasmas, aprendí, se fastidian. No sé qué piensan, si es que piensan, porque más bien repiten y las repeticiones parecen actos reflejos sin pensamiento, pero sí que hablan y sí que opinan y sí que tienen arranques de malhumor. Mi madre anda por la casa, a veces siente mi presencia, a veces, no. Y a veces parece que le vuelve la furia. La de su cuerpo degradado, la del ano contranatura y la humillación, ella había sido elegante, recuerdo que lloraba, «el olor, el olor». Era peor que el sufrimiento físico, a veces. Entonces grita. A veces son gritos de pura rabia. Yo tengo varias formas de tranquilizarla que no tiene sentido enumerar aquí.

Lo interesante es lo que empezó a pasar en el barrio. Entonces me di cuenta que ni yo estaba loca –lo pensé: cualquiera que ve a su madre muerta subiendo una escalera lo piensa– ni que ella era una fantasma única.

Mis vecinos hacen reuniones de «seguridad». No consiguen mucho. En el barrio hubo algunas invasiones a casas, robos violentos, le pegaron a una anciana. Es horrible lo que pasa. Pero ellos son todavía más horribles. En las reuniones gritan que pagan sus impuestos –es parcialmente cierto: la mitad evade lo que puede, como todo argentino de clase media–, que se compraron armas y hacen cursos para usarlas, y describen las maneras en que piensan que la policía debe actuar: siempre proponen el asesinato, el insulto y el ejemplo medieval o el ojo por ojo, o cosas por el estilo. Hay un hombre mayor, un poco más que yo, a quien no conozco, que dice que es necesario exhibir las cabezas de estos «negros» en picas, como en la época de la colonia. Nadie lo censura, nadie siquiera pone los ojos en blanco. Todas las reuniones terminan con el recuerdo de los buenos abuelos de los vecinos, esos inmigrantes blancos que vinieron con una mano atrás y otra

adelante, que llegaron para trabajar honestamente, que eran pobres pero dignos, que eran blancos. Otro mito. Los inmigrantes de aquella época eran, en muchos casos, pobres y ladronzuelos, otros eran anarquistas perseguidos por la policía, en gran parte se convirtieron en comerciantes deshonestos que preferían ganar dinero antes de plantearse cualquier tipo de responsabilidad ética. Pero ya no discuto, si alguna vez discutí. Estoy resignada a ese sentido común que comparten. El sentido común es una mentira pero discutir una mentira creíble es una empresa de titanes.

Voy a las reuniones porque quiero enterarme de lo que planean. No quiero que un día cierren la calle y no saberlo de antemano. Ya me pasó con una alarma que disparé sin querer cuando me apoyé en una puerta para chequear los mensajes en mi teléfono. También colocaron una cámara en mi casa sin mi permiso, pero debo reconocer que el artefacto me viene bien. Al menos puedo ver si alguien intenta romper la cerradura. De hecho, ya lo intentaron varias veces. Ahora la cámara se rompió y no encuentro el tiempo de arreglarla. Me parece escuchar la voz de mi hija: «Mamá, por terca te van a matar y te voy a encontrar muerta yo y espero que tengas plata ahorrada para mi terapia porque de la mía no gasto».

La reunión de emergencia llamada a mediados de julio resultó un zafarrancho infernal. Eso que había pasado era horrible y teníamos a las cámaras de televisión, de canales de aire, de cable y de cualquier medio por todo el barrio. Tres chicas, adolescentes, venían de una fiesta, de madrugada. Para llegar a los monoblocks debían cruzar el barrio. Alguien les disparó desde un auto. Ni tuvieron tiempo de correr. Murieron en la calle: como eran muy chiquitas, las tres de quince años, iban de la mano y amontonadas para poder ver los mensajes en la pantalla del teléfono. Así aparecen en la foto: amontonadas pero caídas, una sobre otra, con sus remeras cortas que dejan ver sus estómagos planos, las calzas ensangrentadas y las zapatillas nuevas. Una tenía la cara destrozada de disparos y miraba la copa de un árbol con lo que le quedaba de ojos. Las otras, debajo, se desangraron en el lugar. Cuando fue llamada la reunión de vecinos, aún no había detalles sobre los asesinos pero, por las características, lo ocurrido parecía obvio: las chicas debían ser hijas o parientas o algo de un delincuente más o menos importante: un pirata del asfalto, un mininarco –no hay narcos grandes en mi país–, un regenteador de mujeres. Esa persona le debía dinero a alguien, o había ofendido a alguien: era una venganza. Los días confirmaron la teoría de los vecinos. En la esquina donde mataron a las chicas se puso un cordón policial amarillo, pero alrededor empezaron a aparecer ramos de flores y corazoncitos de cartón y osos de peluche, una tumba callejera con ofrendas más adecuadas para niñas que para adolescentes.

Las vi un atardecer, cuando volvía del trabajo. El taxi me deja en esa misma esquina, la del cordón policial y los regalos que las recuerdan. «Lu, te queremos siempreeeeee». «Justicia para Natalia». «Mi angelito te fuiste demasiado pronto». Venían sacándose fotos: las tres cabezas apretadas para entrar en foco, las lenguas con *piercing* afuera (¿por qué les gusta sacar la lengua a las chicas?), una segunda tanda de fotos con los labios haciendo trompita, esa sensualidad demasiado temprana que se ve falsa, y que se veía especialmente grotesca en sus fotos verdaderas usadas por los informes periodísticos, fotos robadas de Facebook o de Snapchat, según me explicó mi hija: yo no entendía esas imágenes con nariz de perro u orejitas de conejo y entonces me enteré que eran «filtros».

Las chicas fantasma venían riéndose. A esa hora, ya casi de noche, mi barrio está desierto. La noche es oscura y llena de terrores, dice una sacerdotisa en la serie épica que mira mi hija con verdadera locura fanática y con la que no me puedo enganchar porque tiene demasiados personajes (la violencia de la serie, que a otros los perturba, a mi no me molesta). Las chicas fantasma no podían conectar el *flash* y eso les daba más risa. Eran increíblemente compactas, no hay otra manera de explicarlo. Parecían chicas vivas haciendo las cosas que las quinceañeras hacen: ignorantes de lo que pasa a su alrededor, vestidas con ropa un talle o dos más chica que la adecuada para sus cuerpos, el pelo teñido de colores, un remolino de empujones y mechas azules, verdes, negrísimas. Las ventanas del barrio se empezaron a abrir tímidamente y el silencio sonó como un disparo. Alguien de una casa que estaba justo donde las chicas pasaban ahogó un grito. Yo las tenía a cincuenta metros de distancia pero ya podía verlas bien y comprendí: a una le sangraba el cuello. La sangre manaba despacio, chorreaba, ella se la limpiaba distraída como si fuese agua de lluvia o cerveza que algún jovencito torpe le había tirado encima en la fiesta. La otra, la de la cara destrozada, sacaba fotos despreocupada y la más menuda, delgada hasta la enfermedad, tenía tres manchas rojas en el vientre. No quise mirar más, me recordaba a mi madre, su cáncer, su flacura moribunda.

Entonces, las chicas se pusieron a mirar las fotos que habían sacado. Y lo que vieron las hizo llorar. No, no, no, decían, y sacudían las cabezas, se miraban entre ellas, miraban las fotos y veían el verde marrón de la podredumbre, la sangre seca y fresca, los disparos que dejaban ver los huesos, los ojos ciegos. Las fotos rompían el hechizo de amistad y vida eterna de los quince. Después del llanto, empezaron las corridas. Las chicas fantasma corrían en círculo desesperadas y el ulular era de verdad aterrador. La desesperación del desconcierto. ¿Acaso se sabían muertas recién en ese instante? Qué injusto: los muertos tienen la suerte de

no ver cómo se descomponen. Incluso los fantasmas. Mi madre, por ejemplo: su imagen no se pudre. Hay distintos tipos de fantasmas. Me pregunto si esa imagen emana de ellos mismos o de quienes los vemos. Si son o no una construcción conjunta.

Los vecinos empezaron a gritar también. Era la locura. Doscientos metros de locura. Escuché que alguien se desmayaba y algún otro clamaba por una ambulancia pero, ¿quién iba a llamarla con las chicas ahí, podridas bajo la hermosa luz dorada del atardecer? Una de ellas, la de la sangre que le corría desde el cuello –los disparos le habían abierto la arteria–, me hizo acordar a Carolina. No sé por qué. No por la ropa: esa chica vestía las remeras y calzas baratas que se consiguen en el barrio, quizá incluso en el supermercado. Pero había algo en cómo llevaba eso baratísimo que tenía puesto que me recordaba la elegancia insólita de mi hija (digo insólita porque yo no tengo la gracia de comprender qué color va con cuál ni qué pantalón logra que mis piernas parezcan más largas). Sí, su calza era barata, de lycra negra, pero usaba una camisa blanca muy bonita que le caía sobre las nalgas y, con unas zapatillas grandotas, posiblemente de varón, el conjunto le daba un estilo, un *urban chic* diría mi hija, muy particular. Las zapatillas eran de un azul francia descarado y alrededor del cuello ensangrentado colgaba una cadenita con un pendiente estilo victoriano que rompía lo callejero con un toque irónico. Al describirla copio, creo, el estilo de mi hija, que a sus producciones de moda siempre les agrega una breve nota explicativa. Quizá porque me hacía acordar a Carolina, me le acerqué. Claro que tenía miedo, el corazón me saltaba en la boca del estómago como si se hubiese corrido de lugar. Y ya no tengo edad para estos sobresaltos: ya estoy en riesgo de que una arritmia se vuelva incontrolable, incluso de una angina de pecho. Además, los vecinos miraban. Pero no podía dejarlas así. ¿Sabía que era capaz de calmarlas? Lo sabía. Estas cosas se saben. En el hospital, cuando tranquilicé a mis primeros fantasmas hace ya más de diez años, también lo sabía. Pero en el hospital no se tranquilizan mucho. Eran demasiados y se potenciaban. El contagio y la histeria también funcionan entre los espíritus, es bien curioso. Por supuesto nadie jamás va a estudiar esto porque nadie lo creería. A mí misma me da vergüenza. Pienso en esto que hago y recuerdo los programas del cable, vergonzosos en su falsedad, en su armado, sobre médiums de Hollywood y cazadores de fantasmas. Programas de televisión de la crisis de ideas y de la crisis económica, hechos con malos actores y peores guiones, todos idénticos, todos ignorantes, ni siquiera entretenidos. Yo no soy eso, me digo, pero también soy eso, de alguna manera.

Llamé a las chicas por su nombre lo que bastó para que me miraran. No para que dejaran de gritar. Para eso hizo falta con-

versarles. Pedirles que borraran las fotos. Les costaba obedecer, a todos les cuesta. Y después pedirles que siguieran adelante. Hacerlas reír un poco. Hablarles de la ropa. Preguntarles de qué fiesta veían. Nunca hablar del crimen. Gritaron un poco más cuando vieron el recordatorio y la cinta policial pero enseguida los gritos se desvanecieron en llanto y abrazos, lágrimas de autocompasión hasta que ellas también se desvanecieron, o mejor, se diluyeron, sus imágenes se volatilizaron como si hubiesen estado pintadas con acuarela o como se evapora el alcohol.

Tuve que sentarme en el cordón un segundo. Pronto vino el vecino Julio, que es muy amable, que alguna vez tuvo un bar precioso en una de las esquinas del barrio pero no pudo seguir alquilando el local, demasiado caro, demasiado caras las bebidas y la comida y pocos clientes y, en fin, la historia de los restoranes y bares que funden, que a mi me dan una infinita tristeza y por eso le tengo a Julio más afecto del que quizá se merece.

–¿Qué hizo, doctora?

–Es Emma, Julio, decime Emma, por favor.

–¿Qué hizo, Emma?

La pregunta se repitió semanas. Hubo reuniones semisecretas entre los que habían visto lo sucedido. Después, las reuniones se ampliaron hasta abarcar a los que no estaban presentes. Por supuesto, hubo muchísima desconfianza e incredulidad. Yo estaba agotada. Les conté sobre mi madre. Mi vecina Mari dio fe de la veracidad de la historia, pero me recriminó que aquella vez le mentí diciéndole que los gritos eran de la televisión.

–Mari, ¿qué quería que le dijera? Yo también tenía miedo. Yo pensaba que estaba loca.

Eso no era cierto, no del todo. Una sabe cuando se vuelve loca y no ocurre de un día para otro, ni siquiera como consecuencia de un trauma. Todo, todo en el cuerpo es un proceso. La muerte también.

Los vecinos me empezaron a buscar en secreto. Avergonzados. La epidemia de fantasmas –porque era eso– coincidía con el peor momento del barrio. Quien ordenó el crimen de las tres adolescentes ahora comandaba los negocios en los monoblocks y, como aterrorizaba a la gente, los robos habían escalado hasta el secuestro. Un tipo de secuestro particular: lo llamaban exprés. La víctima era atrapada con un auto y llevada de recorrida por cajeros de banco hasta reunir una cantidad que los ladrones consideraran aceptable. A veces, los exprés terminaban con violencia, muchos golpes, violaciones, incluso algún disparo, todo por un malentendido increíble: los ladrones, en la mayor parte de los casos muy jóvenes, no estaban bancarizados. No tenían trabajo por lo tanto no tenían cuenta en el banco. Así, ignoraban el mecanismo de retiro de dinero en los cajeros automáticos de la Argentina.

Por una cuestión de seguridad, el monto permitido para extracción es muy bajo. Unos mil quinientos pesos por día, el doble si el dueño de la tarjeta es socio del banco de donde saca dinero. Si alguien tiene más de una cuenta puede aumentar la cifra sacando de dos bancos distintos. Pero si no, pues bien, es un monto muy magro. Y los ladrones, estos chicos excitados y asustados, quieren más. Y como no entienden lo que es extraer dinero porque nunca lo hicieron, creen que se les miente. Que se los desprecia o se los quiere engañar. «¿Te creés que soy un boludo vos? Ya vas a ver». Y entonces el golpe, el culatazo, el pánico. A mí todavía no me lo hicieron, pero pasa seguido y también le pasa a la gente que vive en los monoblocks y lo aclaro porque no quiero ser injusta, de ninguna manera son todos delincuentes en los monoblocks, hay mucha gente que tiene un departamento ahí de la misma manera que yo tengo una casa acá y nadie puede o quiere mudarse y eso es todo.

El primer vecino llegó justamente cuando yo charlaba con mamá. A veces converso con ella. Está ahí después de todo y aunque no habla sí me mira, y a veces asiente. Si no está furiosa, se ríe. Es una lástima que no hable porque podríamos pasarla mejor. A mis amigas no las invito a casa por si aparece mamá. Y mi hija viene cada vez menos, pero no es su culpa, tiene mucho trabajo. En este país es mejor que aproveche: nunca se sabe cuánto puede durar un empleo, si uno está al borde de ser echado o no –la orden de ajustar personal puede ser repentina–, y conseguir otro puesto resulta en una espera de años. Mejor mitigar esa espera con un buen ahorro. Hablamos por teléfono, chateamos. Ella no sabe lo de su abuela. Se lo diría, pero para qué. Por ahora no hace falta.

El primer vecino fue Paulo. Tiene dos hijas chicas, van a la primaria. La mujer «sufre de los nervios», es decir, tiene ataques de pánico. Paulo tiene un hermano en Estados Unidos y en las reuniones se la pasa hablando de qué bien viven allá, qué país seguro es. Yo no lo corrijo. Ya dije que no hablo en ese sentido, no me gusta pelear. Paulo dio muchas vueltas antes de contarme su problema. Hasta me pidió si podía fumar y se sorprendió cuando le di permiso. Para aflojar la tension, le dije «usted sabe que la mayoría de los médicos fuma. Demasiado estrés».

El problema de Paulo, entonces: hacía unos tres meses, un ladrón había intentado ingresar a su casa. Por el techo. Sabía que era un ladrón porque venía con una pequeña pistola. Una 22. Lo vieron: él encerró a su mujer y a las nenas y buscó un martillo –no era de los que había comprado armas–, y se preparó a llamar a la policía. Pero entonces vio, por la ventana del primer piso donde estaba, cómo el ladrón resbalaba y caía al patio desde el techo. Entonces recordé lo sucedido, había sido tema de conversación

en una de las reuniones de vecinos: se había pedido más presencia policial a la comisaría 9, la que nos corresponde. El ladrón murió por el golpe. No le pregunté a Paulo si lo *dejó* morir pero creo que así fue. Estoy segura de que el hombre cayó del techo y quizá se hubiese salvado si la ambulancia llegaba tiempo. Puedo imaginar a Paulo mirándolo morir desde la ventana, con su martillo en mano, sintiéndose un dios barrial con el poder de decidir sobre la muerte de otro. ¿Yo hubiese hecho lo mismo por salvar a mi familia? Puede ser. Es fácil pensar con ética cuando lo que amamos no está en peligro. Me gusta pensar que no lo hubiese hecho, sin embargo. Soy una persona bienpensante. Prefiero la ingenuidad y el paternalismo al odio.

Como sea: el ladrón volvía. Lo escuchaban caminar por el techo. La mujer lo había oído primero y él, Paulo, no la había creído. Después de todo, sufría de los nervios, la pobre. Hasta que escuchó él mismo los pasos. Y entonces lo vio caer una vez más hacia el patio. Sin ruido. Eso hace su fantasma ladrón, camina y cae, camina y cae. Desde el suelo, me dijo Paulo, «se nos caga de risa».

Acepté ir una noche. La mujer que sufre de los nervios aprovechó para mostrarme la medicación que le recetan. *Grosso modo,* me pareció demasiada cantidad pero sé que los médicos de ahora prefieren prescribir de más a hacer un tratamiento integral. Me ofrecieron cenar con ellos, salchichas con puré («por las nenas» explicó la madre, «no comen otra cosa»), pero ya había comido en casa. Esperé. Los pasos llegaron cuando las criaturas ya estaban en la cama, afortunadamente. Decidí que mi trabajo empezaría cuando el fantasma ya hubiese caído: una vez finalizara su ronda nocturna.

Unos minutos con él lo disuadieron. No importa qué le dije, qué hice: llega un momento en que resulta muy mecánico. Éste era mi tercer encuentro con fantasmas revueltos, pero en realidad ya había tranquilizado a los otros, a mi madre y a las chicas asesinadas, muchas veces. Yo no envío a los fantasmas a ninguna parte, ni buena ni mala. No hay paz ni cierre. No hay reconciliación. No hay pasaje. Todo eso es ficción. Sólo los tranquilizo y evito que reincidan con una frecuencia inaguantable para los vivos por un tiempo. Pero vuelven, como si se olvidaran y hay que volver a empezar. ¿Por qué será? Recuerdo que, con mi marido, recién casados, teníamos una gata preciosa, de nariz negra, toda blanca, que siempre parecía olvidarse de que los fines de semana la agasajábamos con un atún especial, más caro, que le gustaba mucho. Cuando yo me preguntaba si no tendría algún problema de memoria, mi marido me decía: «No, es que tiene un cerebro chiquito. ¿No ves lo chica que es su cabeza?». ¡Es que su cara era tan inteligente! Y los fantasmas son un poco así.

Parecen humanos, parecen inteligentes, pero sin embargo son un filamento obligado a repetir. No tienen cerebro pero tienen algo que podríamos llamar pensante. Sucede que es igual de chiquito que el de mi gata, que se llamaba Florencia y ronroneaba entre mi marido y yo todas las noches, antes de dormir. Extraño a mi marido pero no como pareja. Extraño su amistad, sus charlas, su comida (es un excelente cocinero). Pero él necesita enamorarse y cuidar, y yo necesito estar sola.

Después del fantasma del ladrón vinieron otros. Por qué esta invasión, le pregunté una vez a mi madre y ella pareció escuchar atenta. No me contestó, no puede, pero yo sabía la respuesta: el barrio no estaba invadido. Era yo. Yo los atraía. Por eso no tenía sentido irme salvo que aprendiera como arrancarme el imán. Pero el imán no me molestaba. El miedo se transformó muy pronto en adrenalina. Cuando pasaban muchos días sin que un vecino tocase la puerta ya empezaba a impacientarme.

Pero esta historia importa solamente por un fantasma en particular, con el que actué diferente. Al que no pude o no quise ayudar. ¿O es a los vecinos a quienes ayudo? Todo está junto.

Mi hija cumple años el 23 de diciembre. Ese año, quizá porque nos habíamos visto poco, me invitó a su fiesta más «íntima» (había hecho otra, con amigos, el fin de semana anterior: ella no es supersticiosa, le da igual festejar con anticipación) y me ofreció quedarme la Navidad y hasta Año Nuevo con ella, si quería, en su departamento de Palermo. Sabía que tendría invitaciones a fiestas para el Año Nuevo, así que decliné esa invitación pero sí acepté la Navidad y algunos días más. Dejé la casa con un bolso y viajé en taxi: hacía rato había vendido el auto, no estaba vieja pero tampoco tan joven como para manejar con la atención requerida en una ciudad como Buenos Aires. Los días con mi hija estuvieron muy bien. Peleamos poco y nos reímos mucho. Vimos su serie épica y medio me enamoré de Ned Stark, un especimen de esos que nunca tuve, de mandíbula cuadrada y espalda de bestia. Además no era tanto más joven que yo, el actor. Unos diez años, calculé. Una noche estuve a punto de contarle sobre mis habilidades espiritistas de la vejez, cuando abrimos un vino blanco y lo tomamos muy frío, ideal para el calor húmedo y el agobio de la ciudad. Pero tuve miedo de arruinar días casi perfectos. Tenía derecho a creerme demente. Así que volví el 29 por la tarde a mi casa, en subterráneo, porque cruzar la ciudad era un despropósito: a las habituales protestas de fin de año se le agregaban varias más: los estatales pidiendo aumento, los piqueteros cortando las avenidas (el pedido: bolsas de comida), los despedidos frente al Ministerio de Trabajo (el pedido: reincoporación) y una

marcha pidiendo seguridad muy grande, frente al Congreso. Habían asesinado a un adolescente de diecisiete años, Matías de apellido italiano. Aparentemente, lo habían secuestrado. Un secuestro exprés sólo que, como el chico era menor, no tenía tarjeta de banco entonces los captores cambiaron de idea y decidieron pedirle plata a la familia. La familia no tenía dinero. Esa misma noche, todavía en el auto –no debían saber adónde llevarlo– el chico se les escapó. No llegó muy lejos y lo fusilaron en la villa cercana a mi casa, la que nos cerca por el norte, la que alguna vez iba a ser un campo de deportes y después fue un descampado y ahora es un barrio que aunque amenazan con desalojar es probable que nunca lo hagan. ¿Adónde van a mandar a la gente? Algunas casitas, además, ya son de ladrillo bueno y tienen piso de arriba. Hace poco, yendo a comprar, vi que abrieron un kiosco y una heladería. Se hicieron detenciones en la villa pero, aparentemente, los captores no eran de ahí. En la televisión pedían la pena de muerte, como siempre en mi país cuando ocurre un crimen espantoso.

Extrañamente y a pesar de que el asesinato había sido en un lugar tan cercano, los vecinos de mi barrio no llamaron a una reunión de urgencia. La esperé durante unos días –el mensaje en el teléfono, a veces el papel pegado con cinta Scotch en la puerta– pero no hubo nada más que silencio, las miradas bajas en la verdulería, cierto apuro en la compra de cigarrillos en el kiosko. Lo atribuí a los nervios aunque en general mis vecinos no reaccionan con este estado tenso, sino con una ansiedad agigantada y gritona.

Los golpes en la puerta me despertaron. Era tarde, lo supe antes de mirar el reloj: desde muy joven me acuesto de madrugada, una costumbre de las guardias que nunca pude sacudirme. Eran golpes sutiles: llamaban a la puerta. Decidí ignorarlos. Pero continuaban, rítmicos, insistentes, con creciente urgencia hasta que me di cuenta que ahora golpeaban con los dos puños como si quisieran tirar la puerta abajo. Tuve miedo. Pensé en cerrar la puerta de mi habitación con llave, pero, claro, no tenía llave. ¿Qué podía interponer entre quien quería entrar y yo? ¿Debía llamar a mi vecina Mari?, ¿a la policía? Me senté en la cama y, cuando escuché los susurros, el sudor de mis manos se heló pero, al mismo tiempo, me tranquilicé: los golpes no eran de una persona real. Su voz baja, su súplica, no podía llegar hasta mi desde la puerta de calle. «Por favor, ábrame», decía. Trataba de usted. Hablaba con respeto. «Por favor me estoy escapando. No quiero robar, no soy ladrón, me tenían secuestrado, por favor, ábrame que me matan, me matan».

Bajé la escalera corriendo y miré por la ventana. El chico estaba en la vereda. Un adolescente alto, bien visible bajo la

luz del poste. Estaba pálido como todos los muertos, pero no podía verle las heridas a pesar de que estaba vestido de verano, una remera blanca, *shorts* de fútbol, zapatillas. ¿Cómo lo habían matado? No podía recordarlo. Durante los días con mi hija había estado alegremente lejos de las noticias y la televisión. Entonces aquí estaba Matías, de apellido italiano, muerto a cuadras de mi casa, y yo no sabía cómo había muerto ni por qué tocaba la puerta. Aunque eso podía intuirlo. ¿El silencio de mis vecinos estaba relacionado con esta aparición? Claro que sí, me dije. Y en más de un sentido.

El adolescente Matías dejó de tocar la puerta y me vio. Se acercó a la ventana y en sus ojos, vivos, totalmente vivos, con algo de insecto, ese brillo zumbón de los escarabajos, vi la venganza y la furia. No le tuve miedo porque sabía que no podía concretar esa venganza en el mundo material, pero la frustración de no poder actuar le agregaba capas a su ira, capas sin fin. Iba a pasarse lo que tuviera de tiempo –y sospecho que Matías de apellido italiano tenía todo el tiempo que existe– recorriendo esta calle. Hasta que no existiese más la calle, si era necesario. No iba a dejar dormir a los que habían ayudado a matarlo nunca, nunca.

–¿No vas a abrirme? –dijo. Su voz era clara, no muy diferente a la de una persona viva. Ya no hablaba con respeto.

Me acerqué a la puerta, usé la llave y la abrí. Matías se quedó en el umbral. Entonces le vi el disparo en la sien. Era sutil, como un lunar. No sangraba. Me recordó a los suicidas que solía recibir en el hospital. La mayoría eran hombres, la mayoría tenían su edad, no todos eran tan precisos con el disparo, solían destrozarse la cara o tenían la costumbre de meterse el caño en la boca.

–Ahora es tarde –me dijo Matías.

Yo supe que no podía tranquilizarlo, no a éste, y le dije en voz bien alta: –¡No estaba esa noche en casa! Vos lo sabés. Te hubiese abierto.

–¿Sí? No te creo –dijo.

Una conversación. Matías de apellido italiano podía tener conversaciones. ¿En qué se diferenciaba de los demás? Me quedé en el umbral con la puerta abierta y la luz encendida y lo observé. Continuaba. Corría de una casa a otra y golpeaba, golpeaba cada puerta. Primero despacio, después con los puños, al final con patadas. Primero pedía que le abrieran con ruego y gentileza, y terminaba insultando, aterrorizado pero también asombrado en su enojo, en su desperación. Mis vecinos encendían las luces pero nadie abría. Escuché a alguno gemir.

Matías de apellido italiano siguió golpeando hasta que salió el sol. Recién entonces volví a entrar. Él no se salteó ninguna casa. Todas tuvieron su merecido.

Busqué su apellido italiano en internet. Cremonesi. Matías Cremonesi. Diecisiete años, estaba en la secundaria, jugaba al básquet –claro, con esa estatura– y lo habían fusilado en una pequeña cancha de fútbol de la villa. Uno de los asesinos había sido atrapado. Como es lógico, declaró que el arma la llevaba otro, ese otro que había disparado, y que sólo lo habían hecho porque el chico, al escapar, les vio las caras. Y se conocían. Este asesino confeso era del barrio de monoblocks, Matías también. ¿Por qué secuestrar a un vecino? El secuestrador, un adolescente de diecinueve, dijo que no era la intención, que solamente querían que sacara plata de un cajero, «pero dijo que no tenía tarjeta, nos mintió y ahí nos calentamos, estábamos un poco sacados».

Era verdad que no tenía tarjeta. A su edad no podía tener cuenta en el banco. Los otros, *amateurs,* no lo sabían.

Recibí la visita de mi vecino Julio, el del restorán fallido, ese mediodía. Los vecinos habían mandado a Julio porque sabían que me caía bien. Julio no dio rodeos como Paulo, el que había visto morir al ladrón. Fue concreto. No sentía culpa. Sí, todos habían escuchado al chico esa noche. Sí, todos pensaron que era un truco, una mentira de un ladrón inteligente que se quería hacer pasar por víctima para entrar en una casa. Sí, cuando espiaron por la ventana y vieron a un adolescente confirmaron la sospecha, ¿o acaso los ladrones no eran chicos? No me vengas con que son víctimas también, me dijo. Pensás así. Todos víctimas de esta sociedad. Dejate de joder, Emma. Yo no había abierto la boca. A vos porque nunca te robaron, no son víctimas de nada. Seguí sin abrir la boca. Entendí que intentaba manejar su culpa.

–¿Cuánto tiempo tocó las puertas? –quise saber. –¿Cuánto tiempo pidió entrar?

Bajo el odio en la mirada de fantasma, Matías tenía el miedo impregnado, la adrenalina de su última noche, cuando, además de morir, supo que estaba solo, que nadie iba a ayudarlo ni siquiera marcando un número de teléfono, que estaba rodeado de verdugos sin capucha, escondidos tras máscaras de clase media y buena vecindad.

Julio no quiso contestar. Dijo que no sabía. Bastante tiempo. ¿Importa?

Importa, le dije. Porque el chico está furioso. ¿Y qué voy a decirle para que nos deje en paz?, ¿que nos equivocamos? No le basta.

–Tenés que intentarlo.

–No –contesté. –No sé cómo.

–No querés. Pensás que sos mejor que nosotros. ¡Vos tampoco le hubieses abierto!

–Eso me dijo Matías anoche.

–No lo llames por el nombre.

–¿Por qué no? Tiene nombre.

–¿Y cómo vamos a dormir? ¿Y los chicos?

–Julio: lo hubiesen pensado antes. Compren hipnóticos. Yo se los puedo recetar. Es un medicamente muy noble, sin efectos secundarios.

Pasmado, Julio golpeó la mesa.

–¿Me tratás de estúpido?

–Para nada. Yo no soy sirvienta de ustedes. Estoy dispuesta a soportar esta presencia hasta que él cambie. Pero, en general, no cambian, sabés. Y podrías dejar de gritar en mi casa, no es la mejor manera de convencerme.

Julio se fue y se llevó consigo mi decepción. Pensaba que era una mejor persona. Otros vinieron a rogarme. Varios. Les dije que se fueran a llorar a la iglesia. Estaban enojados conmigo pero se les iba a pasar: quizá se volvieran locos. Ninguno me pidió recetas para hipnóticos. La cantidad de sufrimiento que una persona es capaz de soportar cuando tiene prejuicios frente a las drogas psiquiátricas es algo que no deja de sorprenderme. O quizá no querían nada mío, al menos por ahora.

Matías volvió todas las noches a cumplir su rutina. Algunos vecinos gritaban más que él. Cuando me despertaba –pocas veces porque yo sí usaba hipnóticos–, chateaba con mi exmarido que, allá en el sur, también se desvelaba. «Es la edad», me decía. «Ya no duermo bien».

Con los días, uno de mis vecinos, el remisero, se había quebrado. Declaró en la policía que Matías Cremonesi le había tocado la puerta de la remisería pidiendo por favor que lo llevara hasta su casa en auto, rogando ser pasajero. Pero Matías Cremonesi no tenía dinero encima y mi vecino el remisero le negó el viaje porque no podía pagarlo. Un viaje de setecientos metros, como mucho. Además, agregó, su aspecto no le había dado confianza. Parecía drogado. ¿Y si mentía, si quería robarle?

Qué podía robarle, pensé, si no tenía nada. Nadie usaba esa remisería. Mi vecino remisero se la pasaba tomando mate y escuchando fútbol. Debía hacer dos viajes por semana. Quizá tres. Tenía local propio: no hubiese podido mantener un alquiler.

Lamentaba mucho haberse equivocado, pobre pibe, pero ustedes no saben la inseguridad que vivimos en el barrio.

Le conté a mi marido que esa noche, cuando el barrio había dejado a Matías en la calle y en el peligro, la noche de su muerte, yo había dormido en casa de nuestra hija Carolina. Pero, le

escribí en el chat, ¿y si hubiese estado? ¿Le abría la puerta o me hubiese comportado igual que los demás? Capaz no le abrías, me contestó. Pero al menos hubieras llamado a la policía. ¿Ni eso hicieron?

–Ni eso hicieron, –le dije.

Nunca le conté que el fantasma del chico venía todas las noches a recordarnos nuestra miseria, nuestra mezquindad y nuestra cobardía. Era un secreto con ms vecinos. ¡Mi familia quedaba tan lejos! Salvo mamá, claro. Mi exmarido me ofreció, otra vez, ir a vivir con él y su mujer al sur. Ella está embarazada, me dijo. Sos loco, le contesté. A los sesenta años ya no estás en edad de ser padre.

–Por qué pensás que no duermo, me contestó.

–Lo voy a pensar, –mentí.

La mujer de mi exmarido tiene un embarazo de riesgo y creo que a él le gustaría tenerme cerca para ayudarla en alguna emergencia o complicación. Pero yo ya no estoy del lado de los vivos. No puedo dejar sola a mi madre que cada vez pasa más noches sentada en la cocina, como cuando estaba enferma y el dolor no la dejaba dormir. Ni a las chicas podridas que se ríen de la mano por la calle, aunque aparecen cada vez menos. ¿Adónde se irán, si se van alguna vez? El otro día, una de ellas, la que me hace acordar a mi hija, me sacó una foto con su Samsung fantasma. ¿Adónde estará mi imagen? ¿A quién se la muestran? No quiero abandonar tampoco al ladrón borracho que murió solo en el patio bajo la mirada de Paulo: a veces lo veo en los techos, expectante como un búho. ¿Planea algo? Tampoco quiero dejar solo al impiadoso Matías, aunque me odie: sus golpes son mi canción de cuna. No sé si podría dormir sin su visita. Todos ellos, mis muertos tristes, son mi responsabilidad. Le pregunté a mi madre si alguna vez Matías me dejará apaciguarlo y ella hizo algo insólito: me sacó la lengua. Mi madre tiene puesto un vestido azul muy bonito, con estampado de anclas, parece una marinera vieja y experimentada. Le devolví el saludo sacándole la lengua también y nos reímos las dos, y me pregunté si voy a envejecer con ella en esta casa, madre e hija de la misma edad, subiendo y bajando la escalera, sentadas en la cocina, las anclas de su vestido, las manchas de café en mi camisa blanca, afuera un futuro de chicos muertos y una ciudad que ya no sabe qué hacer.

(Argentina)

Los ojos más verdes

Por Liliana Colanzi

Pasó su décimo cumpleaños en el pueblo de su madre. Todas las vacaciones volvían a ese pueblo de la selva donde no había autos sino motos que daban vueltas alrededor de la plaza e insectos gigantes que se achicharraban en los postes de luz. Su padre compraba mara para llevar a la ciudad, donde hacía con ella muebles laqueados: con el tiempo había más madereros en la selva y menos árboles de mara, y más muebles laqueados con cabezas de cisne en las casas elegantes. A Ofelia le gustaba el pueblo porque la dejaban jugar con los niños del barrio hasta pasada la medianoche. Casi todos los niños andaban también en moto, como una pandilla de pequeños repartidores de pizza. En el único cine proyectaban exclusivamente películas de samuráis, y en la plaza había una heladería donde compraban helados de frutas de nombres misteriosos y sonoros: *motojobobo, cacharana, pitanga, ocoró, asaí...*

El día de su cumpleaños sus padres la llevaron a comer a El Palacio del Dragón, el único restaurante chino de la zona. Del techo colgaba un biombo rojo y dorado, y la entrada estaba custodiada por dos dragones de estuco. En la puerta sus padres saludaron con deferencia a un hombre rubio y de semblante estragado por las ojeras: era el señor T., quien alguna vez fuera un cantante conocido. Ahora era alcohólico y cantaba en karaokes y en las fiestas de cumpleaños de los estancieros. El señor T. saludó a su madre con un explosivo beso en la mejilla que la dejó aturdida y sonrojada. Luego abrazó a Ofelia por su cumpleaños, envolviéndola con su aliento a whisky. Es una chica guapa, dijo, una lástima que no haya sacado los ojos de su padre.

Antes de que los padres de Ofelia pudieran reaccionar, el señor T. se había marchado y un mesero de falsos bigotes largos y sombrero rojo de papel los conducía a una mesa redonda al lado de una pecera donde daban vueltas unos bagres atónitos. Pero el ánimo de Ofelia se había ensombrecido por el comentario. No pudo reponerse ni cuando le trajeron la torta de durazno. Después de soplar las velas, el mesero dejó una bandeja de galletitas de la suerte envueltas en papel aluminio con el dibujo de un crisantemo. La de Mariano, su hermano mayor, decía «La superstición es la poesía de los pobres». A su madre le salió «El que nace tatú muere cavando», mensaje que le agrió el humor. La galleta de la suerte de Ofelia, en cambio, llegó cargada de promesas: «Se

cumplen todo tipo de deseos. Llame al 666-666». Ofelia se guardó el papelito en el bolsillo sin mostrárselo a nadie.

Se fue a dormir con los pensamientos saltando en su cabeza como monos en las copas de los árboles. Pensó que hubiese querido haber nacido con los ojos verdes de su padre, hijo de campesinos italianos que llegaron al país huyendo de la guerra. Pero tanto a ella como a sus cinco hermanos les tocaron los ojos rabiosamente oscuros de su madre, la novena hija de un maestro rural borracho y de una mujer muy pobre. La madre de Ofelia había eludido el destino de la gente del pueblo casándose con ese hermoso extranjero de ojos verdes y si regresaba era porque el negocio de su marido la obligaba. De lo contrario nunca habría mirado atrás. Cuando los niños del pueblo le preguntaban a Ofelia de dónde era, ella contestaba sin vacilar: de Italia. Aunque nunca hubiera visitado ese país, y aunque hubiera heredado la nariz roma de su tía Amanda y los ojos chocolate oscuro de casi todo el mundo.

Al día siguiente, se acercó al teléfono color mostaza en la sala de la casa que alquilaban, al lado de la libreta de cuero negro donde su padre guardaba las tarjetas de los clientes y de los aserraderos. Ofelia marcó el número del papelito. Una música de ascensor precedió a la voz elegante de una secretaria:

–¿En qué la puedo ayudar?

La voz modulada y cálida de la secretaria la convenció de que se trataba de un lugar serio y no de un tumbe.

–El anuncio dice que se cumplen todo tipo de deseos –dijo Ofelia y explicó en qué consistía el suyo–. Yo quiero tener ojos verdes. ¿Es posible?

–Eso lo tiene que discutir directamente con el jefe, dijo la secretaria.

Ofelia anotó la dirección. El lunes fue con el dinero que había recibido por su cumpleaños guardado en un monedero de plástico. El lugar era un salón de tatuajes en el segundo piso de un mercado. En la sala de espera había un joven metalero haciendo crucigramas. La secretaria era increíblemente bonita, pensó Ofelia, tal y como la había imaginado. Su pisapapeles era una bolita de cristal que contenía una minúscula casa sobre la que no cesaba de nevar. La secretaria levantó los ojos hacia ella y sus pestañas postizas se alzaron como un abanico.

–El jefe te está esperando, le dijo.

Cuando Ofelia entró al despacho, el jefe estaba inclinado sobre el escritorio aspirando un polvo de cristales de un espejito de bolsillo. Se limpió la nariz con el dorso de la mano, escondió el espejo en un cajón y se acomodó el cabello negro engominado: tenía una sonrisa blanquísima. A Ofelia le gustó su camisa a rayitas negras, blancas y anaranjadas, bien ajustada al torso y

arremangada a la altura de los codos. Era un día caluroso pero la habitación estaba helada, pese a que no veía por ninguna parte la instalación del aire acondicionado. En la pared colgaba un cuadro tropical de un tucán posado sobre una palmera, de esos que se conseguían en los puestos de los cachivacheros.

El jefe la invitó a sentarse y la contempló de arriba abajo:

–Ya me estaba preguntando por qué tardabas tanto en venir –le dijo.

Acercó su rostro al de Ofelia: en su perfume se sentía la fuerte presencia del anís, un olor que a ella le desagradaba. Le preguntó cuál era el deseo de su corazón. Ella se lo susurró en la oreja, aliviada de quitárselo del pecho. El jefe asintió sin inmutarse.

–Cosas más raras me han pedido otras niñas –comentó.

Ella sintió una enorme simpatía por el jefe.

–¿Cuánto cobra? –preguntó, y apretó nerviosa el monedero entre sus manos.

–Sólo voy a necesitar una pequeña firma.

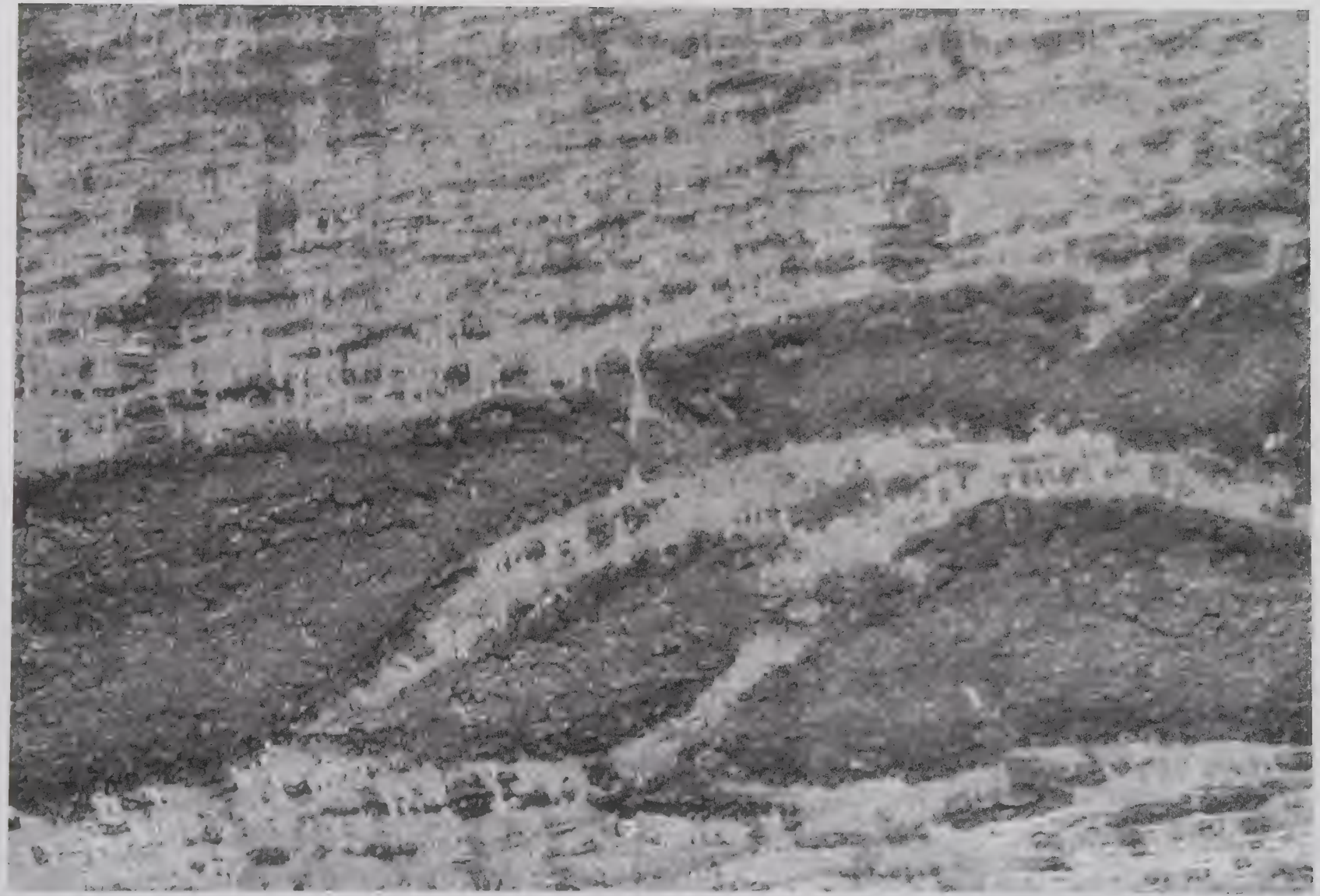
Le puso delante un libro de tapas gruesas con páginas llenas de las firmas irregulares de muchas otras niñas. Para ser quien era, pensó Ofelia, el jefe tenía las manos temblorosas y las uñas muy largas y sucias. Ella había visto ya la escena muchas veces en los libros de catecismo del colegio y le sorprendió cuán fácil resultaba renunciar al Cielo. ¿A quién le importaba el coro de ángeles si podía tener los ojos color menta con los que soñaba..? Agarró con firmeza el lapicero plateado y estampó su firma en letras grandes y redondas: en el lugar donde correspondía el punto de la «i» dibujó un corazón. No sintió nada extraordinario. En verdad, poquita cosa: apenas el suave aleteo en la memoria de aquello que se escapa, la incapacidad de evocar las texturas de las frutas del monte y los rostros de los niños del barrio, el olvido de imágenes largamente acariciadas como la franja de estrellas entre las ramas de los árboles Pero no es posible echar de menos aquello que ya no se recuerda, y ella tenía prisa por convertirse en otra.

–Ahora mírame, dijo él, cogiéndola por la barbilla.

Ofelia alzó la vista para recibir el mundo con esos ojos nuevos. Quería creer que allá, sobre el lienzo torpe del tucán, empezaría a hacerse nítido el paisaje soñado de la tierra de su padre. Pero sólo vio la luz oscura emanando de los ojos del jefe como de un cántaro volcado.

Encandilada con su propio reflejo, se acercó para besarlo.

(Bolivia)



West Cemetery

Por Alejandro Zambra

–No tienes derecho a hacer eso –me dijo la mujer, en un tono más bien dulce, como de falso reproche.

–Lo siento –respondí automáticamente.

Estaba en Amherst, en el West Cemetery, leyendo las cartas dejadas por los visitantes en la tumba de Emily Dickinson. No eran cartas, propiamente, sino papelitos escritos a la rápida en calidad de homenaje. «You are not nobody to me!!!!!», decía uno de los mensajes, y quizás eran diez los signos de exclamación, que me parecieron estridentes, tristemente entusiastas. Emily Dickinson.

–Yo creo que los autores de estos mensajes querían que alguien los leyera –le dije, pero la frase me sonó culpable, como solía pasarme al hablar en inglés: no acertaba con el tono, no tenía una manera propia, hablaba con frases prestadas, como imitando a alguien, a cualquiera.

–Pareces un hombre celoso revisando los cajones de su mujer –me dijo.

Me quedé callado. Miré su cara redonda, su pelo aleonado, casi rubio, sus ojos negros donde creí adivinar el brillo adicional de los lentes de contacto, aunque por supuesto no podía estar seguro de que llevara lentes de contacto.

–Yo soy de aquí –me dijo.

–Yo no –respondí, como si fuera necesario aclararlo.

Había despertado a las cinco de la mañana con la idea fija de viajar a Amherst. No era totalmente un impulso, lo sentía más bien como una decisión retroactiva, casi como una reparación. Quería ir a Amherst desde hacía años, desde mi primer viaje a Nueva York, cuando mi inglés era, por así decirlo, dickinsoniano –lo digo muy mal: mi inglés de entonces era casi inexistente, venía más bien de la música y de la tele, pero también de mis intentos de descifrar a Emily Dickinson, cuyos poemas había leído por primera vez a los veinte años, en una traducción española que no me gustaba nada pero como la edición era bilingüe la adaptaba un poco, combinaba mi escaso conocimiento de las palabras inglesas con la intuición; traducía del español de España al español de Chile, más o menos como un alumno que copia las respuestas de un examen.

Era un día gélido de comienzos de diciembre, signado por una nevazón inminente. Tenía entonces la sensación de que todo el mundo en Nueva York hablaba exclusivamente del clima, como en la canción de Paul Simon: «I can gather all the news I need on the weather report». Había estado leyendo *The Gorgeous Nothings,* la bella edición facsimilar de los «envelope poems», pero no quería viajar a Amherst acarreando un libro tan pesado. Vivía en un departamento en Crown Heights repleto de libros, pensé que habría alguna edición de la poesía de Emily Dickinson, pero sólo encontré –clasificado en la E de Emily y no en la D de Dickinson– *My Emily Dickinson,* el bello e intenso ensayo de Susan Howe.

La sensación de que emprendía un viaje urgente me acompañó desde que salí del departamento hasta que me subí en Port Authority a un bus semivacío de la compañía Peter Pan. Me senté en el último asiento recordando *Kensington Gardens,* la novela de Rodrigo Fresán sobre J. M. Barrie. Quince minutos después de abandonar la estación, sentí el golpeteo tímido de la nieve en el techo. Miré por la ventana preguntándome si me acostumbraría alguna vez a la nieve; si dejaría de parecerme hermosa, si alguna vez miraría por la ventana y al ver las calles teñidas de blanco pensaría: mierda, está nevando. Nevaba en Hartford, donde nos detuvimos cinco minutos, y en Springfield, donde cambié de bus y alcancé a fumar a toda prisa, arrinconado en la zona permitida, pero no nevaba en Amherst: al bajarme del bus sentí en la cara el mismo viento helado que había sentido al salir de casa, y me alegré con el pensamiento pueril de que la nieve aún no llegaba, que venía en camino, un poco atrasada, desde Nueva York.

Caminé sin rumbo, no quería mirar el mapa en el teléfono, pero Amherst es una ciudad tan pequeña que a los cinco minutos estaba ya en el West Cemetery. En la tumba había, además de las cartas, un lápiz grafito, un clavel seco, un ramo con otras flores en vías de secarse –rosas, cardenales–, una muñeca pequeña de la Sirenita, la miniatura de un ratón comiendo algo, un reloj detenido en el mediodía o en la medianoche, una chapita donde un niño sonreía junto a un ganso bajo la leyenda «Pssst Happy Founder's Day, Mary Lyon», un alfiler de gancho, unos cuantos centavos y algunas piedras, entre ellas dos casi idénticas y casi redondas.

–Aquí fumé mi primer cigarro –me dijo la mujer de repente, como si se lo hubiera preguntado (como si antes, en otro lugar, se lo hubiera preguntado).

–¿La primera vez que viniste? –le pregunté.

–No, de niña venía siempre, ya te dije que soy de aquí, viví toda la vida a cinco minutos, caminando –empezó a revisar las cartas, también, tomó los centavos, parecía contarlos y ordenarlos en *nickels*, *pennies* y *dimes*.

Le ofrecí un cigarro, que no aceptó.

–¿Y venías a jugar a este cementerio?

–Venía a dejarle centavos a Emily, por si necesitaba dinero en el cielo –volvió a contar las monedas, aunque me pareció que más bien miraba las líneas de sus propias manos casi con curiosidad–. Después me entraba la culpa y volvía a dejar más centavos.

–¿La culpa de qué?

–Pensaba que los demás muertos también podían necesitar dinero.

La imaginé de niña correteando entre las tumbas y dejando peniques. No tenía cara de niña, era uno de esos rostros jóvenes que es fácil proyectar hacia el futuro pero no hacia el pasado.

–Léeme un poema –me dijo, apuntando al libro que tenía yo en la mano izquierda.

Le mostré el libro, lo hojeó, se detuvo en los poemas que citaba Susan Howe.

–¿Y no tenías un libro de ella, de Emily?

Negué con la cabeza. Ella siguió hojeando el libro quizás un par de minutos. «Éste es el momento en que tengo que preguntarle el nombre», pensé. No lo hice.

–Pero está bueno, parece –dijo.

–Está bueno –le confirmé.

–¿De dónde eres?

–De Chile –le dije.

–Chile –repitió ella, con el gesto de quien procura recordar una información confusa.

–Te compro este libro –me dijo–. Todos estos centavos suman poco más de un dólar.

–*OK* –respondí.

Me pasó los centavos y se fue con el libro, casi corriendo. Me quedé frente a la tumba, fumé. Empezó a nevar, vi cómo la nieve caía sobre las cartas, traté de cubrirlas con las piedras. El resto del día me comporté como un turista. Visité la casa-

museo, compré postales y tomé fotos para otros turistas que a su vez me tomaron fotos a mí mientras pensaba confusamente en la lucidez y en el encierro y en la belleza.

Al día siguiente, conseguí otro ejemplar del libro de Susan Howe, una edición más reciente, para llenar el librero: fue como completar un edificio viejo con un ladrillo nuevo.

Pasaron los meses, volví a Chile, me acostumbré rápido a la ausencia de nieve. Una mañana encontré en el bolsillo de mi mochila los centavos que la mujer me había dado y calculé que llevaban ahí más de un año. Los eché en el recipiente de las monedas para dar propina. Desde entonces ha pasado, también, más de un año. Hace un par de horas pedí una pizza y agarré, como siempre, un puñado de monedas para darle al repartidor. Era un hombre viejo, flaco, canoso, de expresión amarga. Últimamente suelen venir repartidores viejos y siempre me sorprendo, pensaba que todos los repartidores de pizzas eran jóvenes. Y quizás envejecieron así, repartiendo pizzas.

Pensaba en eso y devoraba un *pepperoni* cuando apedrearon el ventanal. Salí. Miré la trizadura leve, pensé que no sería necesario cambiar el vidrio, al menos no de inmediato. Perdidas entre las plantas de mi jardín, había una piedra mediana y doce centavos de dólar: dos *nickels* y dos *pennies*. Pensé en el repartidor mirando la propina, enfurecido ante esas monedas pequeñas e inútiles. Me disculpé imaginariamente; le expliqué imaginariamente que había agarrado varias monedas, como siempre, quizás diez monedas, sin pensar que esos centavos extranjeros se colarían en mi puño. Imaginé que el repartidor se disculpaba, a su vez, por apedrearme el ventanal. Imaginé que el diálogo seguía y la pizza se enfriaba pero igual nos fumábamos un cigarro mientras él me contaba su vida y yo le hablaba de Amherst y de la nieve y de Emily Dickinson y de esa otra mujer a quien no quise preguntarle el nombre.

(Chile)

Parábola del no-retorno

Por Juan Cárdenas

CANTES DE IDA Y VUELTA

Viví en España durante quince años, entre 1998 y 2013. Más que español, me considero madrileño. Madrid es mi ciudad, la ciudad donde me convertí en adulto, donde estudié, donde aprendí a trabajar y donde me inventé una vida como escritor.

Mi educación es el resultado de largas horas en la biblioteca de la Universidad Complutense y de ese yunque intelectual y afectivo que son las conversaciones de bar. Mis amigos fueron mis maestros y mis templos de la sabiduría, se llaman Mariano, FM, La Mina, El Frontón, El Automático, El Palentino.

En esos bares, durante la calma chicha del cambio de siglo, fui testigo de una bellísima transformación en el español peninsular, que acabó por abrirse para recibir otros ritmos, otros léxicos, otras entonaciones modeladas en geografías remotas.

Mal que les pese a los áulicos del purismo nacionalista, no hubo integración: hubo mestizaje o, para decirlo en palabras de Oswald de Andrade, hubo antropofagia. Españoles comiendo sudacas comiendo españoles en un bucle infinito de glotonería feliz, a pesar de los episodios de acoso policial en las estaciones de metro, a pesar de los esporádicos brotes de xenofobia, a pesar del desprecio y la chulería con la que muchos disfrazaban su miedo, un miedo atávico que el franquismo trató de inculcar en el alma del pueblo español, miedo a la vida, miedo al amor, miedo a la fragilidad, miedo a la seducción del lenguaje, miedo a los deslizamientos del sentido y, por eso mismo, apego irracional a las fórmulas y a las tautologías: es lo que hay, es lo que es, las cosas como son, no me líes. Frases que, de tanto escucharlas, se revuelven en mi memoria con las frases mecánicas, con esos lapsus inducidos, que se les escapaban cada tanto a las tragaperras: ¡Premio! ¡Avance!

Hay, sin duda, algo robótico en el terreno simbólico donde se juega *lo español,* eso que en psicoanálisis se llama compulsión a la repetición. En el término que usan los freudianos en alemán, *Wiederholungszwang,* se da a entender que esa compulsión *(Zwang)* es también una especie de violencia, de presión externa que se manifiesta como una fuerza interior. Y mucho de eso hay en la lengua peninsular: una rabia bufa venida de no se sabe dón-

de, un peculiar repentismo, un permanente elogio de lo espontáneo, que, sin embargo, aparece en escena como una frase hecha, como un chascarrillo heredado. Los españoles son, básicamente, rapsodas; repetidores arrebatados, casi siempre involuntarios, de un poema legendario cuyo original se ha perdido para siempre. De ahí que muchas veces prefieran cantar, porque en el canto aparece mucho mejor lo que hemos olvidado, el canto es siempre elegíaco, incluso cuando se le atribuye una función jovial. Se canta la pérdida y, a la vez, se canta para recoger el tiempo nuevo, el aire nuevo.

Todo eso lo vi yo en los bares de Madrid, hablado, cantado y bailado. Y, como decía antes, fui testigo de cómo esa escena se dejaba contaminar por nosotros, los sudacas, los africanos, los antillanos, los chinos, los moros, de modo que, al final, ese «nosotros» pasó a formar ya no una oposición abstracta, sino un sancocho concreto.

Por esos mismos años, esto es, la primera década del siglo XXI, tuvo lugar otro fenómeno que también me pilló de cerca y fue el nacimiento de una sana y tupida red de editoriales independientes. Sería ingenuo, además de poco riguroso, decir que aquel fenómeno se redujo a un cambio en la lógica del mercado, porque esa transformación tuvo que ver, sobre todo, con el lenguaje, con el idioma en que se escriben los libros. Y me atrevería a decir que buena parte de este fenómeno se gestó en los bares, más que en las oficinas de las editoriales.

De un día para otro los editores ya no refunfuñaban ante la aparición de un giro coloquial argentino o mexicano en medio de un manuscrito. Al contrario, estos nuevos bichos raros de la edición, conscientes de que el mundo se estaba transformando, atentos y sensibles a los profundos cambios que tenían lugar al interior del español, empezaron a mostrarse deseosos de que la literatura que publicaban reflejara la lengua que se estaba forjando en la calle, una nueva lengua que ya no era ese español de sabor parroquial de las traducciones de Anagrama o Alfaguara.

Tuve la suerte de participar de ese proceso con mis traducciones de literatura inglesa, norteamericana, portuguesa o brasileña y soy muy consciente de que fue en esa cocina donde se rehogó a fuego lento mi propia escritura, mi idioma particular, mezcla de tantos idiomas, de tantos dialectos, de tantas influencias venidas de medio mundo. Mi escritura es el resultado del cosmopolitismo plebeyo de esa Madrid decadente, sucia y gamberra que me tocó vivir a comienzos de este siglo.

En una de sus famosas peroratas, Fernando Vallejo, ese viejo pendejo y genial, advierte que el fantasma de Colombia, con su rastro de horror y de belleza, no abandona nunca a quien decide marcharse, a quien elige el exilio. El fantasma de Colombia es, dice Vallejo, persistente, terco, indestructible y está siempre al acecho.

Puedo dar fe de que Vallejo tiene razón.

No es fácil explicar la vida escindida de un inmigrante. No es fácil hacerle saber a alguien que ha nacido y crecido en un mismo lugar lo que significa tener la cabeza, la imaginación, el cuerpo, la lengua, repartido entre dos mundos. No es fácil hacerle entender al sedentario incurable lo que se siente vivir pendiente de los horarios, del clima, de la situación económica y política de un país remoto. Los que en algún momento decidimos partir y nos instalamos, valga el oxímoron, en esa partida que no cesa, solemos vivir una vida doble, parecida a la de los espías (mucho se podría decir sobre los nexos profundos entre esas dos figuras modernas: el agente doble y el inmigrante).

Durante los muchos años que pasé en Madrid, muy a menudo mi imaginación –léase, la proyección de mi deseo– se recreaba imaginando los espacios en los que había transcurrido mi infancia y mi adolescencia: las carreteras sinuosas, la luz de la tarde en las montañas, el valle del río Cauca, el océano Pacífico, las ciudades enanas y las ciudades gigantes, las casas de dos patios. No se trataba tanto de una cuestión de paisaje, sino de territorio, que es una cosa bien distinta. El paisaje es una invención romántica y, por tanto, una fantasía bucólica que sublima y disfraza un proyecto de dominación. El territorio, por su parte, es una sedimentación de experiencias y saberes dentro de una geografía concreta. El territorio es una creación colectiva; el paisaje es el resultado de una perspectiva individual, incluso en términos puramente técnicos y pictóricos, el paisaje es *un único punto de vista*. El territorio, en cambio, sólo sucede gracias a la simultaneidad de muchas perspectivas.

De todas estas cosas yo sólo me hice consciente en el exilio, evocando desde la distancia esos espacios, esas personas, esas voces.

A finales de 2006, hice un viaje largo por eso que había aprendido a asumir como mi territorio: desde Quito, en la sierra ecuatoriana, hasta Cali, en el valle del Cauca, a lo largo de la cordillera de Los Andes, dando un giro por el suroccidente colombiano; pasé por Pasto, Popayán, mi ciudad natal, Buena-

ventura, en el Pacífico, y de allí, selva adentro, por el río San Juan, remontando la corriente hacia el corazón de las tinieblas del Chocó biogeográfico. Ese viaje –aunque entonces yo no lo sabía– iba a ser crucial para escribir mis dos primeras novelas y fue, sin lugar a dudas, el germen de mi regreso a Colombia.

Comprendí que ese territorio era como una enorme biblioteca de la que yo sólo había leído un mínimo porcentaje. Y lo que es más grave, se trataba de una biblioteca bajo permanente amenaza de destrucción, en medio de una guerra que parecía no acabar nunca y que nadie recordaba muy bien cuándo había comenzado.

El otro descubrimiento de ese viaje fue que, en las ciudades colombianas, casi como una sofisticadísima nota al pie de aquella extraña y complicada guerra, había un hervidero cultural que comprendía una intensa escena artística, musical, literaria.

Sentí entonces que me estaba perdiendo de algo y que, en algún momento, más temprano que tarde, tendría que regresar y entrar a formar parte de todo eso que estaba sucediendo en mi país.

Mi regreso no fue, en ese sentido, una simple concesión a la nostalgia. Fue más bien un proyecto que tenía que ver con darle continuidad a mi escritura, fue un plan de contingencia. Debía regresar para poder seguir haciendo los libros que me interesaban: ya no los libros del exiliado –esa figura con tanto *glamour* en la tradición latinoamericana–, sino los libros del retornado. En mi escritura –donde siempre el rizo está tan rizado que ya no parece un rizo–, el gesto de la huida, el gesto del exilio aristocrático quedaría radicalizado en la *performance* de la Vuelta. Pero, ¿vuelta adónde? ¿Es posible siquiera regresar a un lugar que, en cierto sentido, ya no podía reconocer como propio? ¿Acaso no era cierto que todos esos años de exilio me habían convertido en una suerte de extranjero permanente, un tipo raro, con acento raro, que hablaba un español lleno de giros ibéricos, brasileños, argentinos, mexicanos? Y esa amalgama de dialectos y voces que se juntaban en mis traducciones y en mis novelas, ¿tendrían cabida en mi país de origen? ¿Encontraría mi sitio aquí?

A estas alturas, después de cinco años, ya puedo adelantar algunas conclusiones: he regresado, pero no necesariamente a Colombia, sino a toda América Latina; al mismo tiempo, tampoco siento que me haya marchado de España, adonde viajo con regularidad y donde sigo publicando mis novelas; formo parte de eso que el artista Pedro G. Romero llama «el Caribe afro-anda-

luz», un territorio gigantesco que extendió el Mediterráneo hasta este lado del Atlántico e incluso mucho más acá, hasta el corredor de selva, río y mar que se aprieta en la costa del Pacífico, entre Panamá y Ecuador; soy sudaca y soy madrileño, soy mediterráneo, soy africano, soy moro y soy judío, soy, para volver a citar a Oswald de Andrade, «un tupí que toca el laúd».

Soy un cante de ida y vuelta. Y sigo rebotando entre ambas orillas.

VILIS

No fue un sueño, aunque a ratos me parece que sí. Yo vivía entonces en el espléndido edificio de la Residencia de Estudiantes, gracias a una beca del Ayuntamiento de Madrid para escritores holgazanes. ¿En una residencia de estudiantes?, me preguntaban muchas veces los incautos. A lo que yo, presumido, con una ceja levantada, respondía: no, no una residencia de estudiantes, *La* Residencia de Estudiantes. Donde vivieron, donde se conocieron Lorca, Dalí y Buñuel. Donde, según cuenta la leyenda, se fraguaron las ideas que darían origen a *Un perro andaluz*. La navaja-nube que lacera y derrama la sustancia viscosa del ojo-luna. Pero lo cierto es que yo vivía allí y cuando uno se acostumbra a un lugar, por legendario o emblemático que sea, es imposible no acabar sintiendo que se trata de un espacio vulgar, tan poco interesante como cualquier otro. No hay cosa sublime que se resista a la machaconería de la vida cotidiana. Por otro lado, si algo me había caracterizado desde la más tierna adolescencia era mi desprecio por las mitologías artísticas, mi desdén *punk* contra la idealización o la reverencia hacia el prestigio de los artistas. En el fondo me importaba un pito vivir en la residencia donde habían vivido Lorca, Dalí y Buñuel. Sólo necesitaba escapar de los rigores laborales de Madrid durante una temporada y por eso había solicitado esa beca, que me permitía vivir con cierta holgura. Ésa era la verdad: estaba allí para ahorrarme el dinero del alquiler, estaba allí para recuperar algo del tiempo desperdiciado en una ciudad vampira que te chupa hasta los huesos.

Una tarde de primavera, después del almuerzo, me puse a caminar por los jardines que rodean el pabellón conocido como el «Transatlántico». No fue un sueño, aunque casi tengo ganas de contarlo como se cuentan los sueños. Iba paseando por una rosaleda, envuelto en el aroma del romero, cuando me topaba con un viejecillo risueño. Hilachas de pelo blanco le salían por debajo de la boina azul. Nos saludábamos con una ligera inclinación

de cabeza y, aunque teníamos el impulso de seguir de largo en nuestros respectivos paseos, ambos sentíamos una inexplicable curiosidad. Así que nos deteníamos para prolongar el saludo, nos estrechábamos la mano. ¿Vives aquí?, me preguntaba el anciano. Y yo le explicaba que sí, que era uno de los becarios. Ah, decía él, eso es una buena noticia porque quiere decir que mañana vendrás a mi taller de poesía. Lorenzo García Vega, mucho gusto, se presentaba el viejo y a mí me admiraba que hubiera pronunciado su nombre sin ninguna solemnidad, no como quien saca un trofeo y lo pone encima de la mesa, sino con la picardía de quien desconfía de la capacidad del lenguaje para nombrar el mundo. Decía su nombre como quien hace visible una alegoría del vacío constitutivo del acto de decir: Lorenzo García Vega, es decir, nada, nadie. Y a la vez, ahí estaba el nombre, como el borde casi invisible y cortante de una navaja. Navaja que corta el ojo, ojo que no ve la hoja lacerante, que derrama su viscosidad en el jardín.

Así que ahí estábamos, un anciano y un tipo de treinta años, sentados en medio del aroma del romero, hablando de la literatura de nuestros países, Cuba y Colombia, y recuerdo que lo hacíamos sin ninguna convicción, sin especial apasionamiento. Más que la literatura o sus protagonistas, nos interesaba detectar el carácter, la impronta. Ustedes pareciera que no tienen relato, dijo el anciano, queriendo decir que Colombia es un significante demasiado cargado de semantomas y, por eso mismo, vacío. ¿Semantomas?, preguntaba yo, intrigado con el palabro. Y el viejo me decía que era como un significado hinchado, inflamado, un hematoma semántico, producto de un golpe o de muchos golpes en el cuerpo del significante. A lo que yo sólo atinaba a responder con un vago «ya ». Pero Cuba también está preñado de semantomas, decía él, sólo que nos hemos condenado de otra manera, con la mitología de unos orígenes. Vivimos atrapados en ese ámbar arcano, como mosquitos prehistóricos.

Yo trataba de seguirlo en sus pensamientos, pero no era fácil.

Luego hablábamos de los sueños. El anciano me preguntaba si pertenecía a la parte de la humanidad que encuentra poco o nada interesantes los sueños. Y yo, que en esa época llevaba un diario donde anotaba mis pesadillas, me apresuraba a contarle que el asunto me parecía crucial, como casi todos los discursos que el mundo moderno ha relegado al basurero de la historia, lo mismo sucede con el discurso amoroso, dije. El discurso amoroso y el discurso de los sueños son la parte negada del discurso político. El corazón de la política –el corazón arrancado a la política

en el ritual sacrificial de la economía de mercado– consistiría en poder decir públicamente lo que amamos y lo que deseamos. Por eso, me parece que son muy importantes los sueños. El viejo me escuchaba con atención y después de darle vueltas en silencio a lo que acababa de decirle, me hablaba de un libro que había escrito tiempo atrás. Una novela corta, decía el anciano, que se llama *Vilis*. Allí cuento una historieta fantástica que fui armando con los pedazos de todas las ciudades en las que he vivido. Buena parte del material del libro proviene de los sueños donde, como bien sabes, uno va ensamblando partes de lugares distintos, la avenida de una ciudad que desemboca en el teatro de otra ciudad, trozos de París con trozos de New York, la escalinata del Capitolio de La Habana, a cuyas faldas discurre una calle del centro de Caracas. Tú me entiendes. Y cómo no iba a entenderlo, si por esa misma época yo registraba en mi diario varios fenómenos semejantes: el jirón limeño que culmina, no en la Plaza de Armas, sino en el parque gélido de una desolada ciudad de la pradera canadiense, el río de oro lisboeta rodeado de chabolas de Medellín.

Si te sucede eso, decía el viejo, si tus lugares de referencia ya se entremezclaron de ese modo, ya no vas a poder regresar. De eso no se vuelve nunca.

Así me hablaba el viejo en aquel jardín primaveral. No fue un sueño, aunque lo parezca.

Éramos dos exiliados irreversibles, no-retornables, escapados de dos infiernos muy distintos, dos infiernos quizá complementarios, intercambiando impresiones. Dos expulsados del paraíso que, sin saberlo, desprevenidos, discuten sus sueños al filo de la luz de la muerte.

Los datos oficiales confirman que Lorenzo García Vega murió dos años después de esta breve conversación. Yo sigo vivo, supongo. A veces, sin embargo, me despierto de mis pesadillas pensando que ambos habitamos una misma ciudad espiritual hecha de fragmentos de muchas ciudades, donde somos casi nadie, un poco nada, al abrigo de tantos nombres.

LA TELENOVELA ATÁVICA

En un capítulo magistral de la serie *Atlanta* (episodio 7, temporada 1) se presenta al personaje de Harrison, cuyo nombre original es Antwoine Smalls, un joven negro que afirma sentirse un hombre blanco de treinta y cinco años oriundo de Colorado, un ser humano en situación de «trans-racialidad», como lo definen en el programa de la tele donde le dedican una breve nota docu-

mental. «¿Cuándo supiste que eras un hombre blanco?», le pregunta el entrevistador. El muchacho responde: «siempre me he sentido diferente. Voy a las tiendas, al cine y pienso: ¿por qué no me tratan con el respeto que merezco? Entonces, un día caí en cuenta: ¡soy blanco! Ah, y tengo treinta y cinco años». No me voy a detener a analizar todos los sustratos de significado que hay en el magnífico capítulo de la serie, sin duda una de las sátiras más agudas que he visto sobre las ansiedades raciales, pero sí quiero reparar en un detalle fugaz, algo que podría parecer un chiste sin muchas implicaciones. En un pasaje del episodio, el muchacho «trans-racial» se para frente al espejo y se pregunta a sí mismo con acento de hombre blanco: «Ey, ¿viste *Game of Thrones* anoche?». Me pregunto por qué esta referencia funciona aquí como una marca racial de lo estereotípicamente blanco y conjeturo que no se debe solamente al hecho, mil veces denunciado, de que la exitosa serie no tiene a un solo personaje negro, latino o asiático en ningún papel relevante. Sospecho que su «blanquitud» tiene que ver con la estructura subyacente a toda la serie, a saber, la red arquetípica de la telenovela. Al fin y al cabo, *Game of Thrones* es una saga interminable, un culebrón, sobre la legitimidad de los linajes y la intervención de fuerzas providenciales que devuelven al bastardo, a los hijos ilegítimos, al seno de las dinastías, tal como sucede en los clásicos melodramas televisivos latinoamericanos, donde la recomposición de los lazos familiares trastocados pone a los héroes en una situación ideal para perpetuar fortunas, matrimonios y alianzas de poder. *Game of Thrones* parece haber reactivado el inconsciente global de la telenovela, reconocible incluso en el tipo de enganche febril que produjo la serie entre sus fans, un inconsciente que desea la restauración de un orden atávico, incluso mágico, capaz de pacificar el mundo y de poner a cada persona en su sitio según una jerarquía natural. De qué otro modo interpretar sino el final de la serie, con el exbastardo Jon Snow restituido a la línea oficial de la familia, reordenando las funciones de cada linaje después de traicionar y destruir a la única fuerza revolucionaria que amenazaba con destruir, precisamente, el sistema de linajes y castas eternas.

En *Faulkner, Mississippi,* Édouard Glissant propone una singular dicotomía que nos permite dar algo de contorno teórico a estas observaciones empíricas sobre la «blanquitud» y su oscuro origen feudal. «En las culturas *atávicas*», escribe Glissant, «(donde la comunidad se define por referencia a una génesis, a una creación del mundo a la que se encuentra absolutamente li-

gada mediante una filiación de padres e hijos sin interrupción, es decir, sin ilegitimidad), la relación ontológica con el territorio es tan estrecha que autoriza, no solamente a ampliar ese territorio –el colonialismo–, sino a prever, en función de la legitimidad de ese vínculo, lo que está por llegar, lo que se va a conquistar, lo que se va a descubrir, es el poder de la predictibilidad [...]. Las culturas *compuestas* nacen a partir de la expansión de Occidente, con el choque y la mezcla de tantos atavismos contradictorios. No generan ningún mito de creación del mundo, se contentan con adoptar alguno de los antiguos atavismos que les han sido propuestos. Para estas culturas compuestas la expansión colonial no estará naturalmente legitimada y tendrán que buscarse otras "razones"».

Entonces es la filiación directa, sin ilegitimidad, entre padres e hijos, la que permite reclamar una relación de dominación natural sobre un territorio. Y, por eso mismo, el origen de todos los males, la ausencia de un derecho para exigir la posesión de un territorio, proviene de la condición del bastardaje, de la mezcla, del revoltijo. Para nadie es un secreto que la blanquitud, como construcción cultural e histórica, es el resultado de esa dicotomía, pues lo blanco se define por una cierta asociación inmediata, auto-evidente, entre «limpieza de sangre» y derecho de posesión, entre «buena genética» y respetabilidad; las otras ficciones raciales y, sobre todo, lo negro, se situaron de manera violenta en un espacio donde no valía de nada reclamar una genealogía.

Uno de los objetos de escarnio en el chiste del sujeto transracial de *Atlanta* es la ansiedad de las culturas sin linaje que odian su condición (es decir, casi todas las culturas humanas en un mundo post-colonial), el deseo inconfeso de que, como en las telenovelas, el regreso de un orden natural de las dinastías –un orden que tal vez sólo existe en una cierta concepción *medieval* del mundo– nos otorgue un lugar garantizado ontológicamente. «¿Qué es Yoknapatawpha?», se pregunta Glissant, refiriéndose al mítico pueblo de las ficciones de Faulkner. «Un país compuesto que sufre por querer ser una comunidad atávica, y sufre aún más por no conseguirlo».

BÁRBARA

El año pasado, como parte de un proceso de duelo por la muerte de mi abuela Paulina, hice el ejercicio de transcribir unas notas manuscritas que ella me dejó en un cuaderno. Lo primero que, no sin esfuerzo, pude leer en su letra alambicada de persona sin

educación formal es lo siguiente: «Juan, cuando tenía doce años le pregunté a mi abuelita por qué nosotros no tenemos ancestros o familia como todos los demás y me contestó que porque ella descendía de una rama que la habían arrancado de un árbol muy frondoso y que creían que en invierno estaba contaminada y la cortaron y la arrojaron al viento».

Me llamó la atención, primero, que el texto iniciara con la fórmula de una carta, marcando la identidad del destinatario. Pero también que su relato dejara claro desde un principio que nosotros, nuestra familia, *no tenía ancestros*. En algún punto se había interrumpido el vínculo o, mejor, nos habían arrancado de cuajo como se talan las ramas enfermas de un árbol. «Me costó trabajo que me contara, pues nunca hablaba de su pasado», continúa la historia de Paulina. «La familia de ella eran sus hijos. Pero tanto insistí que me contó y me dijo que no la repitiera ni se la contara a nadie. Era tanta su desgracia y en esta sociedad tan hipócrita y en el tiempo de ella más y para qué darles a los demás armas para que le den en lo que más le duele, la madre de uno. La mamá de ella, Gertrudis Villaquirán Delgado, había sido hija de unos ricachones de los que buscaban una nana para que les criara cada hijo y a ella, a Gertrudis, la había criado una negra llamada Bárbara, que en el momento de los acontecimientos estaba casada con un albañil y vivía en Yanaconas. Pues bien, a los quince años esta pobre niña tan cuidada cayó en desgracia cuando, el honor de la familia, los machos la depositaban en la cuca de las pobres mujeres y ay de la que osara disponer de su sexualidad sin el consentimiento de toda la familia. Pues ella pecó y echó a rodar la dignidad de aquella ilustre familia por los suelos y para que no le mataran a la criatura se fue a refugiar al rancho de la negra Bárbara en Yanaconas, que fue la única que la amparó y la tuvo escondida mucho tiempo. Allí se quedó, después de tenerlo todo, viviendo de lo poco que podían conseguir. A los diecisiete años, con una hija a cuestas, se volvió a dejar engatusar y tuvo otro hijo que se llamó Luis Carlos Villaquirán y eso fue peor para esa pobre niña que no la dejaron madurar. Y el segundo también le falló. La empezó a consumir la pena moral hasta que se murió dejando dos niños huérfanos, sin más amparo que una pobre negra que a su vez tenía cinco hijos. Pues por el niño varón vinieron al fin unos familiares del papá y se lo llevaron a vivir, decía mi abuela, al extranjero. A mi abuelita no le gustaba contar ni recordar pues lloraba cada que se acordaba. Ella quedó, a los cinco años, al cuidado de la

negra, la cual tenía un hijo negro como ella. Los demás hijos eran más o menos blancos pues el marido de nombre Rubén era blanco. O mejor dicho, color indio».

Lo que mi abuela Paulina venía a revelarme en estas notas es algo que yo ya sabía desde hace mucho, pero que así, leído de su puño y letra, cobraba una dimensión nueva, más determinante si cabe. Mi familia comienza en un embarazo accidental de una señorita de buena familia caucana. La pecadora es expulsada del paraíso de las herencias por mancillar el honor de la estirpe con un hijo «natural», que es como se les solía llamar a los que nacían por fuera del matrimonio.

La joven Gertrudis, defenestrada, se va a vivir con su nana, la negra Bárbara, en un rancho pobre de Yanaconas, un caserío a las afueras de Popayán y, después de un segundo desengaño amoroso, muere y deja dos niños huérfanos, un varón y una nena. Al varón se lo llevan a vivir al extranjero y la abuela de mi abuela, Clemencia, crece con la negra Bárbara, como una hija más, en la más extrema pobreza.

«Origin is your original sin», ha escrito el poeta A. R. Ammons, «el origen es tu pecado original», unos versos que parecen dedicados a la abuela Clemencia y también a mi abuela Paulina, que se toma el trabajo de poner aquel relato por escrito en su cuaderno para conjurar ese pecado, para romper con algo que se sentía como una maldición familiar –el bastardaje, los hijos «naturales», sin acceso a las herencias, sin derechos territoriales, sin educación, cosas que se repitieron con precisión mecánica en las siguientes generaciones–, y en últimas, pienso ahora, para darme a elegir mi linaje, nuestro doble linaje como una línea discontinua y orgullosamente quebrada, a ratos fantasmal. Porque somos los hijos de la desgraciada Gertrudis, claro, la jovencita de buena familia que halló una muerte prematura tras ser amputada como una rama podrida. Pero somos también –y por encima de todo– los hijos de la negra Bárbara, cuyo apellido nadie recuerda. Mamá Bárbara. La que hizo posible que sobreviviera la abuela Clemencia y toda su estirpe de mujeres solteras, modernas y liberales que supieron hacer su vida de proletarias ilustradas sin falsos prestigios, sin apellidos, sin peones, sin tierras. Gracias a Bárbara existieron la hija de Clemencia, llamada también Bárbara, y finalmente mi abuela Paulina.

Bárbara, con toda seguridad hija y nieta de esclavos, dejó su huella en el carácter de todas esas mujeres.

A vos y solo a vos, Bárbara, que nos enseñaste a hablar, que nos enseñaste a estar en el mundo, a meter el cuerpo entre otros cuerpos, te lo debemos todo.

EL FANTASMA

Los linajes son un elemento esencial de las mitologías nacionales y a menudo en la literatura latinoamericana ha sucedido que las dos cosas -dinastía y patria- aparecieron juntas bajo el signo de una condena que va más allá de clases sociales y apellidos. Se trata de una condena cósmica, tan primitiva, tan sacada de la noche de los tiempos que no la vemos venir, a pesar de que se nos anuncia con toda clase de indicios. Desde las novelas de familias santiaguinas de José Donoso hasta la portentosa *El desierto y su semilla*, de Jorge Barón Biza, pasando por *Pedro Páramo, Cien años de soledad* o, más recientemente, por la virtuosísima *Temporada de Huracanes,* de Fernanda Melchor, para poner sólo algunos ejemplos, se exploran las distintas manifestaciones de aquella condena propia de unas culturas compuestas que sufren en su vano intento de convertirse en comunidades atávicas. Por otro lado, Glissant detecta en Faulkner -abuelo (i)legítimo de los novelistas latinoamericanos- otra figura de nuestro trauma: la imposibilidad de fundar, la fundación imposible, el imposible de la fundación, que a su vez da lugar al viaje errático. Y desde luego, uno puede experimentar ese viaje errático como una nueva faz de la condena, pero también es posible transformar esa errancia en una alternativa al sistema de dominio territorial, ejemplificado para Glissant en el juego del fútbol americano, donde hay que ir ganando terreno palmo a palmo, trazando una y otra vez las fronteras entre lo propio y lo ajeno. «El viaje errático», dice Glissant, «consiste en lo contrario: en la capacidad de mantenerse en vivo suspenso, lejos de certezas fundadoras y sistemáticas; es la pulsión de los héroes épicos hacia exteriores que reforzarán la raíz o compensarán su ausencia. Pero, ¿cómo? Afirmando o sugiriendo que la raíz y la ausencia son el mismo sostén, que el arraigamiento no debería ser excluyente ni permitir la proyección directa, el impulso de conquista. Precaución (el viaje errático como vértigo del arraigamiento) que los grandes libros fundadores establecían, y que sus adeptos en seguida olvidaron, reteniendo tan sólo la parte excluyente que esos libros manifestaban».

He aquí, en unas pocas líneas, un plan de fuga para evadirse de la Gran Condena Cósmica que la literatura latinoamericana, atrapada en una absorción acrítica de la metafísica de Faulkner, sigue reforzando como nuestro Destino manifiesto, como relato único que subyace a todos los relatos.

No sé si tenga mucho que ver, pero por alguna razón me parece pertinente contarlo ahora, a manera de cierre o de fuga, quizás.

Corría el mes de febrero de 2007 y viajaba en un autobús de regreso a Ecuador, después de haber hecho un largo viaje por el Pacífico colombiano. Mi plan era llegar a Quito y tomar un vuelo a la mañana siguiente que me llevaría de vuelta a Madrid. En la frontera de Rumichaca no tuve ningún problema. Simplemente me bajé del autobús, tomé un taxi que, por un par de dólares, me condujo hasta la terminal de transportes de Tulcán, en suelo ecuatoriano. No hice sellar mi pasaporte porque en aquella época tenía en España estatus de refugiado político (esa es otra larga historia) y, si las autoridades notaban o siquiera sospechaba mi ingreso a Colombia, habría perdido automáticamente mi condición de asilo. De modo que había pasado ilegalmente una temporada en mi propio país y ahora me encontraba cruzando una frontera que supuestamente no debía traspasar, so pena de convertirme en una especie de fantasma jurídico.

Compré un asiento en el siguiente autobús que partía en dirección a Quito. Por unos instantes tuve miedo de que alguno de los muchos policías que andaban por allí me pidiera mis documentos, pero fui sistemáticamente ignorado. Mi cara no debía de despertar sospechas. Al fin y al cabo, podía pasar por un turista cualquiera, con mi piel blanca y mi cara de portugués o de italiano promedio. Por unos segundos incluso me alegré puerilmente de aquel privilegio racial. Una vez que el autobús se puso en marcha volví a sentirme seguro. La huida seguía su curso. Recosté la cabeza en el cristal de la ventanilla y me adormilé con la imagen soñolienta del paisaje andino, con sus ordenados y florecidos cultivos de papa. Así, en ese estado de letargo, pasó casi una hora de camino.

De repente, el autobús se detuvo. Había un retén de la policía de carreteras ecuatoriana. Nos pidieron que enseñáramos nuestros documentos. No tuve tiempo de reaccionar o de preparar una táctica de evasión. El agente que examinó mi pasaporte sospechó de inmediato. Fui la única persona obligada a bajar del autobús. Abrieron el maletero para revisar mi equipaje. Tenía el

corazón desbocado, respiraba con dificultad y la voz me salía muy aguda cuando respondía a las preguntas agresivas de los policías.

Todo lo que vino después lo recuerdo en brochazos, sin ninguna claridad en el orden de los sucesos. Veo mi maleta abierta en el suelo, dos agentes arrojando por los aires el contenido, toda mi ropa, mis libros, mis papeles. Otro agente arrancándole hojas a mi pasaporte. Carcajadas de maldad y resentimiento en las que me pareció escuchar la música de la Condena. Usted no puede estar aquí, repetían, usted está infringiendo la ley. Yo me defendía tímidamente: estoy en Ecuador, tengo todo el derecho a estar en Ecuador. Sí, pero usted estuvo en Colombia, me respondían, usted estuvo ilegalmente en Colombia y eso no es legal. Me recuerdo llorando, tratando de negociar, lágrimas de rabia y de impotencia y de asombro por el odio, para mí inexplicable, que estos policías me demostraban. ¿Y a ustedes qué más les da lo que yo haga?, imploraba, fui a ver a mi familia, fui a viajar por mi país.

En esas apareció un superior y las risas de maldad cesaron al instante. Por un momento, pensé que me había salvado, pero aquel personaje era aún peor que los otros agentes. El hombrecillo, un señor de unos cincuenta años, incapaz de sonreír, me llevó a un costado de la carretera y me dio dos opciones: o les daba todo mi dinero o meterían cocaína en mi maleta y me llevarían preso, condenado por narcotráfico. Le van a caer, como mínimo, diez años de cana si no nos colabora. Y por supuesto, colaboré. Les di, o mejor, me quitaron todo lo que tenía, incluida la billetera con mis tarjetas del banco.

Luego me llevaron a un galpón con techo de zinc donde funcionaban sus oficinas ambulantes y allí me tuvieron esposado durante un par de horas. Querían asegurarse de que no llevaba nada indebido en mi equipaje, dijeron. Mi capacidad de protesta había desaparecido por completo, ya ni siquiera lloraba. Me habían sentado delante de un escritorio cubierto de papeles y yo sentía cómo mi interior se iba endureciendo a medida que pasaban los minutos.

Por fin apareció uno de los agentes y me quitó las esposas. Su maleta está ahí afuera, dijo, váyase rápido y no vuelva por aquí nunca más. La próxima lo encanamos por narcotráfico, como hacemos con todos los colombianitos como usted.

Lo siguiente que recuerdo es que me dejaron subir a un autobús. Había encontrado, como por milagro, quince dólares olvidados en un bolsillo interior de mi chaqueta. Con eso logré llegar

a Quito, registrarme en un hotel de mala muerte y llamar a mis padres en Colombia para contarles lo que acababa de sucederme.

Horas después todavía me temblaban las manos. Mi madre tenía amigos en Quito. Así conseguí que me prestaran cien dólares con la promesa de que, al llegar a Madrid, les devolvería el dinero a través de un giro de Western Union.

Esa noche, después de comer en una chifa, me metí a mi habitación del hotel y pasé horas inmóvil, sentado en un sillón de cuero barato. Sentí que, sencillamente, necesitaba quedarme quieto, escuchando mi respiración, la vibración de las luces eléctricas, los sonidos extraños que llegaban de otras habitaciones. Sobre una mesita aledaña reposaba mi cámara digital, un modelo viejo y pesado de mala calidad que los policías no quisieron llevarse. Supongo que debí de manipular sin querer algún botón. O al menos no recuerdo haber tocado la cámara en todo ese rato que estuve allí sentado. Unas horas después, pero a esas alturas ya nada podía sorprenderme, descubrí que la cámara había tomado por su propia iniciativa, sin que mi voluntad mediara en ello, esta fotografía:

(Colombia)

Marginalia

Por Carlos Fonseca

1

Nunca fui un gran lector. Demasiado distraído, decían los maestros y tenían razón: siempre había algo –un televisor mostrando un partido de fútbol, una ventana abierta en un chat– que capturaba mi atención y me sacaba del libro que tenía entre manos. Luego, al regresar, perdía el hilo de la trama y tenía que volver a empezar desde el principio. A decir verdad, tampoco hubiese leído aquel libro sino hubiese sido porque el guionista lo mencionó tres veces mientras describía el estilo que tenía imaginado para la película. Recuerdo que repitió varias veces la misma frase –«Algo simple. Como esas escenas mínimas de Raymond Carver en *What We Talk About When We Talk About Love,* detrás de las cuales late una leve tristeza. No Carver, pero algo así»–. El énfasis en aquellas escenas mínimas y la resonancia del extenso título habrá producido en mí cierta impresión, ya que esa misma noche, en plena batalla con el insomnio que me había arropado desde mi divorcio, recordé la conversación que había tenido esa tarde y decidí buscar el libro por internet. Me alegró constatar que era breve: apenas unas ciento treinta páginas. De seguro podría leer saltando de cuento en cuento, intentando evadir así mis distracciones. Tal vez, pensé irónicamente, aquellos cuentos me ayudarían a entender cómo mi matrimonio se había ido a la mierda en una impresionante espiral huracana que duró apenas un par de meses y de la que intentaba escapar mediante la producción de una película que era, más que nada, una especie de cura homeopática al mal de amores que afrontaba.

Me río ahora al pensar que sólo tuve que pagar setenta y dos centavos para llegar hasta la fascinante figura de Olivia Katz. Recuerdo mi asombro aquella noche al ver que Amazon mostraba quince copias usadas a menos de un dólar. ¿Cómo ganaban dinero aquellos vendedores? El absurdo precio me hizo decidirme por la copia usada, que un usuario de nombre *AB_BooksUS* ofrecía enviar desde Michigan. Setenta y dos centavos por el libro, dos dólares por los gastos de envío y el paquete estaría en camino. No tenía nada que perder. Presioné los botones adecuados y tres días más tarde, cuando ya el cansancio me había hecho olvidar todo aquello, mi secretario tocó a la puerta con el

paquete en manos. Al abrirlo, me sorprendió encontrar, inscrita en la primera página, un nombre y una dirección: Olivia Katz, 22 West Road, Michigan. Más abajo, una fecha: Enero 7, 1992. La caligrafía era elegante pero frágil, como las patas de un caballo. No tuve tiempo para pensar mucho más. El mismo secretario me distrajo, acompañado esta vez por una de las productoras de la nueva película. Así que puse el libro a un lado y le di la bienvenida, sin saber que acababa de adentrarme en la vida cuya fascinante excentricidad terminaría por separarme de aquel proyecto y de aquella productora.

2

No volví a abrirlo hasta dos días más tarde cuando, nuevamente presa del insomnio, intenté reconciliar el sueño leyendo algunas páginas del libro que según el guionista retrataba el estilo de la película que nunca filmaríamos. Al abrirlo, creí entender inmediatamente su precio: aunque el vendedor lo había publicitado como un ejemplar usado «with a worn up jacket but in a perfect state», el libro estaba profusamente anotado, hasta el punto que llegué a pensar que lo mejor sería tirarlo a la basura y comprar una nueva copia. Por fortuna, la curiosidad, amiga de la distracción, logró convencerme de lo contrario. Volví hasta la página inicial, donde días antes recordaba haber hallado un nombre y releí: Olivia Katz, 22 West Road, Michigan. Intenté imaginar la figura que habría esbozado Katz aquel invierno entre los nevadas paisajes del medio oeste, pero por alguna razón solo logré recordar la imagen de mi exesposa, sonriente entre las dunas del desierto de Arizona, en lo que sería nuestro último viaje juntos. Busqué distraerme leyendo algunos de los relatos de Carver, intuyendo que allí se hallaba, en clave, una posible explicación para nuestra desgracia.

Pintoreteados como estaban era difícil concentrarse en su lectura. El texto, subrayado con múltiples bolígrafos de distintos colores, parecía perderse entre el impresionante número de comentarios que serpentinamente lo enmarcaba. Recuerdo haber pensado que, más que una página, parecía una pintura. En más de una ocasión, incluso, me sorprendí mirando el texto hipnotizado, contemplando las formas que los comentarios de aquella febril lectora trazaban sobre el libro. Por más de tres horas estuve así, entrando y saliendo, brincando entre los relatos y sus comentarios, intentando entender la lógica que había llevado a aquella lectora a esbozar, sobre los márgenes de aquellos cuentos en los

que mujeres y hombres bebían, odiaban y amaban con absoluta confusión, un posible relato paralelo. Al principio pensé que se trataba de una ansiosa estudiante universitaria, esforzándose por sacar la mejor nota. Una serie de comentarios, que parecían hacer mención a experiencias biográficas que databan de 1960, terminaron por disuadirme. El tono de los mismos también me hizo descartar la otra opción imaginada: las glosas eran demasiado íntimas como para ser el producto de las inquietudes intelectuales de una profesora. Rechazadas las explicaciones más sencillas, pude adentrarme finalmente sin prejuicios en aquel enorme río de notas marginales que de alguna manera terminó por impulsar mi lectura. Horas más tarde, cuando terminé el último relato, me sorprendí al descubrir que el amanecer me había descubierto leyendo.

3

Al día de hoy, si me preguntan por los relatos de Carver, apenas puedo dar sinopsis vagas: un fotógrafo manco que retrata como héroe a un hombre común, una pareja que desde un viejo motel intenta olvidar a base de alcohol el inminente colapso de su matrimonio, otra pareja de edad media que mira con recelo las picardías de dos amantes jóvenes, un lago repleto de lubinas en el que un hombre decide ahogarse al enterarse de la infidelidad de su mujer.

Escenas mínimas, como había dicho el guionista.

Con respecto a las notas marginales tengo, sin embargo, una memoria tan resplandeciente y nítida como la mañana nevada que me dio la bienvenida tras aquella larga noche de lectura. Recuerdo, por ejemplo, la fijación que sus comentarios mostraban en torno a las escenas de pesca y, muy en especial, un comentario que parecía repetirse a través del libro: «Recordar las tardes de pesca junto al abuelo. Las horas que gastábamos mirando el vaivén del flotador sobre la temblorosa superficie del mar, intentando discernir si su estremecimiento se debía a un pez o a las mareas. El flotador, el único signo de un malestar más profundo». Ahora, habiendo visto citas similares esbozadas sobre los márgenes de cientos de libros, logro comprender cómo esa cita ya sugería la lógica subterránea que marca la obra secreta y silenciosa de Olivia Katz. Esa forma en la que, en sus apuntes, la biografía, la teoría y la escritura parecían confundirse, apuntando hacia un género todavía por nombrar.

Pero eso sería después.

Esa mañana, al pensar sobre lo que recién había leído, simplemente sentí que tenía razón. Recordé el rostro verde oliva de mi antigua esposa y nos vi a los dos en un remoto malecón, contemplando el turbulento vaivén de un mar entre cuyas aguas emergía, de vez en cuando, un flotador batallando contra la marea.

4

El sueño a veces llega por vías extrañas. No sé si habrá sido la resaca del descubrimiento o el cansancio producto de la noche de lectura, pero esa mañana caí rendido. Por primera vez en meses pude desprenderme suficientemente de mí y de mis problemas como para entregarme a esa dulce nada. Me levanté diez horas más tarde, con la ventana mostrando un atardecer nevado, confundido si era la mañana o ya la noche. El celular mostraba diez llamadas perdidas pero poco me pudo importar. Tal vez imitando los cuentos de Carver, tal vez aprovechando que en este caso la mañana se había convertido en noche, preferí servirme un vodka con naranja y de vuelta en la habitación, relajado, me limité a enviar un breve mensaje que decía: «Perdonen. He decidido tomar unos días de descanso. Salgo para Michigan esta tarde». Cerré el email con un *emoji,* como enviándolos a todos a la mierda y abrí el libro en la página donde aparecía la dirección a la cual recién había decidido que me dirigía: 22 West Road.

Un día más tarde un avión me llevaba camino a Michigan. Ahora que lo pienso reconozco que aquella súbita decisión de partir escondía más que nada una fuga. Buscaba olvidar, dejar atrás todo lo que había sido mi vida con ella, con Alice. Esa vida que todavía se empeñaba en cercarme por todas partes incluso cuando menos lo esperaba: la vaga memoria de su olor sobre la almohada, el encuentro imprevisto con la taza de té que siempre usaba, un par de medias suyas perdidas entre las mías, la sensación de su ausencia presente por toda la casa como una condena. Y es que la cosa era esa. Desde el divorcio creía verla por todas partes: de espaldas todas las pelirrojas en el tren eran ella, de lejos toda voz imitaba su cadencia. Mi viaje era, pues, una fuga y una distracción. Un desvío, pensé en silencio, mientras el avión llegaba a los diez mil metros y yo volvía a sacar el libro que me había servido de excusa para esconderme entre las nubes. En la portada se mostraba la esquina de una cama individual en un cuarto vacío, frente a una ventana abierta. Algo en la imagen me hizo pensar en los cuadros de Vilhelm Hammershoi, en la soledad de los perso-

najes que el danés retrataba siempre de espaldas, parados frente a ventanas que sin embargo nos negaban la imagen de un afuera. Pensé en un enigmático comentario que recién había encontrado hacía unas horas al margen de uno de los cuentos. Una nota breve que decía: «La intimidad: una falsa ventana. Recordar la primavera del 66». Y de pronto creí poder ver a Olivia Katz, en aquella primavera ya remota, contemplando a través de una ventana ese mundo que la hermética clave privada de su nota sugería a la vez que ocultaba. Sólo entonces comprendí la sensación que había tenido el día anterior, al toparme con sus apuntes: esa impresión de que algún secreto corría bajo su superficie y que yo sin querer estaba entrometiéndome en una intimidad ajena, como quien encuentra una puerta abierta y decide adentrarse.

5

Lo irónico era que exactamente eso iba a hacer: adentrarme en una casa ajena. El avión aterrizó a escasos minutos de la una de la tarde y, al cabo de media hora, sin saber muy bien que esperar, ignorando incluso qué le diría si ella misma se presentaba a abrir la puerta, un taxi me dejó frente a la dirección indicada. Una típica casa de los suburbios americanos que me hizo pensar en los escenarios de los cuentos de Carver. Un viejo Cadillac estaba estacionado frente al garaje y en el patio alguien había olvidado remover a tiempo las luces de Navidad y el trineo de Santa Claus. Toqué el timbre emocionado y nervioso, seguro de que allí vivía la mujer cuyas reflexiones me habían entretenido horas antes.

Abrió la puerta una joven con un bebé a cuestas.

Tal vez la hija, pensé, así que me atreví a preguntar por Olivia Katz. Puso cara de confusión y sentí que estaba a punto de cerrarme la puerta cuando pareció recordar algo y, pegando un grito, le preguntó a su esposo por el nombre de la mujer que solía rentarle el cuarto a su madre.

–Olivia, contestó el marido mientras bajaba las escaleras.

Era un hombre joven, rubio y fornido, que le hacía pensar a uno que en una película jugaría precisamente ese papel: el del hombre joven, apuesto, pero un tanto ramplón que, en plenos suburbios, intentaba batallar con el inevitable paso del tiempo. Olvia Katz, lo escuché repetir mientras se acercaba a la puerta y la coincidencia, más que alegrarme, terminó por mostrarme el absurdo de mi viaje.

–Pero ella murió hace un año, unos meses antes que mamá, añadió.

–¿La buscaba por algo?

Temeroso de que descubriese el sinsentido de mi viaje, no supe qué decir. En el incómodo silencio que se abrió entre nosotros, sentí que me miraba con recelo, mientras su esposa volvía a entrar en la casa con el bebé. Para salir de todo aquello, opté por una mentira que pronto se convertiría en verdad.

–Vengo por lo de la película, un documental que estamos filmando.

Justo cuando esperaba que me lanzase la puerta en la cara como a un loco, lo escuche decir:

–En ese caso entre, que afuera hace mucho frío.

–Tal vez así nos ayuda a deshacernos de tanto libro inútil.

Al día de hoy no sé exactamente qué le hizo pensar a aquel hombre que todo aquello hacía sentido. Sólo puedo admitir que su respuesta fue el primer anticipo, casi profético, de lo que vendría. Imagino que pensó que se trataba de un video que, a modo de homenaje, los compañeros de trabajo le dedicaban a una de sus empleadas más leales. O tal vez, como solía decir Alice, tanto tiempo en Nueva York había terminado por convertirme en un cínico, incapaz de entender la hospitalidad ajena. Lo importante es que mi respuesta pareció dar en el clavo e inesperadamente me vi en aquella casa en la que años atrás había pasado las horas la mujer cuyas notas marginales había leído hacía apenas un día.

6

Siempre se habla de las casas en las que los autores escribieron sus obras maestras. Pocas veces se detiene uno a imaginar la habitación en la que un humilde lector revive en la intimidad las palabras ya escritas. Recuerdo haber pensado en aquello mientras John, con el bebé a cuestas, me relataba la historia de aquella singular lectora. Según contó, Olivia Katz se había mudado allí diez años atrás. Su padre recién había muerto y él y su hermano, considerando que sería bueno proveerle compañía a su madre, preocupados también por su futuro económico, habían pensado que sería bueno alquilar el antiguo estudio de la casa. Esa misma habitación reconvertida en cuarto de bebé sobre cuyo sofá repleto de juguetes nos sentamos aquella tarde, ignorantes de que en torno nuestro, en una decena de cajas perfectamente empacadas, yacía escondida la monumental obra de la antigua inquilina. No

podíamos saberlo entonces, pero en esa docena de cajas que silenciosamente nos acompañó aquella tarde, se escondían varias de las joyas que yo descubriría más tarde. Lecturas anotadas de clásicos como el *Tractatus logico philosophicus* de Ludwig Wittgenstein, cuyas tediosas sentencias lógicas ella envolvía en una inspirada tragedia familiar, o bien las maravillosas notas marginales que le dedicaba a los *Diarios* de Kafka, confundiendo su existencialismo con una comedia digna de Monty Python, sin olvidar la forma en la que su lectura de *Don Quijote* parecía trazar, sobre los márgenes, una posible salida para el delirio neurótico del viejo caballero andante. Libros que usualmente me hubiesen parecido tediosos y extensos, y los cuales nunca hubiese llegado a leer sino hubiese sido por el estilo pícaro y juguetón con el que, con sus apuntes, Olivia Katz los convertía en algo más: en algo ligero y directo como una carta. Sin duda alguna, puedo decir ahora, su arte fue un arte epistolar. Una carta trazada sobre los márgenes de cientos de libros, dirigida a ese tú invisible que sin saberlo nos acompañó aquella tarde nevada, mientras el bebé lloraba y su padre retomaba por fragmentos la historia que había dejado a medias, pasando a explicar cómo, al cabo de tres días de puesto el anuncio en el periódico local, habían recibido la llamada de aquella mujer excéntrica, dulce pero reservada, que acompañaría a su madre por la última década.

Una mujer callada cuya única petición había sido poder montar una estantería para su biblioteca. Los mismos libros que ahora, añadió con cierta impaciencia, yacían empacados en las molestosas cajas que nos rodeaban. Tras su muerte, ignorando la existencia de familia inmediata y a sabiendas de que ella nunca aceptaría que estos fuesen descartados sin más, habían intentado venderlos. Marcados como estaban, sin embargo, valían poco, por no decir nada. Apenas habían logrado vender una docena de ejemplares a un librero distraído, uno de los cuales habría por casualidad llegado hasta mí. Pensé en comentarles aquello, en hacer mención de las fascinantes historias que, a modo de comentario, Katz construía sobre los márgenes de su biblioteca, pero preferí callar. Ocupados como estaban con el bebé, sentí que aquellas observaciones poca relevancia tenían en sus nuevas vidas. Los vi exhaustos pero felices y pensé brevemente en Alice. Tal vez un niño, me dije, hubiese salvado nuestra relación. Tal vez un niño hubiese servido de salvavidas para un matrimonio que, sin un horizonte inmediato al cual atenerse, había comenzado a naufragar en la alta mar de la mediana edad. Los vi allí, detestablemente

jóvenes y enamorados a pesar del cansancio y pensé que Olivia tenía razón cuando, sobre los márgenes de «After the Denim», uno de los cuentos de Carver, había apuntado: «Tú lo sabes: no hay peor fortuna para una pareja que verse reflejada en la juventud que se le escapa».

–Así que, si les sirve de algo, lléveselos –interrumpió el marido.

Sin saber qué más decir, acepté. Media hora más tarde, el propio John me ayudaba a montar las cajas en un vagón rentado, camino a una pequeño apartamento que, no muy lejos de allí, había logrado rentar por Airbnb. Recuerdo que se despidió efusivamente con un abrazo que me tomó por sorpresa y añadió:

–Cualquier cosa, siempre me puede contactar.

Y, sin explicar mucho más, me pasó una tarjeta en la que se leía: «John Dew, Lawyer, 76 Oxford Avenue, Michigan». Desde la puerta, su esposa Ivonne se despedía entre sonrisas, dirigiendo la mirada del niño en dirección mía. Sonreí de vuelta, consciente de que algo en mí hubiese querido tener aquella afable existencia.

7

Lo que sigue, la larga estela que lleva de aquel inesperado descubrimiento al documental que hoy mostramos, comienza esa misma tarde cuando, ya en el apartamento, me atrevo a abrir las cajas y hallo un centenar de libros tan profusamente marcados como la copia de Carver que me había llevado hasta allí. Puedo admitir ahora que nunca he leído tanto como lo hice durante aquella semana. Copias de Faulkner, de Cheever, de Mansfield, de Joyce, sobre cuyos márgenes Olivia Katz había esbozado, a modo de carta, un sinnúmero de historias paralelas. Recuerdo mi sorpresa al descubrir que cada copia estaba firmada. Entre las páginas titulares de cada obra, ella se había encargado de esbozar una dedicatoria:

Para Alberto Carro, esta historia de fantasmas.
Para Josephine Tennant, esta confesión.
Para Michael Gambino, sin excusas.
Para Cynthia Toledano, esta breve algarabía.
Para Ari Peleg, esta carta en clave.

Cientos de dedicatorias que, de alguna manera, marcaban el umbral de ese reino privado con el que había tropezado sin querer. Una comunidad de seres cuyos nombres, distantes y abstractos,

me acompañaron esa semana mientras me adentraba en su insospechada obra. Recuerdo que poco a poco comencé a hacerme una idea de aquella mujer y de su relación con los nombres que puntuaban sus libros. Noté que algunos de ellos volvían a aparecer en las notas marginales de otras obras e intenté vislumbrar el mundo al que hacían referencia. Al cabo de dos días de lectura, me hice una imagen clara de Olivia Katz. La lógica del lugar común me hizo imaginarla como una mujer judía de tez blanca, de gafas oscuras y hablar pausado, que, desde su cuarto en el medio oeste, buscaba en los libros el puente con un pasado ya remoto. La mayor parte de sus notas hacían mención a eventos ocurridos en los sesenta y los setenta, lo cual me hizo imaginarla como una gran nostálgica. El descubrimiento, al cuarto día, de una fotografía suya entre los ejemplares de la última caja, terminó por contradecir esa breve ilusión. Alguien –tal vez el propio John– la había metido entre las cajas y allí, perdida entre tanto libro, la había encontrado yo. Para mi sorpresa, no había semejanza alguna entre la imagen que me había hecho de ella y la verdadera Olivia Katz. Era mucho más morena de lo que imaginaba y en sus ojos creí reconocer ciertos rasgos latinos. Pensé que tal vez me equivocaba pero el reverso de la foto confirmó mis sospechas. Alguien, en una caligrafía distinta a la suya, había escrito: «O. Katz, August, 1979». Su mirada inspiraba confianza y su rostro no estaba desprovisto de belleza.

Desde ese momento, me empeñé en hacer coincidir el rostro con la obra. Busqué encontrar en aquella abundante marginalia las claves para llegar a entender esa vida de la cual conocía tan poco: apenas un retrato que me increpaba mudo desde la distancia y algunos datos mínimos de su estadía en Michigan. Más de una vez pensé en llamar a John Dew, pero lo imaginé ocupado en su nueva faceta de padre. Más interesante, me dije, era llegar a la vida a través de los rastros mínimos que, a modo de silenciosas huellas, había plasmado Olivia Katz sobre un centenar de libros. Más divertido, pensé, era llevar al límite la intuición de que aquellas notas eran en realidad cartas nunca enviadas. Sentarse a leerlas como un biógrafo se sentaría a leer las cartas de su héroe de guerra. Y así me entregué a la lectura con la pasión de aquel que intuye que inmiscuirse en la vida de los otros es otra forma de olvidar las propias penas. Busqué en la nieve de Michigan el olvido que no había sido capaz de hallar en Manhattan e inesperadamente lo hallé. Durante esa semana el recuerdo de Alice pasó a ser meramente un eco lejano

perdido entre ese laberinto de notas que cada vez me regalaba una imagen más viva de Olivia Katz. Pocas veces en mi vida estuve tan solo como durante esa semana y, sin embargo, pocas veces me sentí tan acompañado. Me despertaba a las siete y con el amanecer apenas despuntando salía a dar una caminata por los nevados senderos del bosque cercano hasta que, llegadas las ocho, regresaba al apartamento y me entregaba a la lectura: brincaba de nota en nota, trazaba patrones, hacía apuntes. Jugaba a ser el detective privado que intenta entender la lógica que se esconde tras el código: la selección de colores, la relación de las dedicatorias con los textos, el secreto que, a modo de crimen, yo sentía se ocultaba tras aquellas páginas.

Incapaz de hallar la figura en el tapiz, sentí sin embargo acercarme un poco. Comencé a distinguir los temas que atravesaban su obra con la nitidez opaca de las ideas fijas: su propensión hacia las metáforas de pesca e insomnio, la reducción de tramas enteros a instantes críticos, la fascinación por los paisajes desolados. Creí distinguir que para ella la literatura era una modalidad del arte de la fuga y que, a pesar de sus intentos de cambiar constantemente de estilo, según el título en cuestión dictaba, la sombra de su estilo quedaba retratada en aquellos momentos en donde relajada la pluma mostraba sus tics: creí encontrarla en su repetido uso de la expresión «as if it were a matter of», en su atracción un tanto afectada por las ruinas y en su propia inseguridad al momento de utilizar adjetivos. Las personas se distinguen, pensé, por sus tics, por sus manías, por sus excesos. La obra de Katz era sin duda excesiva y dramática, pero no por ende menos perfecta. O tal vez, más importante aún, cabría decir que su obra marginal no aspiraba a la perfección sino a imitar el golpe de efecto de la propia vida. Durante esa semana, me dejé llevar por las corrientes internas de aquella obra tan singular como excepcional, consciente de que tras ese *tú* al que parecían dirigirse sus apuntes, parecíamos estar todos nosotros. Al cabo de una semana, consciente de que la soledad en abundancia nunca me hacía demasiado bien, decidí regresar a Nueva York, no sin antes asegurarme de que la biblioteca viajara junto a mí. Y así emprendí el camino de vuelta, convencido de que nunca filmaría la película que paradójicamente me había llevado hasta allí, sino un documental sobre aquella obra marginal cuyo sentido parecía esconderse detrás de un único retrato opaco. Durante el viaje, recuerdo haber analizado con cautela aquella fotografía, como quien intenta buscar tras el rostro la máscara.

8

El documental lo rodamos en la primavera y ya para el siguiente diciembre estaba en salas. Fue entonces que comenzaron a llegar los mensajes. Gente que decía haberla conocido, remotos amigos alegres de finalmente haberla ubicado, familiares lejanos que se quejaban de no haber sido notificados de la producción. Recuerdo haber pensado entonces que, sin quererlo, la película había logrado su cometido: convertirse en un *anti-documental*. Fiel a mi intuición inicial, me había propuesto llegar a la persona a través de su extrañeza en vez de mediante el testimonio de sus conocidos y de alguna manera lo había logrado. Una sola fotografía y la exposición narrada de sus notas marginales habían bastado para provocar las docenas de cartas, *e-mails* y llamadas de aquellos que decían tener algo que decir sobre aquella mujer, empezando por su nombre. Según la mayoría, la persona que aparecía en la imagen que daba pie al filme no era Olivia Katz, sino Carolina López de Victoria, nacida no en Michigan, sino en la provincia de Coronel Vallejos, a las afueras de Buenos Aires.

Conmovido por aquella información, deseando llevar al límite la insensata lógica de mi proyecto, decidí mostrar la película en Coronel Vallejos. A mediados de enero, aterrizamos en Buenos Aires, cuyo imponente sol parecía el reverse idéntico de la nieve que recién habíamos dejado atrás. Dos días más tarde mostramos la película como parte de un festival de documentales. Era una sala pequeña y no llenamos ni la mitad de los asientos. Tras la sesión, contestamos tres o cuatro preguntas aburridas en el Q&A y estábamos por irnos cuando vi acercarse tímidamente a un hombre mayor. Iba vestido impecablemente de lino azul y en su pronunciación de las erres se intuía un linaje francés. Se presentó como Antonio Dubois y de inmediato me increpó. Nos acusaba de haber llegado al pueblo a levantar demonios olvidados. Nadie quería saber, según él, de la ingrata figura de Carolina López de Victoria. Mucho menos de Olivia Katz. Recuerdo que por momentos se mordía la comisura de los labios, como buscando las fuerzas con las cuales contar esa historia que tanto tiempo habría mantenido callada, pero que ahora, tal vez a raíz del documental que acababa de ver, contaba con un tono indeciso, a medio camino entre la cólera y la compasión.

Por allá de los años sesenta Carolina, hija de uno de los grandes empresarios de la región, se había comprometido, a petición de sus padres, con su hermano Patrick. Siempre había sido una chica buena, dijo con condescendencia, sugiriendo lo que luego

vendría a explicar. Carolina nunca quiso a su hermano y si aceptó fue para mantener las apariencias. Debe entender, recalcó, que para ese entonces las cosas eras distintas a lo que son ahora. Ahora nadie parece importarle las palabras de los padres y el qué dirán, pero para ese entonces eran palabra sagrada, al menos acá, en la provincia. Pero a Carolina, callada como siempre, le había dado por leer novelas gringas y en ellas había encontrado la posibilidad de otros caminos. Por esos días, se enamoró de Pancho Martínez, un *jockey* del pueblo, y, ante la negativa de sus padres, decidió tomar el único camino posible. Cortó la boda a menos de un mes de realizarse y se fugó, primero a Buenos Aires y luego, cuando noto que los cuatrocientos kilómetros que separan Coronel Vallejos de la ciudad capital no eran distancia suficiente, decidió cambiarse el nombre y huir a Estados Unidos. Así comienza la historia que usted no sabe, replicó, mientras sacaba un pañuelo para secarse el sudor. Es el verdadero principio de la historia que usted busca a ciegas y que para mí termina el día que mi hermano se topa al *jockey* por la calle y, reprochándole lo sucedido, se gana un disparo. Nunca volvió a caminar bien el pobre de mi hermano tal y como nunca volvimos a ver a Carolina López de Victoria. Y usted se atreve a venir acá a despertar fantasmas. Gracias a dios que mi hermano está muerto, terminó por decir y, sin darme la palabra ni esperar respuesta, retomó lentamente el paso hacia la salida.

Esa noche no supe cómo reaccionar a esa historia. La tomé como lo que era: una historia melodramática, excesiva, probablemente falsa. La historia de un hombre que desde la provincia busca cierto protagonismo. La idea, sin embargo, me gustó: la noción de un evento que lo hubiese cambiado todo, marcando el antes y el después que separaba a Carolina López de Victoria de Olivia Katz. En los meses que le siguieron a aquella función, recibí algunas cartas más, cada cual con variantes de aquel relato. En algunas la discrepancia con su comprometido tenía que ver con la negativa de López de Victoria a tener hijos, en otras el *jockey* era realmente un pequeño contrabandista de la región, en una de las variantes incluso el jockey resultó ser el propio Antonio Dubois. Poco importó. Lentamente, la imagen de aquella joven que un día decidía dejarlo valientemente todo atrás y darse a la fuga siguiendo las novelas que había leído se convirtió en una forma de comprender mi propio divorcio: a nosotros nos había hecho falta esa intensidad y esa valentía. Habíamos dejado que nuestra relación navegase a la deriva, sin tener la bravura de confrontarla de frente. Y seguí creyendo en esa versión por mucho tiempo,

hasta que, tras una función de Roma, un espectador, furioso ante tanto melodrama, recalcó que todo eso eran puras conjeturas y que tal vez Olivia Katz simplemente se había levantado cansada de ser ella misma y había decidido empezar de cero. Yo me limité a escucharlo y pensé que tenía razón: volver a comenzar también es un derecho.

P. D.
Ahora que lo pienso, esta breve nota, con la que pensaba explicar cómo llegue a filmar *O. Katz, August 1979,* bien podría ser una nota marginal como las que ella le dedicó a los cuentos de Carver. Una nota que bien podría haber sido esbozada sobre los márgenes de *Gazebo* o de *Little Things*. Una nota escrita sobre los márgenes de mi divorcio.

(Costa Rica)

El barbero de Hialeah

Por Carlos Manuel Álvarez

La cuchilla rasuraba la mejilla derecha. La piel era más blanca debajo de la barba tupida y la mano de Barbero tembló en ese momento. No supo si quería seguir. Pensó alguna excusa, pero no se le ocurrió nada convincente. No podía dejarlo a medio afeitar. Fue hasta una nevera pequeña que tenía en el salón y se sirvió un vaso de agua. No soltaba la navaja.

Cliente preguntó si pasaba algo. Barbero le dijo que enseguida estaba con él. Miró la habitación, intentó adquirir conciencia del lugar en que se encontraba, aunque esa conciencia ya estaba adquirida. Había una cama destendida en una esquina, pelos en el suelo, toallas dobladas sobre una banqueta de plástico. Había una repisa con cremas de piel, lociones y peines, cuchillas en sus estuches.

El reflejo de otra navaja plateada brillaba en el espejo que estaba colgado en la pared, encima de la repisa. Sobre el sillón giratorio, Cliente permanecía envuelto en una manta negra sintética que le cerraba en el cuello y le cubría el cuerpo hasta los tobillos. Sus botas desteñidas se apoyaban en el descanso del sillón.

La barbería quedaba en Hialeah, en el cruce de la 16Ave y la 60 St. A Barbero le llamó la atención que Cliente llegara caminando. Todos se movían en auto por aquella zona.

El barrio era tranquilo. Casas aplastadas, pintadas por lo general de marrón o amarillo oscuro, con techos de tejas a dos aguas. Había jardines sucios, cocoteros tupidos, pequeñas cercas de aluminio oxidadas, buzones rotos en las aceras y un parqueo frente a cada entrada para dos o tres carros a lo sumo.

El sol derretía la calle la mayor parte del día. Era un barrio pobre, cargado de inmigrantes. La gente allí trabajaba en la construcción de nuevos edificios en el Downtown, manejaba camiones de mercancías hasta Tampa u Orlando, o lidiaba por ocho dólares la hora con los drogatas y los *homeless* hambrientos que peregrinaban hasta los Denny's y los McDonald's abiertos durante la madrugada. Tipos que pagaban su sándwich y su soda con las monedas de distinto valor que rastreaban de un bolsillo a otro y que luego contaban una por una sobre el mostrador del establecimiento.

Una barbería de ese tipo era una rareza. Normalmente la gente iba a salones de estética cargados de letreros y espejos, a sitios que inspiraran seguridad, pero Barbero cobraba poco y el término estilista no le quedaba grande.

Trabajaba en la sala de su casa, paciente, como si sus cortes fuesen a salir en una revista de modas y no fuesen sólo cortes en cabezas de gente que a nadie le importaba. Las cabezas de sus paisanos, las cabezas de los centroamericanos, las cabezas de las pandillas de adolescentes afroamericanos de los barrios contiguos, ya fueran Brownsville o Gladeview.

Con frecuencia, los autos de segunda mano hacían fila en la calle porque el estacionamiento no bastaba. Llevó años alcanzar una estabilidad que a Barbero le permitiera, al menos, pagar la renta con puntualidad y darse pequeños lujos como comprar cervezas en las noches del fin de semana y bebérselas mientras veía alguna película de HBO o algún musical de MTV.

Las luces apagadas, las imágenes azuladas de la televisión invadiendo su ánimo, reflejándose en las paredes de la habitación.

En los últimos tiempos también había empezado a comprar boletos para los juegos de los Marlins de la Florida, una franquicia reciente en la ciudad, con menos de dos años de vida. Barbero había llegado a Miami hacía casi quince años, con el primer éxodo. En ese entonces la ciudad no tenía ningún equipo de béisbol en el máximo nivel.

Atravesó el mar en un yate, hacinado en la cubierta junto con otros cincuenta emigrantes. Pero no iban ellos solos, había muchos más yates alrededor, sumaban cientos de miles de fugitivos. Llegaron a Miami con el salitre metido en la carne y la piel pegada al hueso.

Los albergaron en carpas verde olivo, rodeados por una cerca perimetral. Las carpas estaban en el Downtown, justo debajo de las columnas de soporte de las *expressways* por donde se movía toda la ciudad, la gente yendo y viniendo de sus casas y trabajos en sus carros particulares. Un mundo que durante los primeros meses a Barbero le resultaba ajeno, y que envidiaba.

Le dieron una colcha, una sábana, dos fundas. Se aseaba en los lavaderos públicos del campamento y el día le iba construyendo planes que se venían abajo en cuanto empezaba a caer la noche. Había tendederas que iban de una carpa a otra, pero la ropa, por más que se lavara, seguía tiesa y percudida.

La basura se amontonaba en los bordes de la cerca y en los exteriores de las carpas. Se mezclaban los maricones, los delin-

cuentes, los extorsionadores y los derrotados. El SIDA aún no aparecía, pero en cuanto apareciera, unos pocos años después, iría directo a buscar a mucha de esta gente.

Barbero se preguntó en qué podía ganarse la vida. Le llegaron algunas ofertas que rechazó. En su país había vivido arreglando las fosforeras reciclables de los fumadores del pueblo. Cargaba, desde su casa, con un banco y una mesa plegable y trabajaba hasta el mediodía en el parque municipal, a un costado de la iglesia, bajo la sombra de los árboles.

A veces repasaba aquella postal y le parecía imposible tanto que alguna vez ésa hubiese sido su vida como que alguna vez, de repente, hubiese dejado de serlo. Los policías le pegaron una patada a su mesa plegable, las fosforeras rodaron por el suelo. Lo que él hacía ya no se consideraba un trabajo.

Tenían razón. Ahora en Miami no podía dedicarse a arreglar fosforeras. Aquí, si una fosforera se rompía, se botaba. En las carpas nadie se pelaba y pocos se pasaban cuchilla. A Barbero le pareció haber descubierto un tesoro cuando se dio cuenta, mirando a sus compañeros y mirándose él mismo en espejos de mano que solían pasarse entre ellos cada mañana, que a la gente le crecía el pelo en todas partes. Eso era algo que ningún país podía evitar. Si aprendía a pelar, podía sobrevivir donde fuera.

Comenzó a practicar en el campamento, algunos voluntarios se ofrecieron. En aquel sitio un mal corte era lo de menos. Igual no hubo ningún mal corte. Luego, Barbero pensó que se le pudieron haber ocurrido muchas otras formas de buscarse la vida, pero que evidentemente se le ocurrió aquélla porque pelar era lo que él sabía hacer.

Cuando salió del campamento, ya contaba con una base de clientes que lo siguieron hasta su casa en Hialeah. Esos clientes fueron diciéndoselo a otros potenciales clientes, que pertenecían a la misma familia aunque no hubieran cruzado el mar de aquel modo, ni vivido durante meses en un campamento ubicado en el corazón de la ciudad. ¿Quién lo pelaba a él? Nadie, y la barba apenas se la retocaba.

En algún momento pensó abrirse a otros grupos, ganar en lujo, pero entendió que tenía su marca de origen y que no podía escapar de ella. Por eso, cuando Cliente tocó en su casa, pasado de hora, Barbero lo observó y supo que la suya era la barbería para un sujeto así, alguien que no tenía posibilidad en casi ningún otro sitio de la ciudad.

Traía el pelo por los hombros, reseco. Las puntas muertas, quemadas por el sol. La barba hirsuta y cerrada sobre la superficie de su cara, parecía un hongo venenoso. Aquello se lo estaba comiendo. Sólo quedaba espacio para una nariz abochornada y unos ojos diminutos y azorados, seguramente porque imaginaban, los ojos, que en cualquier momento también ellos serían tragados.

–Acabo de llegar –dijo Cliente–, me dijeron que podía venir contigo.

–¿De dónde llegas?

–Del mar.

Barbero no preguntó más.

–Siéntate por ahí, ahora te atiendo.

Ya había guardado sus instrumentos, pero volvió a sacarlos de la gaveta de la repisa. Dos navajas, un peine rojo y una tijera que se puso a afilar.

–¿Cuántos son?

–Muchos, no podría decirte.

Barbero había escuchado las noticias sobre el segundo éxodo, aunque sin demasiado interés. La gente se estaba largando en balsas a la desesperada, el mar había quedado infestado de muertos.

Los extremistas hablaban de las aguas rojas del océano, pero Barbero, que había conocido el mar, sabía que ningún agua se pone roja. Suceda lo que suceda, el agua siempre se mantenía azul oscura o negra, y todo era tragado y asimilado sin contratiempos ni cambios de coloración.

–Ha sido terrible.

–Para algunos.

Pero no sabía mucho, sintió curiosidad.

–¿Para ti no?

–No tanto.

–Estás requemado –dijo Barbero, y examinó con calma los brazos de Cliente.

Le pidió que se sentara en el sillón, le abrochó la manta negra al cuello, le roció el pelo con agua y lentamente fue metiendo sus dedos y desenredando.

–¿Tienes familia aquí?

–Ninguna.

–¿Y conoces a alguien?

–¿En este país? A nadie –Cliente hizo una pausa–. Bueno, conocí a un gringo, pero allá. Manejaba una camioneta y por un tiempo fuimos amigos.

–¿Un gringo que vivía allá? –preguntó Barbero, un tanto asombrado.

–Sí, ¿quieres te cuente?

–No, déjalo. No me interesan los gringos. Prefiero saber cómo llegaste.

–Mi grupo fue rescatado en cuanto salimos, a unas pocas millas de la costa –dijo Cliente.

La tijera hizo el primer corte. Los pelos rodaron por la manta negra y cayeron sobre las botas de Cliente, que respiró aliviado. No podía sentirse en un nuevo país mientras no soltara aquella carga. De algún modo, Barbero era el único que podía darle la bienvenida.

–Unos barcos nos recogían y nos llevaban a la base de Guantánamo –continuó.

–Ésa es una diferencia importante.

–¿Con qué?

–Con el primer éxodo.

–¿Tú eres del primer éxodo? –preguntó Cliente e intentó voltearse.

–Trata de no moverte –dijo Barbero. Luego respondió: –Sí, del primero.

Cliente sintió el filo metálico de las tijeras actuando sobre su cabeza, un sonido seco que entraba y salía.

Intentó no seguir moviéndose, pero se movió. Barbero se detuvo.

–Nadie te recogía en el primer éxodo.

–A nosotros sí. Nos tuvieron meses en la base. Luego nos han ido soltando, pero poco a poco.

–¿Y qué hacían en Guantánamo?

–Enfermarnos, perder el tiempo. Algunos se ponían a jugar ajedrez con los guardias gringos.

Las tijeras volvieron a cortar. Los dientes del peine rojo lastimaban el cuero cabelludo de Cliente.

–¿Y qué más?

–Me hice amigo de uno de los tipos que jugaba ajedrez. Era entretenido, tenía cosas para decir. Me contó sobre un amigo suyo, un ajedrecista muy bueno de Centro Habana que no había querido irse. Aunque no lo creas, hay gente que no quiere irse.

–¿Y?

–Lo llamaban el Vagabundo de la Nimzowitsch.

–Da igual. ¿Qué más?

–Más nada.

–¿Cuánto tiempo estuviste ahí?

–Tres meses, pero hay quien lleva un año.

–Te aburrías, seguro –los instrumentos se movían con destreza de una mano a otra.

–Había grillos. Quise matar algunos en la noche, pero nunca pude matar ninguno, y cada vez parecía haber más.

–Ah, grillos. Son graciosos los grillos.

–Una vez hubo un concierto.

–¿Y qué tal?

–Me mantuve en una esquina. La gente se divirtió.

–¿Tú fumas?

–Sí, pero allí los cigarros eran contados.

–Igual podías fumar.

–Sí, sí, pero pocas veces, ya te digo.

Barbero se imaginó a Cliente en una esquina de la base, lejos del concierto, fumando un cigarro con aire desahuciado y el hombro apoyado en una pared.

–¿Fumaste el día del concierto?

–¿Y esa pregunta?

–Una como otra.

–No lo sé, no recuerdo –dijo Cliente, medio asombrado–. Era un fastidio. Llovía casi todo el tiempo y el fango entraba en los zapatos.

–¿De qué era el concierto?

La tijera se metía ahora en el desfiladero entre la cabeza y una de las orejas para cortar unos pocos pelos largos que se resistían.

–Creo que de salsa, pero salsa política. Eso no sirve para bailar.

Barbero se empezó a reír.

–¿Pero te emocionaste?

–Bueno, sí, me emocioné, pero la intención era divertirme.

–¿De dónde era el grupo?

–De aquí, pero terrible.

–¿Cómo llegaron a Guantánamo?

–Los llevaron en helicóptero, creo. Debió haber salido en la prensa.

–No me enteré.

El líquido espeso de la noche entraba despacio en la barbería.

–Uno de nosotros se escondió en el helicóptero y estuvieron a punto de traerlo a Miami sin querer.

–¿Cómo lo hizo?

–No sé, pero le costó caro. Lo descubrieron y todavía está allá.

–¿Y el resto?

–Tal vez la pasaron un poco mejor, pero nadie la pasó bien allí, lo que se dice bien.

Barbero sintió que se estaba demorando mucho. Ya debía haber terminado con el corte. Cliente tenía la cabeza demasiado grande. Además, su tono de repente empezó a molestarle.

–La verdad es que no suena tan mal –le dijo.

–¡Cómo no suena tan mal! –la voz de Cliente se volvió aguda. Una voz comprimida que salía por un conducto estrecho.

–Estaban a salvo. Tenían música.

–Era salsa política.

–¿Qué es la salsa política? –preguntó Barbero–. ¿Qué quieres decir con eso? Me desespera un poco.

–Algo que no se puede bailar.

–Pero, ¡cómo bailar, hombre! ¡Estás emigrando! ¿Quién está pensando en bailar?

–Me deshidraté varias veces, me intoxiqué comiendo ají.

–Pisabas tierra, dormías en un lugar firme –Barbero se había separado dos pasos de Cliente. De nuevo había dejado de cortar.

–Ají solo.

–Pisabas tierra.

–Intentaron violarme –dijo Cliente en un suspiro–. Y los grillos.

Las tijeras brillaban en la mano de Barbero. Por un momento, ambos se fijaron en esa luz.

Barbero pensó en sus ampollas durante la travesía. La piel reventada en las noches de altamar, como si su cuerpo entero fuese la yema de un dedo. No sabía dónde ponerse, cómo acomodarse. Detalles que no tenían nombre y que luego iban a quedar resumidos en la idea de algo llamado primer éxodo. Pero primer éxodo, pensaba Barbero, no quería decir nada.

Recuperó la calma. No tenía por qué discutir.

–Te digo que Guantánamo no estaba tan mal –concluyó.

Cliente guardó silencio. Barbero volvió a lo suyo. Se estaba arrepintiendo de haber aceptado pelar a esa hora. Lo

habían puesto a pensar en cosas que no tenía que estar pensando.

Después de que los policías patearan la mesa plegable, Barbero se metió en su casa y estuvo semanas sin salir. Bebía café en un juego de tazas de porcelana heredado de su familia, que para ese entonces no vivía con él y que seguramente no vivía ya en ninguna parte. Caminaba descalzo por el pasillo y los cuartos, y su viaje no parecía terminar nunca. Sus pasos resonaban dentro del hueco de la casa. Un peso más grande que el de su propio cuerpo estaba pisando con él.

La luz chillona del pueblo le caía encima a través de un arco de vitrales color mate y naranja. Las ventanas permanecían cerradas. En ocasiones, el café se le derramaba y el suelo se ponía viscoso y entonces Barbero se quedaba pegado a la mancha de café.

Llegaban ruidos desde afuera. Derrumbes, mucha gente gritando lo mismo, un rugido que no se entendía. Pisadas fuertes en la calle. A veces le parecía escuchar el sonido de algo que se rompía, pero que se rompía no una vez, sino muchas, y que no acababa de romperse del todo.

Cierta noche una piedra reventó uno de los vitrales y entró un frío eterno por ahí. Ahora ese frío seguía presente. Subía por la tijera y se metía en sus dedos y lo empezaba a congelar.

Cliente se miraba en el espejo de reojo, recuperaba la confianza e intentaba armar de nuevo una conversación. Fuera del movimiento de sus manos, Barbero no ensayaba ningún gesto, y Cliente no sabía si Barbero escuchaba o no, pero decidió que no iba a preocuparse por eso.

–Al segundo éxodo no hubo que expulsarlo –dijo–. Ya habíamos aprendido algo.

Otra piedra rompió otro vitral. Barbero entendió que tarde o temprano tendría que dar la cara. Le estaban diciendo que ellos podían esperar toda la vida y que de tanto en tanto iban a enviar una piedra para recordarle quién estaba dentro y quién fuera. Ésa, pensó Barbero, era la lección más importante que le hubieran enseñado alguna vez.

–¿Has escuchado sobre el experimento de la rana y el agua caliente? Te piden que seas la rana, pero no puedes ser la rana.

No esperó una tercera piedra. Cuando salió de la casa, vio muchas personas frente a él y carteles que no podían ser leídos. La luz blanca de la mañana le cerraba los ojos.

–Pones una rana en un caldero con agua y empiezas a calentarlo. La temperatura sube y la rana empieza a ajustar su temperatura corporal a la temperatura del agua.

Más tarde todo seguiría su curso. Lo llevarían a rastras por calles conocidas, lo golpearían, el aire le iba a faltar, pero a Barbero le había parecido, en el primer momento, que iba a quedarse parado toda la vida en el portal de su casa. Y eso seguía siendo peor que lo que vino después.

Usaba su mano como visera para tapar el sol. El cuerpo echado a un lado, la puerta entreabierta, la calle tomada por el gentío.

–La temperatura sigue subiendo y la rana sigue ajustando y, cuando el agua se pone en ebullición, la rana no puede ajustar más. A esa hora quiere saltar, pero ha gastado toda su energía regulando la temperatura de su cuerpo.

Creyó reconocer a un par de viejos compañeros de escuela y a algunos conocidos fumadores que visitaban el parque. Aunque el cuadro general seguía borroso y aún le parecía que nadie tenía cara.

–La rana no puede saltar ya. Está sin fuerzas, cocinándose en el agua.

No sabía qué decir, y preguntó si alguno quería que le arreglaran la fosforera. No le contestaron. O si querían un vaso de agua. Tampoco. ¿Querían conversar? ¿Qué querían? ¿Que le dijeran qué querían?

–Quieren que sigas regulando la temperatura corporal, pero ya no puedes más y te van a hervir –insistió Cliente y se sacudió la manta. Se puso de pie y se miró en el espejo. Luego volvió a sentarse en el sillón giratorio–. Hay que saltar desde el primer momento, no hay que adaptarse a nada.

–¿Por qué no saliste en el primer éxodo? –preguntó Barbero.

–Cosas –dijo Cliente, tajante.

En un punto, sin embargo, Barbero terminó viendo todo lo que le hacía falta ver. Vio cada una de las caras por separado, como partes que no se podían enmascarar en el conjunto. El gentío se sintió descubierto y, con la embestida, el momento se destrabó.

–Nadie saltó de la olla más rápido que ustedes –dijo Cliente.

–La cobardía es inteligencia –respondió Barbero.

Luego comenzó a afilar una de las navajas. Reclinó el espaldar del sillón. Le dijo a Cliente que se echara hacia atrás. Cliente comentó que por lo pronto le gustaba el corte de pelo.

–¿Estás seguro de que quieres que te afeite? –preguntó Barbero.

–Muy seguro.

La navaja en la mejilla de Cliente produjo un sonido áspero.

–¿Duele?

Cliente dijo que no con la mano.

Aquella mañana las caras de la gente fueron revelándose paulatinamente, justo como si la mirada de Barbero las afeitara con cuidado.

La cuchilla abría un claro en la barba tupida. Barbero se separó un tanto para ver cómo quedaba. Fue ahí cuando la mano le tembló. No supo si quería seguir afeitando. Pensó alguna excusa, pero no se le ocurrió nada convincente. Fue hasta la nevera pequeña y se sirvió un vaso de agua.

Cliente le preguntó si pasaba algo. Barbero dijo que enseguida estaba con él. Entró al baño y demoró varios minutos. Quiso vomitar, pero no tenía nada en el estómago. Había que sacar algo de alguna parte. Empezó a masturbarse. La erección, si la tuvo, se le deshizo pronto entre las manos.

Cliente lo llamó. Él contestó con un bufido, luego regresó del baño y se disculpó. Guardó en una de las gavetas la navaja que había usado hasta ese momento y tomó una segunda navaja de la repisa. El brillo plateado desapareció del espejo y de todas partes.

–Estás pálido –dijo Cliente.

–Cansado, ya estoy en horas extras.

–Pero lo tuyo es pelar, no estibar cajas.

Barbero pensó que algún día tenía que tocar. Había demorado quince años.

Siguió afeitando por el gusto de hacer un trabajo bien hecho. Ya la navaja y la mejilla de Cliente habían empezado a entenderse. También el mentón, también el cuello. El filo rodaba por la piel.

Despejó aquel rostro. Lo miró ahí, solo, dispuesto a empezar una nueva vida en Miami. Un rostro que en un par de días iba a tomarse fotos. Y esas fotos iban a ser estampadas en la licencia de conducir, en el seguro social, en la cédula de identidad.

Entonces se dejó ir. Soltó el freno de su mano, pensó en otras cosas, asuntos que no requerían esfuerzo. La navaja fue entrando despacio en el cuello, picando la piel con la tranquilidad con que se pica un pan fresco en la mañana.

–¿Qué hace? –chilló Cliente, solemne–. ¿Qué hace, por Dios? –y las palabras, en vez de salir por la boca, le salieron por la herida.

Cliente se puso de pie y avanzó hacia él. Barbero tenía algo de miedo, había vivido con miedo su vida entera. Todavía, a última hora, pensó detenerse o retroceder, pero su mano ya había quedado seducida por la navaja y ambas siguieron avanzando, desobedientes, como una pareja decidida a todo que en mitad de la noche se escapa a bailar.

(Cuba)

Caninos

Por Mónica Ojeda

A mi padre, que quería un hijo y, en cambio, le nació esta cabeza.

Hija guardaba la dentadura de Papi como si fuera un cadáver, es decir, con amor sacro de ultratumba: seco en los colmillos, sonoro en las mordidas, desplazándose por los rincones de la casa igual que un fantasma de encías rojas. Un clac-clac de castañuela molar la hacía sonreír al amanecer; y por las tardes, una percusión tribal, un choque de dientes la arrullaba hasta perder la conciencia sobre la almohada rosa donde caían agónicas las luciérnagas a morir. Todas las noches, mientras dormía, la dentadura de Papi era su amante, su compañera de cama, salivando en sus sueños y pesadillas menores sin lengua, sin músculo mojado oloroso a mal, sin filo oxidado en la conciencia. Y al despertar, Hija barría las luciérnagas de la almohada rosa con su pelo, se sentaba en las escaleras del patio para ver cómo se moría el jardín, paseaba a Godzilla por el barrio y juntos le ladraban a otros perros con bozales, lazos o ropitas de niño de dos años.

A los amos no les gustaba que ella ladrara más fuerte que Godzilla.

La llamaban loca de mierda.

Le miraban muy feo los pies.

Luego, cuando regresaba a casa, Hija cepillaba la dentadura de Papi y la ponía en la repisa como un trofeo. La ponía en el sofá junto a ella antes de encender la televisión. Se la llevaba a la cama y la metía debajo de la sábana. Se la llevaba a la tina y se hundía con ella. La guardaba en la refrigeradora. La ocultaba en un zapato. Hija desplazaba la dentadura postiza por la casa, pero la escondía cuando Mami y Ñaña venían de visita. Ellas creían haberse llevado todo de Papi porque no sabían que su hogar era un sarcófago construyéndose poco a poco, con paciencia, con esmero.

«¡Mira cómo tienes el jardín, si lo estás matando de no cuidarlo!».

«¡Qué asco! ¡Hay hasta mierda de perro!».

Mami y Ñaña desconocían la arquitectura personal de su luto aunque la olfateaban con los ojos.

«¿A ti te parece normal esta inmundicia?».

Miraban el jardín como gemelas. Apretaban los labios a la vez frente a la enfermedad. Así lo habían hecho con Papi cuando se lo dejaron a ella –un padre dañado en el umbral de la casa:

una silla de ruedas, un suero, una bombona de oxígeno–. Se lo dejaron a pesar de que sabían que ella era incapaz de cuidar a nadie. Se lo dejaron porque era la mayor: la Hija. Y en cambio, Mami vestía como Ñaña y bebía demasiado. Y Ñaña apenas estaba terminando el cole y tenía un novio con el que desaparecía a menudo e iba a conciertos de *rock*. Ahora visitan a Hija todos los miércoles y los viernes, pero cuando Papi estaba vivo, sólo le tocaban el timbre el último sábado de cada mes.

«Tienes todo lleno de polvo».

«Te van a comer las arañas».

«¡Córtate las uñas, por dios!».

Durante sus visitas *post mortem* se cambiaban la ropa en el cuarto de Papi y se ponían a limpiar. Se echaban camisas largas y rotas con estampados de Nirvana. Con estampados de tigre y de tambores. Con estampados de las *Powerpuff Girls*. Hija las miraba con serenidad porque nunca se atrevían a meterse al jardín en donde ella enterraba la dentadura para que no se la quitaran. Tres veces enviaron a un jardinero que curara las plantas enfermas, pero Hija no lo dejó entrar.

«Cómo te gusta vivir en medio de lo que se pudre».

«Cómo te gusta darnos lástima».

La idea de llevarse todo de Papi había sido de Mami. Mami que sentía que estaba en la flor de su edad. Mami que tenía doce años menos que Papi, pero que, ahora que Papi estaba muerto, tendría once años menos, diez años menos, nueve años menos, y así hasta alcanzarlo y ser mayor que él, superarlo en edad, morir más vieja y más enferma. Más muda, más rota y con menos dientes.

Hija se sorprendió de que se le cayeran tantos molares a Papi.

«El doctor dice que es normal», le dijo Ñaña cuando Papi aún vivía con ella y con Mami.

«¿Qué doctor? ¿No se supone que esto pasa cuando estás muy viejo?», le preguntó Hija. «Y él no está tan viejo».

Los dientes del padre caían semana a semana como frutas maduras en su lengua de tierra. Él los escupía y rebotaban contra las paredes, las mesas, las sillas, los sofás de la casa de Mami y Ñaña.

«¿Tú alguna vez te has sentado sobre un diente ensangrentado?», le preguntó Ñaña llorando para hacerla sentir culpable. «Si no te has sentado sobre un diente con sangre entonces no sabes una mierda».

La boca de su padre poco antes de morir era un árbol pálido con raíces de baba oscura, pero cuando tenía sus dientes bien puestos bebía alcohol y apestaba a rata muerta. Hija sabía cómo olían las ratas descomponiéndose porque tardaron días en en-

contrar a una atrapada entre los cables de la lavadora. Sus padres nunca se daban cuenta de todos los animales que morían junto a los electrodomésticos: bebían mucho y jugaban a ser otros en la sala de las cortinas azules, con un plato hondo al pie de la escalera, una correa, un bozal y un hueso amarillo.

Papi sufría de temblores, sudaba, se encogía por el síndrome de abstinencia desde que Hija y Ñaña tenían ocho y siete años. Lloraba como un bebote acurrucado en una esquina mientras Mami bebía con los labios inflamados y de vez en cuando le silbaba.

«¡Mis hijas, mis pobrecitas hijas!», gritaba él con la cara llena de mocos. «¡Perdonen a papi! ¡Perdonen la debilidad de papi!».

Nunca podía aguantar más de un día sin beber. Mami tampoco. Hija y Ñaña los preferían borrachos porque así no lloraban ni se peleaban durante su sexualidad roja. Borrachos reían, se carcajeaban y les permitían encerrarse en su habitación. Borrachos eran mejores padres. Les regalaban cosas. Se gastaban la herencia de los abuelos en juguetes. Las llevaban de viaje en bus y en avión.

A veces la gente no se daba cuenta de que sus padres estaban borrachos cuando estaban borrachos.

A veces ni siquiera ella ni Ñaña sabían la diferencia.

Luego Hija cumplió los dieciocho y se fue a vivir sola a la casa que había sido de los abuelos. Abandonó a la hermana, a la madre y al padre. Abandonó a la hermana con la madre y con el padre. No se sintió mal, porque hasta entonces había cuidado siempre de Ñaña. La había protegido del dengue de los mosquitos, de los platos quebrados, del pis en el suelo, de los gruñidos y de la sexualidad roja de Papi y Mami.

A veces, cuando Papi quería dejar de beber y lloraba como un niño horrible y sucio que abrazaba a Ñaña gimiendo perdones no solicitados, Hija le acercaba la botella y le decía: «Toma, papito». Y así conseguía que soltara a Ñaña, que en ese tiempo se asustaba con cualquier cosa.

Mami era más coherente.

Mami nunca lloraba ni intentaba dejar de beber.

Mami les dio ron con cocacola cuando Hija tenía nueve años y Ñaña, ocho.

«¿Ven?, ¡sabe malísimo! Nunca beban como papi y mami, corazones».

Hija nota que su madre nunca está borracha cuando la visita con Ñaña y limpian toda la casa menos el jardín que es el terreno de Godzilla y de la dentadura de Papi.

«¡Lobo hijueputa!», grita su madre cuando el perro le ladra y le muestra sus colmillos de león. Sus colmillos de tiburón.

«Más feo y se muere el cojudo ese», dice Ñaña cuando sale a fumar y lo ve atado y babeando la tierra enferma.

A Hija le gustaba Godzilla porque lo encontró el mismo día en que decidió mudarse, vivir sola, dejar al padre, a la hermana y a la madre. Lo encontró herido y sarnoso. Llovía y lo único que hizo fue seguir por la vereda e ignorar al perro, pero el perro le mordió la pierna.

El dolor, entendió esa tarde, podía ser luminoso.

Todo se le puso blanco. Ni siquiera sintió el instante en que cayó al suelo. Ni siquiera pateó al perro. Y por eso, porque se dejó morder, Godzilla le soltó la pantorrilla. Hija lo recordaba muy bien: ese instante de lucidez plena en los colmillos del perro, en la perforación de su propia carne. Y tuvo, de repente, una imagen vaga del pasado que le hizo entender que no era la primera vez que la mordían.

No sabía cómo había logrado levantarse y seguir su camino con tanta luz en la cabeza, pero el perro la siguió. Siguió el agua y la sangre. Siguió a Hija, que palpitaba entera. A Hija, que jamás había dudado de su memoria, pero que a cada paso nuevo que daba un recuerdo añejo, punzante y borroso, como el paisaje de su casa en medio de la tormenta y de las ranas, se recomponía. Entonces lloró con el perro a su espalda lamiéndole la sangre: se dejó llorar por el miedo de saber que si había recordado eso podría recordar cosas aún peores, cosas que le habían pasado y que habitaban ocultas en su mente como cucarachas, como tarántulas que de repente salían del dormitorio para decirle quién era de verdad y ella no quería saber.

Por eso Mami y Ñaña odiaban a Godzilla: por ser un perro lamesangre.

Por eso limpiaban la casa entera menos el jardín.

«Sabemos que necesitas tiempo y bla-bla-blá, pero esto no puede durar para siempre», le decía Ñaña. «Tendrás que comportarte como una persona normal algún día».

Godzilla respetaba a Hija porque se había dejado morder, o quizás porque le probó la carne y la encontró salada y triste. Algunas veces, cuando lo sacaba a pasear, el perro le meaba en los pies. Luego Hija regresaba y no se los lavaba para dejar que el olor del padre floreciera en la casa de los abuelos.

Había días que no tenía fuerza para ninguna otra cosa que no fuera la dentadura de Papi lamida por Godzilla con cariño.

«Mira, yo entiendo que nos dejaras y no te culpo, no creas que te culpo, pero ahora tienes que hacerte cargo de él porque ni tu ñaña ni yo lo podemos tener más acá», le dijo Mami por teléfono.

Entonces Hija dijo: «Llevémoslo a un hospicio». «Paguémosle a alguien para que lo cuide». Y Mami dijo: «Serás idiota»,

como cuando bebía muy poco. «No podemos hacer eso». «Tú sabes que él tiene otras necesidades».

Pero Hija no entendía por qué no podían olvidarse de sus necesidades si estaba enfermo y no podía ni siquiera hablar bien.

«Ya tuviste tus vacaciones, ahora es tiempo de familia».

Mami casi siempre estaba borracha, pero nunca cuando la visitaba con Ñaña para acariciarle la cabeza a Papi que apenas podía moverse.

«Tu hermana no puede hacer lo que hay que hacer, no conoce los límites».

«Es tosca».

«Se excede».

El diagnóstico de la enfermedad llegó tarde, por eso Papi se dedicó a beber más que nunca, le contó Ñaña, y Mami a esconderse con sus amigas alcohólicas-moderadas en la villa que había sido de los abuelos.

«Si no me ayudas voy a explotar», le dijo. «Tienes que llevártelo o no respondo de mí».

Entonces Papi empezó a encorvarse y a ser incapaz de caminar un metro sin caer. Su enfermedad era igual a su borrachera, sólo que sin Mami, sin correas, sin bozales, sin ladridos, sin huesos, sin golpes ni gemidos histéricos en la sala. Sin sexualidad roja.

Luego la silla de ruedas. Las pastillas. El suero. Las inyecciones. El tanque de oxígeno.

«Lo que le duele más a Papi es que ya no puede beber», le dijo Ñaña. «Eso y que se le están cayendo los dientes».

Papi siempre había sido un hombre orgulloso de su belleza. Un hombre que despreciaba la fealdad y que sabía bien cómo usar sus dientes.

«Por lo menos ya no tengo que aguantarlos juntos haciendo su show de mierda».

Si las iba a dejar al colegio, Papi sonreía desde su descapotable y las otras niñas suspiraban.

«¡Qué papi guapérrimo tienen!».

«¡Qué suertudas!».

Entonces, Hija les decía: «Pero si es un perro», y sólo Ñaña se reía porque la entendía de verdad.

A Papi le gustaba que otros admiraran sus caninos, por eso, mucho antes de que enfermara, cuando la erosión dental por el alcohol empezó a dañarle el ego, acudió a un dentista arrugado que tenía la dentadura de un joven de veinte. «Después de este tratamiento voy a quedar estupendo», le dijo a Mami. Y quedó estupendo, al menos por unos años, hasta que la enfermedad lo postró y ya no pudo ir más al dentista de la boca joven y se le comenzaron a caer los dientes.

«Es que no es normal que se le caigan así», dijo Hija cuando Papi todavía no vivía con ella, pero ya había perdido por completo el habla y la miraba con los ojos muy abiertos, como si estuviera viendo una película de terror.

«Claro que es normal», le decía Ñaña. «Lo que no es normal es que los escupa por toda la casa igual que un niño».

Pero un niño sólo escupía sus dientes de leche, los primeros y no los últimos, pensaba Hija mientras observaba los ojos del padre casi saltando de sus cuencas.

«Mami no ayuda en nada».

Le disgustaba tenerlo cerca desde que Godzilla le mordió la pierna.

«Si esto sigue así, te juro que me escapo».

El novio de Ñaña usaba una chaqueta rota de cuero negro incluso los días que hacía calor. Fumaba Lucky Strike y le había enseñado a su hermana a hacer círculos de humo en el aire.

«No deberías dejar que fume», le dijo Hija a Mami cuando Papi todavía estaba vivo pero ya no podía ni beber ni ir al baño sin ayuda.

«¿Me vas a decir tú cómo criar a mi cría? Ufff. ¡Por favor! Mejor aprende a limpiarte el culo, pendeja».

Hija se había sentido la madre de su hermana muchas veces, pero no tenía claro qué era ser una buena madre y ella quería ser buena, muy buena, como aquellos días en los que aún vivía con Ñaña y Mami y no había pensado jamás en la posibilidad de mudarse a la casa abandonada de los abuelos.

Solía preguntarse cuánto sabría el novio de su hermana sobre Papi: cuánto Ñaña habría sido capaz de recordar y de contar.

Alguna vez le preguntó: «¿No te pasa que hay cosas de hace años que no recuerdas bien?». Y Ñaña la miró mal, como si tuviera un moco colgando o un pedazo de comida entre los dientes: «No, yo no sé hacerme la estúpida».

Hija pensaba a menudo en lo que implicaba hacerse la estúpida en situaciones en las que ser inteligente era difícil: un sacrificio inconsciente, un dejarse afuera de la propia cabeza.

Cuando Mami y Ñaña le entregaron al padre enfermo y ella lo bañó por primera vez, encontró una quemadura de cigarrillo reciente, mal curada, unos centímetros por arriba de la rodilla, pero Papi ya no podía hablar, sólo aletearle los párpados con los ojos cada vez más húmedos y saltones.

«Pregúntale a tu ñaña», le dijo Mami por teléfono. «Yo te dije que tenías que llevártelo».

Hija notó, esa misma tarde, que su padre tenía las encías hinchadas y que a veces le sangraban gotas sobre el mentón y la camisa.

«Alguien le ha apagado un cigarrillo a Papi en la pierna», le explicó a Ñaña durante una sesión de *pedicure*. «Tú lo bañabas, tú tenías que saber».

Entonces Hija, de pronto a cargo de la salud de Papi, de la buena muerte de Papi, lo llevó a un dentista que le curó las encías y le hizo una dentadura nueva.

«Claro que sabía», le dijo Ñaña pintándose las uñas de color carne. «Claro que sé».

Y cuando el dentista le preguntó con pose de detective que cómo se había caído su padre para haber perdido casi todos los dientes, Hija le respondió tan rápido que se sorprendió de su propia forma de pensar: «Se cayó por las escaleras», le dijo, mientras Papi pestañeaba como una mariposa a la que le acababan de echar insecticida.

«Estás loca, ¿cómo pudiste?», le soltó Hija sintiendo que quería vomitar por el olor intenso del esmalte, y Ñaña cerró los parpados: «Ay, por favor. No te hagas la mosca muerta».

A veces Hija se revolcaba en la luna de su memoria: blanca, oronda, rellena de cosas que quería olvidar y que olvidaba, aunque no para siempre. Cosas como que Papi y Mami bebían y Ñaña e Hija se encerraban para no verlos jugar en la sala. Para no ver la sexualidad roja del padre con correa.

El padre con bozal, a cuatro patas.

La madre con espuelas.

Para no verlo morder el hueso que la madre lanzaba; que la madre pisaba. Para no ver a Mami paseando a Papi por los pasillos, poniéndole restos de comida en el suelo, castigándolo por mearse junto al sofá o por cagarse debajo de la mesa.

Pero Ñaña se pintaba las uñas del color de la piel de Papi.

«¿Qué te importa a ti que lo queme o que le saque todos los dientes si sólo es un perro?».

Hija no quiso pensar en cómo su hermana le decía quién realmente era y ella no quería saber. Por eso bañó a Papi, alimentó a Papi, sacó a pasear a Papi. Por eso, cuando le entregaron la dentadura postiza, Hija se la puso a Papi y Papi dejó de asustarse y le sonrió con esos incisivos nuevos que no eran los suyos pero que se le parecían. E Hija lo peinó, lo perfumó, lo sacó a pasear con Godzilla. Y mientras Godzilla le ladraba a otros perros, Papi movía lentamente la mandíbula y sacaba la lengua y jadeaba, contento. Y cuando Godzilla mostraba los dientes, Papi mostraba su dentadura, feliz, y a Hija le daba mucha rabia porque recordaba cosas que no quería. Recordaba una correa tensa, Papi ladrando como un loco, salivando, golpeando sus rótulas contra las baldosas, aruñando el suelo, mirándola a ella y a Ñaña en el pasillo, asustadas, impactadas, y a Mami soltando la correa.

«¡Mis hijas, mis pobrecitas hijas!».

«¡Perdonen a papi!».

«¡Perdonen la debilidad de papi!».

¿Había sido a ella o a Ñaña? A veces dudaba: a veces se veía cerrando la puerta de la habitación justo a tiempo, poniéndose a salvo de los caninos, dejando a la hermana afuera para la dentadura del padre; otras veces, en el pasillo, rogándole a Ñaña que le abriera, que la dejara entrar y, luego, la mordida.

«Yo no recuerdo eso para nada, y si pasó, habrá sido cosa de una vez, cosa del alcohol, porque cuando jugábamos tu padre era inofensivo», le dijo Mami. «Más bravo es el perro feo ese que tienes y no le andas reclamando lo que te hizo en la pierna».

Pero Hija sabía que Godzilla no era el primer perro que la mordía.

«¡Eres tú quien debería cuidarlo!», le reclamó a su madre cuando el padre empezó a aullar y a cagarse encima todas las noches.

«No puedo», le dijo Mami como si estuviera hablando de alfombras. «Yo sólo sé castigar a tu padre, en cambio tú sí sabes lo que es cuidar bien a un perro».

Hija le secaba el pelaje con un secador. Le regalaba los huesos de pollo para que los royera con sus dientes falsos. Le ponía la correa y lo ataba junto a Godzilla en el jardín para que viera caer el sol. Dejaba que Mami le acariciara la cabeza cuando venía de visita. Vigilaba que Ñaña no le pellizcara las orejas. «Tienes que castigarlo un día sí y un día no porque eso es lo que le gusta», le decía su hermana antes de despedirse, pero ella cepillaba la dentadura de Papi y la veía hundirse en un vaso con agua limpia.

Le cambiaba los pañales. Le limaba las uñas. Lo afeitaba. Le silbaba como a Godzilla.

Le dejaba aullar y ladrar por la noche.

«Esto es lo que mató pronto a Papi. Lo sabes, ¿verdad?», le dijo Ñaña apoyada en el trapeador. «Tus ganas de ser una chica buena cuando a él había que cuidarlo de otra forma».

El novio de la hermana tenía las uñas pintadas de negro y los ojos del color de los mangles. A veces, si lo encontraba esperando a Ñaña frente al colegio con la lengua afuera, las orejas levantadas y las uñas en los bolsillos, Hija se imaginaba un alicate y se preguntaba cuánto sabría de la quemadura de cigarrillo y de los dientes de Papi. Cuánto sabría de la forma transparente y violenta que tenía su hermana menor de amar.

Un viernes, mientras Mami limpiaba las ventanas, Godzilla desenterró la dentadura y la lamió sobre la hierba.

«No puedo creer que te la quedaras», dijo Mami restregándose los falsos dientes de Papi contra las mejillas. «¡Debimos enterrarlo con esto!», soltó llorándose el maquillaje. «¡Ay! ¿Qué es de un perro sin sus dientes?».

Hija se quedó mucho tiempo pensando en ello: ¿qué es de un perro sin sus dientes?

Papi se meaba encima. Se cagaba encima. Aullaba por las noches e Hija nunca le dio la oportunidad de usar bien su dentadura. Nunca le dio la oportunidad de defenderse. Antes de dormir, le quitaba los colmillos con un placer que jamás admitiría en voz alta, mirando los ojos del padre que brotaban de horror por la desnudez de la boca y, en esos globos oculares que parecían huevos a punto de romperse, Hija veía con nitidez quién era ella de verdad aunque por las mañanas nunca lo quería saber.

«Tú sí que entiendes lo que es cuidar bien a un perro», le decía Mami, pero Hija no estaba segura de que Godzilla domesticado recordara el enorme placer de morder.

No sabía si, cuando lo sacaba a pasear y le quitaba la correa del cuello para decirle «tienes que irte; yo no sé cuidarte y tampoco sé si te quiero», el perro comprendía que ella hubiera preferido que se fuera y que no regresara nunca, que usara los dientes en otra parte, en otros huesos: que lamiera otra sangre de familia. Pero el perro sólo le babeaba los talones y, si se alejaba un poco, si le daba por pasear y orinarse encima de otros pies, siempre regresaba con el hocico limpio a casa.

(Ecuador)

El río, una pasta espesa que no hacía olas

Por Jon Bilbao

El padre era el jefe de la cantera. Por eso los dos obreros que le estaban ayudando simularon tener algo que hacer en otra parte y lo dejaron solo. El padre cerraba los ojos con fuerza para contener las lágrimas de frustración.

La cantera de carbonato cálcico estaba en Arenas de Cabrales, en la falda de los Picos de Europa, y llevaba tres días parada por una avería. El embrague del motor de arranque de una machacadora se había deshecho. No había reparación posible. La empresa fabricante no podía suministrar un repuesto antes de seis meses.

El padre había rebuscado en cuatro desguaces hasta conseguir un embrague de autobús. Pero el acoplamiento no servía para la machacadora. Había adaptado el acoplamiento del embrague viejo al embrague de autobús. Pero ahora, al ir a unir ambas piezas, se había dado cuenta de que tenía que soldar aluminio con aluminio. Y no había nadie en la cantera que supiera hacerlo, ni siquiera él. Inclinado sobre el banco de trabajo del taller, se preguntaba a quién recurrir.

Un empleado se acercó y carraspeó.

Llueve otra vez. Mucho.

Trabajar en el frente de la cantera con lluvia no era seguro. Además, no tenía sentido seguir acumulando material si no podían molerlo.

El padre miró el reloj. Era cerca del mediodía.

Podéis iros a casa. Díselo a los demás.

Al salir del taller, cargando con el embrague, se encontró con un cielo de color grafito. Llevaba toda la semana lloviendo con saña. Era el 24 de agosto de 1983. Dos días después, otra tromba de agua desbordaría el Nervión y causaría treinta y cuatro víctimas mortales en Bilbao.

*

En Ribadesella el cielo estaba despejado. El niño y las visitas comían en la mesa de la cocina. Se les había hecho tarde; habían pasado la mañana en la playa. Aún llevaban puesto el bañador y tenían el pelo apelmazado por el salitre. La madre iba de los fo-

gones a la mesa y de ahí al fregadero, revolviendo el contenido de una cazuela de marmitako, retirando platos sucios e insistiendo al niño para que comiera también el pescado, no sólo las patatas. Hacía caso omiso de las peticiones de las visitas para que dejara un momento de trabajar y se sentara con ellos. Ya tomaré algo después, se limitaba a decir. Tampoco había querido acompañarlos a la playa.

Imanol y Miren habían llegado la víspera. Él había estudiado peritaje industrial con el padre. Luego había seguido su formación y obtenido el título de ingeniería. Trabajaba para la multinacional General Electric, lo que le obligaba a pasar largas temporadas fuera de casa. A Miren la había conocido durante uno de sus primeros destinos: la puesta en marcha de una central térmica a las afueras de Johannesburgo. La delegación de General Electric se trasladaba cada mañana a la planta en un autobús acompañado por escoltas armados. Ella era la secretaria. Trabajaba en una caseta de obra. En un cajón de su mesa guardaba un revólver del calibre 38 facilitado por la compañía, junto con la recomendación de que no dudara en usarlo en caso de sentirse amenazada. La planta estaba protegida por guardias pero aun así se colaban intrusos a diario, y tampoco toda la plantilla era de fiar. Ella dejaba el cajón abierto para que cualquiera que se asomara a la caseta viera que estaba armada. Nunca había llegado a usar el revólver pero un par de veces sí tuvo que acercar la mano al cajón en gesto de advertencia. Esa historia le encantaba al niño, de once años, que cada vez que veía a Miren le pedía que se la repitiera.

Miren era de Górliz e Imanol de Munguía. La casi vecindad les ayudó a entablar relación. Ella había dejado de trabajar después de casarse. Habían comprado un chalé en Plencia. Cada vez que alguien le preguntaba si no le apetecía buscar alguna ocupación, aunque sólo fuera para no aburrirse durante las estancias de Imanol en el extranjero, ella sacudía la mano delante de la nariz y resoplaba. Bregar con catervas de obreros la había hartado. Asistía a clases de fotografía y ayudaba a sus amigas a decorar sus casas. Además, con el sueldo de Imanol tenían dinero más que suficiente, añadía siempre.

Cuando a Miren se le acababa el pan o quería más hielo para el agua se levantaba para cogerlo ella misma, en lugar de pedírselo a la madre, como ésta insistía en que hiciera. La invitada llevaba una camiseta que le dejaba el ombligo a la vista y la braga de un bikini con estampado de piel de cebra. Imanol ya iba por su ter-

cer plato de marmitako. Antes de sentarse a comer, había bebido una botella de sidra, acompañada de queso de Cabrales y cecina, sentado en la terraza de la casa, admirando la ría y el pueblo, situado en la otra orilla. Le colgaban los mofletes y el polo de Lacoste le quedaba tirante sobre la barriga.

Acababan de volver de unas vacaciones en Estados Unidos y, como a Imanol aún le quedaban días libres, habían ido seguidamente a Ribadesella. Un plan repentino. Se les había ocurrido mientras desayunaban en Plencia, sin haber deshecho todavía las maletas, más motivados por la congoja de regresar a la rutina cotidiana que por el deseo de ver a sus amigos. Llamaron a la madre para anunciar que irían ese mismo día, llegarían a la hora de comer, pero no tenía que preocuparse, no hacía falta que preparara nada especial para ellos. La madre reaccionó con sorpresa. Claro, venid, venid, dijo con tono nada convincente. Imanol se imaginó cómo se enjugaba el sudor de la frente con el bajo del delantal y comprobaba el contenido de la nevera mientras todavía hablaba con él. Habría sido mejor anunciárselo a su amigo, pensó Imanol, pero a esa hora estaba trabajando en la cantera. Hablar con él era complicado, sobre todo si se encontraba en el frente de explotación. Podía tardar media hora en recibir el aviso de la llamada y llegar al teléfono más cercano.

La víspera, mientras cenaban todos juntos, Imanol y Miren les habían contado su viaje a Estados Unidos. Habían alquilado un descapotable y recorrido California, Nevada y Arizona. Miren habló casi todo el tiempo, concentrado él en comer. Dormían en moteles y cada mañana, antes de ponerse en carretera, se aplicaban protector solar en abundancia.

La madre iba y venía de la cocina a la mesa, atareada siempre con minucias; el padre asentía, con la cabeza en otra parte; Jon, el niño, no perdía detalle.

Miren habló de su visita al Cañón del Colorado. Se habían perdido por el camino. Dejaron atrás la desviación que debían tomar –y que pasaron por alto porque no era más que una pista de tierra– y seguido una carretera que comenzó a descender y, al cabo de innumerables vueltas y revueltas, fue a morir a la mismísima orilla del río Colorado. Estaban en el fondo del cañón, pero en ninguno de los sitios que aparecen en las tarjetas postales. Allí no había nadie más que ellos. En cuanto apagaron el motor cayó un silencio que retumbaba, dijo Miren, un silencio como nunca antes habían conocido, que se percibía con los cinco sentidos. El

río, una lámina negra en apariencia inmóvil. Se quedaron hasta que ya no resistieron más el calor prensado de la base del cañón.

Un rato después se detuvieron en un pueblo a preguntar el camino. Más que un pueblo, un campamento de chabolas. Las viviendas eran de cartón alquitranado y de los aleros colgaban sonajeros de viento fabricados con huesos de animales. En el único bar, una camarera bizca y con unos dientes enormes les dio unas indicaciones. Llegaron así a un mirador atiborrado de turistas.

Estuvo bien, dijo Miren. El cañón desde arriba, genial. Te hace pensar. Te sientes muy pequeño y todo eso. Pero lo mejor fue lo otro, lo de perderse y el pueblo. Era de verdad, dijo, y soltó un suspiro y se llevó una mano al pecho. Hice montones de fotos.

Nunca se separaba de la cámara. Incluso ahora, mientras comía después de volver de la playa, la tenía encima de la mesa. Soltaba los cubiertos, la cogía, apuntaba a través de la ventana y sacaba una foto. La madre y Jon miraban hacia fuera pero nunca identificaban qué le había llamado la atención. Imanol comía sin levantar la vista. Al otro lado de la ventana, la ladera calcárea donde los abuelos maternos del niño habían considerado apropiado construir la casa. Jon había nacido allí, pero el terreno seguía pareciendo desnudo después de que los obreros lo desbrozaran para plantar los cimientos y tallar terrazas en la roca. Los árboles eran jóvenes. Las raíces no eran lo bastante extensas como para retener la tierra.

¡Anda! Está ahí tu marido, dijo Miren bajando la cámara.

Todos miraron por la ventana.

En las escaleras de piedra que subían desde la cochera, el padre los saludaba sonriente. Sostenía en una mano las botas de trabajo, cubiertas de barro. Su ropa también estaba embarrada. Llevaba el pelo revuelto y tenía un corte sobre la ceja izquierda. El pecho de la camisa estaba manchado de sangre.

La madre corrió a abrir la ventana.

¿Estás bien?

Sí, tranquila.

¡Hostia puta! ¿Un accidente?, preguntó Imanol.

No sé si le puede llamar así. Os lo cuento después de darme una ducha, dijo el padre, y dirigiéndose a la madre añadió: ¿Me traes un albornoz?

El padre caminó hacia la puerta de la casa, donde ya no se le podía ver desde la cocina. La madre le llevó el albornoz, esperó mientras él se desnudaba y un momento después volvió a la cocina con expresión de desagrado y metió la ropa embarrada en la

lavadora. Jon no se alteró. No era extraño que su padre regresara de la cantera sucio o con alguna herida leve o cojeando tras sufrir una caída. Lo del albornoz había sido por consideración a las visitas. Lo acostumbrado era que dejara la ropa sucia en un montón a la puerta de la casa y entrara en calzoncillos.

¿Ha dicho algo más?, quiso saber Imanol.

La madre negó con la cabeza.

¿Habéis terminado ya? ¿Qué queréis de postre?, dijo. Y a Miren: A lo mejor quieres aprovechar para ir a vestirte.

Tuvieron que esperar a que el padre se duchara y a que la madre le curara el corte en la frente para saber qué había pasado. Sentado a la mesa de la cocina, con un plato de marmitako delante, el padre les contó que cuando salió de la cantera la lluvia arreciaba. Esa mañana había ido a trabajar en su coche, pero creyó más seguro volver con el Land Rover que usaba para moverse por la cantera.

En lugar de regresar a casa por Onís, como tenía por costumbre, decidió bajar por el desfiladero del río de las Cabras. Este camino era más corto, pero la carretera era estrecha y sinuosa, y solía haber desprendimientos cuando llovía mucho. Pensó que, aunque eso sucediera, aún tenía tiempo para pasar.

No fue así. Les dijo que conducía con un ojo puesto en la carretera y otro en el río, cada vez más revuelto, del color de la tierra y cuyo nivel no dejaba de subir. La fuerza de la lluvia y el trazado tortuoso le impedían ir más rápido. En La Huera de Meré la carretera se bifurcaba: de frente seguía en dirección a la costa, hacia donde él iba; a la izquierda, un pequeño puente salvaba el río. La broza arrastrada por la riada, junto con los troncos de varios árboles, había atascado los ojos del puente. El agua arremetía, pasaba por encima y se derramaba por la carretera formando una balsa. Detuvo el Land Rover y se bajó para comprobar la profundidad del agua. Dejó de avanzar cuando le llegó a las rodillas. La lluvia no cesaba de empachar el río. El agua se le arremolinaba alrededor de las piernas. A punto estuvo de perder el equilibrio. Antes de volver al Land Rover vio cómo una vaca arrastrada por la corriente, aún viva, chocaba contra el puente y conseguía encaramarse al tablero. Pero, apenas se puso en pie, un castaño que bajaba por el río haciendo trompos pasó sobre el puente y la barrió como una escoba gigante.

Imanol escuchaba con gesto severo. La expresión de Miren era de incredulidad. Estaba de pie junto a la ventana, fumando y expulsando el humo hacia fuera.

El padre dijo que retrocedió por la carretera en busca de terreno elevado. Llegó a una casa. Aparcó en la cuneta y corrió a refugiarse. Al abrigo del alero, la familia que vivía allí contemplaba con estoicismo la rabia del río. Les preguntó si podía llamar por teléfono pero no tenían. Esperó en su compañía hasta que amainó la lluvia. La tromba duró cerca de dos horas, finalizando de manera tan repentina como empezó. Nada más caer las últimas gotas, comenzaron a abrirse claros en el cielo. Contó que regresó al Land Rover. Seguía habiendo una balsa de agua pero menos profunda.

Y eso es todo, concluyó, sonriendo y metiéndose un trozo de pan en la boca.

La madre comía apoyada en la encimera. Sostenía en la mano un plato con las sobras del niño, a las que había añadido un resto de guiso que sacó de la nevera y que no se molestó en calentar. Imanol le había vuelto a pedir que se sentara, pero ella lo había descartado con un gesto cortante. Mientras el padre les contaba lo que le había pasado, ella no había dejado de negar con la cabeza ni de fruncir el ceño.

La herida de la frente, ¿cómo te la hiciste?

Cuando bajé del Land Rover en la casa. Resbalé y me di con algo. No sé qué. Pero no es nada.

Y en la cantera, ¿está todo bien?, preguntó también la madre.

Él explicó que se había detenido en un taller mecánico en Posada. Conocía al dueño. Desde allí llamó por teléfono al guarda de la cantera, un trabajador que vivía con su familia en la misma planta, en una casa aneja al edificio de la oficina y los vestuarios. El guarda lo tranquilizó. Allá arriba había dejado de llover poco después de que los empleados se fueran.

Todos guardaron silencio. El resplandeciente día de verano contradecía lo relatado. Parecía increíble que aquello hubiera pasado a pocos kilómetros de allí, donde el sol había brillado desde el amanecer.

El padre adivinó lo que pensaban. En Posada, dijo, más cerca aún del desfiladero, tampoco habían dado crédito a sus palabras. Allí no había caído ni una gota.

¿Estás bien?, preguntó Imanol, que parecía de veras preocupado por su amigo.

Sí, claro. Son cosas que pasan.

A mí no, respondió Imanol, y el padre, sin dejar de sonreír, se encogió de hombros y le dio una palmada a la espalda.

Bueno, ¿y qué? ¿Hay algún plan para esta tarde?, preguntó dirigiéndose al niño.

¿De verdad te apetece salir?, preguntó Imanol. ¿No es mejor que descanses después de lo que te ha pasado?

No me ha pasado nada, le dijo el padre, abriendo los brazos como si quisiera mostrar su perfecto estado.

El niño lo miraba preocupado. Hacía mucho que no veía sonreír tanto a su padre. Lo habitual era que estuviera serio, bien por las preocupaciones, bien por el cansancio. La madre también lo observaba atentamente.

Es extraordinario, dijo Miren. Has estado a punto de morir.

El padre intentó negarlo pero ella no estaba dispuesta a que nadie la interrumpiera.

Cuando te bajaste del coche y te metiste en el agua pudiste haber muerto. Pero entonces vino ese momento increíble: cuando apareció la vaca. Viste cómo el río se llevaba al pobre animal, que seguro que acabó ahogado, y te viste reflejado en él. Fue una señal. La vaca te dijo que tenías que dar media vuelta y salir corriendo de allí.

En realidad, dijo el padre, para cuando vi a la vaca ya había decidido volver al Land Rover.

Miren se agachó para mirarlo frente a frente y negó con un dedo delante de la nariz del padre.

Así es como lo recuerdas. No sé por qué. A lo mejor porque de esa manera no tienes que pensar más en ello. Pero seguramente pasó como digo yo. Fue una advertencia. Esas cosas suceden.

El padre apartó la vista.

No te entiendo. Bueno, ¿qué hacemos esta tarde?

Miren le apoyó una mano en el hombro.

Hablo muy en serio. Creo que haces mal no reflexionando sobre lo que te ha pasado. A algunas personas algo así les cambiaría la vida. A mí me la cambiaría, sin duda.

Muy bien, dijo la madre retirando el plato del padre. Si no quieres descansar, ¿por qué no salimos a dar un paseo con la lancha?

¡Sí!, dijo el niño poniéndose en pie de un salto. ¿Y podemos llevar al perro?

Claro, respondió la madre, iremos todos.

¿Tú también, ama?, preguntó el niño.

Ya he dicho que sí. Y ahora, vamos, levantaos para que recoja la mesa. Haced lo que tengáis que hacer.

Buena idea, dijo el padre arrastrando su silla hacia atrás. Aprovecharemos la pleamar. Vamos, vamos, vamos. Nada de entretenerse.

Minutos después, Jon sostenía la correa de Lagun, el pastor alemán de la familia, y miraba cómo su padre tiraba del cabo de amarre de la lancha. Imanol aguardaba con las manos en la cadera, aparentando estar dispuesto a ayudarlo. La finca lindaba con la carretera que discurría por la margen izquierda de la desembocadura del Sella. La carretera era estrecha, no tenía alumbrado; el asfalto se deshacía por los costados. Los padres de Jon amarraban la lancha delante de su propiedad. Era una embarcación de pesca, de ocho metros de eslora, comprada por el abuelo de Jon: la Mirentxu.

Su padre la sujetó para que no golpeara la orilla. Estaba necesitada de una mano de pintura. Su padre nunca encontraba tiempo para cuidarla ni para salir a pescar. Jon se alegraba de que la madre hubiera propuesto el paseo, y más aún de que ella quisiera acompañarlos.

La orilla estaba cubierta de cascotes de piedra arrojados durante la construcción de la casa. Entre ellos crecían carrizos. Jon bajó la pendiente sujetando la correa del perro con una mano y con el otro brazo extendido para mantener el equilibrio. Saltaron a bordo y corrieron a tomar posesión de la proa.

Ten cuidado, le dijo la madre desde la orilla.

Lagun, con las patas delanteras apoyadas en la borda, gemía ansioso.

El siguiente en subir fue Imanol. La embarcación osciló bajo su peso.

Con cuidado, dijo la madre.

Imanol tendió la mano a las mujeres para ayudarlas a embarcar. La madre se las apañó sola.

Por último, el padre empujó la Mirentxu apartándola de la orilla y se encaramó a bordo de un salto. Para entonces, la madre ya había puesto el motor en marcha y estaba sentada a popa empuñando la caña del timón. El motor ocupaba el centro de la lancha, dentro de una caja guardacalor, un Perkins de tres cilindros con más de treinta años. Los dos hombres se situaron en pie cada uno a un lado del guardacalor, para equilibrar el peso. Miren se sentó a popa junto a la madre, separadas por la caña del timón. Llevaba la cámara de fotos colgada al cuello.

Pasaron bajo el puente que comunicaba las dos mitades del pueblo, doblaron la punta de la playa, continuaron a lo largo del

paseo de la Grúa, dejaron a estribor las ruinas de la antigua cetaria y salieron a la mar. La madre se había cubierto la cabeza con un pañuelo y llevaba una chaqueta de lana con puntos saltados cerrada hasta el cuello. Sujetaba la caña con seguridad. Por iniciativa propia, viró a estribor y navegaron siguiendo los acantilados de pizarra del monte Corbero.

La mar estaba llana; no obstante, se movían más que mientras estaban en la ría. Jon llevaba un brazo sobre el pastor alemán, que se relamía las gotitas saladas que le iban a parar a la nariz. Imanol se agarraba a donde podía. Miren no sabía qué hacer para cubrir la cámara. Un par de veces intentó decir algo pero la madre la ignoró y los demás no alcanzaron a oírla. El padre había retirado la tapa corredera del guardacalor, así el viejo motor no se recalentaba pero era mucho mayor el ruido.

Jon miraba a sus padres para asegurarse de que estaban bien. Su padre sonreía, pero no como antes, en la cocina. Ahora era de verdad, igual que siempre que salía con la lancha. Saludaba con la mano a otras embarcaciones.

No te asomes tanto, le dijo el padre. Ven aquí.

Jon obedeció. Se acercó a los dos hombres y se apoyó contra el guardacalor. Llamó al pastor alemán, que acudió a acomodarse entre sus piernas. Desde allí, el niño oyó cómo Imanol sugería a su padre cambiar de trabajo. Le decía que era demasiado bueno como para perder el tiempo en una cantera perdida en los Picos de Europa. Hablaba a sabiendas de que el estruendo del motor no permitía que las mujeres le oyeran.

Perder el tiempo y jugarte la vida, joder. Mira lo que ha pasado hoy. ¿No quieres volver a Bilbao? Allí hay todo el trabajo que quieras para alguien con tu experiencia. Las empresas se te rifarían. O puedo recomendarte en General Electric. En realidad ya les he hablado de ti. Encajarías de maravilla. Eres mucho mejor que yo. Siempre lo has sido. ¿Lo pensarás?

El padre asintió. Después señaló hacia la costa y, alzando la voz, le dijo a la madre que se acercara. Se encontraban en el tramo de acantilados entre el pedral de la Atalaya y el de Arra. Aminoraron la marcha para acercarse a una pequeña playa de cantos rodados, accesible sólo por el agua.

Aquí hay algo curioso, le dijo el padre a Miren. A lo mejor quieres hacer unas fotos.

El padre detuvo el motor y la lancha quedó a la deriva. El chapaleo del casco contra el agua era el único sonido. Nadie que-

ría ser el primero en romper la calma, aunque el niño se percató de que las desconcertadas visitas lo harían en breve.

Entre los guijarros de la playa, destacaban unas rocas de mayor tamaño, de color gris plomo y forma regular. Parecían baúles o maletas abombadas, de alrededor de un metro de largo, medio de ancho y un par de palmos de fondo. Todas iguales. Algunas estaban medio enterradas, otras asomaban del agua.

¿Qué son?, preguntó Imanol.

Cemento, dijo el padre, y quedó a la espera de alguna expresión de asombro.

Explicó que, hacía años, antes de que él fuera a vivir a Ribadesella, un carguero había embarrancado en la bocana del puerto. Para ayudarlo a volver a flote, la tripulación arrojó por la borda parte de la carga. Entre ésta, figuraban sacos de cemento, que la corriente arrastró hasta ese pedral. Luego, empapado el cemento de agua, se endureció. Con el paso del tiempo, el roce contra las rocas había hecho desaparecer la tela de los sacos. Sólo quedaba el contenido fraguado, que conservaba la forma del antiguo envoltorio. Fijándose bien, aún se podían distinguir algunas hebras de arpillera aprisionadas en el cemento.

Miren alzó la cámara e hizo una foto.

¿Podemos volver? Creo que me estoy mareando.

De vuelta frente a la casa, la madre saltó ágilmente a la orilla, dijo que iba a preparar la cena y cruzó la carretera sin esperar a nadie. Miren la siguió a unos pasos de distancia.

Imanol y el niño se quedaron con el padre mientras éste amarraba la lancha.

Vete a atar a Lagun, le dijo a Jon su padre. Ponle pienso y agua limpia.

Una rampa de adoquines subía la ladera, desde la carretera hasta una cochera en la parte baja de la casa. En el fondo de la cochera, el pastor alemán tenía una caseta de ladrillos, con una cadena sujeta a una argolla. Jon cogió el mosquetón del otro extremo de la cadena. El animal sabía sus intenciones y huía cada vez que el niño se le acercaba. Jon dejó caer el mosquetón. Tiró el pienso apelmazado que quedaba en el cuenco de la comida y sirvió más de un saco. Usando una manguera, llenó de agua el segundo cuenco. En cuanto el perro se acercó a comer, Jon le enganchó el mosquetón al collar.

Al pie de las escaleras que subían hacia la casa se encontró con su padre y con Imanol. Imanol tenía mano apoyada en el

hombro del padre y le hablaba en voz baja. Jon se detuvo a unos pasos para no interrumpirlos.

Vale, la cantera era de tu suegro, ¿y qué? No le debes nada. Era su proyecto, no el tuyo. Me acuerdo de cuando estábamos estudiando y me decías en qué te gustaría trabajar. Y a tu mujer tampoco le debes nada. Quiero decir que no creo que ella quiera quedarse aquí sólo por la cantera de su padre. ¡Pero si en Bilbao estaríais mucho mejor, hostia! Tendrías el trabajo que te mereces. Podrías comprarte un velero.

El padre escuchaba educadamente, sin mostrar conformidad ni desacuerdo. Vio a Jon pegado a la pared de la cochera y le dijo: ¿Ya has hecho lo que te he dicho? Pues vamos a beber algo antes de cenar, y dio una palmada en la amplia espalda de su amigo.

Todavía quedaba luz en el cielo cuando el padre dijo que se iba a la cama. Estaba cansado. Todos lo comprendieron. Y le dolía la cabeza. La madre se levantó para acompañarlo y asegurarse de que tomara una aspirina.

¿Yo puedo quedarme un poco más?, preguntó Jon.

Estaban en el salón. Imanol se había servido un whisky y Miren curioseaba aburrida los libros de las estanterías. La madre asintió.

En cuanto se quedaron solos, el niño pidió a las visitas que le contaran más cosas de cuando estuvieron en Las Vegas.

¿Qué pasa, tus padres nunca te llevan de viaje?

Jon les dijo que, según su madre, Ribadesella era un pueblo de vacaciones. ¿Para qué iban a ir a otro sitio? Y además su padre siempre estaba trabajando porque era el jefe.

Imanol negó con la cabeza. Tomó un trago de whisky y le contó que Las Vegas parecía un decorado de cartón, y que si no estuviera en el desierto la lluvia lo desharía. Le habló de las mesas de dados en mitad de una piscina, donde la gente jugaba en bañador, con el agua por la cintura, y de las chicas en ropa interior y con botas doradas que bailaban en los casinos.

Mientras tanto, Miren intentaba poner algo de música, pero las pocas casetes apiladas en una balda le hacían lanzar exclamaciones de espanto. Habaneras, Demis Roussos…

¿Estas cintas son de tu madre o de tu padre?

El niño le dijo que su padre nunca escuchaba música.

¡Por Dios! A esa mujer parece que no le gusta nada en la vida. Y lo que le gusta es un espanto.

Encendió un cigarrillo pero no se molestó en abrir la ventana para echar fuera el humo. Siempre que Imanol se callaba para tomar un trago de whisky, ella aprovechaba para intercalar un comentario desdeñoso acerca de las cortinas o el papel pintado de las paredes.

Jon, ya es hora de ir a la cama, le dijo la madre en la puerta del salón.

Imanol preguntó qué tal estaba el padre. Ella le dijo que bien y que él le había prometido que al día siguiente se quedaría en casa para descansar. Luego dio las buenas noches a las visitas y acompañó al niño al cuarto de baño. Dio la vuelta al reloj de arena que había en la encimera del lavabo y esperó mientras él se cepillaba los dientes durante los tres minutos que tardaba la arena en caer.

Por la mañana, el padre entró en la cocina vestido con ropa de trabajo y botas de agua. Jon e Imanol estaban sentados a la mesa, esperando a que la madre les sirviera el desayuno. Miren no se había levantado todavía.

Dijiste que hoy no ibas a trabajar, le dijo la madre.

Él le dio la razón, sólo quería subir a la cantera para comprobar si era cierto que todo estaba bien. Volvería para la hora de comer.

Acaba pronto, le dijo al niño. Vienes conmigo.

Jon protestó. Hacía un día espléndido. Quería ir a la playa.

Obedece a tu padre, le dijo la madre zanjando la cuestión.

Puedo acompañaros, se ofreció Imanol.

El padre respondió que no hacía falta. Le dijo que se quedara y disfrutara de la playa; para eso estaba de vacaciones. Empleó un tono que no admitía réplica, a la vez que miraba el reloj.

Por la tarde podemos ir a algún sitio, añadió. A los acantilados de Tereñes.

Bueno, dijo Imanol. ¿No desayunas, al menos?

Ya he desayunado. Hace rato. Vamos, Jon.

Mientras el niño se calzaba y el padre le esperaba con las llaves del Land Rover en la mano, la madre se acercó.

Si empieza a llover o pasa cualquier cosa, dijo con un susurro, volved. No me hagas otra vez lo de ayer.

El padre asintió y metió prisa al niño.

Ninguno dijo nada hasta que llegaron a la playa de San Antolín, donde se detuvieron en el arcén. Otros vehículos habían hecho lo mismo y unas cuantas personas se habían apeado. Algu-

nas llevaban toallas y sombrillas y dudaban entre bajar a la playa o buscar otro sitio donde pasar el día.

¿Qué es? ¿Qué pasa?, preguntó Jon.

El padre salió del Land Rover y el niño lo imitó.

El río de las Cabras desembocaba en el mar por un extremo de la playa. Antes de desaguar, la corriente trazaba un meandro en cuyo seno solía haber un camping de caravanas. Casi todos los vehículos y remolques habían desaparecido, y los que quedaban estaban escorados o volcados. Por las ventanillas rotas se derramaban sábanas, colchones y amasijos de broza. La playa se hallaba cubierta de troncos y más broza, además de sillas, neveras portátiles, maletas, ropa, bicicletas, juguetes... Había también unos bultos informes, empapados, cubiertos de barro; no se distinguía lo que eran, lo que fueron. La mirada del niño se clavaba en ellos sin que pudiera evitarlo.

Tranquilo, le dijo el padre. A nadie le ha pasado nada. Lo ha dicho la radio.

El río seguía bajando cargado de tierra. Una amplia mancha marrón se extendía frente a la playa. Varias caravanas asomaban entre las olas. Una grúa de carretera trataba de sacar una de ellas a la playa. Varias personas metidas en el agua hasta la cintura ayudaban empujando.

Se detuvieron otra vez en el taller de Posada desde donde la víspera el padre había llamado al guarda de la cantera. Antes incluso de saludar, el padre preguntó al mecánico si la carretera volvía a estar a abierta. El mecánico asintió. Delante del taller había una grúa aparcada.

¿Vamos ya?, preguntó el mecánico.

El padre le dijo que en quince minutos.

Entró con el niño en una tienda de ultramarinos. Llenaron media docena de bolsas con conservas, pan de molde, cajas de galletas, botellas de leche, de agua mineral y de cerveza.

¿Vamos a llevar esto a la cantera?, preguntó Jon, y el padre negó con la cabeza.

¿A casa?

Tampoco. Ya lo verás.

En un estanco el padre compró un cartón de Ducados y otro de Marlboro.

Acomodaron las compras en la grúa y subieron a la cabina. El mecánico se puso al volante. Le dijo al padre que tenía la grúa de milagro. Esa mañana había habido otras cuatro llamadas.

Están muy solicitadas hoy.

A pocos kilómetros del pueblo se toparon con unas barreras de madera que cortaban la carretera.

Dijiste que estaba abierta, ¡me cago en la puta!

El mecánico se apeó de la grúa y apartó una de las barreras.

Está abierta, dijo volviendo a montar.

A partir de aquel punto, el paisaje era desolador. Aún había balsas de agua en los terrenos aledaños al cauce. La grúa tenía que meterse en la cuneta para sortear los deslizamientos de tierra que obstruían la carretera. El niño dejó de contar al llegar a veinte deslizamientos. Pararon para contemplar el puente metálico que cruzaba el río frente a la central eléctrica de Bedón. La fuerza del agua lo había arrancado y lanzado contra la orilla en la siguiente curva de la corriente.

Hacía un calor sofocante, tropical casi, y el intenso olor a tierra provocaba náuseas. Las laderas de la garganta estaban en carne viva. El recubrimiento vegetal había caído al río. De la tierra desnuda rezumaban regueros de agua.

Llegaron al puente de La Huera de Meré, donde el padre les había dicho la víspera que el desbordamiento le impidió continuar. Se detuvieron.

Aquí está, dijo el padre.

Los tres miraron en silencio el coche del padre, un Mercedes 200, hincado en la cuneta con las ruedas traseras en el aire y manchado de barro hasta el techo.

Pero dijiste que venías en el Land Rover, exclamó el niño, y el padre le ordenó que se callara, ya hablarían luego.

El mecánico y el padre se apearon para examinar el coche. De algún modo, el maletero se había abierto, quizás por el impacto de un tronco. En el interior encharcado flotaba broza. El padre metió las manos en el agua y rescató el embrague de autobús.

Había comprado el Mercedes hacía un año. La dueña de la fonda donde comía a diario tenía un sobrino que vivía en Alemania y que compraba allí coches de segunda mano por encargo. Luego los llevaba en persona cuando volvía a Asturias en las vacaciones. A Jon y a la madre el Mercedes no les gustaba. Decían que olía a gasoil, que les daba dolor de cabeza.

¿Qué se puede hacer?, preguntó el padre.

Se puede sacar de aquí, le dijo el mecánico. Luego ya te diré.

¿Ayuda?

Ya te aviso.

El padre le dijo a Jon que fuera con él. Dejaron el embrague en la grúa y cogieron las bolsas con la compra. Se encaminaron

hacia una casa a unos cien metros, pegada a la ladera. Varias personas sacaban muebles empapados y los ponían a secar al sol. Los irrecuperables formaban una pila aparte. Varias personas más, entre ellas dos niños, sacaban barro del interior con palas y escobas.

El que parecía el cabeza de familia, a quien le faltaba el brazo derecho, dejó de trabajar al verlos acercarse. Se enjugó la frente y les dio los buenos días. Saludó al padre tratándolo de usted y se disculpó por no darle la mano, la tenía sucia de barro. El padre le dijo que les habían traído algo de comida, poca cosa, pero de algo serviría. Parecía avergonzado. Añadió que era como muestra de agradecimiento, pero si había algo más que pudiera hacer, cualquier cosa El manco negó repetidas veces y dos mujeres cogieron las bolsas y las llevaron adentro.

Si se le ocurre algo, le dijo el padre, ya sabe dónde estoy.

El manco asintió y luego llevó al padre al interior, para enseñarle cómo había quedado la vivienda, donde el agua que había caído por la ladera como una cascada había roto las ventanas de la fachada trasera y salido por la puerta delantera. Jon se quedó solo. Nadie le prestó atención. Se dedicó a mirar a los dos cerdos que, a un costado de la casa, engullían la comida arruinada de la despensa.

Cuando el padre se despidió de la familia, Jon y él caminaron hasta el centro del puente. Observando el río, el padre le contó que la víspera había bajado de la cantera con el Mercedes, no con el Land Rover, como les había dicho. Sí era cierto que al llegar a la altura del puente se encontró con una balsa de agua. Se bajó del coche para comprobar lo profunda que era y entonces pasó lo de la vaca. Pero a continuación, en lugar de retroceder y buscar refugio en la casa, había intentado cruzar. Había avanzado unos pocos metros cuando el coche empezó a flotar de pronto, derivó hacia la cuneta y quedó encallado. Él se apeó pero la corriente le hizo perder el equilibrio. Consiguió agarrarse al parachoques delantero. Gritó pidiendo ayuda.

Esa familia estaba intentando sacar los animales de la cuadra, siguió. Ésa de ahí, al otro lado de la carretera, justo en la orilla. Los únicos que pudieron salvar fueron esos dos cerdos que has visto. Gracias a Dios, me oyeron y me echaron una cuerda.

El padre contó que mientras se aferraba a la cuerda y tragaba agua, veía, muerto de miedo, cómo el río se llevaba uno a uno a los cerdos y las vacas. Ya a salvo, vomitó barro. Se quedó con la familia hasta que dejó de llover.

Luego retomó el camino a pie. La mayor parte del tiempo avanzó con fango hasta las rodillas. En Río Frío, la crecida había hecho desbordarse las piscinas de la piscifactoría. La carretera y el campo aledaño estaban cubiertos de truchas vivas. Un vecino llenaba cestos con ellas y los cargaba en el remolque de un tractor. Al ver el triste aspecto del padre, se ofreció a llevarlo a Posada.

Por suerte, unos días antes había dejado el Land Rover en el taller para una pequeña reparación, y pudo volver a casa en él.

No se lo cuentes a tu madre. No queremos que se preocupe.

Jon negó con la cabeza.

Pero ¿y el coche?

Le diremos que está en la cantera. Durante unos días usaré el Land Rover. A ver qué dice el mecánico.

Miraron juntos el agua, de color marrón verdoso pero que ya había recuperado el nivel habitual. El padre le dijo que el día anterior el río era muy distinto, una pasta espesa que no hacía olas.

¿Y sabes qué no se me va de la cabeza? El sonido. Un ronquido profundo. Como un ruido de molienda. Las piedras, piedras enormes, que esa pasta arrastraba por el fondo. ¿Y sabes qué más? El olor. A putrefacción. Como si en vez de agua el río llevara un batido de estiércol.

El mecánico llamó al padre para que le echara una mano.

Quédate aquí, le dijo a Jon.

Un hombre salió de la cuadra empujando una carretilla cargada de broza. Vestía nada más que unos calzoncillos, botas de agua y un par de guantes. Vació la carretilla y se detuvo a recobrar el aliento. Una de las mujeres de la casa se acercó a él abriendo un paquete de Ducados. Le puso un cigarrillo entre los labios y se lo encendió. El hombre dio una calada y vio al padre. Luego miró a Jon. Le preguntó si era su padre y el niño asintió. El hombre le dijo que por poco era huérfano. Hablaba con un acento asturiano tan cerrado que Jon tardó en darse cuenta de lo que había dicho.

De vuelta en Ribadesella, les sorprendió no encontrar en la cochera el BMW de Imanol. En la cocina, la mesa estaba puesta para dos.

Por fin estáis aquí, les dijo la madre sonriendo. No os he esperado para comer. No os importa, ¿verdad? Se ha hecho un poco tarde.

¿Dónde están?, preguntó el niño. ¿Han ido a alguna parte?

Sí. A su casa, dijo la madre.

Pero por la tarde íbamos a ir a Tereñes, se lamentó Jon.

Ya ves. Les han llamado por teléfono. Una emergencia. Y se han ido corriendo.

El padre la observaba en silencio.

Imanol ha dicho que ya te llamará, añadió la madre dirigiéndose a él. Lavaos las manos. Tendréis hambre.

Mientras ellos comían, la madre se sentó a la mesa con una taza de café soluble. La ventana de la cocina estaba abierta. Una brisa del nordeste limpiaba la atmósfera. Los colores del jardín brillaban más aún de lo habitual. La madre miraba hacia afuera relajada. Dijo, como si hablara consigo misma, que pediría hora en la peluquería para esa tarde. Jon comía cabizbajo.

¿Quieres ir a pescar?, le preguntó su padre, y él se encogió de hombros y a renglón seguido negó con la cabeza.

¿Me ayudas a lavar el Land Rover?

Esta vez ni siquiera hubo respuesta.

Estoy pensando, dijo el padre, en tomarme una semana de vacaciones. Cuando solucione la avería del embrague. Ya va siendo hora. Podríamos aprovechar para hacer algo diferente.

¿Un viaje como los de Imanol y Miren?, preguntó el niño, esperanzado.

Yo tengo en mente algo más provechoso, dijo el padre. ¿Qué tal si instalamos calefacción central?

La madre se cubrió la cara con las manos. Cuando las retiró, lloraba de alegría.

(España)

El lago

Por Eduardo Halfon

Yo lo llamaba el lago. De niño, en la Guatemala de los años setenta, probablemente ni siquiera sabía su nombre. Ni tampoco me importaba. Sólo había que conducir media hora desde la capital, a través de una carretera estrecha y sinuosa –que sin falta me mareaba y hacía vomitar–, hasta llegar al chalet de mi abuelo libanés en la orilla del lago. Pasamos muchos de los fines de semana de mi infancia ahí, tirándonos del viejo muelle de madera, aprendiendo a nadar en las aguas heladas y azules, desenterrando del fondo antiguas vasijas y reliquias mayas, remando en unas tablas largas llamadas hawaianas, mientras pececillos negros brincaban en la superficie y a veces hasta caían quietos sobre el acrílico. Suave, los empujábamos de regreso al agua.

Una madrugada, al despertar, encontramos a dos hombres indígenas flotando boca abajo cerca del muelle de madera. Estaban desnudos e hinchados. Guerrilleros, dijo mi papá, su tono lejos de cualquier compasión o misericordia. Yo aún era demasiado niño para saber que los militares solían desechar en el lago los cuerpos sin vida y torturados de sus enemigos. Unas semanas después, mi abuelo vendió el chalet.

*

A mi papá ahora lo acompañaba un guardaespaldas. También apareció en la casa un policía privado: llegaba todas las tardes y se quedaba la noche entera sentado en un banquito al lado de la puerta principal, envuelto en un poncho de lana, con una escopeta negra sobre el regazo, un termo de café caliente en las manos. Y yo poco a poco me fui acostumbrando a dormir al estrépito de explosiones y tiroteos. El conflicto armado entre la guerrilla y el ejército, que llevaba ya más de una década en las montañas del país, había escalado y entrado a la capital.

Un día, en el verano de 1981, hubo un combate en un barranco justo enfrente de mi colegio en la colonia Vista Hermosa. El ejército había descubierto que una casa del barranco era un recinto secreto de la guerrilla (cuartel general subversivo, dirían luego los periódicos), y empezó a bombardearla a las nueve en punto de la mañana. Los profesores nos llevaron a los alumnos a una especie de galpón, donde nos quedamos todo el día escuchando las descargas de ametralladoras, y los cañonazos de

tanques y lanzabombas, y el zumbido de tantos helicópteros militares en el cielo (tras la artillería de una tanqueta, dirían luego los periódicos, catorce guerrilleros murieron aplastados bajo los escombros: once hombres y tres mujeres). Esa misma noche, mientras mi hermano y yo nos alistábamos para la cama, mi papá nos dijo que venderían nuestra casa y que pronto saldríamos del país, a Estados Unidos. Así fue. Huimos a la Florida al día siguiente de mi décimo cumpleaños. Y yo rápido y sin darme cuenta olvidé Guatemala, olvidé mi español natal –el inglés, con el fervor de una nueva madrastra, de inmediato se impuso–, aun olvidé el lago. Hasta que unos años después, durante un viaje de vuelta a Guatemala, al final de la década de los ochenta, conocí a una chica.

Era un poco menor que yo, y de una de las familias más ricas del país. Dinero viejo. Dinero de fincas y haciendas. Nos conocimos una noche, en una fiesta, y a la tarde siguiente ella me pasó buscando en una enorme Suburban negra con vidrios antibalas. Ambos nos sentamos en el asiento trasero y fumamos algunos de mis primeros cigarrillos mientras su chofer –armado con un revólver calibre 38– nos condujo los treinta minutos por la carretera estrecha y sinuosa hasta que llegamos al chalet de su familia en el lago.

Todo adentro parecía abandonado. Los sofás y las mesas estaban cubiertos con grandes lienzos de lona. No había ninguna silla, ningún plato en la cocina, ningún edredón en las camas, ninguna copa o botella en el bar. Habían tapado las ventanas con bolsas de plástico negro. Pero por más abandonado que parecía el chalet, el lago estaba aún peor.

El agua ya no era azul profundo, sino un marrón oscuro, chocolatoso. Espuma gris flotaba en la superficie. No había nadie en ningún lado. Nadie nadando. Nadie pescando. Nadie navegando en su lancha o velero. Ningún niño de la capital pasando ahí el fin de semana. Ningún indígena desenterrando reliquias mayas del fondo para luego venderlas. Me puse a observar todos los demás chalets en la orilla y se me ocurrió que, más que abandonados, eran ya vestigios de otro tiempo.

Estaba anocheciendo. Apenas se distinguía la silueta de los volcanes en la distancia. Murciélagos volaban justo al ras del agua y por encima de nuestras cabezas. Llegamos caminando al muelle de madera y me sorprendió percibir el olor de algo pudriéndose. Rápido entendí que lo que estaba pudriéndose era el lago mismo. Le mencioné a ella algo sobre el mal olor. Pero sólo soltó una risita y se quitó toda la ropa y se lanzó desnuda al agua.

*

Estaba conduciendo al mar. O intentando hacerlo. Recién había cumplido veinticinco años y también había llegado a la conclusión de que absolutamente nada en mi vida tenía sentido.

Llevaba ya un par de años de regreso en Guatemala, tras haber terminado de estudiar ingeniería en la Universidad de Carolina del Norte. Había vivido en Estados Unidos más de diez años, pero siempre con una visa de estudiante, y cuando esos estudios terminaron también terminó mi tiempo allá, y me vi obligado a regresar a un país que desconocía, a una cultura que no era la mía, a una lengua que ya apenas podía hablar (el inglés se había convertido en mi lengua dominante). Empecé a trabajar como ingeniero, aunque siempre agobiado por un sentimiento de extrema frustración, de profunda angustia, un sentimiento que, con el paso del tiempo, sólo fue aumentando. Yo no pertenecía ahí. Pero tampoco pertenecía a ninguna otra parte. A ningún país. Me sentía desubicado. Pero desubicado no sólo físicamente, sino emocionalmente, espiritualmente (no caería en la literatura sino hasta algunos años después, lo cual quizás, en un sentido más que metafórico, me salvó la vida).

Y ahí estaba, huyendo de algo en un Saab color zafiro que me había prestado un amigo, queriendo llegar al mar en quizás el peor día para intentarlo. Casi todas las calles de la ciudad estaban cerradas por razones de seguridad, debido a la ceremonia oficial que se llevaría a cabo esa misma semana: después de treinta y seis años de guerra interna, los militares y guerrilleros finalmente firmarían un acuerdo de paz. El país estaba lleno de observadores internacionales, presidentes, embajadores, periodistas. Me vi obligado, entonces, a buscar otra salida de la ciudad: la estrecha y sinuosa carretera hacia el lago que, luego de bordearlo, conduce al mar.

Pero esa carretera, descubrí al llegar, también estaba cerrada. No por la ceremonia en la capital, sino por una multitud de personas curiosas congregadas al lado del lago. Estacioné en la carretera misma y salí del carro.

La orilla era una sábana plateada de pequeños peces muertos.

*

Aún estaba ahí. No se había marchado, cuando todos los demás se marcharon. Su chalet, aunque viejo y endeble, también seguía ahí, y él seguía ahí, acompañándolo cada fin de semana, como un capitán que se niega a abandonar su barco mientras éste se hunde. O como uno de esos soldados japoneses que deambularon durante décadas, aún con sus uniformes puestos, buscando al enemigo, porque nadie recordó decirles que la guerra había terminado.

Fue mi pediatra en los años setenta. Luego se convirtió en un reconocido antropólogo. Ahora, a punto de cumplir yo cuarenta y seis años, era el bisabuelo de mi hijo.

Estábamos echados uno al lado del otro en dos sillas de playa, enfrente del lago –él, como siempre, y pese a sus más de noventa años, en un traje de baño Speedo demasiado pequeño–, mientras esperábamos a que se enfriara un poco el agua volcánica del *jacuzzi*. Él acababa de contarme de cuando, en julio de 1982, lo había secuestrado un grupo de soldados vestidos de civiles, justo afuera de su clínica (la sala de espera, recuerdo, se mantenía llena no sólo de los niños adinerados de la sociedad capitalina, sino también de niños pobres e indígenas, a quienes él atendía sin cobro). Los soldados lo metieron a la fuerza en un *jeep* militar y se lo llevaron al cuartel. Varios de sus hijos eran guerrilleros, en la clandestinidad, y el presidente Efraín Ríos Montt –quien luego sería enjuiciado y condenado por crímenes contra la humanidad y genocidio– quería que les proporcionara información para encontrarlos. Él no sabía nada. No podía decirles nada, y no les dijo nada, a pesar de sufrir distintas y prolongadas torturas (uno de los soldados, me contó, llegaba a su celda todas las noches a aflojarle los grilletes, en silencio, en secreto, para que pudiera dormir mejor; finalmente, el soldado le confesaría que había sido uno de los tantos niños pobres e indígenas que él atendió y curó sin cobro). Después de más de un mes de secuestro, y debido en gran parte a la presión de activistas de derechos humanos y de organizaciones internacionales, en especial la Cruz Roja, los militares lo liberaron.

El lago ante nosotros era ahora de un color verde opaco. Verde arveja. Me pareció más vacío o quizás más pequeño, como si con los años se hubiese encogido. Su pestilencia era casi insoportable.

A mi lado, en la silla de playa, él seguía consultando la hora en su reloj digital. Yo sabía por qué. El bar se abría a las doce.

Le pregunté por la situación actual del lago. Él llevaba ahí medio siglo. Había sido testigo de su popularidad como destino vacacional, y también testigo de su tragedia. Había visto la construcción y destrucción de todos los chalets en la orilla. Había visto sus aguas azules y cristalinas tornarse verdes y espesas y fétidas. Había visto a todos los pececillos negros desaparecer.

Está en su fase final, me dijo. Dos causas principales. Primero, muchos años recibiendo el lavado de los agroquímicos y pesticidas de tantas fincas a su alrededor. Y segundo, todas las aguas negras y desechos industriales de la capital que desembocan en el lago a través de los ríos y riachuelos, aproximadamente trescientas toneladas de sedimento cada año. Está sufriendo de eutrofización, me explicó, que es el exceso de minerales y nutrientes, y es la razón por la cual el agua se tornó verde con algas. Y también

está sufriendo de colmatación, que es la contaminación del agua con materiales detríticos arrastrados.

Hablaba con voz clínica, sin emoción: un médico hablando de su paciente.

Me dijo que, al final, todo se resumía en negligencia humana e institucional. Me dijo que los expertos pronostican que el lago se secará completamente en unas pocas décadas, cuyos efectos a largo plazo serán catastróficos para el ecosistema de la región. Y mientras tanto, dijo, los indígenas de aquí han perdido su forma de vida y sustento, no una casa vacacional.

Suspiró y se puso de pie, despacio, casi con dolor. Medio sonriendo, anunció que el bar estaba ya abierto, y entró a servirnos un par de *whiskies*.

Yo me quedé acostado en la silla de playa, mirando las aguas verdes delante de mí, intentando recordar el azul nocturno que alguna vez fueron. El cielo estaba despejado. El sol en mi rostro se sentía tibio y agradable. Lejos, del otro lado del lago, apenas pude reconocer lo que antaño había sido el chalet de mi abuelo. El techo de tejas de arcilla roja, el césped verde que descendía hacia el agua, unos árboles de eucalipto que yo había ayudado a plantar en la tierra negra de la orilla, el viejo muelle de madera. Y mirando aquel muelle, recordé el rezo secreto y prohibido que de niño solía susurrar antes de lanzarme al agua. Como un conjuro. O como una especie de hechizo. Tenía miedo de encontrar flotando en el agua el cuerpo sin vida del niño Salomón, el hijo primogénito de mi abuelo, el hermano mayor de mi padre, o el que hubiese sido el hermano mayor de mi padre, y que se había ahogado en el lago cuando tenía cinco años, ahí mismo, en esas mismas aguas, cerca de ese mismo muelle. Nunca encontraron su cuerpo. O eso me decían.

(Guatemala)

La cinta roja

Por María Eugenia Ramos

> I am shielded in my armour
> Hiding in my room, safe within my womb
> I touch no one and no one touches me.
> I am a rock, I am an island.
> And a rock feels no pain
> And an island never cries.
>
> Simon & Garfunkel

Mi abuela yace en el sofá, sumida en esa duermevela en la que se ha refugiado desde hace tiempo, y sé que no hay mucha diferencia entre que esté tendida allí o en un ataúd. Hace mucho que dejó de comer, de oír, de ver y de sentir otra cosa que no sea miedo y dolor. De vez en cuando, algo de su antiguo ser vuelve a su mente y entonces busca a las personas a su alrededor. ¿Estás allí, Arturo?, pregunta con voz apenas audible. Sí, abuela, aquí estoy. ¿Qué necesita? Nada, contesta, es que pensé que me habían dejado sola.

El temor a la soledad ha sido una constante en ella desde que enfermó. Por eso, se ha trasladado a la sala, donde se resigna a la carcoma que comenzó en las vigas del techo y se ha apoderado de la casa, al punto de que se han tenido que botar algunos muebles de los que sólo quedaba el cascarón. Ha pedido que le acondicionen este viejo sofá, donde cada mañana le llevan de su cama las mantas y una torre de almohadas entre las que, de forma precaria, acomoda sus pequeños huesos, sostenidos apenas por una piel frágil que ha empezado a descamarse. En las raras ocasiones en que he hecho algún trabajo de albañilería y he podido juntar algún dinero le he propuesto comprarle una silla de ruedas, pero se niega. A mí ya me queda poco tiempo, dice, ¿para qué gastar? Le ofrezco colocar unas barras para que tenga de donde sostenerse cuando hace el recorrido del sofá al baño y así no dependa de que otra persona la lleve. No, me dice, porque eso estorbaría a los demás que viven en la casa. Siempre ha sido terca y, a estas alturas, esa terquedad me desespera. Hice un par de intentos y luego desistí. Ahora, además, aunque ella quisiera, ya no tengo dinero. Los pocos ahorros que me quedan son para algunas de sus medicinas. Mis tíos asumen que es mi obligación,

sea que tenga o no trabajo, y me gusta sentirme útil al menos en eso. Aunque es una utilidad ficticia, porque en el fondo sé que las medicinas no la curan, ni siquiera la alivian.

Vivo en la parte de atrás de esta casa donde crecí, en un cuarto destinado a bodega, donde el techo de cinc hace el calor insoportable durante el largo verano de estas tierras. Soy albañil y sé un par de cosas de construcción; bien podría haber cambiado ese techo o ponerle un cielo raso aislante en uno de esos esporádicos momentos en los que me ha sobrado algún dinero. Pero también me pregunto para qué gastar, si mi idea es no quedarme aquí para siempre. En algún lugar debe haber una casa y una vida que sean mías, no éstas que siento prestadas. Con esa idea dejé de comprar ropa, por ejemplo. La verdad es que un albañil no necesita ropa. Con un par de mudadas es suficiente, porque es un trabajo sucio, y cuando no hay trabajo, tampoco hay dinero ni forma de salir a gastar.

Me he quedado en esta casa donde mi mamá me dejó, así como dejó el piano, recuerdo de esa época maravillosa en la que no había carcoma y ella tocaba y cantaba canciones que yo adoraba escuchar, aunque no entendía las palabras. Ella me decía que era francés y que me iba a enseñar; pero un día me dijo: hay que seguir al corazón, y se fue. Yo tenía seis años y durante todo ese tiempo pensé que ella era mi hermana mayor, mi bonita hermana que me permitía verla cuando se peinaba ese cabello largo y lustroso, y me dejaba ponerme pintalabios a escondidas de mis tíos. Pero cuando se fue, mis tíos me dijeron que no era mi hermana, que se había embarazado de algún novio, no se sabía quién, y que de allí nací yo. Por mucho tiempo esperé que volviera, y mientras tanto intentaba tocar el piano para recordarla. Hasta que mi abuelo dijo un día: mucha bulla hace ese niño con ese piano, y mandó que lo dejaran en la bodega donde ahora duermo. Le pusieron muchas cosas encima y terminó quebrándose. Pienso que en el fondo es lo que quería mi abuelo, para desquitarse de que mi mamá se haya ido y nos dejara atrás para seguir a su corazón. Nunca entendí cómo sería eso de seguir al corazón, si lo tenemos aquí, dentro del pecho. De ella sólo me quedó uno de sus pintalabios, que seguramente olvidó al irse. Mis tíos nunca supieron que esperaba a que se fueran para pintarme, y me miraba al espejo buscando los ojos de ella en los míos; pero nunca aparecieron.

Seguí yendo a la escuela y comiendo en la cocina, con mi abuela, como lo hacía cuando estaba mi mamá. Pero me costó

mucho llegar al sexto grado. No ponía atención en clase y siempre estaba castigado. Mi abuelo dijo que él no iba a seguir gastando dinero en alguien que no quería estudiar, y me puso a ayudarle a uno de mis tíos, que es maestro de obra. Así fue como me hice albañil. Me gustó empezar a ganar algún dinero. Los otros albañiles lo gastaban en cerveza o en comprar comida para sus hijos, los que ya tenían familia, pero yo compraba pintalabios en algún puesto del mercado donde no me conocieran, y me los llevaba a la bodega, que para entonces ya era también mi cuarto. El pintalabios que dejó mi mamá se gastó pronto, de tantas veces que me lo puse de niño, pero aún conservo el envase. Lo llevo siempre conmigo, y me gusta apretar de vez en cuando ese pequeño tubo vacío.

Mi abuelo murió hace unos años. No estuve en su entierro porque me había ido a trabajar en una construcción fuera de la ciudad, y me alegro, porque así no tuve que fingir tristeza. Nunca me pegó ni me trató mal, pero tampoco me hablaba, y algunas veces lo sorprendí viéndome de lejos, como si fuera un bicho raro. En un par de ocasiones acompañé a mi abuela a dejarle flores al cementerio el día de difuntos, pero solo si no estaba disponible ninguno de mis tíos.

Mientras estuvo sana y fuerte, la abuela nunca habló de mi mamá. Nadie hablaba de ella, salvo mis tíos, que, cuando se enojaban conmigo, me la recordaban con palabras que no entendía, pero me molestaban. Desde que se enfermó, mi abuela ha empezado a hablarme de ella cuando nos quedamos solos, quejándose de tanto que la cuidaron y quisieron, por ser la única hija mujer, y cómo fue capaz de irse y dejarme. No me gusta oír hablar mal de mi mamá, pero lo tolero sin decirle nada a mi abuela porque me gusta quedarme a solas con ella cuando mis tíos se van a trabajar. En realidad, lo que me gusta es que puedo revisar sus cosas de antigua costurera, y hasta probarme algunos vestidos de los que guarda en ese viejo ropero, conservados en naftalina. Por alguna razón, a mi abuela no le parece extraño, y hasta me dice: Medite este, o el color de aquél te queda mejor.

Sin que se dé cuenta, me he llevado algunos de esos vestidos a mi cuarto-bodega, para ponérmelos en esas largas horas en las que no tengo nada que hacer. Lo malo es que allí no tengo espejo de cuerpo entero, sólo uno pequeño encima del lavabo, que yo mismo instalé, junto con la regadera y el inodoro. En esas cosas sí he gastado, porque en la noche mis tíos cerraban la puerta y no podía usar el baño de la casa. Podría haberme comprado un

espejo grande; pero me da pereza inventar una explicación de por qué un hombre, y además albañil, querría tener en su cuarto un espejo grande. Prefiero verme por partes, y he llegado a pensar que así soy, una persona hecha de pedazos. No sé si soy eso, o soy varias personas en un solo cuerpo. Se me acaba de ocurrir ese pensamiento, y me inquieta, así que lo espanto como quien ahuyenta una mosca.

Hoy de nuevo he venido a acompañar a mi abuela, pero no estoy buscando más vestidos, sino una cinta roja. Por alguna razón, me gustaría tener una cinta que combine con el pintalabios, tal vez porque guardo el vago recuerdo de haber visto a mi mamá usando una en el pelo, cuando me dejaba acompañarla mientras se peinaba. Hay mucho donde buscar. El pasillo de acceso al dormitorio está abarrotado. Una estantería cubre toda la pared, con anaqueles llenos de polvo y libros que nadie lee. Hay un mueble cojo, sujeto con un cáñamo para que no se caiga, repleto de cajas apiladas en desorden. Algunas son de plástico, organizadores como los que se encuentran en las casas de la gente ordenada; otras son simples cajas de zapatos, reutilizadas para guardar cosas.

Aunque tengo los dedos duros y callosos por el trabajo de albañil, me las arreglo para buscar con delicadeza entre tiras bordadas, antiguos retazos de tela, ristras de lentejuelas, encajes y botones. Hay muchas cintas, verdes, amarillas, naranjas, rosadas, azules, pero no encuentro la cinta roja. Me acerco al sofá donde dormita mi abuela, con la boca entreabierta. Sé que no está completamente dormida porque de vez en cuando se queja. Abuela, la llamo. No me contesta. Abuela, le digo, con voz un poco más fuerte. Cierra la boca y abre a medias los ojos. Abuela, insisto. Ando buscando una cinta roja. ¿Se acuerda si tiene?

Ahora sé que está despierta, porque me toma la mano. Siento que la de ella está fría, a pesar de este calor tan fuerte que dan deseos de vomitar. Le doy tiempo para que regrese de cualquiera que sea ese limbo, que me reconozca y se dé cuenta de que está en su sofá, rodeada de sus almohadas y cubierta con su manta. ¿Qué?, me pregunta. ¿Tiene cinta roja, abuela? Ocupo una. Se queda en silencio unos segundos, me imagino que buscando entre los agujeros de su mente. Inesperadamente, abre más los ojos y me dice con voz más clara que de costumbre: Sí, buscala en una caja de madera que está detrás de mi cama.

Sé a qué caja se refiere. Es una de madera tallada, estilo baúl, pero pequeñita. Desde niño la he visto con curiosidad y me gus-

taría saber qué hay dentro, pero siempre la he encontrado con llave. Antes de que le pregunte, mi abuela me dice: La llave está en la mesa, detrás de la virgen.

Mi abuela siempre ha sido ferviente católica, y su cuarto está lleno de imágenes de santos, algunos en cuadros y otros en pequeñas esculturas. Cuando era niño le tenía mucho miedo a ese cuadro donde está un señor de cara hosca, como la de mi abuelo, con sandalias y un vestido blanco, que sostiene una balanza, mientras a sus pies hay unas personas envueltas en llamas. Es el Justo Juez, me decía mi abuela. No le tengás miedo. Sólo portate bien para que cuando llegue el juicio final no te vayas al infierno. No entendía por qué me decía eso, si lo único que hacía mal era estar distraído en la escuela. Siempre que entraba a ese cuarto procuraba ver hacia otra parte, porque parecía que el señor del cuadro me miraba fijamente, y eso me daba pesadillas por las noches. Las vírgenes, en cambio, son mucho más amables. Me gustan sus vestidos, que imagino de tela suave, agradable al tacto. Están la virgen de Guadalupe y la del Carmen, pero yo sé que cuando sólo dice «la virgen» se refiere a la de Suyapa, de la que es muy devota.

Me emociona poder por fin, después de tantos años, abrir la caja y ver qué hay adentro. Volvé rápido, dice mi abuela. No me gusta quedarme tanto tiempo sola. Me apuro a llegar al cuarto y encuentro la llave exactamente donde ella dijo. Limpio el polvo de la caja e introduzco la llave en la cerradura. Cuesta que gire, se nota que hace mucho tiempo no se usa, pero finalmente se abre. Para mi sorpresa, dentro de la caja lo único que hay es precisamente una cinta roja, de las que se ponen en el pelo, y de alguna manera me doy cuenta de que es la misma que recuerdo haberle visto a mi mamá, cuando era niño y creía que ella era mi hermana bonita.

Me paro frente al espejo grande del ropero con la cinta en las manos. Me veo como soy: un hombre adulto, vestido con un pantalón de tela gastada y una camiseta, con las manos curtidas. Como no estoy trabajando, hace mucho que no me rasuro ni me corto el pelo. Lo tengo largo, y eso me parece genial porque puedo ponerme la cinta. Tomo el cepillo de mi abuela y me peino cuidadosamente. Mis manos son duras, pero mi pelo no. Es suave, y tengo la esperanza de que sea como el de mi mamá. Me gustaría parecerme a ella, pero no sé si lo he logrado, porque no tengo ninguna fotografía y su imagen está cada vez más lejana en mi recuerdo.

Después de cepillarme bien, me pongo la cinta y vuelvo a la sala, para que mi abuela no esté sola mucho tiempo. Imagino que está dormitando nuevamente, y procuro no hacer ruido. Pero está despierta, y veo que trata de incorporarse. Me acerco y la tomo de los brazos para ayudarla, porque no puede hacerlo sola. Se me queda viendo como asustada, pero logra sentarse. Me quedo a su lado en el sofá, por si necesita ir al baño, y entonces veo que está llorando. Las lágrimas le corren por las mejillas hundidas, y se quedan atrapadas en los surcos que tiene entre la nariz y la boca. Entonces soy yo el que se asusta. ¿Qué pasa, abuela? ¿Qué tiene? ¿Le duele algo? Mueve la cabeza para decir que no, y levanta la mano para tocar la cinta que tengo en el pelo. No sé si quiere quitármela o es un gesto como el que acostumbra para bendecirme, pero me agacho para que pueda alcanzarme.

Era de ella, empieza a decir, y me cuesta entenderla entre las lágrimas. Ésa era la cinta que ella tenía puesta cuando pasó todo. No le pregunto quién es ella, porque ya sé que es mi madre, que pasa de nuevo flotando entre mis recuerdos, con su hermoso cabello suelto. Pero quisiera que mi abuela deje de llorar, porque está muy agitada. No llore, abuela, le digo, ¿le traigo agua? Dejame, me dice. Dejame hablar, porque ahorita me acordé de todo.

No sé de qué se acordó para que esté llorando, si le cuesta recordar qué día de la semana es, pero hago caso y me quedo esperando en silencio. Y entonces empieza a hablar, y sé que nada podrá detenerla. Tu mamá no salió embarazada de ningún novio, dice. Todo lo que te dicen tus tíos, lo que yo te he dicho, es mentira. Yo no quería acordarme. Ella no era mala hija. Era linda y muy inteligente. Sacaba buenas calificaciones en el colegio. Era un colegio caro, pero allí le daban clases de piano y de francés. Tu abuelo la consentía y le pagaba todo.

Ha dejado de llorar y hace silencio por un momento. Pienso en volver a ofrecerle agua, pero mejor me callo. Ahora habla con voz más fuerte, y su cara tiene otra expresión, como si de repente hubieran cesado esos terribles dolores que tiene todo el tiempo. Yo no quería darme cuenta, dice. No quería darme cuenta de nada. Porque yo tenía que haberla cuidado, y no lo hice. Tu abuelo dormía con tus tíos, porque desde que me embaracé de tu mamá, que era la menor, dijo que yo le daba asco. Una madrugada me levanté para ir al baño y vi que estaba abierta la puerta del cuarto de tu mamá. La fui a cerrar, pensando que la había abierto el viento, y entonces lo vi. Todo lo vi, porque el alumbrado de la

calle daba justo a la ventana de ese cuarto. Tu abuelo estaba en la cama, encima de tu mamá. Ella no se movía. Tenía los ojos abiertos, pero se notaba que no veía a ninguna parte. Y tenía puesta esa cinta roja en el pelo. Entonces me di cuenta. Supe que la estaba violando.

Yo me he quedado con los ojos abiertos, sin ver a ninguna parte, como dice mi abuela que estaba mi mamá. Oigo su voz que llega desde muy lejos, no porque sea débil, sino porque yo me he ido a algún otro lugar y desde allá la escucho. No hice ni dije nada, continúa mi abuela. Volví a mi cuarto y seguí mi vida. Me obligué a olvidar lo que había visto. Cuando a tu mamá le empezó a crecer la barriga, supe que era de tu abuelo. Los tres lo sabíamos, pero nunca dijimos nada. Tu abuelo la sacó del colegio. Cuando llegó el momento, la llevamos al hospital y vos naciste. Ella se quedó mucho tiempo para cuidarte, hasta que al fin se fue. Yo nunca la busqué. Sólo guardé esa cinta bajo llave, para nunca más volver a saber de ella. Tu abuelo era tu abuelo y también era tu papá. Los dos, tu abuelo y yo, le desgraciamos la vida a tu mamá. A mi niña.

Por fin ha dejado de hablar. Yo no digo nada. No intento consolarla y ella tampoco lo pide. Se vuelve a acostar, y sé que esta vez no saldrá de esa duermevela, su refugio. Me doy cuenta de que no se puede morir porque está muerta desde hace mucho tiempo. Pero siento compasión por ese cuerpo vacío, como los muebles devorados desde adentro por la carcoma, como el envase del pintalabios que siempre llevo en el bolsillo del pantalón. Por fin entiendo qué quiere decir seguir al corazón. Y mi corazón me dice que me quite la cinta, y que se la ponga a mi abuela en el cuello, y que apriete hasta que cese el remedo de respiración que aún le queda.

¿Cómo se puede dejar de seguir al corazón?

(Honduras)

El manglar

Por Mónica Lavín

Ella está de paso. Viene por unas semanas a esa cabaña en un cayo de Florida, es una casa muy antigua sobre pilotes, porque las leyes de construcción así lo indican, para proteger de inundaciones, pero la verdad, ya la revisó otro de los artistas en residencia, no hay nada que amarre la casa de 1900 a esas vigas de descanso. En las noches de viento se imagina que la casa será levantada y encallará en picado por uno de los costados, como la foto que está en la sala y la muestra así. Es para que los residentes y las visitas que donan dinero para el funcionamiento de este lugar noten el esfuerzo sobrehumano por darle el aspecto que ahora tiene. No esa ruina que cualquiera hubiera demolido.

Le gusta echar a caminar temprano, antes que el sol la hiera. Pasará el resto del día experimentando con los trozos de madera y conchas que recoge al atardecer en la playa, para construir esos móviles miniatura que adosa unos a otros como un gran árbol de la vida. En ese lugar donde las aves destazan peces, la marea arroja calamares a la orilla, los pargos lucen su brillo plateado en cada salto, las águilas pescadoras llevan la presa en sus garras, no se puede pensar más que en la algarabía de la vida. Caminar temprano le permite pensar ideas sin pensarlas. No tiene el lápiz en la mano ni el papel frente a ella, entonces es la cabeza la que hace sus esbozos con total libertad. Las formas se le atraviesan: un cardenal de un rojo flama, las raíces del manglar como una ciudad de arcos de madera a ras de agua. Incluso las huellas en la arena de los animales que cruzaron el camino en la noche le revelan una vida escondida: las aves se delatan con esas tres incisiones, los mamíferos la intimidan cuando descubre el negativo de las pezuñas de animales no muy grandes. Hay mapaches y coyotes y, por fortuna, ambos prefieren la noche.

Para llegar al manglar es necesario atravesar la carretera frente a la cabaña y tomar el camino arenoso que toca la orilla del manglar por tres puntos. Ella suele llegar a cada uno y deja para el final el muelle público. Es de madera y tiene un letrero que advierte del cuidado que hay que tener con los manatíes. En este muelle, la gente se embarca o pesca. Lo supo por el hombre que le dio los buenos días, café en mano, mientras se dirigía a su auto.

–Vengo todas las mañanas, antes de ir al trabajo –añadió– es muy bello. Aunque no pesque nada, lanzo la caña.

Lo vio subir a la camioneta y arrancar mientras ella siguió muelle abajo a la orilla del agua verdosa y oscura, donde un pato de pronto alzó el cuello y la sorprendió. Estuvo atenta al lugar donde se había sumergido por si de nuevo lo descubría. Pero todos eran esbozos sin un plan previo. El propio cuello del animal hundiéndose en el agua era una forma interesante, la curva como lo más vivo posible, o como la forma ideal para cazar comida y jalar aire. Al día siguiente no fue a caminar porque prefirió leer en la quietud de la buhardilla mirando los tonos del amanecer sobre el golfo de México. El rebote del sol en el pecho de las gaviotas que alzaban vuelo era espectacular, aún no había ruidos de los que visitaban la playa. Le llamaba la atención cómo sólo una pequeña franja de tierra dividía dos paisajes tan distintos en aquel cayo. La laguna rodeada de manglar parecía siempre secreta con esa vegetación de tejido apretado, y la luz teñida por el verde de las hojas, por el fondo más fango y menos arena. El mar en cambio se abría descarado hacia un horizonte plateado.

Al día siguiente, volvió a toparse con el hombre que pescaba y bebía café de un vaso de cartón. Le dijo que se llamaba Phil y preguntó su nombre. No supo por qué contestó Ellen. Volteó a los lados temiendo ser descubierta por alguno de sus compañeros de residencia que la llamara por su nombre. Diría que tenía dos, uno de artista y otro para caminar y saludar. Y se reiría. Estoy segura que tú también tienes dos nombres, Phil. ¿Steve? Ellen era un nombre escudo, el de alguien de por allí, no una extranjera. Phil estaba recargado sobre la baranda del muelle con la caña hundida en el agua.

–Hasta ahora no he pescado nada, pero me gusta venir. Mis padres están viejos y vivo con ellos. Necesito salir un poco.

Ellen se sorprendió de que le contara algo de su vida, ella no haría eso con un extraño. Ella iba al manglar para sentir el aire fresco de la mañana, para escuchar graznidos, para contemplar el suave oleaje en el agua y esperar a que algo surgiera de su oscura superficie: el respirar de los manatíes, el salto del pez, o que algo entrara en el agua: el pato, la garza. El vaso de cartón de Phil era de 7-Eleven, y su voz, la de un fumador que tal vez hacía poco había dejado el cigarro. Nunca había nadie más a esa hora en el muelle que ostentaba el membrete de *público*. ¿Sería que era muy temprano para que alguien apareciera o que la playa era más atractiva que este paraje donde los mosquitos zumbaban y

había que usar manga larga y repelente para que no atacaran? Se alegró de que Phil ya se tuviera que ir y le dejara el muelle para ella sola. No venía a conversar, huía de las pláticas que se daban en la residencia de artistas a ciertas horas, de los correos de la computadora y el servicio de mensajes. No quería más que estar ahí en silencio. Ése era su privilegio.

Los siguientes días se levantó más temprano y pudo recorrer a sus anchas los caminos de arena y los dos puntos donde el follaje se abría y revelaba la otra orilla de la laguna; el muelle era el banquete final porque la plataforma de madera la acercaba lo mismo al agua que a los árboles de la ribera. La postal era toda para ella, cerraba los ojos y escuchaba el parpadeo de las hojas, el ondular del agua entre las raíces de los manglares, la palmada del pez cacheteando la laguna. Abrió los ojos y Phil la saludó.

–Hola, Ellen. No he venido porque fui a visitar a mi hermana en Carolina del Norte.

Ellen sonrió por cortesía.

–Me fui en tren.

Ellen no tuvo corazón para ser grosera, y habló de la maravilla que eran los trenes.

–Quince horas –agregó Phil.

Iba a comentar que en su país no había ya trenes de pasajeros, que qué daría ella por viajar así, pero ya había decidido que Ellen era de ese país.

–A Oregón no puedo llegar en tren –se rio.

–¿De qué parte de Oregón eres?

–Cerca de Grants Pass, un pueblo deslucido –recordaba que una amiga le habló de él.

–Como éste –dijo Phil refiriéndose al más cercano al cayo.

–De vacaciones no está mal, vine con mis primos –inventó.

–Qué suerte. Es duro vivir con tus padres cuando ya no caminan bien y oyen la mitad –recalcó. Entonces estiró la mano y le ofreció un trago del café de 7-Eleven.

Ellen mintió veloz.

–El café me hace daño.

–A mí también –se rio Phil– pero si no, no despierto para ir a trabajar.

Ellen supo que era el momento. Fingió ver el reloj que no llevaba y dijo que se iba.

–Te veré otra mañana –aseguró Phil.

Ellen resistió su caminata mañanera durante unos días. Haber comenzado la charla con un extraño le estropeaba la intimi-

dad. Prefería ese flotar abstracto entre lo vegetal y animal que no demandaba de ella más que asombro y precaución. No quería los datos de una vida. Luego empezó a extrañar sus devaneos solitarios, el mar con su insistente oleaje no le permitía pensar de la misma manera. En la playa estaba como en una sala de conciertos, atenta al ritmo, al batir, a la sinfonía incesante del agua. Y ya el móvil-árbol de la vida con residuos de playa y esas pequeñas piezas acrílicas que estaba añadiendo comenzaba a dar de sí. Se había vuelto su proyecto de residencia, pero necesitaba nuevas veredas, algo más. Había hurgado entre los libros de la estantería común; uno de John Updike conversando sobre cuadros le pareció interesante, pero no suficiente para destrabarse.

Que se joda Phil, pensó, Ellen necesita su paseo.

Reconoció su camioneta cerca del muelle y se apresuró a pasar de largo para ir a los puntos del manglar que conducían a la orilla del agua entre el follaje y desde donde se veía el puente que conectaba esa tripa de tierra con el continente. El agua debió ser un paraíso para los antiguos habitantes de la región que Cabeza de Vaca descubrió, pensó. Aún quedaba un espacio entre la casa principal y las otras cabañas de la residencia donde no se podía construir, porque había un *midden*. La palabra le sonó al principio a los guantes de invierno que jamás hubieran sido necesarios aquí, luego la vio escrita: se refería a los vestigios de los asentamientos indios. Montículos de caracoles y conchas que indicaban su presencia. Hasta la huella del pasado humano era pieza de la naturaleza en ese lugar. Había dos tortugas en la orilla de ese claro, sus caparazones eran tan antiguos, tan quietos, apenas la cabeza de una sobresalía haciendo contacto con la otra. La forma de las dos muy juntas le gustó, ese remate ondulado en el extremo de la cola. Cuando caminó hacia el muelle supuso que Phil se habría metido en su camioneta con su caña y su café, y sin pescar nada, porque nunca, ya le había dicho, sacaba algo. Otros sí. No sabía por qué él no. Qué importaba, bastaba con estar allí.

Fue un alivio disfrutar el muelle a solas, ver el pelícano encaramado en el mangle de la orilla de enfrente, las garzas blancas en el lado derecho, escuchar el chapaleo suave del agua entre las raíces atiborradas de lapas. Gozó su escondite personal. De regreso, frente al letrero que advertía del cuidado a los manatíes estaban dos basureros. Alcanzó a ver el vaso de 7-Eleven que sobresalía de la tapa entreabierta. Sonrió aliviada, pero le llamó la atención algo sobre el piso: a un lado del bote yacía una navaja sin mango. Era curva y dentada. Pensó que podía ser para limpiar peces,

pero le inquietó que estuviera allí tirada, afuera de los basureros. Levantó la vista como si hiciera algo malo y le dio una patada para quitarla del camino.

Aquel día trabajó muy a gusto, hizo trazos para nuevos móviles-anclas y durmió en paz, sabiendo que el tiempo de residencia era limitado y que tenía que hacer el mejor uso posible de él. Había recuperado su espacio, eso le estaba claro, así que no dudó en lanzarse al manglar por la mañana. El cielo rosado, la brisa suave. Se llevó el sombrero por si tardaba más y necesitara atajar al sol. No había huellas de Phil, así que su ronda entre cardenales, graznidos y silbidos fue tersa. Al acercarse al muelle, su última parada, advirtió la camioneta. Sintió un apretón en el estómago y amainó el paso esperando que Phil emergiera del muelle antes de que ella pusiera un pie en la rampa. No iba a desviar su camino, respiró y se acercó al letrero.

Se detuvo cuando vio a Phil recargado en la baranda del muelle. No tenía la caña en la mano ni su café y tenía la cabeza recostada en un brazo. Era un gesto inusual, le pareció que lloraba. Pensó que debía preguntarle qué pasaba, ¿había muerto alguno de sus padres?, ¿lo habían despedido? Luego imaginó que si preguntaba se tendría que acercar mucho, casi abrazarlo, consolarlo como a un viejo conocido y escuchar las razones de su llanto. Después recordó la navaja. Todo podía ser un truco sucio, aquello por lo que ella no había querido contar mucho. No quería que pensara que no tenía quien estaba pendiente de ella, que pasara lo que su cabeza ya empezaba a fraguar, la podía violar, matar y tirar al agua, total ella estaba de paso, quién iba a preocuparse. Las muertas de Juárez, pensó, cuando Phil la descubrió y ella miró su cara llorosa.

–Ellen –suplicó él.

Ella se dio la vuelta y echó a andar a toda prisa, alejándose para siempre de su escondite.

(México)

Las malas vacaciones de Gino Paccelli

Por José Adiak Montoya

A Sara Rebecchi, probable compatriota.

El anciano acercó su boca cavernosa a los ojos del joven. En efecto, faltaban varios dientes. Contrajo sus labios hacia arriba y hacia abajo para que el muchacho pudiera constatar sin problemas que sus dientes habían sido arrancados a la fuerza por unos golpes descomunales No sé si era un tubo largo o me golpearon con la misma pistola con la que me habían apuntado, yo de pronto, después de los golpes, dejé de tener conocimiento

Estaban sentados uno a la par del otro, la banca de piedra era incómoda pero les daba toda la panorámica de la gente que iba y venía de la oficina de migración y extranjería. El anciano tenía unos diáfanos ojos celestes en los que podía leerse completa la verdad de sus palabras, su acento italiano lo delataba como el perfecto extranjero, su vestimenta era inmensa y su cuerpo parecía flotar dentro de ella. Desde el primer momento, cuando el hombre se había sentado a su lado interrumpiendo su lectura, el estudiante había sido ofendido por el fuerte hedor que desprendía.

Dos minutos luego de haber abierto la *Ilíada* de Homero, la cual tenía que estudiar a fondo en su clase de literatura grecorromana, el italiano había interrumpido su lectura preguntando: «¿qué lee?, luego de hablar por unos minutos sobre Homero y el mundo maravilloso que rescató del olvido, el anciano se había presentado como Gino Paccelli, ciudadano italiano, retirado y residente indefinido, involuntario y sin documentos del país en que se encontraban. Había sido asaltado semanas atrás.

Estar sentado en esta banca con usted joven, se remonta a muchos años atrás, éste era mi viaje de ensueño, pero mire ahora, ni siquiera esta ropa es mía y no sé cómo salir de aquí Sus ojos se llenaban de un mediano horror que nublaba el cielo puro de sus pupilas, suspiraba y un castellano accidentado se quebraba en su voz. Hace mucho que quería conocer este su país, joven. Ahora sé que fue un error que no debí cometer.

El mediodía pesaba vaporoso, las oficinas de migración se hallaban atestadas de gente, el hedor del italiano se mezclaba con el olor a diversos alimentos que se desprendía de los puestos de

comida apostados en las cercanías. El estudiante, luego de sus primeras horas de clase y aprovechando un hueco de tres horas libres para su próxima asignatura había decidido alejarse del tedioso y rutinario ambiente del recinto universitario, había decido comer algo lejos de allí, satisfacer un hambre constante que lo aquejaba desde que había entrado a la licenciatura, comer, beber y luego buscar una sombra para, al fin, llegar a la parte en que Aquiles, herido de rabia, arrastraba sin misericordia el cadáver maltrecho de Héctor. Todo transcurría bien hasta que el extranjero lo interrumpió sin mesura.

Cuando estaba en el colegio, hace muchos años, la clase que más me gustaba era literatura, me aprendía los poemas más hermosos de memoria y mi favorito siempre fue El Gran Poeta, me sabía todos los poemas que nos dejaban estudiar de El Gran Poeta. Ya de muchacho mi admiración creció y me vi inmerso en el estudio de su vida, siempre lo imaginaba en su entorno, usted me entiende, joven, allá es otro mundo y uno sabe que acá también es otro, me intrigaba el nombre de este país y de cómo de un lugar tan pequeño, casi inexistente al planeta, saliera esa mente prodigiosa, hasta el nombre del país tenía algo para mí, mezcla de extrañeza, sensualidad y humor, si es posible combinar tales cosas...

El estudiante, prestaba atención y había cerrado resignado el libro, las palabras de Paccelli iban heridas de su acento de amor, un ápice de mejores aires perfumaba las silabas de su nostalgia. El estudiante durante sus años de bachillerato había llegado a aborrecer a El Gran Poeta, como la mayoría de sus compañeros, durante cinco años en sus clases de literatura no hablaban más que de él y su importancia para las letras del país y el mundo, de su transformación del lenguaje, y un sinnúmero de cosas que tuvo que escuchar una y otra vez, lo hacían recitar los poemas cursis y famosos de El Gran Poeta y, al fin, había salido hastiado, víctima de una sobredosis de aquel nombre. Fue años después, cuando por su cuenta retomó aquellos libros, que entendió que todo había sido culpa de sus malos maestros y la pésima enseñanza de la obra de El Gran Poeta, que en efecto dentro de aquella cabeza deambulaban maravillas inimaginables y el lente con el que observaba el mundo estaba construido en otras esferas del cosmos. Ahora podía entender las palabras de Gino, escucharlo atentamente, entenderlo cuando decía lo que decía.

Siempre fue una pasión que llevé conmigo, la cargué por todos los rincones del mundo en los que estuve, y conocí grandes ciudades, vi grandes maravillas, vi grandes miserias y a todos lados aquellas palabras iban conmigo, me cansé del mundo y volví a abrazarlo, así es esta vida, los días pasan inexorables y de pronto

eran mis nietos los que leían a El Gran Poeta en el colegio, y yo, que ya había vivido la mayoría de mi vida, me enfrentaba a un ocaso sin remedio, tal vez sin tiempo de volver a amar la vida otra vez fue entonces cuando recordé esa palabra, el nombre del país que lo había visto nacer a Él, y reviví esas sensaciones cálidas que una vez despertaron en mí las grandes descripciones de su tierra tropical, fue allí que lo decidí sin importar las advertencias de mis hijos. Me vine a este país con la única intención de recorrerlo y conocer la tumba de El Gran Poeta. Luego de aterrizar alquilé un vehículo y manejé hasta su ciudad natal.

Lo primero que golpeó al bajar del avión fue este calor que no ha dejado de mortificarme desde el primer segundo, no me acostumbro, siento que mi cuerpo nada en una pecera de sudor dentro de mi ropa, es terrible, pero la emoción trepidante de estar acá hizo que no me importara en primera instancia, no impidió que surcara despreocupado las calles que me parecían tan retorcidas y extrañas, una ciudad tan llena de caos, tan repleta de agua que parece nadar, flotar entre el lago que la recorre. Luego de horas de recorrer sin rumbo la capital, empecé a conducir hacía la ciudad del museo, la casa dónde El Gran Poeta había padecido horrores nocturnos y a la que había vuelto para morir entre fiebres y delirio y, por último, mi cabeza revoloteaba de alegría al imaginarme plantado frente a su tumba, a sólo unos metros de sus huesos, aquellos huesos que habían cargado su carne, carne que había sentido el dolor y la dicha de la vida, su vida que tantas veces recorrí en la mía En ese momento, sentí el revólver en mi cabeza eran dos, uno nunca dejó de apuntarme desde fuera del vehículo, el otro entró al auto y barrió con todo, mi computadora, mi dinero, mis tarjetas, la maleta con mi pasaporte, mi ropa, mi cámara. En el momento que abrí mi boca para intentar reclamar, el hombre que me apuntaba me golpeó con la base del arma, luego sentí golpes repetidos en el rostro con algo parecido a un tubo y perdí la conciencia sin llegar a ninguna parte.

Las palabras siguientes fueron una niebla densa para el estudiante, el molesto acento del italiano pareció acrecentarse al punto de parecer que había cruzado la frontera del castellano, sus manos hablaban entusiasmadas pintando cuadros convulsos en el aire, trazos que los ojos de Paccelli salpicaban de una tristeza desesperante, hablaba de alucianciones, de *morte, la morte, la morte... mi trovai così vicono alla morte, il dolore si dissolse, come se la mia faccia stesse sparendo, come se il mio corpo si stesse trasformando in qualcosa di leggero e stesse perdendo il suo peso senza misura... era illogico, non sentivo il sangue che bagnava il mio volto, le voci dei miei aggressori si percepivano così lontane e poco*

a poco furono inghiottite da una pace senza limiti, ricordo che mi domandai se stessero pianificando la mia morte o se mi credessero già morto hasta allí recuerdo.

El estudiante asentía con la cabeza al arrebato de emoción del extranjero, pudo distinguir, por similitudes fonéticas, ciertas y aisladas palabras de esa parte del relato, pero era la desesperación en las manos de Paccelli y la tristeza en sus ojos la que le revelaron que había danzado con la muerte en los segundos subsiguientes al asalto.

Hubo un silencio, el estudiante resoplaba un aire tibio, la humarada de las comiderías los envolvió arrastrada por una corriente de aire portentosa, un silencio incómodo, que de nuevo fue roto por el parlanchín, ahora sereno, en su castellano extraño y risible para el joven lo siguiente es el hospital...

Despertó a una blanquecina luz que no le fue posible confundir con el paraíso a causa de los infernales dolores que se apoderaban de su cuerpo, luego, poco a poco, fue reconociendo paredes no tan sobrias de blancura, llenas de manchas de agua, paredes aceitosas, paredes en descuido, inadvertidas, los médicos también en descuido y las enfermeras con sus caras morenas en contrastes con unas espesas pinceladas de maquillaje colorado. Todo era dolor, le decían cosas mientras él se movía violento, convulso, sin entender las palabras del personal, sin entender qué había pasado, todo era humedad de sangre y pronto todo era oscuridad de nuevo. Ocaso del dolor.

Volví a caer en una profundidad que no puedo medir, ni en tiempo ni en densidad el estudiante, libro cerrado, Aquiles en pausa entre las páginas, escuchaba, seguía atento a las palabras que salían en tropel accidentado de la boca desfigurada del italiano. La fila de gente de la oficina de migración avanzaba lenta, el estudiante ya era familiar con cada uno de los rostros que impacientes aguardaban su turno, ahogando el sudor en diminutas toallas de mano que a la vez utilizaban como ventilador... El segundo despertar, si se puede llamar así, fue placentero, las heridas eran apenas leves punzadas que sentía no pertenecer a mi cuerpo, la anestesia aún reinaba en mi organismo. Allí vi al doctor Arrieta, dueño de la ropa que ahora llevo puesta. El doctor Arrieta ha sido un ángel de verdad, me ha brindado todos los cuidados necesarios desde que desperté, estuvo a mi lado durante los días de la convalecencia y ha estado presto en todo lo posible durante mi estadía en el hospital. Estoy viviendo en el hospital, como un indigente, el doctor hace lo posible porque mi estadía sea fácil pero no se logra todas las veces, otros se burlan de mí, imitan mi hablado como si fuera un tonto, la comida casi siempre es un arroz que

sabe a cadáver, la policía no ha dado con los agresores, no tengo papeles, no existo, estoy desamparado, solo, por las noches, llenas de mosquitos a reventar de sangre de enfermos, pienso en los huesos de El Gran Poeta, ojalá nunca hubiese decidido venir acá, su país es un mal país, muchacho, un sólo día, una persona noble como yo, sólo quería dejar una flor sobre sus huesos, ahora sólo hay estrellas sobre mí, mejor ver estrellas al cielo que huesos en la tierra, estrellas tengo en Italia, joven, pero acá, acá vivo de la caridad, pero ya he hablado con mis hijos, ya el embajador me espera, ya pronto tendré mis papeles, estaré en casa donde el nombre de su país ya no me suene a aventura exótica sino a terror

Unas lágrimas pesadas que se rehusaban a caer sobrepoblaban los ojos de Paccelli, el estudiante, con el dedo dentro de las páginas del libro de Homero miró el reloj, su clase empezaba pronto, se acercó un poco a Paccelli para darle dos ligeras palmadas en la espalda, el hedor a desaseo penetró su nariz como una vaharada indiscreta. Dio sus disculpas, había que marchar estoy esperando, ya serán las tres y a esa hora el embajador me dijo que me entregarían mis papeles, yo ya no hago fila, acá me conocen los porteros, cuando estén listos mis documentos me dejaran pasar, volveré a existir... Su acento balbuceante resultaba más indescifrable en su voz quebrantada de impotencia y nostalgia. El estudiante se alejó de él, le deseó la mejor de las suertes. A la distancia, le dedicó una última mirada, seguía en el mismo banco, con sus ropas grandes en las que parecía flotar, seguía inmóvil, pupila celeste fija en la entrada de la oficina de migración, todo, las comiderías improvisadas en la calle, el humo de los fogones, la desesperación en los rostros impacientes en la fila, el calor ardiente, todo parecía maravilloso en contraste con su soledad. El estudiante siguió su camino, pronto, pensó, Gino encontraría el suyo.

El italiano estuvo solo por largos minutos, tostando su piel bajo el sol. Se levantó al notar a una muchacha solitaria en el banco de enfrente, estaba absorta en la música que se desprendía de sus modernos audífonos, se sentó a su lado, la muchacha al ver que el hombre le hablaba sacó uno de los auriculares de su oído, y el extraño, cuyo hedor la desconcertó al principio, le sonrió Disculpe, ¿me decía algo? Y como por años llevaba repitiendo antes de esa tarde y antes de sentarse junto al estudiante, el anciano abrió su boca cavernosa Soy Gino Paccelli y siempre quise conocer su maravilloso país

(Nicaragua)

Cartas y fotos

Por Enrique Jaramillo Levi

Para Ela Urriola, talentosa escritora y pintora, con afecto.

I

Escribir puede ser, simplemente, ir desbrozando, con mayor o menor intensidad, sentimientos e ideas, hechos e imaginaciones, ya sea de forma meticulosa y cuidada; o, por el contrario, sin orden alguno ni concierto, como un borbotón intempestivo que no hay forma ni deseo alguno de atajar: sacar de algún sitio remoto algo sencillísimo que no habías sabido ver antes, o inmensamente complejo que, de pronto, aflora simplificándose.

De ambas maneras, le ocurría aquello a Julián al ponerse a buscarle un mínimo sentido a su creciente necesidad de expresarse mediante esa gracia maravillosa de las palabras; la magia inexplicable de emocionarse más allá de toda contención cuando sin remedio escribe. En realidad, por mucho tiempo lo hacía sólo para él mismo, su primer y probablemente único lector. Quería descubrir, entender, comprenderse mejor. Pero sus amigos lo creían un tipo raro, porque los fines de semana no era normal preferir encerrarse a escribir pendejadas en lugar de salir a los parques y esquinas del barrio a ver pasar a esas apetecibles chicas de escasas ropas dándose a desear.

Todo cambió al conocer en el colegio a Stefanie, un año mayor que él. No era coqueta, pero se sabía hermosa, todo en su ser lo denotaba. También a ella le encantaba escribir, sobre todo pequeñas narraciones que compartían, porque él le daba a leer sus pocos cuentos y poemas, y viceversa. Y se recomendaban mutuamente libros que convenía leer y después los comentaban. Aunque no siempre estaban de acuerdo, el gusto de oír al otro argumentar sus razones era un placer maravilloso que con el tiempo los fue acercando.

Llegó un momento en que Julián ya no sabía si seguía escribiendo nada más para él o si más bien buscaba que fuera ella su fiel interlocutora; aunque ausente. Porque ocurrió que al año, por motivos relacionados con el trabajo de su padre, la chica tuvo que trasladarse a Cali, supuestamente por seis meses. Y la primera vez que le respondió sus cartas, siendo él ya estudiante de Derecho, Stefanie compartió sus añoranzas y deseos más acuciantes, y se supo plenamente correspondido, más allá del intercambio ocasional de besos y caricias que habían sostenido durante varias semanas en Panamá después de graduarse. El lenguaje de la chica, contrario al suyo, era más que elocuente: escribía una densa

prosa que a Julián le parecía impecable, nada que ver con la sencillez de los pocos poemas que él se atrevió a mandarle.

Cartas iban y venían durante casi dos años, hasta que él siente la necesidad de irla a ver, sorprenderla, demostrarle sus sentimientos, y, sin avisar, lo hace. Entonces la pasión se les desborda incontenible y los mensajes de amor ya no viajan en papel en un sobre sellado y timbrado, sino que son grabados con creciente pasión en los cuerpos, sin pudor alguno, como si el tiempo no existiera, como corresponde a los amantes que empezaron a ser por aquella época. Anclados en un creciente amor que en algún momento pensaron podría durar por siempre, durante mes y medio se vieron a diario.

Pero ocurre que nada es para siempre. Julián tuvo que regresar a Panamá a terminar su carrera. Y volvieron a las cartas –todavía no existía Internet–, complementadas ahora por largas conversaciones telefónicas en las que, a menudo, de pronto, se quedaban mudos. Llegó el momento en que se hablaban cada tercer día. Incluso llegaron, un par de veces, a imaginarse haciéndose el amor, oyéndose gemir a distancia como si no hubiera geografía alguna de por medio, con el consecuente desvarío momentáneo, cada quien por su cuenta pensándose un solo goce compartido.

Pasó el tiempo y Stefanie fue echando raíces en Cali. Poco a poco, inexplicablemente, dejó de escribirle a Julián, luego rompió la relación en una escueta carta que el chico no entendió. Y más adelante, sin avisarle, se casó con un conocido industrial de la región, lo cual él tardó más de un año en saber. Disfrutaba sobremanera desde joven el ejercicio permanente de la escritura creativa, y pronto llegó a ser una reconocida novelista. Tuvo la deferencia de enviarle a Julián, autografiado, el primer ejemplar. «Para ti, Julián querido, porque siempre supiste que escribir era lo mío, y me animaste una y otra vez a no desistir. Te deseo todo lo mejor. Con un fuerte abrazo», decía en la segunda página. Una simple dedicatoria amistosa que a él terminó de romperle el corazón Fue lo último que supo de Stefanie fuera del ámbito estrictamente literario, ya que su prestigio de escritora continuó creciendo, y ahora las redes sociales, que ya estaban en auge, dieron cuenta de ello. Hasta que de repente, un par de años más tarde, dejó de publicar.

Él le siguió escribiendo, a sabiendas de que ya no le respondería. Sus cartas involucionaron: del tema amoroso volvieron a enfocarse en la vieja amistad, pero sólo en apariencia. Porque detrás del esmero con el que componía cada párrafo, cada frase, había un dolor solapado, una tristeza que no supo disimular. Y de cuándo en cuándo se le escapaba alguna conmovedora expresión de amor.

Julián tuvo otras mujeres y hasta un hijo al que reconoció y le tocó criar, pero nunca quiso casarse. Stefanie, en cambio, lo había defraudado, pero era la mujer de su vida, y eso nada lo podía cambiar.

II

Es un lugar común decir que la vida da muchas vueltas, pero es verdad. Para mi sorpresa, Julián Luis, el hijo del primer hombre en mi vida, me vino a visitar. Acá se las ingenió para localizarme. De alguna manera averiguó que, desde que me divorcié, poco después de la muerte de mi padre, resido en Milán, lugar de nacimiento de mis abuelos maternos. Desde hace años, tengo tres pasaportes: panameño, colombiano e italiano.

Transida de contenida emoción e incertidumbre lo recibí: los mismos ojos almendrados de su padre, ciertos gestos nerviosos, incluso su pausada voz, me estremecieron. Me trajo un gran fajo de cartas. Cartas dirigidas a mí desde que apareció mi segunda novela. Cartas que nunca me mandó Julián, aunque todo parece indicar que pensaba que me las estaba enviando. Me dice su hijo que, acaso sin saberlo, en cierta forma se escribía a sí mismo como si él fuera yo. No imaginaba que algún día yo las leería todas de golpe, una por una, siguiendo las fechas en que las había ido redactando.

Su padre fue perdiendo la memoria, pero mantenía vivas sus emociones más inmediatas, su pensar y sentir del instante, que ponía en cada carta, en cada frase que apenas hoy, llorando, he podido conocer. Me cuesta creer que todas, absolutamente todas, están dirigidas a mí. Su hijo las descubrió en una gaveta del escritorio de Julián después de su muerte, hace tres meses, debido a un infarto, hecho que yo ignoraba y que de golpe me estremece. También guardaba ahí mi primera novela, dedicada. Y las otras dos, con párrafos subrayados, que debe haber adquirido por su cuenta. Además de innumerables poemas de amor, inéditos todos, que también tuvo su hijo la delicadeza de entregarme. Su padre no se cansaba de hablarle de mí, me confió.

Y fotos, muchas fotos mías y de ambos desde que éramos colegiales, así como las tomadas luego en Cali, que yo no recordaba que él tenía (incluso una que me tomó desnuda, sin yo darme cuenta, en un motel cuando fui suya por primera vez); fotos de una gran precisión, sorprendentemente detallistas, la mayor parte de las cuales yo nunca había visto, tomadas con su vieja cámara Kodak; fotos en blanco y negro de esa incipiente vida nuestra que decidí que perdiéramos y que ahora, conmovida, reconstruyo a retazos.

Julián nunca supo que quedé embarazada de él y que, para no interrumpir mis estudios ni los suyos, preferí terminar la relación poco antes de abortar, terrible error que, en más de un sentido, destruyó mi vida.

(Panamá)

Villa Eloisa

Por Esteban Bedoya

Agustín Urrutia mamaba con desesperación como si, con cada succión de las tetas de la nodriza, pudiese saciar su pantagruélica angurria. Francisca, Magnolia y Abelarda fueron las mujeres compasivas, quienes, ante la falta de leche materna, nutrieron al niño con la savia que lo aferró a la vida y lo volvió inmune a los virus lumpenianos; transformándolo en un sobreviviente que crecería anhelando el reencuentro con sus padres *laburantes* del exilio.

El «huerfanito» Agustín creció bajo la protección de su abuela materna, una de las tantas sacrificadas e ingeniosas matronas que, con esfuerzo y amor, le aseguró el plato diario de comida; beneficio que se pudo prolongar hasta que los achaques de la vejez la obligaron a entregar su nieto a un señor de buena reputación: «Nenito» Ugarte, empresario de la ciudad de Asunción; hombre parco y retacón, que no demoró más de un día para darle tareas en la pensión familiar. Por las mañanas, Agustín trabajaba como ayudante del señor; cebaba tereré, hacía los mandados, limpiaba los baños, tenía a upa al hijo menor; mientras por las noches cursaba el último grado de la escuela primaria.

Para asistir a clases, viajaba de favor en la línea 31, extenso recorrido en el cual dormía estimulado por el *arrorró* del vetusto transporte. Durante el rutinario trayecto, el bus paraba regularmente frente a una elegante casona ubicada sobre la avenida Mariscal López, en el instante preciso cuando la tardecita se impregnaba de un intenso aroma floral, que provenía de los jardines de la mansión. Ese estímulo olfativo desencadenaba en Agustín el proceso alucinante de imaginar un recorrido por el interior de la morada que lucía inexpugnable tras sus persianas clausuradas. ¿Qué sucedería tras esos muros?, ¿por qué las galerías estaban siempre vacías?, ¿dónde estarían sus dueños? Fueron cuatro años de preguntas sin respuestas, tiempo suficiente para establecer un vínculo incomprensible con esa construcción. Seguramente, el muchacho veía en ella la residencia de una familia de antiguo linaje, gente de profundas raíces, venerables personas crecidas al amparo de sus enormes techos. Él, en cambio, tenía a sus padres y a dos hermanos fuera del país, a tres abuelos muertos y a la abuela Ferminita postrada en la de un pariente… ¡Cuánto daría por tener una casa similar! O, al menos, un sitio donde comer sin tener que esperar los restos dejados por los pensionistas. Y aunque Agustín se había acostumbrado a los míseros guisos y a

las flacuchentas empanadas, nunca renunciaría al ferviente deseo de sacudirse la mala vida.

Y el día llegó.

Ocurrió –en Reyes, un 6 de enero– mientras barría el patio, cuando sintió una presencia inusual. Una señora lo observaba desde el portón de la pensión, con la mirada enmarañada entre largas pestañas, estaba vestida como las patronas de las telenovelas argentinas. La examinó durante unos segundos y siguió barriendo.

–¡Agustín!

Sorprendido, dejó la escoba.

–¡Soy tu mamá!

–¿Mamá?... ¿Mamá Celina?

–¡Sí, mi hijo!... ¡Soy yo!... ¡Vengo a buscarte, nos vamos a Buenos Aires!

Mamá Celina llegó al rescate de Agustín, quería darle la oportunidad de rehacer los lazos familiares y romper el círculo vicioso que condenaba a los Urrutia a ser desclasados en su propia tierra.

–¿Sos mi mamá? –Dudó, temeroso y tembleque, hasta que pareció reconocer el olor de la mujer que lo había parido.

Doña Celina lo anidó contra su pecho, mientras rechazaba los mezquinos reclamos de «Nenito» Ugarte, afectado por la pérdida del servicial criado.

Dos días más tarde, madre e hijo cruzaron la frontera paraguayo-argentina, sin volver la vista atrás.

*

Al poco tiempo de vivir en Buenos Aires, el jovencito fue perdiendo la costumbre de hablar guaraní, esforzándose en imitar el acento local, con la ilusión de transformarse en un porteño más. Poseído de optimismo, madrugaba para ser el primero en llegar a las obras de su padrastro, el Maestro Constructor, Sebastián Bogado; con quien aprendió a caminar en andamios a treinta metros de altura y a balancearse en hamacas mientras pintaba o revocaba paredes medianeras. Gracias a *don Bogado* se volvió carnívoro y experto en limpiar los huesos de las costillas asadas, sin que la saciedad le hiciera olvidar la pobreza, que combatía guardando los ahorros en las entrañas de su viejo colchón.

Agustín se encontraba en los años mozos; tiempo de aprendizaje de trucos y embustes, no por descarriado, sino para entender las mañas de la gente torcida. Periodo en el que su natural flacura se fue modificando como si fuese una planta ornamental

que logra belleza con el paso del tiempo. No pasó mucho, hasta que encontró compañera: Matilde, una excelente cocinera que, con salario mínimo, hacia las delicias del restaurante Lion d'Or; tras su talento se ocultaba «Henry Petit», chef de poca inspiración, pero dueño del negocio.

Gracias a los paquetitos de Matilde, Agustín conoció las palabras, *escargots, fondue y omelettes,* sobras del restaurante con las que ella mimaba a su agradecido mocetón. Los dos conformaban una yunta de bueyes jóvenes en condiciones de marchar sobre todo terreno. Con mucha voluntad, Agustín logró el oficio de «yesista» y pintor, mientras que Matilde comenzó a cocinar para las fiestas del «Deportivo Paraguayo».

Entre los dos crearon una empresa familiar –La Caazapeña–, que prosperó rápidamente merced a la inesperada herencia recibida del malogrado don Bogado –fallecido al caer de un andamio–. La ayuda llegada del cielo les permitió comprar un localcito en la villa de Retiro, donde instalaron una carnicería que muy pronto dio sus frutos y numerosa clientela.

La prosperidad económica trajo como consecuencia la consolidación del matrimonio, que dio rozagantes frutos: Marisol, Oscarcito y Raúl, tres soles a quienes los Urrutia contemplaban como a verdaderas obras de arte. Esos adorados niños, estudiarían en un colegio religioso para gente de clase media y crecerían en una casa confortable en el barrio del Bajo Flores, una propiedad de principios del novecientos, comprada por consejo de un comisionista, que los inició en el negocio de la compra-venta de inmuebles.

Los años acumulados fueron dejando sus huellas; Agustín y Matilde adquirieron la fisonomía de quienes mantienen una estricta dieta de carnes y embutidos; robustos empresarios que, merced a su proverbial austeridad y buena estrella, eludieron las sucesivas estafas ocurridas durante la dictadura militar argentina y en el tiempo de la hiperinflación «alfonsinista». Eventos traumáticos que no lograron dañar la buena salud de la carnicería –trampolín que los catapultó al negocio de engorde de ganado–. Así, con perfecta disciplina de almaceneros, fueron acumulando bienes adquiridos a precios de remate.

El matrimonio Urrutia era destacado dentro de la colectividad paraguaya en la Argentina, se mostraba solícito y generoso con quienes podrían beneficiarlos en el futuro; particularmente con los miembros más destacados del «Encuentro Nacional», a quienes proveían con las mejores carnes. Cada bocado de los exiliados políticos era una posibilidad que se abriría en el Paraguay a los Urrutia; «dar para recibir» –se consolaba doña Matilde los

días que tenía sentado a la mesa a uno de los opositores del régimen de Stroessner.

Y llegó el golpe militar de 1989, ¡cayó el dictador! Se vivieron días de euforia entre los paraguayos del exilio, todos hacían planes para retornar, aunque en la mayoría de los casos no pasase de una fantasía. En cambio, para Agustín, era una oportunidad real, no en vano había invertido miles de kilos de carne, que transportaba con sacrificio hasta los encuentros políticos –pagaba la carne, el combustible y aguardaba meses la cancelación de las deudas–, pero todo fuese por alimentar a los patriotas que permitirían un venturoso porvenir al «pueblo guaraní». Decidió entonces regresar al Paraguay a cobrarse cuentas pendientes.

*

Cuando se instaló el gobierno del general Rodríguez, los viejos compañeros de lucha en el exilio se fueron ubicando como si fuesen piezas de un rompecabezas, algunos en posiciones privilegiadas, otros en puestos intermedios, mientras la mayoría siguió con la vieja costumbre de subsistir.

Todavía dentro del periodo de euforia, Agustín fue recibido por un flamante ministro, viejo conocido suyo, que en los tiempos de «correr la liebre» comía como un voraz depredador.

–¡Quien lo hubiese dicho, Fernandito ministro de la Presidencia!

–¡Y sí Agustín... ¡Vos sabés lo que luchamos para llegar! –respondió con mal actuada modestia, mientras hacía sonar el timbre– ¿Querés café, *whisky*... que te gustaría? –invitó el ministro flanqueado por un mozo vestido de impecable *smoking*.

–¿No tenés tereré?

–¡Pero claro, mi hermano!

Las gentilezas del ministro estaban ligadas al «pechazo» de siempre; pedidos que don Agustín Urrutia transformaría en deudas a cobrar. En esa oportunidad, se lo invitó a colaborar con el alquiler de una sede para el cuartel general de la campaña proselitista. Además de él, otros benefactores harían sus aportes. Su cheque mensual le garantizaría ser proveedor de carne de «primera» al Regimiento Escolta apenas el ingeniero ganase las elecciones presidenciales. Ya integrado al proyecto, un día decidió que era hora de conocer la sede partidaria que él ayudaba a sostener.

Hasta acercarse a unos metros del lugar, no había tomado conciencia de estar regresando a su viejo amor, a ese amor obsesivo de sus años de pensión, cuando pasaba con la línea 31 frente a la casa señorial e inalcanzable.

Al llegar al portón de rejas adornado por perennes hojas de hierro, sintió una conmoción comparable a la ocurrida al personaje de Proust, a quien se le estremeció el alma luego de degustar una magdalena mojada en té. Al igual que Monsieur Swann, a Agustín lo sobrecogió el disfrute de un aroma cítrico, que lo transportó instantáneamente al lejano momento cuando despertaba dentro del ómnibus para encontrarse ante la espléndida fachada de la casona a la que él atribuía un extraño encantamiento. Tuvieron que pasar muchos años hasta que ese día, finalmente, descubrió que el origen del perfume provenía de una frondosa *magnolia.*

Al subir la escalinata e ingresar en la galería, se tuvo que contener para no lagrimear; disimuló la tristeza girando la cara hacia el jardín abandonado, donde ocultó sus ojos empañados. La casa estaba invadida de oportunistas, así los sentía. Sufría ver como destrozaban lo que él imaginó como morada de una distinguida familia. A pesar del pesar que lo aquejaba, reconoció la calidad de la construcción y logró percibir sin esfuerzo los detalles del diseño de la «*belle époque* asunceña»; era un conocedor, no en vano había trabajado treinta años demoliendo y construyendo edificios en todos los barrios porteños. Entonces, disfrutaba los detalles de una obra de carpintería bien realizada, los vidrios esmerilados, los pisos calcáreos con diseños traídos de Italia, los herrajes con inconfundible aire *art nouveau.* Por ese motivo, y sólo por eso, comenzó a visitar la casona cada día, y le venía bien que los politiqueros creyeran que su presencia se debía a su apoyo incondicional a la candidatura del ingeniero y no a esa pasión por la casa que le venía de sus tiempos juveniles.

Agustín sufría al ver cómo amontonaban escritorios y sillas para dar ocupación a un pelotón de «buenos para nada», sufría al ver los ventanales tapiados con afiches de campaña y le daba dolor de estómago entrar en el cuarto que, según su suposición, habría sido el dormitorio del matrimonio, ahora ocupado por la secretaria del jefe de Campaña que, como principal ocupación, administraba una improvisada *kitchenette*, en la cual desbordaban la yerba mate y los filtros de café usados, más la pila de platos y tazas de meriendas y desayunos.

El sufrimiento de Agustín no hubiese pasado a mayores de no haber escuchado que uno de los ingenieros del equipo de campaña comentó al pasar lo bien que le vendría la casa para sucursal de su empresa.

Agustín sintió la necesidad de hacer justicia, rescatando, de las garras de insensibles especuladores, lo que fuera el esplendor de «Villa Eloisa». Para lograrlo, tenía que hallar una solución

creativa, ya que intentar mejorar la oferta de los *Baroncitos de Itaipú** era batalla perdida de antemano. Hacía tiempo que venía escuchando ingenuos comentarios sobre la existencia de fantasmas en la casa, a decir verdad, varias casonas de la avenida tenían fama de albergar «poras» que, en algunos casos, eran monstruosos espectros que penaban una muerte trágica; en otros, espíritus de niños juguetones. Agustín aprovechó la inclinación popular a creer en lo sobrenatural, y eligió a Dorita, la secretaria del ingeniero Camacho para comentarle: «Fue horrendo el lamento que escuché mientras orinaba... Parecía el llanto de un moribundo». La eficiente empleada abrió los ojos espantada con el comentario.

–¿Pero está seguro don Urrutia?

–Mi estimada Dorita, ya soy grande para creer en fantasmas... ¡Pero que los hay, los hay!... Mire, le voy a confesar algo...

–¡Sí!

–Fue tan real el lamento que podría asegurar que lo produjo la fotografía que está colgada al lado del lavatorio.

–¿La de la vieja?

–¡Sí! La misma que fue dueña de esta casa. Mire, Dorita, no exagero si le digo que la vieja me miraba con odio, al punto de cortarme el chorro del pipí... Por supuesto, salí corriendo y casi atropello al ordenanza.

Si a Dorita aún le quedaba alguna duda sobre la credibilidad del relato, ésta desapareció cuando el ordenanza confirmó la precipitada salida de don Urrutia del baño en cuestión. Como consecuencia de esto, la secretaria dejó de tomar el diurético tereré e iba al *toilette* lo estrictamente necesario. La «inocente» anécdota de Agustín llegó a oídos del ingeniero Camacho, quien, con autoridad, ordenó descolgar el retrato de la vieja y archivarlo en alguna parte. La seguridad del ingeniero dio cierta confianza a su secretaria y al resto del equipo, así, un poco más tranquilos, siguieron trabajando en la elaboración de una *mailing list* para propaganda proselitista. Normalmente, las tareas se prolongaban hasta pasada la medianoche, ocasiones en las que Agustín aparecía con un paquete de empanadas y con gaseosas, hecho que lo convertía en un «correligionario de ley». Y fue un día martes, a las doce y veinte de la madrugada, cuando Bernardino entró gritando en la oficina de Dorita: «Hay gente en la planta alta... parece que alguien llora».

–¡Tranquilizate hermanito! –dijo con tono paternal don Urrutia– ¿Qué fue lo que escuchaste?

–¡Yo estaba acomodando los biblioratos del ingeniero Camacho... *tranquilo- ité*, cuando escuché que, en la pieza donde se guardó el retrato de la vieja, alguien pedía auxilio!

Los pocos presentes se fueron juntando como si un frío glacial se hubiese apoderado de la casona. Dorita se apresuró a guardar los útiles de escritorio dando la inequívoca señal de emprender la retirada, Bernardino se tapaba la boca con las manos, a ellos se sumaron, Justo Coronel y el guardia Marciano Servin.

–¡Servin vaya a ver quién está arriba! –suplicó Dorita.

–¡Y no sé...! –dudó–.

–¡Yo le acompaño! –se ofreció Agustín.

Los dos se arrimaron al primer escalón, cuando un sonido de cadenas pareció resbalar sobre el piso de mármol de la escalera, mientras un aullido desgarrador se filtraba por debajo de la puerta de la habitación que había señalado Bernardino; Servin se detuvo abruptamente, frenando como un pesado camión de carga –él sabía muy bien que era eso del *pora, en su valle, era masiado común encontrar fantama.*

–Servin, ¡quédese acá que yo subo con un crucifijo!

–¡Yo le cubro! –aceptó el guardia sin la menor intención de discutir la propuesta.

A medida que don Urrutia subía la escalera, los lamentos se volvían más grotescos, parecían viejas plañideras peleando entre sí. Él se aferraba con fuerza a la baranda, conteniendo la respiración y dándose vuelta con frecuencia para ver como Marciano Servín se parapetaba disimuladamente tras una pared. Cuando llegó al primer piso, caminó pisando con fuerza, intentando amedrentar a los espíritus. De pronto, los gritos del «más allá» desaparecieron y fue el instante en que el valiente voluntario giró con fuerza el picaporte e ingresó en la habitación a oscuras, mientras, en la planta baja, los presentes sólo escucharon un portazo. Agustín prendió la luz con toda tranquilidad, luego se dirigió a la estantería metálica, corrió unas cajas y tomó el grabador que había ocultado. Lo apagó y lo guardó en el bolsillo de la campera; se dio un par de minutos y salió satisfecho con la tarea cumplida.

–Cuando entró en la oficina, Dorita y los demás funcionarios lo asaltaron con preguntas.

–¿De dónde salían las voces?

–¡Mirá, Bernardino!... esas cosas escapan a mi raciocinio, pero ¡de que hay *pora,* hay *pora!*

–¡*N'deeee*...! –expresó Servin.

–Parece que a los antiguos dueños de esta casa los asesinaron a sangre fría –dijo Agustín para «condimentar» la conversación–. Y la única forma de solucionar el problema es rezar, ¡rezar mucho!... pero no quiere decir que se vayan.

–¿Quiénes? –preguntó infantilmente Dorita.

–¡Los espíritus!... Tal vez haya que hacer una sesión de espiritismo –aconsejó.

Esa madrugada, las tareas terminaron abruptamente, sin que nadie haya esperado autorización alguna para retirarse... Salieron de «Villa Eloisa» a las apuradas, salvo Marciano Servin, a quien no le quedó más remedio que trancar todas las puertas y pasar la noche en vela en el jardín –mezclado entre unos enanos de cemento–. Don Urrutia tuvo la gentileza de acercar a Dorita a su casa, recorrido de quince minutos, en los cuales relató espeluznantes historias de «aparecidos» que explicaron por qué, al día siguiente, la eficiente colaboradora del ingeniero Camacho faltó dando parte de enferma.

En los días sucesivos, a nadie se le ocurrió quedarse a hacer horas extra y, a más tardar, a las ocho, ocho y cuarto, la casona quedaba vacía. Enterado del problema, las quejas del candidato a presidente no tardaron en llegar, y éstas se trasladaron al ingeniero Camacho, y las de éste, a su secretaria.

–¡Camachito, vos no estuviste la otra noche!... Por eso no comprendés el «cagazo» de Dorita...

–¡Y qué le vamos a hacer, Urrutia!... no podemos abandonar los trabajos de la campaña por culpa de los fantasmas... –sentenció socarronamente el correligionario.

–¡De ninguna manera!... Pero apenas termine la campaña tenemos que levantar campamento... ¡Tu gente ya no quiere estar en la casa!

–¡Eso lo veremos después!

Lo tozudo de Camacho no sería más que el capricho de seguir sumando propiedades a su patrimonio, mientras que para Agustín era una cuestión de «heredad». El alma de Villa Eloisa sufría un cautiverio del que podría liberarse sólo con su intervención, cuando él tomase posesión de ella. Consciente de su deber moral, decidió profundizar su estrategia involucrando a la Iglesia en el tema; por eso, una mañana apareció en compañía de un cura amigo, que recorrió la casona diciendo frases en latín, mientras derramaba agua bendita; lo seguía una improvisada procesión de espontáneos creyentes. Los quince voluntarios de la campaña estaban detrás del padre Alberto, cuando éste se paró en la entrada del baño donde por primera vez don Urrutia escuchó los gritos. El *paí* derramó agua en todas direcciones y, luego de bendecir con la señal de la cruz, dio por concluida la ceremonia. Esa magnífica representación no hubiese tenido el broche de oro de no haber sido por la devota María Ester Ortolani de Camacho, esposa del ingeniero, quien, acompañada de otras damas de sociedad, rezó un Rosario dentro del baño, dejando, como recuerdo de su

incursión, estampitas y velas prendidas que impregnaron el recinto con un inconfundible olor a sacristía.

Pasados algunos días, Agustín llegó a «Villa Eloisa» cuando recién amanecía, el vigilante lo recibió con curiosidad.

–¡Tan temprano don Urrutia!

–¡Y... si no trabajamos, vamos a perder!

Agustín tenía la rutina diaria de madrugar para hacer la ronda de inspección de sus carnicerías; de una de ellas, tomó un hígado sangrante empaquetado en una bolsa plástica. Cuidando que el vigilante estuviese a prudente distancia, se encerró en el baño a embadurnar la bañera con sangre vacuna, luego limpió la bolsa y volvió a empaquetar la menudencia que guardó en sus portafolios. Minutos más tarde, se retiró.

–¿Ya se va?

–Sí... me esperan en la sede del partido.

No eran las nueve de la mañana cuando recibió el llamado de Dorita, informándole del extraño suceso.

–¡Don Urrutia!, estoy harta... ¡ya no soporto!... ¡hoy apareció sangre en la bañadera!

–¡Tranquilícese Dorita! ¿Dónde está?

–Crucé al Ministerio de Defensa... yo no vuelvo a esa casa embrujada...

Muy a pesar de Dorita, se siguió trabajando, bajo promesa de pagos extraordinarios y de vacaciones en Camboriú para todo el equipo. El ingeniero Camacho, harto de sus fantasiosos colaboradores, tuvo que reemplazar a algunos por otros valientes que rápidamente se volvieron «sensitivos» a los espíritus. Pero quienes más importunaban eran su propia esposa y el grupo de oración del Opus, ante los cuales sólo podía armarse de paciencia hasta que se cansasen de rezar.

Para alegría de todos, terminó la campaña con las votaciones que adjudicaron la victoria al «caballo del comisario». Agustín entendió que el ingeniero Camacho estaría agotado con los meses de sangría económica, a causa de tener que alimentar a las huestes partidarias, y que sería eso lo que lo haría abandonar definitivamente la idea de comprar Villa Eloisa, debiendo ser para el ingeniero un alivio inmenso nunca más volver allí.

Sin competidores a la vista, Urrutia no tuvo que hacer más esfuerzo que pagar una buena comisión para quedarse con la casona. Con su compra, el veía colmadas sus expectativas y ya no quedaban muchos desafíos que no pudiese superar, había realizado enormes esfuerzos por escaparle a la pobreza, constancia y coraje fueron los atributos que lo condujeron al éxito. La tarde que firmó la escritura que lo transformó en propietario de «Villa

Eloisa» era de un radiante resplandor otoñal, un augurio de los nuevos tiempos para la familia. Vivir en un símbolo de la tradición local –la casona estaba registrada como «patrimonio urbano de Asunción»– significaba, para Agustín, el equivalente a la compra de un título nobiliario y, como tal, el feliz poseedor adaptó sus costumbres a las nuevas exigencias; contrató a una *fashion guru* (asesora en imagen) y cambió su forma de vestir y la de su familia. Comenzó a frecuentar las reuniones en la Seccional, vestido con *blazer* cruzado y con pañuelo de seda anudado en el cuello, además de esforzarse por dejar de comer empanadas con pan y por asistir a un curso para cata de vinos, requisitos que le aconsejó el «ingeniero» que lo estaba «palanqueando» para ingresar como socio de un club de gente conocida.

Las obras de acondicionamiento se terminaron en septiembre, se pintaron las rejas, se lustraron las puertas, se reemplazaron los viejos mosaicos del piso por cerámicas brillantes, las molduras del área social se pintaron de dorado, se rehicieron los baños y la cocina, los seis dormitorios de la casa se equiparon con aire acondicionado frío-calor, en el estar familiar se instaló una chimenea y, encima de ella y como sitio de honor, se ubicó el retrato abandonado de la vieja; para don Urrutia era un acto de justicia y un delirante deseo de verse confundido con el linaje ajeno. En el exterior, se adornó el jardín con una fuente de cemento que representaba a una campesina volcando el agua de su cántaro, se iluminaron las plantas con fluorescentes verdes repartidos en las ramas de los árboles. Agustín transpiraba satisfacción y disfrutaba el tibio abril almorzando las pastas de los domingos en la galería, mientras gritaba a los hijos varones las instrucciones de cómo jugar al croquet, capricho que adoptó luego de ver una película sobre los pasatiempos de las familias británicas de la alta burguesía. Don Urrutia era un hombre realizado, habiendo logrado tener una familia saludable, la cría de ganado y las carnicerías en estado floreciente, igual que sus inversiones en inmuebles, acrecentadas gracias a los buenos consejos de un martillero público amigo. Para la reinauguración de la casa, organizó una fiesta con doscientos invitados, repartidos en mesas escenográficamente adornadas, dentro de la extensa galería, en cuyo centro se armó una tarima para los mariachis, que interpretarían «El Rey» justo antes de que Agustín tomase el micrófono para leer el discurso que le encomendó al prolífico poeta Ramiro Piedra Negra, autor de setenta libros, para destacar el rescate de la casona, como si se tratase de la restauración del palacio de Catalina de Rusia. Luego de servida la torta con-

memorativa, don Urrutia subió al escenario, desdobló las hojas del discurso y después de toser dos veces leyó:

Así, en los naranjales, limoneros y mangales, bajo cuyas sombras frescas aliviaron su fatiga generaciones de paraguayos, fue creciendo esta barriada que, con los lustros, se convirtió en una de las zonas de más renombre de la capital la especulación a gran escala de los bienes raíces en donde el valor del terreno y su localización es más importante que el inmueble, ha convertido a la arquitectura en una de las artes más indefensas y vulnerables. Pero esta casona que abrigó a familias de prosapia no podía ser víctima de la picota, ya que su valor testimonial se sustenta en las voces del pasado. [Cuando don Urrutia pronunció esa última frase, la secretaria de Camacho sonrió pícaramente al rememorar lo ocurrido con «las voces» que aterraron a todo el equipo de campaña]. *Les invito a levantar las copas y brindar por aquellos que hoy somos usuarios temporales y que cuidarán el patrimonio para las generaciones futuras, y, como homenaje a mis ancestros, yo, Agustín Urrutia de los Santos, te rebautizo con el nombre de mi añorada abuela, Ferminita.*

Pasaron los meses y el entusiasmo de los primeros tiempos se fue moderando; Agustín y Matilde solían recibir visitas seleccionadas en el *living* íntimo, donde el retrato de la vieja lucía nuevo enmarcado y un vidrio «anti-reflex», allí mismo la dueña de casa acostumbraba a jugar a las cartas con otras socias del club de tenis, a quienes detallaba los malos hábitos de *las desagradecidas domésticas, que si no roban, se comen toda la comida*. Matilde había adoptado la pose de «señora gorda» pero no lograba sentirse a gusto, hubiese preferido vivir en una casa moderna, dentro de un barrio cerrado y no en un museo donde por las noches crujen los techos. Su mal humor se trasladó a las dos empleadas, que no soportaron el maltrato de la patrona, quien creyéndose una princesa las comenzó a tratar como a sus siervas. Eso trajo como lógica consecuencia la deserción de las muchachas, situación que le obligó a volver al duro trabajo de la cocina, del lavado y del planchado... un verdadero retroceso en su calidad de vida. Sin éxito, pedía la ayuda de su escurridizo marido, quien no perdía oportunidad para dejarla sola, con la excusa de las reuniones partidarias. Hasta que un día miércoles, a la hora de la telenovela, sonó el timbre.

Una mujer alta, delgada, vestida con camisa blanca, pollera gris y zapatos clásicos aguardaba parada tras la reja. Matilde pen-

só que sería una promotora de productos cosméticos y se decidió a despacharla rápidamente.

–¿Desea algo?

–¿Señora de Urrutia?

–¡Sí!

–Señora, me dijeron que necesita empleada para todo trabajo, y si estuviese interesada, podríamos conversar…

Matilde pensó que el cielo la había enviado… Una empleada bien dispuesta y con muy buena presencia. Exaltada por la curiosidad, la invitó a pasar.

–¡Adelante, por favor!

–¡Muchas gracias!

La condujo hasta el *living* íntimo –¡Siéntese por favor! –le dijo amablemente mientras observaba los delicados modales de ese «regalo del cielo». Le habló de las tareas de la casa, del especial cuidado que debería tener con la ropa de Marisol; era tanto su entusiasmo que recién al final de la conversación se le ocurrió preguntarle quién la recomendó para trabajar allí… en lo de los Urrutia. La joven puso cara de sorpresa y le dijo:

–La señora que vive aquí, con usted, la que fue a la agencia de empleos… Esa señora, la de la foto –dijo, señalando el retrato de la vieja.

Matilde observó incrédula la foto y se desinfló como si se le hubiese evaporado la sangre, una sensación de espantó la consumió a tal punto que la candidata a empleada tuvo que retirarse a solas de la casa. Cuando don Agustín regresó de la larga jornada de trabajo y encontró a la familia reunida en la galería, olió que algo andaba mal y así fue.

Su esposa, mujer de agallas que esa misma mañana amaneciera rozagante, asemejaba a una flor marchita, ella apenas pudo relatarle lo ocurrido con la mujer que la visitó, pero bastó para que Agustín comprendiera que «con los muertos no se juega».

A partir de ese momento, Urrutia comenzó a escuchar ruidos extraños, como si alguien quisiese forzar la puerta de rejas del frente de la casa, o la descarga inexplicable del tanque de un inodoro. El hecho de haber descolgado el retrato y haberlo regalado a un empleado de la carnicería no logró aliviar sus noches. El idilio con la casona y sus fantasías de juventud había finalizado.

«No siempre se puede ganar» reflexionó Agustín cuando decidió visitar al ingeniero Camacho y ofrecerle la casa que éste había pretendido para su empresa.

–Así es, ingeniero, sé de su interés en «Villa Eloisa»… Yo, lamentablemente, me tuve que mudar a una casa cerca del colegio de los chicos, ¡una verdadera lástima! –mintió Agustín.

–Mirá Urrutia, en una época tuve interés, pero te vi tan engolosinado que di un paso al costado.

–Tenés razón, ingeniero, pero ahora las circunstancias cambiaron... creo que la casa *te* conviene para *tu* empresa. Yo le hice una inversión que vas a poder comprobar a simple vista.

–Me dijeron que la decoraste muy bien... Mirá, Urrutia –dijo con autoridad– yo no pago más del precio que ofrecían antes que vos la comprases.

Agustín se retiró con el rabo entre las patas, Camacho lo tenía entre las cuerdas, había invertido tanto dinero... no sólo en los arreglos, sino en la inauguración. Venderla con las condiciones que pretendía imponer el ingeniero significaba perder no menos de doscientos mil dólares. Pero de qué le servía tenerla desocupada, un inmueble que no daba rédito alguno y tan sólo juntaba impuestos municipales.

Al día siguiente, sin consultar con Matilde, llamó al ingeniero Camacho y le dijo:

–¡Trato hecho!

–Dejame pensarlo, Urrutia...

Finalmente, la operación se concretó y, si bien fue un primer revés económico para el exitoso caazapeño, quedaba liberado definitivamente de los fantasmas que él mismo se encargó de despertar. Seguramente lo sucedido fue un castigo y, como tal, asumió su pérdida: nunca tendría que haber invocado a los espíritus, y menos cambiar el nombre de Villa Eloisa por el de su abuela... Es lo mismo que invadir un panteón, razonó Agustín, quien para olvidar los malos momentos se metió de lleno en la cría y engorde de ganado, cuidando faenar el mejor animal para deleite de los correligionarios, que festejaban la vuelta a la «sencillez» de uno de los principales mecenas de la Seccional número 17.

Como si hubiese salido de un periodo de recuperación psicoanalítica, Agustín volvió a disfrutar de las reuniones «coloradas», de las empanadas con pan y del uso de las chancletas para pasear en el *shopping*. Las duras exigencias de su asesora de vestuario y el protocolo que se había impuesto para vivir en la casona ya eran un recuerdo, amargo, pero recuerdo al fin. Una vez estabilizado en lo financiero y lo emocional, decidió celebrar con la familia el cumpleaños de su hijo Raulito; para la ocasión, los llevó a cenar al *M'buricaó*, sitio frecuentado por los ingenieros de Itaipú, tal vez lo haya elegido por su buena cocina, o tal vez por fidelidad con el flamante presidente de la República –supuesto accionista del restaurante–. Pidieron unas deliciosas entradas con jamones, quesos importados y pastas *frutti di mare*, un banquete para celebrar no sólo el cumpleaños de alguien de la familia, sino

la vuelta de la alegría en el ánimo de los señores Urrutia. Cuando se preparaban para elegir el postre, Agustín vio que en una mesa lejana conversaba animadamente el ingeniero Camacho, acompañado de varias personas.

–Allá está el ingeniero Camacho –le sopló al oído a su esposa.

Con habitual curiosidad, Matilde dejó el menú y se puso los anteojos para observar a los dicharacheros comensales de la mesa ajena, entre éstos pudo reconocer a la mujer que hacía unos meses la visitó en Villa Eloisa... No tenía dudas, era ella. Matilde quiso tragar saliva pero no pudo, sintió que la presión la haría estallar y gritó «¡Qué hace la empleada cenando con los patrones!».

–¿Qué empleada?

–La que te conté que se fue a ofrecer...

–¿La que te habló del retrato?

–¡Sí!

–Pero, ¿estás segura?

–¡Como que mis hijos son mis hijos!

Don Urrutia llamó al *maitre* para salir de la duda, Ortega conocía a toda la clientela y le podría decir con certeza quién era la señorita que estaba en la mesa del ingeniero Camacho.

–¡Dígame, Ortega!, ¿usted sabría decirme quién es la señorita que está cenando en la mesa del ingeniero Camacho?

El *maitre,* sin necesidad de mirar a la mesa en cuestión, afirmó: –Es la señorita Julieta, la hija mayor del ingeniero.

–¡Gracias, Ortega! –lo despidió gentilmente– luego miró a su esposa con tono de reproche y le dijo –¡Te equivocaste!

–¡De ninguna manera! –vociferó Matilde fuera de sí– ¡Ahora mismo voy a aclarar el tema!

–¡Nopueee, Matilde! –imploró Agustín, pero su esposa ya estaba saludando en la otra mesa...

–¡Buenas noches, ingeniero!

–¡Buenas noches! –respondió sorprendido Camacho, mientras se levantaba cortésmente ante la llegada intempestiva de la señora de Urrutia.

–Permítame salir de una duda.

–¡Cómo no!

–Sabe ingeniero, ¡esa señorita! –la señaló inquisitoriamente con el dedo– ¡estuvo en mi casa!

–¿Cuándo? –preguntó con aparente sorpresa.

–¡Hace unos meses se fue a ofrecer como empleada doméstica! –exclamó, mientras sacudía la cabeza haciendo sonar el collar de perlas cultivadas.

–¡Buenas noches, ingeniero! –interrumpió Agustín, intentando poner paños fríos a la conversación.

–¡Buenas noches, Urrutia!... ¡no entiendo que sucede!

–¡No se preocupe... una pequeña confusión! –tomó fuertemente del brazo a Matilde y la arrastró como nunca había hecho en los veintisiete años de casados.

El festejo del cumpleaños pasó a segundo plano y se retiraron del restaurante sin probar el postre; durante el viaje de regreso a la casa, Matilde descargó su furia contra el ingeniero Camacho. De nada hubiese servido que Agustín tratase de hacerle cambiar de parecer, su esposa nunca veía visiones, siempre tuvo los pies sobre la tierra y si ella dijo que la vio es porque la vio, si ella decía que la hija de Camacho se ofreció como empleada, así habrá sido. De todas formas, Agustín no podía aceptar la versión de Matilde porque eso significaría que el ingeniero Camacho se burló y lo estafó, ¿cómo reconocer eso? Además, Camacho era un profesional de trayectoria, miembro de la Asociación de Empresarios Cristianos. La reflexión pareció tranquilizarlo, hasta que otro recuerdo terminó por angustiarlo... «es uno de los baroncitos de Itaipú».

Agustín permaneció durante horas en la terraza del departamento observando la negra y frondosa vegetación nocturna, mientras se consumía en el cenicero un último cigarrillo. Agobiado por las sospechas, se levantó de la silla y, como si cargase sobre los hombros una bolsa de cemento, a los tumbos, fue adivinando el trayecto al dormitorio. Matilde roncaba melódicamente, gracias a la ingestión de un «ansiolítico»; sin apuro, se sentó en la cama para desvestirse y dejar la ropa esparcida sobre el piso, luego acomodó la cabeza en la almohada y acercó la espalda al cuerpo caliente de su esposa. Sintió que se aflojaba y que la noche se volvía más oscura; el gemido agudo del silencio resonaba en la osamenta de su cráneo, parecía estar cayendo vencido por el cansancio... momento en el que abrió enérgicamente los ojos, ante la conmoción de un convencimiento que le hizo pronunciar en voz alta: –«Camacho me cagó».

(Paraguay)

La belleza del océano

Por Pedro Llosa Vélez

> Llegará la hora
> en que tendré que
> desembocar en los
> océanos [...].
>
> *El río*, Javier Heraud

I

El puerto de Róterdam es el más grande de Europa. Los puertos suelen corresponderse con ciudades libertinas y trajinadas, con bares, burdeles, contrabandistas y gentes de marcha apresurada. En Róterdam todos caminan o pedalean con un objetivo en mente; su premura es consuetudinaria, comercial. Pero aun los holandeses, que lo contabilizan y lo regulan todo, dejan una ventanita para la transgresión, para lotizar y concentrar su inofensivo caos primermundista. La zona más insegura de la ciudad está al sur del río Mosa, donde abundan las cantinas de estibadores y rufianes, pero inmediatamente después en la jerarquía de peligrosidad viene el distrito de Schiedam, donde él vivía. Era un barrio de inmigrantes inundado de almacenes, antiguas destiladoras de ginebra, atracaderos medianos y comercios de turcos y magrebíes.

Llevaba año y medio instalado allí cuando conoció a Nina. Fue en un tiempo en que había empezado a preguntarse qué lo condujo a esa ciudad. Estudiar una maestría extrañísima era apenas la capa visible del cúmulo de fuerzas que lo empujaron hasta allí. Durante años había deseado vivir en Europa, estudiar y trabajar allí, y ambas cosas las había encontrado en Holanda. En su mente debía haber alguna jerarquía confusa e irresuelta, una clandestina casa de apuestas donde cualquier destino daba más puntos que quedarte en tu lugar de origen, pero Europa pagaba más que todos. E incluso allí, el norte superaba el sur, el oeste al este, el continente a la isla, y, así, su concatenada madeja de prejuicios y presuntas certezas, que confirmaba o desbarataba a diario, lo había arrojado a esa extraña ciudad portuaria.

Cuando la universidad escogida lo aceptó, postergó su partida hasta en dos ocasiones. Su padre sufría de un enfisema pulmonar y sus recaídas lo hicieron creer que no debía abandonarlo. Incluso consideró suprimir el viaje, pero Eva, su hermana, le recordó que la vida no podía detenerse y le aseguró que ella se encargaría. Su madre había muerto cuando ella tenía catorce y él,

diez. Desde entonces, ese hombre generoso, de hablar pausado y didáctico, se había desvivido por mitigar esa pérdida prematura.

Partió ilusionado pero asustado porque pensaba que en cualquier momento tendría que volver de emergencia. Tras pocos meses dedicados exclusivamente al estudio, consiguió un trabajo como profesor a medio tiempo en el colegio británico de las afueras de La Haya. Iba allí cuatro veces por semana. Pedaleaba hasta la estación con el cielo todavía oscuro, dejaba allí su bicicleta y tomaba el *Stoptrein*, el único tren que se detenía en todos los pueblitos. Al llegar, caminaba diez minutos en paralelo a los rieles del tren para ingresar al colegio por las canchas de fútbol. Dictaba dos o tres horas, según el día, y volvía a Róterdam para almorzar y enrumbar por la tarde a la universidad, en el extremo opuesto de la ciudad.

Sólo año y medio después de haber iniciado esa vida, regresó de vacaciones al Perú. Su padre se mantenía estable y aquel mes que pasó en Lima, en el corazón del invierno, fue reconfortante y al mismo tiempo abrumador. En cada reunión a la que asistía, por más entusiasmo y voluntad que le despertara, había siempre un momento en el que añoraba su vida solitaria en Holanda, sus cuarentaicinco minutos de tren por la mañana y al mediodía, alternando la visión entre los campos de cultivo y el libro de turno. Años antes, cuando terminó la universidad y empezó a trabajar, se mudó a vivir solo. Ese temprano distanciamiento resultó acertado, porque le dio el oxígeno que luego necesitó para volver a convivir con su padre cuando este último enfermó, el año previo a su partida a Holanda. Después, Eva, que ya para entonces se había casado y tenía dos hijos, se lo llevó con ella.

Fue en esas vacaciones en Lima que Eva le habló de Nina. Era la hermana menor de una amiga suya y acababa de ganar una beca para estudiar en La Haya. Partiría en un mes y casi coincidiría con su regreso. Quería tomarse un café con él para que le contara sobre la vida allá. Aunque lo ilusionaba poco la encomienda, accedió por gentileza con Eva.

Nina era unos cuatro años menor que él: el pelo ensortijado, los ojos hundidos, la mirada triste camuflada con una sonrisa funcional. Cubría y descubría unos dientes perfectos que se veían mejor cuando los invocaba para reírse de sí misma. Debía ser talentosa en lo suyo, a juzgar por la beca que había ganado. Era delgada y rígida. Su juventud le daba una firmeza corporal que su desgano se empeñaba en corroer. Le gustó, aunque sería más exacto decir que algo *en* ella o algo *de* ella le gustó, porque no fue una atracción integral ni definitiva.

Pensó que quizá podrían tener algo cuando ella viviera en Holanda. Quizá algo fugaz, quizá algo duradero. El frío septentrional había simplificado sus preferencias. Estaba decidido a todo, aun cuando sonara absurdo mudarse a más de diez mil kilómetros para terminar enredándose con otra inmigrante llegada desde el mismo barrio. Es verdad que algunos animales son así, buscan siempre sus raíces, su endogamia geográfica, y levantan una muralla imaginaria ante lo diferente.

Pero ése no era su caso; él creía estar abierto al mundo, sin embargo, en todo ese tiempo no había logrado entablar vínculo con ninguna holandesa; es más, tampoco con ningún holandés. Ni un solo amigo, vamos. Su interacción con los lugareños era siempre superficial, descartable. Una comunicación funcional que, cumplido o no su cometido, se desvanecía como por arte de magia. Por suerte no era un fenómeno aislado, porque a sus amigos de la maestría, todos extranjeros, les sucedía lo mismo: ninguno había hecho amigos locales, mucho menos se había emparejado. Eso, seguro, los unía, y habían creado un microcosmos familiar, un insólito gueto dentro del que sucedían sus vidas. ¿Por qué no querían mezclarse con ellos? Tenían la teoría de que no era nada demasiado elaborado, sino más bien lo contrario, un vacío hereditario y constitutivo. Los pocos que habían logrado conocerlos e ingresar tangencialmente a sus círculos aseguraban que ni siquiera entre ellos cultivaban algún tipo de intimidad. Eran amables en su trato y por lo general sonrientes, pero vivían sometidos por normas y costumbres rígidas. Un estudiante mexicano que era el que llevaba más tiempo viviendo allí les anunció un día que los holandeses «no tenían alma», y ése fue el consuelo y la advertencia que acompañó a todos en sus futuras interacciones.

II

DELFT

Ayer ha sido un día bellísimo. Acaso el mejor que me ha deparado este continente.

Nina me invitó a almorzar con sus padres, que estaban de visita en Holanda, así que terminada mi clase de la mañana crucé hacia La Haya y estuve allí antes de la hora. La cocina comunitaria de su residencia estudiantil permitió un almuerzo alegre y distendido. Después ella partió a sus clases y yo me quedé con sus padres. Tenía la tarde libre y le había ofrecido pasearlos por Delft.

Tardamos casi una hora en salir, lo que en cualquier otro caso me habría impacientado, pero esa tarde me permitió observar a dos septuagenarios preparándose para un paseo memora-

ble. Escogían el maletín, la posición del canguro, el abrigo suficiente para uno y para el otro.

Había energías y ánimos suficientes para cortar el corazón de La Haya caminando hasta la estación; Óscar tomaba diez fotos por segundo e intercalaba la cámara filmadora con la fotográfica: cada calle, cada monumento, el parlamento holandés, el Mauritshuis. Vilma estaba impresionada con la altura de los holandeses, *mira nomás sus piernas;* Óscar quería comprar una gorra, *ahora no, cariño;* Vilma dejaba caer su chompa repetidas veces y yo la rescataba del tropel de turistas. Les invité un puñado de Leonidas en la tiendita de la estación para que probaran los mejores chocolates del mundo y ellos me contaron que era su primera vez en Europa. Habían llegado la noche anterior, así que era oficialmente su primer día aquí. Sabía que eran una familia de clase media como la mía, lo que me hacía intuir que la crianza de tres hijas y las prioridades domésticas habían hecho que ese viaje siempre se postergara. Ambos debían pensar, sin manifestarlo, que difícilmente regresarían y, por ello, seguro, querían registrarlo todo.

Al sentarnos en el tren, Óscar creyó haber perdido su cámara. Luego se dio cuenta de que la había guardado en un compartimiento recóndito del maletín. Encontrarla fue una fiesta, un hallazgo más intenso que tenerla por primera vez.

Delft es un pueblo con callecitas adoquinadas, comercios artesanales, recovecos y puentecillos que lo semejan a una maqueta de ciudad antes que a una ciudad de verdad. Aun así, los ciclistas eran una amenaza permanente y exigían mi atención para que ninguno resultara arrollado por esos roedores mecánicos. Ambos estaban fascinados con cada vereda, con cada vista, con cada iglesia de saetillas góticas. Al verlos, empecé a sospechar que estaba siendo testigo de algo profundamente bello.

Cortamos las calles con dirección al centro para llegar a la plaza a tomar un café y nos dimos con el atelier de Vermeer, un museo de sitio simplón y desprovisto. Puesto que no tiene ningún cuadro original, no valía la pena pagar la entrada, y menos por los quince minutos que quedaban hasta la hora de cierre, pero igual intenté que nos dejaran pasar gratis al sótano, donde sabía que estaban las reproducciones de los treintaiún cuadros de autoría indiscutida. Para mi sorpresa, accedieron y entramos. Además de las copias, había un video y un mapa cronológico de la vida del pintor y sus obras. Óscar volvía a prender la cámara; Vilma se quejaba, *por filmar te pierdes de todo;* él se disculpaba, guardaba la cámara y los tres seguíamos la ruta de Vermeer. Al

salir, excitado, Óscar me sujetó el húmero y me soltó un excesivo y definitivo *gracias* que me enterneció.

Metros más adelante, Óscar se detuvo frente a una tienda cuya vitrina estaba inundada de teléfonos móviles:

–Mira, nada más, la cantidad de teléfonos.

De seguro cualquier tienda de celulares en Lima estaba mejor provista que aquella vitrina, pero poco importaba la precisión relativa del enunciado. Aquel hombre de setenta y dos años era capaz de maravillarse con lo conocido y lo desconocido, y de ser momentáneamente feliz con cada minúsculo hallazgo.

Delft es tierra de alfareros, en especial de cerámica azul, que se elabora allí desde hace cuatro siglos. Su plaza principal está saturada de comercios para turistas y los padres de Nina debieron ser sus principales víctimas aquel día. Conocieron a la que debía ser la única holandesa que hablaba español en ese pueblo y, luego de comprarle muchas piezas, Óscar le dejó sus teléfonos y correos para que los contactara si alguna vez iba al Perú. Proseguimos y tomamos otras dos mil fotos en la plaza. Estaba seguro de que serían un éxito sólo por la ley de los grandes números.

Ya a la hora en que Delft se vuelve silencioso, nos instalamos en la terraza de un bar. Empezaba a hacer frío, pero el sol aún no se iba. Pedimos una ronda de cervezas belgas y retomamos la conversación. De pronto, me vi contándoles sobre el colegio donde enseñaba, de lo bueno y malo que vivía allí. Quizá se lo conté porque mostraron un interés genuino por saber de mí. Y fue gratificante escuchar los consejos y las historias de una pareja que ha vencido infinitas adversidades y que tiene el convencimiento tiernamente fundamentalista de que tus cosas saldrán y terminarán bien, tan sólo porque eres tú quien las vive y ellos quienes lo creen, y hay algo extraño y férreo que los une a ti.

Óscar no sólo posee el tono cariñoso de mi padre, sino que también ha llevado una vida laboral muy similar a la suya. Trabajó durante años en una empresa pública de comunicaciones, hasta el día en que fue privatizada y lo despidieron con una indemnización que no revirtió el aluvión moral de aquel cese prematuro. Después consiguió otros trabajos, pero ninguno tan protagónico como el que había marcado sus mejores años. Tenía ahora un empleo en una aseguradora de fondos de pensiones, donde orientaba a los aportantes de la tercera edad. Podía imaginar la escena diaria: una persona pronta a jubilarse acercándose a las oficinas y Óscar explicándole las etapas y modalidades del trámite para su retiro, pero al mismo tiempo preguntándole por su familia, por sus deseos, y por cuanto se le ocurre, como buen conversador que es. Entonces, el futuro aportante se va satisfecho, creyendo,

gracias a la nobleza de Óscar, que su administradora de pensiones es menos trapichera y mezquina de lo que en realidad es.

Mi padre, por su parte, trabajó por casi tres décadas como contador en la empresa petrolera estatal, hasta que un buen día lo cesaron sin mayor explicación. Ambos se levantaron durante años muy temprano para cumplir con sus obligaciones, sin más ambición que la de ver florecer a su familia. No eran estrategas de su futuro, como lo somos muchos ahora. Ellos simplemente cumplieron con un deber cotidiano, confiados, quizá ingenuamente, en que cualquier mejora o ascenso sería el resultante natural de su esfuerzo diario y que no habría ceses prematuros o inesperados. Quién sabe si ambos, en algún momento avanzado de sus vidas, miraron en retrospectiva y lamentaron no haber sido mejores empresarios de sí mismos, porque tal vez nadie les advirtió que cumplir con una obligación rutinaria inspirada enteramente en las demandas más terrenales de sus familias, era una, otra, insondable forma de amor.

Dejamos la terraza con el cielo oscuro. No me permitieron pagar mis cervezas. Cerca de la plaza, Nina nos dio el encuentro. Caminamos un poco más y fuimos a cenar a un restaurante de ladrillos quemados y lámparas con forma de arañas invertidas. Óscar quería seguir disfrutando de las cervezas belgas pero, cuando intentó pedir la segunda botella, ambas mujeres se lo impidieron. De contrabando, le pasé un poco de la mía en su vaso vacío.

Se habló de los planes para los próximos días y pronto el paseo estuvo terminado. Ante los comentarios de sus padres, Nina bromeó sobre mis dotes como guía turístico y yo sólo le respondí que a partir de ese momento las cosas serían diferentes entre nosotros. Estoy seguro de que no entendió todo lo que quería decirle, porque quizá yo tampoco lo sabía, pero pensé que algún día podría explicárselo. Quizá en veinte años, cuando ella ya no sea una apurada criatura de veintiséis abriles y yo no sea un desvalido joven de treinta, nos encontraremos y podré hablarle de ese día, de este Delft que llevo conmigo. Y quizá allí entienda, y yo también, qué es eso que ahora nos ha unido: un día, ese día, en la vida de sus padres.

De camino a la estación, Óscar me contó que a la salida había tropezado con una grada pero que el golpe no fue fuerte. «Que no se entere Vilma», me dijo. Me arrepentí de no haberme quedado a su lado, de no haberle cuidado los pasos. Al llegar, Vilma abrigó a su esposo porque ella sentía frío. En el andén, a solas con Óscar, me preguntó cómo estaba. Le dije que creía que bien, que mi vida seguía siendo sustancialmente la misma desde que volví. Luego

los invité a que me visitaran un día en Róterdam. Minutos después de su partida, tomé mi tren en dirección contraria. Llegué a casa y llamé a Eva para contarle que había pasado un día maravilloso con los padres de su amiga. Ella me preguntó, como nunca, si estaba triste y le dije que no, que cómo, que por qué, que todo había sido felicidad. Pero al meterme entre las sábanas esa noche, por primera vez desde que vine a vivir a Holanda, quise llorar y, como siempre, no pude.

III

Nina partió una semana antes de que él volviera a Holanda. Olvidó un par de piezas de ropa y le pidió que se las llevara. Él le ofreció recogerlas de casa de sus padres y fue así como conoció a Óscar y Vilma. O mejor es decir que los reconoció. Ellos lo habían visto muchas veces de niño por la amistad de Eva con la mayor de sus hijas. Eran una pareja rebosante de ternura. Óscar tenía un rostro amable y cautivador, un bigote blanco perfectamente horizontal, que rebasaba los habituales límites laterales. Le abrió la puerta con un entusiasmo que él no esperaba y que ellos debían venir macerando desde que supieron que vendría «el hermanito de Eva». Vilma, en contraste, emanaba un cariño más sobrio, pero igual de genuino. Juntos componían una coreografía de comunicación asintomática que sólo el tiempo podía crear. Habían conocido a su madre y habían observado de cerca la desestabilización familiar que sobrevino a su partida, y aunque era a su hermana y no a él a quien habían seguido por todas las etapas de una adolescencia dura, él era algo así como el rostro invisible de una historia que conocían bien. Estar con ellos le dejó una borrosa nostalgia, acaso por la imagen remota de una familia que, siendo tan similar a la suya, había envejecido sin sucumbir a las siegas prematuras que a algunos les manda la vida.

El encargo también fue una excusa para ver a Nina por primera vez en Holanda. Le sugirió que viniera a Róterdam a recogerlo, y así lo hizo. Pasaron pocas horas juntos probando cervezas en un bar cercano a la estación central. Si ella se emborrachaba y perdía el último tren a La Haya, tendría que quedarse a dormir en su sofá, y quizá ahí sí se conocerían más, pero eso nunca sucedió. Siempre logró tomar el último tren, en las pocas veces que volvió a Róterdam. Era él, más bien, quien la visitaba con frecuencia en La Haya. La relación que entablaron en esos meses fue ambigua. Cuando estaban juntos, las cosas parecían fluir, pero cuando le proponía un nuevo plan –un paseo por un pueblito de los alrededores, un museo, una cena–, ella alegaba estar abrumada con exámenes y monografías. Quizá era cierto, pero la señal del *quiero*

pero no puedo no era contundente, o él no era capaz de descifrarla para planear su camino hacia ella o darse por vencido.

Un día, tras la semana de exámenes universitarios, por cansancio o cortesía, ella accedió a ir a comer panqueques en los restaurantes que están en la playa de Scheveningen. Eso era lo único bueno de estar al lado del mar durante los meses fríos. Caminar por el malecón, ver el atardecer y luego entrar en uno de esos restaurantes con sillas de mimbre iluminados apenas con velas. Quizá ése fue el único día en el que hablaron de asuntos más profundos: sus experiencias como inmigrantes, el futuro inmediato y el futuro ideal, sus breves parejas pasadas, el temor de no poder volver a casa si había una emergencia. Allí ella le contó que sus hermanas mayores se habían casado muy jóvenes, y que por eso creía que sus padres, aunque no se lo dijeran, miraban el reloj esperando su turno. Ese día no llovió ni los arrastraron los vientos huracanados, tampoco los detuvo el supervisor del *tram* cuando viajaron como polizontes de regreso a su residencia estudiantil. Todo salió bien. En las siguientes ocasiones que se vieron, en cambio, nunca se repitió la atmósfera de Scheveningen. Algo, en algún momento, lo arruinaba todo, como si estuvieran en una comedia. Una vez, en Delft, tomaban cervezas en un restaurante y cuando decidieron pedir la comida el mozo les dijo que eran las diez con un minuto de la noche y que la cocina acababa de cerrar. Alegaron que estaban allí desde las nueve y cuarto, que debió avisarles al menos... pero no hubo forma. Ésa era Holanda en una sola imagen. Tuvieron que improvisar y el único lugar abierto cerca de allí era un *fast food* mexicano donde cenaron nachos en una banqueta dura con luz de fluorescente. Esa secuencia era, también, una imagen de ellos y de su dinámica: de la gloria al desastre en ochenta metros. Por eso, a él, Scheveningen siempre le quedó como una esperanza de lo que podían volver a ser.

Cuando llegaron las vacaciones de fin de año dejaron de verse. La salud de su padre empeoró. Cuando Eva le contó que ya no comía, supo que era momento de viajar a Lima. Lo encontró en la cama con los ojos abiertos. Le sonrió al verlo, aunque todo esfuerzo lo agitaba y asfixiaba. El remezón interno fue mutuo. Días después, las cosas se agravaron. Entre los familiares y amigos que llegaron a casa de Eva la noche en que su padre agonizaba estaban Vilma y Óscar. A él le alegró verlos, a pesar del momento. Óscar se le acercó, hablaron de Holanda y luego le dijo que en unos meses irían a visitar a Nina. Él le contestó que le encantaría verlos allá. Más tarde, Óscar se sentó al lado de la cama de su padre y le tomó el brazo: «Teníamos que volver a vernos, mi amigo».

Horas después, ya ninguno de los que estaban allí despidiendo a su padre volvería a verlo.

IV

RÓTERDAM

Ayer Óscar y Vilma han venido a Róterdam. Están al final de su viaje y les quedan pocos días en Holanda. Mi invitación fue sufriendo mordiscos por cortesía de Nina. Al principio les propuse que se quedaran una noche, para cenar juntos, luego a pasar el día. Al final lo hicieron sólo por unas horas después del almuerzo.

Los recibí en la estación central. Cruzamos a pie hacia el Citihall. Los edificios estaban imponentes. Luego de las fotos de rigor, tomamos el 23 para atravesar por el Erasmus. Mi puente estaba inmenso, elegante, bellísimo. Me dejó muy bien. En el sur cambiamos al 20, que cruzó el puente de regreso y cortó por el Museum Park, donde está el canal más colorido de esta ciudad. Allí conectamos con el 7, que avanza por Kralingen, con sus residencias enormes, y termina en la universidad. Sus jardines, en esos meses, estaban cubiertos de flores. Ahí empezó una garúa gentil que nos fue mojando de a pocos. Ambos alababan el paisaje, no podían creer que estuvieran ahí. Les propuse hacer una pausa en mi pisito antes de embarcarlos en su tren de regreso. En el camino quedaron maravillados con las casas cúbicas, la mayor excentricidad de una ciudad famosa por su arquitectura. El plan no era ése, pero bajamos para fotografiarlas de cerca. En el cuadrado de Blaak, hecho con los escombros del bombardeo de 1942, se tomaron más fotos. Vilma estaba preocupada de que gastara tanto en *trams,* pero le expliqué que les había comprado un boleto por todo el día y que incluso había conseguido un descuento al «hacerlos pasar» por adultos mayores. A Óscar se le acabó la memoria de su filmadora. Fue como si le apagaran la fiesta: lo embargó una frustración que intentaba disimular. Porque en Ámsterdam, y en las otras ciudades que habían visitado, así como con la gorra, Vilma y Nina le habían prometido que en cualquier momento comprarían un USB. Pero no lo habían hecho.

En el *tram,* Óscar me habló de Lima y de esos años en los que yo no lo recordaba a él pero él sí a mí. «Porque te he conocido desde niño, y te quiero como a un hijo», me dijo. Por unos segundos sentí que era verdad, y luego me quedé pensando si es posible querer a alguien como a un hijo cuando se lo ha visto pocas veces en la vida. Seguramente no. Sin embargo, la frase muestra un deseo más que una verdad, y es cierto que puede existir un sentimiento paternal hacia quienes se ha visto crecer.

En la tienda de la esquina de mi casa, le sugerí a Óscar que comprara un USB. No podía creer que el problema se resolviera con tanta facilidad. Luego entramos a mi pisito. Pusieron a secar sus zapatos sobre el radiador. Como no había tiempo para comer debidamente, les ofrecí unos piqueos y unas cervezas. Nada los entusiasmaba tanto como las cervezas belgas. Óscar se acomodó en la silla de mi escritorio, contigua a la ventana, con una pierna cruzada y el cuerpo tirado hacia atrás. Se puso a observar el movimiento de la calle mientras Vilma y yo nos dirigimos a la cocina. Cuando volvimos, inició una reflexión bellísima sobre el acto de mirar por la ventana. No era sobre lo que veía por esa ventana, sino sobre lo que significaba el ejercicio de mirar por una ventana como ésa, gracias a que era posible hacerlo. Quizá por eso me sentía tan bien con él, por eso nos llevábamos tan bien y todo era tan fácil.

Era hora de partir. Vilma fue al baño y Óscar empezó a ponerse los zapatos. Entonces le dije que le había comprado un regalo. Su mirada me incriminó por haberlo hecho.

–¿Por qué nos hemos conectado tanto, Óscar? –le pregunté–. ¿Por qué sentimos que nos queremos tanto?

No me respondió, pero, en cambio, me sujetó el brazo al tiempo que asentía con la cabeza.

–Me haces acordar mucho a mi padre –seguí y, como a mí, esas palabras lo removieron.

–Abre esto –le dijo a Vilma, entusiasmado, cuando volvió del baño.

–¿Qué es? ¿Es para mí? –preguntó ella.

–No, no; es para mí –le advirtió él–. Pero quiero que lo abras tú.

Vilma lo abrió y la boina gris, de lona invernal, le agradó a Óscar más de lo que pude imaginar. Era juvenil y a la vez clásica. Se la calzó, se miró en el espejo, se la quitó y se la volvió a calzar mientras sonreía. Entonces me abrazó y yo lo abracé de vuelta. Y él empezó a llorar, y yo empecé a llorar con él. Y ni los reclamos de Vilma, que nos preguntaba asustada qué nos pasaba, ni el reloj verdugo, que acortaba nuestro tiempo juntos, ni ningún otro dique represor de la naturaleza pudo impedir que nos quedáramos abrazados para celebrar con lágrimas libres ese nuevo sentimiento que acababa de nacer entre nosotros. No recuerdo, en toda mi vida, ni antes ni después de aquella tarde, haber llorado así. Mis treinta años de llantos contenidos, de fracasos disfrazados, de vacíos, de afectos imposibles, salieron en ese instante mientras me rehusaba a soltar a Óscar.

Camino a la estación de Schiedam pudimos ver parte del puerto. Entre grúas y muelles había un barco llamado The Ocean Beauty. Óscar me dijo que le parecía un buen título para una historia, y empezamos a imaginar cómo sería esa historia. Le pregunté si no le parecía un poco osado para un barco tan insignificante autodenominarse La Belleza del Océano, pero él me dijo que quizá no era un nombre que hiciera referencia a sí mismo, sino que buscaba recordarnos la belleza del océano, genérica e infinita.

Allí, frente a ese mar, al lado de Vilma y Óscar, sentí que Róterdam podía ser menos ingrata de lo que siempre me pareció. El tren salió a las 18:55. Se fueron contentos y agradecidos de lo que les había dado su lazarillo turístico, pero sin sospechar, estoy seguro, lo que ellos me habían dado a mí.

V

Aunque Nina no los hubiera acompañado a pasar el día en Delft o Róterdam, él sintió que, tras la visita de Óscar y Vilma, una nueva puerta se había abierto entre ellos. Procuró llamarla guardando una necesaria distancia de combate. Se dispuso a no proponerle nada; que la próxima vez que se vieran, la iniciativa partiera de ella. Tardó un mes, pero se lo hizo: que fuera a La Haya después del colegio para tomarse unas cervezas.

El verano estaba cerca, la luz del día se prolongaba y uno perdía la noción del tiempo. Fue eso, seguro, lo que permitió que en el bar se les pasara el tiempo hablando. Lo que siempre había deseado: que ella le preguntara a qué hora partía el último tren y él se hiciera el sorprendido, el asustado. «¿Y ahora?», se preocupó ella. «Pues, nada», le respondió él, «o pago un taxi de cien euros o me quedo en tu sofá y me voy mañana temprano». «Está bien», accedió ella, y luego añadió: «No tengo alcohol, pero quizá tenga otras cosas».

Caminaron hasta la residencia estudiantil. Su habitación quedaba en el cuarto piso y desde ahí se veía la torre de la Corte de Justicia, un cielo azul que nunca se oscurecía por completo y las lucecitas salpicadas de la ciudad. Cuando él fue a cerrar la puerta, la manilla se le escapó de las manos y el golpe fue mucho más sonoro de lo debido, como al final de una escena cinematográfica en que se ennegrece la pantalla y ese vacío parte la trama en un antes y un después.

La vida tenía siempre dos canales, el visible y el recóndito. En el primero bullía lo público, la calle, los oficios, las distracciones artificiales que se llevan demasiada atención. En éste, las

batallas eran abordables, finitas, tangibles. Aunque algo no saliera bien, ahí estaba uno a la mañana siguiente, renovado y dispuesto; ahí estaban los amigos y los aliados y los curiosos que daban volumen y amortiguación a lo bueno y a lo malo. Y, para bien o para mal, estaba también ese otro carril recóndito, el de las profundidades, el de las horas más íntimas, el de las noches y las madrugadas y los fines de semana silenciosos, el del porvenir y los proyectos solitarios, el del amor primitivo y las añoranzas vitales. Él era ahora un hombre joven al que se le abrían las posibilidades del canal visible, pero era, a la vez, un solitario sin padres ni hijos ni amores pasados ni presentes, que se enroscaba cada día más en las sinuosidades de una soledad genealógica que lo succionaba hacia las orillas de la misantropía y la asolación.

La visita de Óscar y Vilma había sido un verdor repentino en medio de esa aridez. Una réplica simbólica de los padres biológicos que nunca lo visitarían, pero que, a través de Nina, podrían llegar a ser parte de su vida. La ilusión de una familia como tabla de salvación en la mitad del océano.

A la mañana siguiente partió muy temprano, mientras ella aún dormía. En casa se pasó el día mirando por la ventana. Los cursos de la maestría concluirían a finales de ese semestre, perdería su permiso de estudiante y no podría continuar enseñando. Ya no habría razón para permanecer allí. Buscaría iniciar su doctorado en algún otro lugar. Vendería sus cuatro baratijas, devolvería el piso y se iría temporalmente a Cascais, donde un amigo que regentaba un bar le había ofrecido alquilarle una habitación cerca de la playa.

En los días previos a su partida, la llamó. Le dijo que quería despedirse y darle algo. Ella le respondió que pasara por La Haya a las ocho. Le daría el encuentro en algún bar. En aquellos últimos días de Holanda, buscó dos escritos que hizo tras la visita de Óscar y Vilma. Uno titulado «Delft» y el otro, «Róterdam». Los juntó bajo el título de «La belleza del océano». Añadió una dedicatoria: «Para Nina». Llegó a La Haya. Buscó un centro de impresión, pero no fue fácil dar con uno, menos aún que tuviera espirales para encuadernar. Finalmente, encontró el adecuado tras dos conexiones de *tram*. Imprimió los textos de forma horizontal y reduciendo el tamaño de la caja para que quedara como una libreta, o un libro de poemas, más que como un vulgar anillado. Se lo daría antes de despedirse. Cuando lo tuvo en sus manos, comenzó a llover y Nina lo llamó; tenía un contratiempo, ¿y si volvía al día siguiente? «Por supuesto», le dijo él, «hablemos antes». De regreso, se detuvo en Spuiplein y bajó a tomar un café. Leyó «La belleza del océano» por última vez y, al levantar la mira-

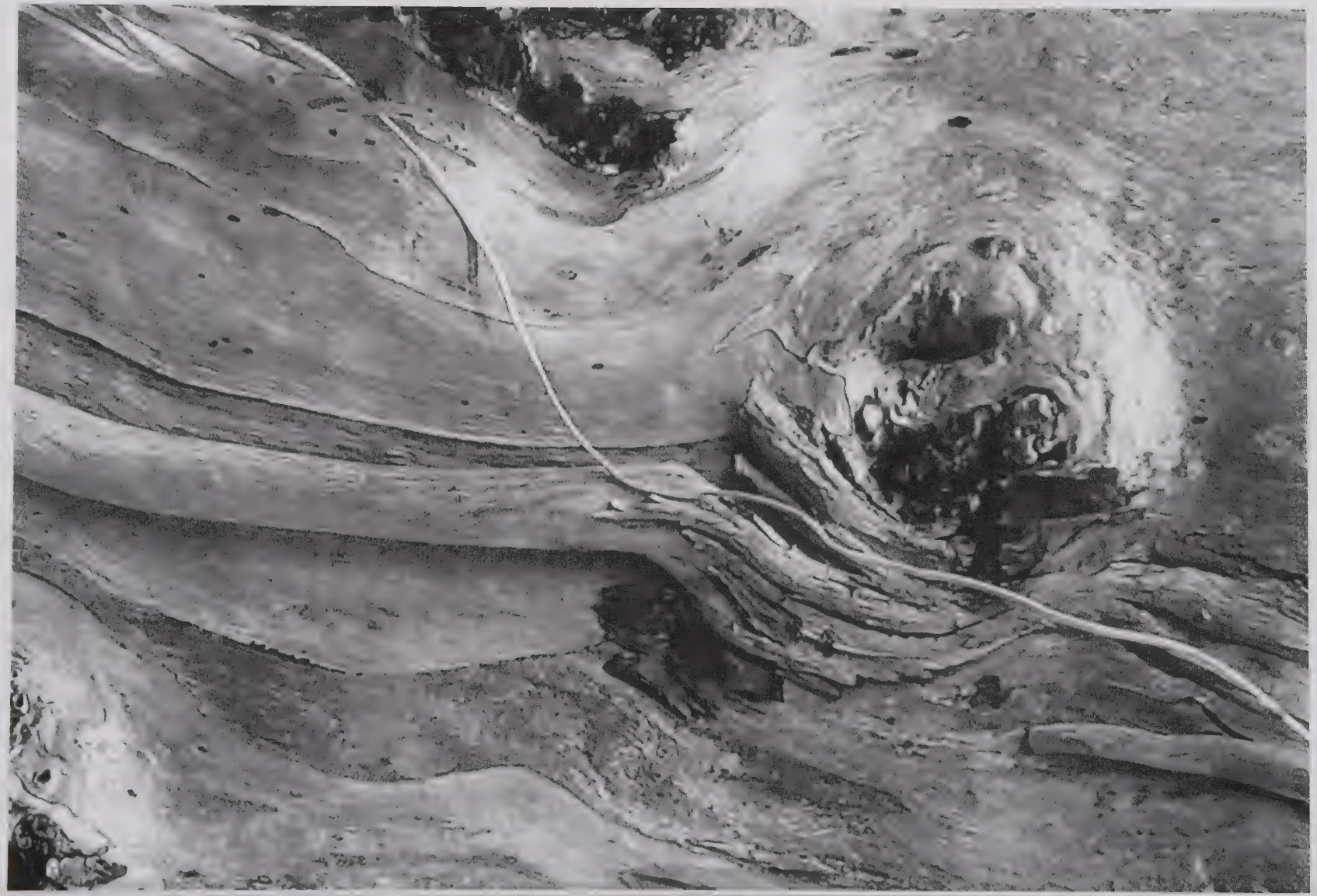
da, notó que la mayoría de comensales eran jóvenes enfrascados en sus móviles. Óscar tenía razón: «Mira, nada más, la cantidad de teléfonos». Al salir, la lluvia arreciaba. En la tierra de los molinos, el viento golpeaba de frente y de costado. Avanzó unos metros y lanzó la copia en un tacho de basura.

Vivió tres meses en Cascais, luego consiguió una beca de doctorado en Groninga, el pueblo más frío y alejado de todo Holanda. Volvió a Lima al cabo de siete años, casado con una holandesa y hablando maravillas de ese país. Nina había regresado al Perú al poco tiempo y nunca se volvieron a encontrar. Recordó muchas veces a Óscar y Vilma, pero siempre pensó que, si se acercaba a ellos, Nina creería que era una excusa para rondarla a ella. Y lo fue dejando. Y pasaron más años. Y un día, Eva le anunció que Vilma había fallecido. No quería creerlo, el tiempo no podía haber pasado tan rápido. Fue al velorio para saludar a Óscar y allí lo encontró, acongojado pero entero, con el bigote alegre, la mirada amable, la emoción mutua de verse, a pesar del momento. Se abrazaron por largo rato, pero esta vez ninguno lloró. Más bien él le prometió que lo llamaría. Habían pasado diez años desde aquellas visitas a Delft y Róterdam. Al salir del velatorio, se topó con Nina. Se saludaron con cortesía, como si la realidad fuera un disparo de cámara y no una película. La vio más grande, más gruesa, más segura. Ella lo encontró sustancialmente más viejo, quizá por el cabello encanecido, y le dijo que deberían tomarse un café un día de esos. Él asintió, pero sabía que ninguno lo gestionaría.

Ocho meses más tarde, recibió la noticia de que Óscar Landaure había muerto de un infarto. Se lamentó de no haberlo llamado. En el velorio, escuchó a uno de los familiares contar que el matrimonio Laudaure había perdido un hijo unos años antes de que naciera Nina. Buscó las historias que había escrito una década atrás y revivió aquellas horas en Delft y Róterdam. Con el paso de los días fue entendiendo por primera vez por qué y para quién las había escrito. Deseó tener consigo al menos una foto de las tantas que tomó Óscar en Holanda, ya que no lo podía tener a él.

La belleza del océano nunca podrá ser una pieza que sobre él navegue, sino su propia inmensidad y el esplendor de su oleaje; su silencio constitutivo, su distancia. La belleza del océano es una historia chueca y nuestra incapacidad por enderezarla, es llegar tarde a tu vida o mirarla desde la platea, es el agua volcánica de un afluente destinado a diluirse en un gigante bondadoso, sereno, inmutable.

(Perú)



Toma este anhelo

Por Sergio Gutiérrez Negron

CÓMO CONOCIÓ A RITA

Francisco conoció a Rita en un concierto del viejo perro canadiense. Recién se había mudado a Atlanta, Georgia, y los pocos ahorros que tenía los gastó en el boleto más barato para el evento. Llegó demasiado temprano y, por alguna razón, lo dejaron entrar al aula. Un ujier, al verlo solo, lo movió a una de las dos butacas que no se habían vendido en las filas exclusivas frente a la tarima. Treinta minutos después del concierto, la septuagenaria ocupó el puesto al lado de él, también dirigida por el mismo ujier. Al ver a Francisco tan joven –tenía veintitrés y cara de huérfano–, le dijo algo. Pudo haber sido un simple «hola», pero lo más probable es que el comentario de la mujer hubiera estado relacionado con la alegría que sentía de estar viendo al cantautor una vez más, confiada de que, debido a su avanzada edad, se le permitía llevar la emoción a flor de piel. Él estaba solo y no había hablado con nadie desde esa mañana en la que llamó a su mejor amigo, en Puerto Rico, para comentarle que iría al evento. Rita y Francisco hablaron hasta que comenzó el concierto y luego, entre las canciones, y aun mucho después de que concluyera.

Continuaron hablando en el *lobby* hasta que ella le pidió el teléfono celular prestado para llamar a su esposo y pedirle que la viniera a buscar. Cuando llegó el marido, ella le ofreció a Francisco llevarlo a la casa y durante todo el camino siguieron su conversación, aunque un poco atenuada por la presencia del chofer. Al anciano no le pareció raro que su mujer de toda la vida hubiera decidido sentarse en el asiento trasero de la miniván, junto al inesperado huésped. Tampoco le pareció fuera de lo normal que las dos manos de la mujer agarraran la del muchachito con un recelo que no le había visto en mucho tiempo.

Si le hubiera preguntado, ella le habría confesado que aquel entrelazamiento de manos era muchísimo más profundo que el afecto que siente una abuela sin nietos por la juventud en general; que tuviera más que ver con un tipo de pasión y de energía que no había sentido desde mucho antes de haberlo conocido, cuando los tiempos corrían en otra dirección y, como dicen pocas abuelas cagüeñas, ella se permitía ser vaguada. A diferencia de Rita, Francisco no entendería lo que acababa de experimentar

hasta estar en el colchón en el suelo en el que dormía y, poco a poco, comenzar a descender del viaje que había sido aquella noche de octubre siete.

Tras bajarse del automóvil en el estacionamiento poco iluminado del complejo de apartamentos donde él residía, le dio las gracias a la pareja y lo siguió hacia la oscuridad bajo la cual se guarnecía la entrada de su edificio. Antes de desaparecer por completo de la vista de Rita, la mujer lo llamó, y él se dio la vuelta, y se acercó al vidrio del pasajero de al frente. Ya ella había regresado a su posición a la derecha de su marido. Él pensó que se le había olvidado algo, pero, tan pronto se acercó, la mujer le preguntó, así, de la nada, si le podía dar un beso. Él se rió. El esposo meneó su cabeza, pensando que su esposa comenzaba a actuar de manera senil. Francisco sonrió y ofreció su cachete a los labios de la anciana. La mujer le dio las gracias y el esposo se despidió con un leve gesto militar, y así aceleraron carretera abajo, dejándolo a él allí, con las manos vacías, muy seguro de que no volvería a ver a la señora.

Casi siete años después, Francisco iría a otro concierto del viejo perro canadiense con la insólita esperanza de que su amiga, la dulce Rita, la vieja Rita, se le sentara al lado. Sin embargo, ya para entonces llevaría muerta dos años.

EL CUENTO DE RITA

Rita le habló de su vida. Quizás no comenzó así. Quizás la conversación comenzó con el intercambio de nimiedades, de sus respectivas pasiones por la canción del artista. Eso no sería tan raro. Sin embargo, en algún momento de la conversación, quizás la suavidad de la voz de Francisco, quizás algo en sus ojos grandes, o quizás tras un leve y accidental tocar de rodillas, ella decidió contarle cómo, hacía muchos años, cuando tenía dieciséis, en alguna montaña de la Georgia rural, allá, muy arriba, muy separado del mundo de las ciudades, de las tecnologías, en un pueblo, ella fue la protagonista de un recital de baile. No, se corrigió, quizás decir la protagonista le restara al evento: ella, Rita, fue *el* evento. La mujer hablaba sin timidez alguna, con certeza de ceiba. Contó cómo el pequeño auditorio que también fungía de iglesia se llenó con cuatrocientas almas, un setenta y cinco por ciento de la población y la verdad era que todos estuvieron allí para ver a Rita Mae Clayton bailar.

Y Rita Mae Clayton bailó. Bailó como nadie en aquel pueblo pensó posible. Fue un baile extraño: le vino mirando recor-

tes de revistas viejas y leyendo los pocos periódicos que contaban con noticias de espectáculos. Aun a sus setenta y tardes, la anciana Rita puede hacer que su cuerpo recuerde aquellos movimientos. Fue un baile errático. Así se lo describió su maestro de historia, que también era su maestro de artes escénicas. No obstante, en sus movimientos, y en esto todos los habitantes de Old Hitchitee Creek estuvieron de acuerdo, ocurrió algo que los conmovió a todos; algo que llevó a todas las mujeres casadas a desperdigarse en un llanto como mudo, que hizo a todos los niños recién nacidos permanecer en silencio; algo que hizo que el pastor del pueblo, un viejo metodista que alguna vez fue católico, se persignara y decidiera regresar a la fe de sus padres y que éste sólo pudo describir, tras tomar el podio cuando Rita Mae abandonó el escenario, como un acto de dios, como la presencia de dios entre ellos allí.

Minutos después de su presentación, Rita Mae salió por la puerta trasera de la iglesia, con el vestido blanco repleto de estrellas púrpuras que su madre le había tejido. Sabía que en la antesala del auditorio le esperaba una fiesta atestada de familiares, de muchachos que querían casarse con ella, de niñas más jóvenes que la admiraban. Pero quiso irse a solas a su casa y, al llegar, se sentó en la mecedora de madera que estaba en el balcón. Allí, descubrió que aún temblaba; sus manos y sus piernas y ella toda.

–Soy especial–, se dijo. Quizás pueda puede parecer raro, pero no lo dijo como lo dicen la mayoría de las personas. No lo dijo con orgullo ni egoísmo, sino que lo dijo como quien dice que el cielo es azul, que el sol está lejos, que existe una cosa llamada osmosis. Lo dijo sin querer decirlo. Lo dijo porque fue lo único que sus cuerdas vocales le permitieron decir. Lo dijo y supo que abandonaría el pueblo. Lo abandonaría y se iría a estudiar a la universidad, a pesar de que realmente no quería estudiar. Lo abandonaría y no sólo vería el mundo, sino que *haría* mundo. Eso también sonó extraño cuando lo pensó, y aun cuando se lo repitió a Francisco. Pero se preguntó entonces que si aquello que el pueblo entero acababa de atestiguar, aquello que su cuerpo secretó, no se llamaba mundo, ¿cómo nombrarlo?

Al año siguiente, el pueblo organizó una fiesta de despedida y el pastor, su esposa y sus dos hijos se montaron en el carro oficial de la iglesia y llevaron a Rita Mae a Atlanta. La bendicieron antes de irse, le dieron unas cartas que le había escrito su madre, y

prometieron verse para las Navidades. Rita Mae pasó una semana en la universidad y, sin decirle a nadie, tomó un bus que la llevó a Nashville, y de allí otro que la llevó a Washington, D. C., y otro a Nueva York, y, luego, se dirigió a Los Ángeles y a San Francisco, y allí se detuvo un momento, miró a su alrededor y, cuando iba a decidir abordar otro bus más, éste sin ningún destino fijo, vio a Suzanne Moskowitz, quien esperaba que la lluvia escampara debajo del umbral de una casa de tatuajes que quedaba al otro lado de la parada de autobuses. Llevaba un viejo impermeable azul y una melena color azabache.

Hablando con Francisco, después del concierto, a Rita se le hizo difícil precisar exactamente cómo habrán sido sus primeras interacciones con Suzanne, pero la verdad era que lo importante fue la duración del contacto, aquel largo primer momento en el que algo se intercambió entre ellas, algo duro y frágil a la vez; algo que estiraron, primero allí, en una cafetería, y, luego, por días, semanas, meses alrededor de la ciudad. Ese algo se transformó para Rita Mae en lo que podría llamarse la experiencia de crecer, o quizás mejor «la intensidad de crecer». Llámesele como sea, le dijo a Francisco –sin vergüenza alguna ante el lenguaje utilizado–, lo que cabe notar es que ella creció y alrededor de ella creció el mundo. Francisco es incapaz de recordar, años después, si Rita le dijo o no que el mundo creció demasiado. Que creció tan y tan rápido que la dejó al final de la fila que se había formado frente al portón que da al horizonte. Que creció tan y tan rápido que el mundo la dejó atrás y sin forma de regresar. Pero, antes de que se percatara de ello y de que quizás se lo dijera a Francisco, Rita conoció a todo tipo de gente, todo tipo de lugares. En aquel entonces le gustaba decir que en un fin de semana conoció más gente de la que había en su pueblo, de la que había habido en su pueblo por las pasadas tres, cuatro generaciones.

Quizás valga la pena mencionar que Suzanne Moskowitz era pintora. Rita Mae meneaba la cabeza cuando su nueva amiga, estrella y heroína, se describía como tal –se decía pintora de brocha gorda–. Rita Mae le decía que ella no era simplemente pintora, sino que «era artista», así, una caja repleta de la cosa de fantasías.

Suzanne vivía sumergida entre gente similar a ella. Era una época en la que había artistas en todos lados, especialmente en San Francisco, y allí, en las constantes fiestas, en las constantes exposiciones y tardes en la que le modelaba a su amiga, Rita Mae

descubrió que tenía un acento sureño y también descubrió cómo librarse de él, cómo dejarlo atrás, y supo que era imperativo hacerlo, y así, una cosa tras de otra, fue deshaciéndose de lo mucho de lo que alguna vez la ató a su pueblo. Y lo hizo increíblemente. Dos meses después del encuentro fortuito, de Rita Mae sólo quedaban los ojos, la exuberante cabellera rubia y la suavidad de los cachetitos dentro de los cuáles aprendió a esconder esa otra ella a la que regresaría eventualmente. No sintió ninguna pena por este cambio. La nostalgia le era ajena por entonces. Cada cambio le venía como el mudar de pieles a las serpientes. Todo esto estaba previsto, le gustaba decir, dejando relucir algo de su calvinismo. Todo esto, de algún modo, lo había visto en aquel recital de traje blanco y estrellas púrpuras.

Rita Mae le modelaba a Suzanne. Primero, vistiendo lo que tuviera, quieta, temblorosa. Pero con el tiempo, con los halagos, y con las pinturas de su rostro que comenzaban a invadir las paredes del apartamento, aprendió que el pincel de su amiga lo atraparía todo. Así que comenzó a bailar, comenzó a bailar y a cerrar los ojos frente a la brocha y dejarse ir, y así comenzaron a caer las ropas hasta el punto que, eventualmente, comenzaban sin ellas, y Rita Mae sentía la misma pulsión del recital y bailaba, y, *uy*, como bailaba. Rita Mae se movía y todo alrededor de ella se caía. Podía hasta sentirlo. Podía sentir aquellas palabras que alguien le hizo pronunciar aquella noche, después del recital, vibrándole por el cuerpo, erizándole la piel, encendiéndole los nervios y los espacios secretos de todo cuerpo. Mientras bailaba, sentía que tomaba las riendas de la expansión repentina del mundo, que el mundo se detenía a verla, que los átomos y los neutrones y las partículas y las bacterias y las células y los cabellos y los planetas todos se detenían por ella. Tal vez sí lo hacían. Tal vez, si los científicos hubieran estado pendientes, si miles de aparatos futuristas hubieran estado fijados en su dirección, habrían visto cómo la tela misma del espacio y del tiempo y de las dimensiones se estrujaba, se plegaba alrededor de aquel cuerpo danzante y allí, quizás, hasta habrían encontrado la respuestas a todo lo que ha de necesitar respuestas en este mundo.

O no. Tal vez los científicos no habrían sido capaces de captarla. Tampoco lo fue la pintura de Suzanne. Todos los bocetos, todas las reproducciones que se desperdigaban por la habitación la tenían estática. Bella, por supuesto. Extremadamente bella. Pero Rita Mae las miraba y sentía una sensación

bicéfala. Por un lado, el corazón se le detenía y descubría en su rostro la misma energía que sentía al bailar. Descubría allí la materia del arte y sabía que fluía por Suzanne. Sin embargo, al mismo tiempo, veía que su baile no dejaba rastro alguno. Que cuando la captaban moviéndose se veía extraña, rara. Estúpida, inclusive. Y, un día, sin querer hacerlo, o sin saber lo que hacía, Suzanne le interrumpió el baile y le dijo «quédate quieta». Le dijo, «te necesito quieta», y algo en Rita Mae Clayton se quebró, se quebró porque sintió que perdía el agarre que tenía sobre el mundo y vio cómo éste se retiraba hacia la distancia a una velocidad inquietante. Y sintió que se quedaba encajada. Se dio la vuelta y a la distancia, detrás de ella, como en otra galaxia, vio su pueblo y vio y sintió lo pequeño que era y se percató –un disparo, un golpe desembuchado justo al pecho– de que su –¿cómo decirlo?– singularidad tenía fronteras.

Aun así, se sintió especial. Se sintió especial a través de Suzanne. Suzanne sí daba testimonio de lo maravilloso, de lo increíble, y el mundo lo notaba. El mundo amaba sus pinturas y los bocetos de Rita Mae, aquellos dobles, se vendían por sumas nada terribles.

Una tarde, Suzanne le dijo que tenían que ir a Nueva York. Fue allí, el día de San Valentin del 66, en el 92Y, que Rita Mae Clayton escuchó por primera vez al músico canadiense que una vida después vería con Francisco. Claro, en aquel entonces estaba muy lejos de ser el viejo perro. Todavía era apenas un joven poeta canadiense, y ambas se enamoraron de aquellos poemas y de aquel hombre, y Suzanne Moskowitz le dijo que tenían que conocerlo y el viejo perro canadiense concluyó la noche con una canción, y la canción las distrajo, las detuvo, y allí, agarradas de la mano y juntas, sintieron a la vez lo que Rita Mae Clayton había sentido en la noche de su recital, y también allí ella supo que entonces no era la única, que habían otros como ella. Pero, cuando regresaron, cuando el mundo les fue devuelto, ya el canadiense había desaparecido.

La mañana siguiente Suzanne Moskowitz y Rita Mae Clayton volvieron a San Francisco, donde la primera tenía una exposición, y por ahí estuvieron ocupadas por los próximos meses. Suzanne pintaba a su musa e iba de exhibición en exhibición, y Rita Mae intentaba quedarse quieta frente a su pintora, intentaba sostener sus posiciones en una inercia que le era ajena y dañina. Comenzaron a dolerle las coyunturas, pero evitó quejarse, evitó poner algún pero ante la majestuosidad de su amiga. Y un

día Suzanne le dijo que se relajara, que comenzaba a sentirse cansada, que no sentía pasión por pintar, y Rita Mae sintió que la insultaban, que nuevamente le arrancaban algo, y le pidió que salieran de allí, que se fueran de la ciudad, que tomaran un bus hacia algún lugar. Suzanne Moskowitz pensó que era una gran idea. Pero en vez de un camión tomaron un avión hacia Grecia, y de allí un barco hacia el golfo Sarónico, al sur de Atenas, donde se encontraba la isla de Hidra. Suzanne había escuchado que el perro canadiense tenía una casa allí, a donde se retiraba cada cierto tiempo. Estuvieron por las costas de la pequeña isla por dos meses. Se quedaron en un pequeño resort de turistas que daba al mar. Por lo menos dos veces tomaron un ferry hacia la isla deshabitada de Dokos. Nunca se tropezaron con el canadiense, pero poco a poco Suzanne comenzó a pintar nuevamente. Y, mientras lo hacía, Rita Mae la observaba sentada en una roca detrás de ella, sabiendo que aún amaba a su amiga, pero que ya algo había expirado.

Está bien, se dijo, y no sintió ningún remordimiento. De hecho, sintió que le quitaban un peso de los hombros. Con este peso se fueron otras cosas, por supuesto. Se iba esa pasión, esa pulsión que la había llevado hasta allí.

Hay cosas que hay que saber dejar ir, le dijo Rita a Francisco tantos años después, y también se lo dijo a sí misma, en la isla griega, al mismo tiempo que comenzó a pensarse así también, «Rita» y ya no «Rita Mae». Algunos dirán, incluyéndola a ella misma, que en aquel momento creció de verdad. Pero, a medida que pasan los años, Francisco comenzó a repetirse, como si se le fuera la vida en ello, que la joven Rita no pudo haber pensado eso. Pero era difícil negarlo: era posible que quizás ese fuera el caso y que sí hubiera sido entonces que ella decidió cruzar a otro registro, que decidió comenzar a pensar como lo hacen los demás. Si lo hizo, si es que fue entonces, de seguro se puso de pie e interrumpió a Suzanne para plantarle un beso en el cachete, uno idéntico al que le daría a Francisco, y una mano cálida sobre el hombro, como suele suceder en los desenlaces de las películas tristes.

LO QUE DE RITA SABE EL ESPOSO

Rita Mae Clayton no regresó de aquella isla. De hecho, dos décadas después, en su decimooctavo aniversario de bodas, cuando su esposo le ofreciera tomar un crucero por las islas griegas, Rita se le acercaría, lo abrazaría y le plantaría el mismo beso en la meji-

lla, para decirle que no era necesario, que ella estaba contenta en aquel suburbio al que se habían mudado, tan silencioso como el pueblo en el que se crió.

Tal vez por este tipo de comentarios es que su esposo comenzó a pensarla como una persona muy distinta a la que era realmente. Pero la verdad era que Rita quiso que así fuera. Le gustaba cómo sonaba. Le gustaba cómo su esposo la pensaba y cómo miraba a ese espejismo que él creó. En este personaje que le tejieron, sólo había un deseo que regresaba cada equis cantidad de años. Su esposo se contentaba en poder dárselo: cada vez que el viejo perro canadiense tocaba en la ciudad, o en una ciudad cercana, él le compraba un boleto. Un solo boleto porque la primera vez ella le dijo que quería ir sola. No le compraba el boleto más caro, aunque podía. No. Ella le pedía que le comprara el más lejano, el que menos acceso visual tuviera al escenario. Y así se contentaba. Él no sabía que experimentaba ella allí, exponiéndose a horas de canciones a voz rasposa, pero venía siempre distinta, rejuvenecida. Y así él la contentaba. La llevaba unas horas antes y las buscaba unas horas después.

Rita también le había dicho todo esto a Francisco. Antes de que su marido llegara a buscarlos, le había contado –y él no había entendido por qué– como, una vez, años antes, cuando ella cumplió cuarenta y cinco años y ya habían perdido la esperanza de tener hijos– un rosario de abortos naturales les quebró la voluntad–, el marido le recomendó que se apuntara en unas clases de escultura o de pintura que daban en un centro comunal del área. Mucha gente de su edad participaba en estos cursillos, facilitados por artistas jóvenes de una universidad muy cercana. No tienes que saber nada de arte, añadió, como para apaciguarle la timidez y le dijo que muchos de los grandes artistas del mundo se descubrían talentosos tarde en sus vidas. Ella había sonreído, aunque esta vez sólo para sí. Recién habían llegado de cenar en un restaurante francés en Atlanta. Su esposo había hecho reservas con semanas de anticipación. La esperaba al otro lado de la puerta del baño, desde donde la hablaba, se alistaba para acostarse a dormir y daba aun más detalles de estos talleres de artes para *late bloomers*. Rita le dijo a Francisco que, en aquel momento, en el espejo, su reflejo titubeó, y la miró a los ojos con lo que pudo haber llegado a ser una chispa, un reinicio, un anuncio de incendio forestal. Sin embargo, la renuncia viene las más de las veces por costumbre, una vieja canción que de repente recuerdas como si la escucha-

ras en el momento. Rita apagó la luz del baño y salió adonde su acompañante de vida. Lo besó, le dio las gracias por la oferta, e hizo como si se durmiera.

Sólo muchas decadas después, cuando el mundo del viejo perro canadiense, de Rita y de toda la gente como ellos se hubiera hecho polvo y Francisco también hubiera encanecido, vendría a entender que todo aquello había sido una advertencia y que ya era demasiado tarde para atenderla. «Toma este anhelo», decía la canción que había inaugurado aquel concierto, «sólo toma este anhelo que se posa en mi lengua, y con él, llévate todas las cosas inútiles que mis manos han hecho».

(Puerto Rico)

Personaje en construcción

Por Fernanda Trías

El escritor salió del baño y terminó de secarse frente al ventilador. Las piernas se le erizaron al contacto con el aire y pensó, por segunda vez en el día, que nunca había escrito un relato sobre otro escritor y que eso lo hacía sentirse desplazado, fuera de lugar en el mundo de los narradores actuales. Esa falla, creía él, lo condenaba a ser un escritor poco respetado por sus pares, que lo trataban con cordialidad pero con cierta displicencia. Quería convertirse en uno de esos escritores versátiles que se movían con soltura en todos los géneros. Si pudiera escribir un cuento sobre otro escritor, pensó, lograría demostrar su solvencia en recursos *metaliterarios* y eso lo colocaría en el mismísimo centro del presente. Otra vez el vértigo se manifestó como una sudoración repentina. Apoyó las manos en la cintura para que el desodorante no le pegoteara las axilas. Mientras no se moviera del rango de alcance del ventilador, estaría bien. Le pareció que las aspas del ventilador giraban exageradamente lentas ese día. Tal vez la pelusa espesa que cubría casi por completo la rejilla estuviera entorpeciendo la salida del aire. Se preguntó si la intolerancia al calor podía ser hereditaria. Recordaba a su padre tomando baños de inmersión en la bañera con cubos de hielo, y lo recordaba en el agua helada de la playa, sumergido hasta los ojos como un hipopótamo. En el baño estaba colgada la camisa que el escritor iba a ponerse. La había colgado ahí con la esperanza de que el vapor la refrescara un poco. Tenía cuatro días de uso. Fue a buscarla y la olió antes de meter el brazo derecho. Si había elegido una camisa era porque todas sus camisetas estaban sucias, no porque fuera a encontrarse con Marcela. No pudo identificar si tenía verdaderas ganas de verla; en lo relativo a las mujeres, tenía la sensación de actuar en piloto automático. De algún modo lo descansaba, le permitía economizar las energías que luego usaría para defenderse de ciertos pensamientos. Uno de esos pensamientos era su incapacidad para escribir un relato verosímil sobre otro escritor. Él solo escribía de treintañeros con vidas insatisfechas, fracasados o en vías de fracaso, incapaces de lavar la ropa una vez a la semana, hombres que hacían lagartijas por la mañana junto a la botella de *whisky* de la noche anterior, vidas, en suma, parecidas a la suya, y sin embargo esas historias le habían valido cierta reputación,

una reputación que él sospechaba no podría sostenerse mucho más. Un crítico del único suplemento respetable en la ciudad había dicho que sus historias destacaban por la «empatía», cuando en realidad –le había confesado el escritor a su exnovia– él era un egoísta, sólo capaz de empatizar consigo mismo. Diez años de psicoanálisis y una vida entera hurgando en la naturaleza del único humano que le interesaba, *él*, le habían otorgado una lucidez sobre los vericuetos de su persona.

Se terminó de abotonar la camisa y se miró al espejo. No importaba lo que se pusiera, Marcela lo miraría del mismo modo, lo miraría con la misma ansia con que los cazadores miraban a los animales exóticos. Sus amantes (él las llamaba «amigas») elogiaban su forma de vestirse. Que usara zapatillas blancas con medias negras de vestir o una camisa con los puños y el cuello gastados de tanto roce no les importaba. Ellas apreciaban su estilo, incluso se lo decían, pero la verdad era que él sólo usaba la ropa que le regalaban, ropa que había pertenecido a algún primo o amigo. Además de esos amigos cercanos, la otra persona que no creía en su ingenio y creatividad para combinar pantalones y camisetas era su exnovia. Se rectificó: su novia. Hacía una semana habían empezado a verse de nuevo, después de un año de separación que para ella había sido el infierno y para él había sido el infierno con abundante sexo. Como sea, frente a ella siempre se sentía desnudo, desarmado, a menudo enfermo de furia, pero prefería eso que la obsecuente mirada de sus amigas, a quienes a veces imaginaba como a las acompañantes de un mago que se metían sonrientes a la caja y luego se quejaban por no haber sido descuartizadas de veras. Cuando estaba con Marcela, primero se sentía eufórico, hablaba sin parar sobre sus proyectos y sus últimos logros, dejaba fluir el entusiasmo sobre sí mismo a niveles vergonzosos, siempre consciente de ello, pero como en un trance, y, después, cuando comenzaba a salir del trance, cuando sentía las primeras puntadas del pánico que significaba verse a sí mismo en ese estado de autocomplacencia, de la más inaudita deshonestidad, saltaba sobre Marcela, literalmente saltaba de la silla, la agarraba como si no pudiera soportar el rapto de pasión y así terminaban en la cama.

Mientras caminaba al restaurante de arepas, el escritor pensó que la manera más fácil de escribir un relato sobre otro escritor era inventar un personaje que fuera un escritor consagrado y adjudicarle todas las cosas que le pasaban a él. Lo llamaría el Escritor, o incluso tendría un momento de arrojo irónico y lo bautizaría el Señor escritor. El Señor escritor salió del baño y se puso la

camisa frente a la ventana abierta. Estaba sin ropa interior e imaginó, con morbo, que alguien lo miraba desde el edificio vecino. El aire terminó de secarlo, porque su impaciencia nunca le permitía frotarse con la toalla el tiempo suficiente. El ventilador no arrojaba suficiente aire ese día; giraba con un traqueteo exasperante y supuso que algo estaría fallando. Era un ventilador viejo, pero de esas marcas que podían durar treinta años. Una inversión segura. Le pediría a su mujer que llamara al técnico, pensó. Justo en ese momento ella cruzó de la habitación a la cocina. Al verlo frente a la ventana, con las piernas abiertas, blancas y peludas, y su miembro oculto bajo los faldones demasiado largos, su mujer sólo dijo una cosa: ¿Vas a ponerte esa camisa? El Señor escritor siempre se sentía desnudo frente a su mujer; le ofendía la distancia con que ella lo escuchaba hablar de sus libros y proyectos y, después de once años de convivencia, aún no sabía si la mirada era de interés o de perfecto desprecio. Una cosa era cierta: para su mujer, escribir un libro no constituía nada demasiado admirable, y mientras eso a veces le generaba al Señor escritor una sublevación interna, un deseo de echarse al piso a llorar, con los puños y los ojos bien cerrados, la mayoría de las veces aun le provocaba deseo, ganas de clavarle los dedos entre las nalgas, abrirle el cuerpo como si así pudiera llegar a ese núcleo desconocido, a esa raíz del desdén que no le permitía a él ser un farsante delante de ella y, por lo tanto, tampoco le permitía descansar. Se vio excitado, pero descartó el pensamiento. No tenía tiempo para sexo porque ya eran casi las ocho y aún no había bajado a comprar el diario que leía puntualmente en el bar con un café doble y dos medialunas. Le pareció ver que una sombra se movía en la ventana de enfrente. Asoció esa sombra con el cuento de un escritor famoso, mucho más famoso que él, por cierto, de los que calificaba con algún resquemor de «genio», en el que un escritor bloqueado espiaba por las noches a su vecina de enfrente. En éxtasis, la veía desnudarse frente a la ventana y luego danzar desnuda por la casa. Un día el escritor bloqueado se cruzaba con la mujer en la puerta del edificio, sólo para descubrir que había estado fantaseando con una anciana asiática. Después de la puntada que le produjo recordar todo lo que no había logrado, el Señor escritor volvió a pensar en el cuento famoso, sonrió y sintió que su vida tenía valor dentro de un mundo muy reducido, tal vez selecto, ciertamente estrambótico. Los que pertenecían a ese mundo eran una rareza estadística y por eso le resultaba fascinante escribir sobre ellos: los escritores, hombres cuya máxima preocupación era crear una obra de valor

literario. Miró hacia la cocina. Su mujer llevaba y traía cosas a la mesa. Tenía puesto un pijama pequeño, un *short* rojo con una camiseta blanca que trasparentaba los pezones. Eran pezones pequeños, también, algo que siempre le había atraído de ella, fina hasta en aquello que no podía controlar. La excitación permanecía, pero más lejana, como un microorganismo en una placa de Petri. Se vio hurgando con los dedos entre las nalgas de su mujer e imaginó que la misma sombra de enfrente los miraba. Lo que deseaba, se dio cuenta, era causar repugnancia en la sombra de enfrente. Algún día tal vez podría usar esos sentimientos bajos en algún cuento, el día improbable en que escribiera una historia sobre un hombre común. El sudor le bajaba por las sienes. Se acercó al ventilador a verificar que estuviera en la máxima potencia, sin duda el viejo armatoste estaba fallando. Tomó el libro de quinientas páginas que estaba leyendo (una novela histórica) y salió a la calle.

Marcela se levantó al verlo llegar. El pelo largo y negro se agitó como una cortina y volvió a caer detrás del hombro. El beso le dejó una marca de *rouge* que ella se encargó de limpiar frotándole la mejilla. Su boca de labios finos se parecía mucho a los dibujos antiguos japoneses. Se sentaron y él no tardó en desembuchar su idea sobre el cuento que le atormentaba. ¿Estaría bien llamar a su personaje el Señor escritor? No le preguntó a Marcela qué pensaba, porque frente a ella todas sus inseguridades quedaban por un momento suspendidas y se sentía magnánimo, capaz de producir las ideas más geniales. Ella se rio con la boquita japonesa bien delineada. Sólo tenía que adjudicarle sus propias vivencias, dijo él, nadie iba a saberlo, porque a fin de cuentas ¿qué era un escritor? A fin de cuentas, insistió, ¿quién podía decir que un Señor escritor no bajaría los cuatro pisos por escalera de su apartamento y, al ver la puerta entreabierta del apartamento 7, no golpearía despacio para asegurarse de que no hubiera ocurrido un robo? Luego notaría que por la rendija entreabierta salía un cable verde y un leve resplandor, camuflado por la claridad del día. El Señor escritor empujaría la puerta para así constatar que el resplandor provenía de unas luces de Navidad que empezaban en el suelo y trepaban por el brazo de un sillón hasta el otro extremo de la sala. Tardaría en descubrir la presencia del hombre dormido en el piso, sobre una alfombra persa que se veía muy sucia. Anotaría mentalmente: alfombra de muy mala calidad.

El escritor le señaló a Marcela una planta que decoraba la pared del restaurante y le preguntó si creía que fuera real. Ella

quiso tocarla, pero él la detuvo. Sí, es real, dijo Marcela, mirá las hojas. La sorpresa llegó cuando comprobaron que era de plástico. La calidad de las plantas artificiales ha mejorado notablemente, dijo el escritor. Era algo en lo que venía reflexionando hacía bastante; ya no se necesitaba tener una planta de verdad, a menos que uno quisiera hablar con ellas, comunicarse de algún modo, verificar nuestra capacidad –o incapacidad– para mantener algo con vida. De pronto tuvo una curiosidad morbosa y le preguntó a Marcela cuánto pagaría ella por convertirse en un personaje de sus cuentos. Él era un ferviente defensor de la vivencia personal como fuente inagotable de material literario, pero eso lo obligaba a buscar, constantemente, a vivir demasiado, si tal cosa era posible, y tanta vida empezaba a cansarlo. ¿Cuánto pagarías?, volvió a preguntar. Marcela le retrucó: vos deberías pagarme a mí. Luego le contó algo, una historia de su infancia que el escritor no retuvo. Mientras miraba sus labios pequeños pensó que las mujeres irresistibles para él sólo necesitaban tener dos cosas grandes: las nalgas y el ego. No era el caso de Marcela, que no tenía caderas. Parecía una neverita de motel, pero tenía ciertos detalles neuróticos que le atraían, como ese tubito de alcohol en gel que llevaba en la cartera. Antes de tocar la comida, se echaba un poco en la mano y se lo ofrecía a él con un gesto. Después se frotaba una crema hidratante porque el alcohol resecaba la piel. Anotó esta idea mentalmente, y enseguida pensó si fijarse en esas cosas no sería demasiado femenino. El asunto le preocupó sobremanera porque el escritor era, en realidad, una mujer. La escritora nunca había escrito un cuento sobre otro escritor, y eso la hacía sentirse levemente desplazada, fuera de lugar en el mundo de los narradores actuales. Sí había escrito sobre otra *escritora,* pero ella sabía bien que eso no contaba. Un relato sobre otra escritora no dejaría de ser algo que sólo iba a interesarle a su grupo de lectoras de siempre, mientras lo que ella quería era ser una escritora universal. Al pensar en esto, otra vez el vértigo se manifestó como una sudoración repentina. Separó los brazos y las piernas para que el aire del ventilador la secara. La brisa la rozó apenas, tenue como el aliento de un gato. Las aspas se iban frenando y amenazaban con detenerse antes de retomar su ritmo tortuoso. La escritora pensó que debía ser por los cambios de voltaje, frecuentes en esa época del año. Se preguntó si la intolerancia al calor podía ser hereditaria. Tenía el recuerdo vívido de su padre sumergido hasta la nariz en la bañera llena de agua helada. Ella –de cuatro años y medio– era la encargada de ir trayendo las cubetas y hacer caer

los hielos dentro de la bañera. El frío aliviaba a su padre, pero los hielos se derretían más rápido que el tiempo necesario para volver a formarse en el congelador. No bien caer, los hielos hacían el ruido de resquebrajamiento que ella asociaba desde entonces con la imposibilidad de sentirse satisfecha o de satisfacer a alguien. Cuando sus relaciones empezaban a fallar, como ahora con su actual pareja, ella creía oír el resquebrajamiento de un hielo, los primeros signos de que la superficie que alguna vez fue firme se iría volviendo cada vez más fina, cada vez más transparente, hasta ceder bajos sus pies. Tal vez si lograra sentirse frente a sus parejas de otro modo que desnuda, desarmada, a menudo enferma de furia, algo sería distinto, pero no podía –y a veces se preguntaba si acaso lo deseaba–. No había dormido más de tres horas. Anoche, mientras bajaba a comprar el suplemento y a tomar un café en el bar, vio la puerta del apartamento 7 entreabierta. Por la ranura se colaba un cable verde y una especie de latido, un pulso de luz que venía de adentro. Empujó la puerta despacio, pero algo le impidió abrirla del todo. Un peso, demasiado blando para ser un mueble. Miró hacia adentro y vio unas luces de Navidad que bordeaban el zócalo y luego subían por el brazo de un sillón. Lo que trababa la puerta era un cuerpo; pudo ver los pies y parte de los muslos, blancos y peludos, tal vez los muslos exangües de un muerto. El ventilador continuaba su movimiento espectral. La escritora se recogió el pelo para refrescarse la nuca y volvió a pensar en ese cuento que se le escapaba, un cuento sobre otro escritor, un hombre, pensó, un hombre cuya mujer nunca hubiera leído sus libros y, a pesar de todo, él publicitara ese hecho con orgullo. Su esposa lo quería por lo que él era, solía decir, como si en los libros no estuviera también él, o mejor, no estuviera todo él. Sólo tenía que ponerle un nombre al escritor y adjudicarle sus propias emociones. Anoche, cuando estaba a punto de cerrar la puerta del apartamento 7, el hombre se movió. Es decir, no estaba muerto. Despertó con un ronquido o una inspiración ruidosa que fue casi como un ahogo. Ella se asustó y bajó rápido el último tramo de escalera. El resucitado no había alcanzado a verla. Cuando ya estaba lejos, la escritora imaginó que el hombre se asomaba al pasillo y trataba de identificar si el ruido que creyó oír en su desmayo fue un intruso o simplemente el chirrido de su ventilador.

El escritor le cuenta a Marcela que ha vuelto con su exnovia y que eso le ha devuelto algo de orden a su vida. Marcela se alegra, pero dice que *eso* (y mientras lo dice hace una mueca exagerada, con la boquita torcida como un moño deshecho), la pareja

estable, no es para ella. No sirvo para eso, es exactamente lo que dice, y luego habla del resquebrajamiento, de ese sonido que le parece oír cada vez que algo se termina (y todo se termina, dice, no hay superficie que aguante). El escritor piensa en su padre, en los hielos flotando en el agua de la bañera, pero no dice nada; prefiere no mostrarse vulnerable. Comen las arepas en silencio. Las mesas están tan pegadas que el escritor no puede evitar una reflexión sobre la intimidad en una ciudad donde todos compiten por un poco de espacio. Marcela le dice que ha terminado los bosquejos de la escenografía en la que estaba trabajando y lo invita a verlos en su apartamento. Él siente la felicidad de las arepas. Se recuesta en la silla, echa los hombros un poco hacia atrás para estirar el estómago y la camisa se infla. Tiene confianza de que ahora podrá llegar a su casa y escribir la historia sobre el Señor escritor. Le dice eso a Marcela, en parte para que no piense que es por fidelidad o por pereza, por lentitud digestiva, que rechaza el ofrecimiento de ir a su casa. Ella no parece desilusionada, más bien se encoge de hombros como si no le importara en lo más mínimo y sólo hubiese actuado por cortesía. Él siente la necesidad de decir algo sencillo y contundente como «tengo el cuento en la punta de los dedos». Marcela sonríe, tiene esa capacidad que él considera innata en las mujeres de alegrarse sinceramente por el bien ajeno. Se despiden y, al llegar a la esquina, suena el celular del escritor. Es su novia. Él mira la pantalla primero con terror, luego con un alivio que raya en el milagro: ella está, el orden de su mundo. Pero no atiende. Camina cinco cuadras sintiéndose otro, piensa que se está compenetrando con su personaje y que acaso así ha de sentirse la empatía. Al llegar a la esquina, no cruza con luz roja. Se siente un Señor escritor con toda la vida por detrás y la certeza de que bajo ninguna circunstancia será nada más que una promesa. Se toca el vientre y lo imagina más grande de lo que es. Algunas ventanas ya están encendidas y se complace mirando dentro de esas vidas sin envidia, sólo haciendo el inventario de lo que ve: un gato en el respaldo de un sofá, un joven que fuma con el torso fuera de la ventana, un instrumento grande contra la pared (nunca aprendió a diferenciar entre un violoncello y un contrabajo), una señora que mira televisión, mientras sobre su cabeza se agita peligrosamente un ventilador de techo.

La escritora saca el celular del bolsillo y ve las llamadas perdidas de su novio. Siempre que almuerza con Marcelo, o con algún otro, tiene la misma sensación: que no hay nada mucho mejor ni mucho peor que su novio allá afuera. Marcelo, aunque

cinco años más joven que ella, espera con paciencia el momento de llevársela a la cama. Ella lo deja esperar, no por puritanismo, sino porque algo en su ser más profundo desprecia la manera obsecuente con que él la admira. Tal vez su novio y ella logren mantener la superficie del hielo intacta un tiempo más, es necesario para olvidar a Marcelo y sus esfuerzos por mostrarse ocurrente. Durante el almuerzo, él le señaló una planta y le pidió que adivinara si era real o de plástico. La escritora no sabía, pero logró evitar la respuesta diciendo que prefería mantener el misterio. Marca el número de su novio. Al doblar en la avenida, se fija en un cartel grande con una publicidad de zapatillas: «El límite es el cielo». Debe volver a su casa y escribir ese cuento de una vez por todas. Como escritora, siempre ha sentido que el tiempo juega en su contra, mientras sus colegas publican todo lo que escriben con una seguridad interior que ella nunca llegará a conocer. Más de una vez algún crítico le dijo que ella era *lenta,* mientras le babeaba la cara con esa mirada condescendiente que generan sus novelas-cada-cinco-años. Tal vez podría incluir algo de eso en su cuento sobre el escritor. Sería un cuento sobre un escritor prolífico que publica un libro al año, luego dos, luego tres y así sucesivamente, siempre superándose a sí mismo, hasta publicar un libro por día. Su novio atiende el teléfono. Oye su voz al otro lado, entre el ruido de bocinas. Ella le dice que ya puede sentir el cuento en la punta de la lengua, en la punta de los dedos, bah. Él se ríe, tiene esa capacidad que la escritora adjudica a algunos hombres poco ambiciosos de alegrarse sinceramente por el bien ajeno. Pero mientras camina por la avenida, con el calor que ya está bajando y el cartel luminoso encendiéndose y apagándose en mitades (Azul: *El límite es.* Rojo: *el cielo.)*, siente pocas ganas de escribir, pocas ganas de encerrarse esa tarde plácida de verano. De pronto, es como si caminara con otra seguridad, empujando la panza hacia afuera y no hacia adentro como hace siempre. Se siente como un escritor *de verdad,* es decir, alguien que puede permitirse perder el tiempo. Dobla a la izquierda en la esquina y otra vez a la izquierda. Qué delicioso es el aire de verano, puede sentirlo, vital, en sus brazos desnudos. Mañana tendrá tiempo de escribir ese cuento. Además, tampoco está segura de poder adjudicarle a un escritor hombre sus propias emociones. ¿Sonaría demasiado femenino?, piensa, y recuerda el día en que se graduó: su padre le dijo que esos zapatos parecían pantuflas. No le cuenta nada de esto a su novio. A él le dice:

–¿Adiviná qué?

–¿Qué?

–Estoy a una cuadra de tu casa.

–¿Y tu cuento?

Ella piensa en el Señor escritor, un escritor prolífico, versátil, que se mueve con soltura en todos los géneros. El Señor escritor camina hacia al bar por la vereda de enfrente. Azul, rojo. *El límite es. El cielo.* Está sudando, y bajo el peso desmedido de sus pies (que es el peso de su obra), oye el crujido que precede al deshielo.

(Uruguay)

Serenatas

Por Juan Carlos Méndez Guédez

> La verdad no puede marchitarse jamás, porque sólo podemos dar con ella de instante en instante...
>
> KRISHNAMURTI

¿Ya estarás aterrizando? muevo la silla para que la sombra de la palmera me cubra mientras pienso en ti y recuerdo la historia de Elsa amor vení vení Julio Jaramillo nació en Guayaquil el 1 de octubre de 1935 y ahora pedirá otro *whisky* pensó secando la mesa con un trapito y apenas se lo coloquen lo moverá con la punta de sus dedos hasta alejarlo ¿vendrás, amor? necesito contarte la historia de Elsa ¿estarás en camino? hijo de Apolonia Laurido y de Juan Jaramillo su llegada al mundo ocurrió en la clínica Panchana y lo cierto es que pagaba de inmediato cada ronda pues calculé la hora y a las doce estarás aterrizando aunque cabe resaltar que su vida tuvo un trágico inicio pues perdió a su padre a los cinco años cuando aquel hombre sufrió un penoso accidente construyendo una cruz y llevaba tres *whiskies* pero los ponía en medio de la mesa hasta que los hielos se derretían ¿vendrás, amor? porque jamás respondiste con claridad a mi mensaje y te repetí los datos el lugar la hora la mesa hasta la palmera debajo de la cual me guarecería junto a su estudios en la escuela de Guayas pero fue expulsado por su pésimo hermano Pepe inició comportamiento y dudaba si ponerle unas papas fritas unos chicharrones porque el hombre pedía y pedía pero beber no estaba bebiendo ni una gota pues hasta las doce no hay margen de duda soy yo esperando y tú que viajás en el avión gracias a Ignacio Toapanta aprendió sus primeros acordes con lo extraño que era ese momento cuando pasaba el dedo por encima de cada *whisky* y luego lo secaba contra la mesa mientras siento la cascada de la piscina y el olor a cloro y necesito contarte sobre Elsa aunque cabe destacar que la primera guitarra que tuvo Jaramillo la construyó con trozos de caña porque la cara de ese señor le resultaba familiar y traje el guion para mostrártelo pues no me dieron el premio ni la ayuda de la fundación y no sé cómo voy a rodarlo pero me hace feliz compartirlo contigo y pensar que será posible filmar esa historia sobre Elsa sobre Jaramillo y aunque su madre laboraba en el hospital

de Aislamiento ganaba un sueldo muy bajo porque hacía varios meses el señor cantó una canción sobre un tísico que él no pudo quitarse de la cabeza ya que la idea es mostrar cómo alguien puede habitar un lugar del tiempo que no es tiempo dentro de esas canciones que luego conociste cuando tu abuelo te pedía que le llevaras el casete azul Julio Jaramillo vivió en la calle Brasil para luego mudarse entre las calles Mascote y Hurtado pero quizá no recuerdas ese poema de Paz del que te hablé: «Mis pasos en esta calle / resuenan en otra calle / donde / oigo mis pasos / pasar en esta calle» de eso se trata vivimos en la ignorancia de cómo hay una escritura secreta que todo lo conecta y yo cantaba a Jaramillo en aquel callejoncito del Zanjón Barrera para que muchos años después tú me contases la historia de tu abuelo y supieses que sin estar ya estabas cerca de esos lugares quedaba Radio Cristal por lo que Jaramillo contaba con la proximidad de la música como un talismán de belleza pero él estuvo en el bar sirviendo copas muchos días pensando en esa letra de un cantante muerto hacía dos mil años y que aquel hombre entonó mientras bebía jugos de mora intentando la contención que el guion sea y no sea como las canciones de Jaramillo que se asome a ellas con dulzura pero que no participe de ese lenguaje extremo casi humorístico con el que hablaba de abandonos pobreza madres muertas y es que en sus primeros tiempos Jaramillo se dedicó al oficio de zapatero y quizá fueron dos las canciones que cantó porque también había otra de un tipo que caminaba por un cementerio y pisaba un hueso y el hueso le respondía no me pises hijo mío no me pises en un difícil equilibro como la propia voz del cantante rozando siempre el patetismo sin caer dentro de él porque sus palabras eran la ternura con que la gente se amaba en mi infancia con ellas peleaban con ellas se abrazaban con ellas le mordían a la vida un pedazo hasta que al fin tuvo sus primeras actuaciones en Radio Cóndor cuando conoce a Carlos Rubira que le enseña técnicas de canto porque claro era el hombre de la guitarra y las canciones horribles imposible olvidarlo pero no por él sino por el mujerón que lo acompañaba una diosa de melena oscura en el callejón donde siempre quise llevarte para que conocieses la casa donde viví antes de que nacieras y mirases el declive sobre el que se acumulaban las aguas fétidas justo en la mitad del zanjón Barrera donde mi padre y yo gastábamos los viernes cantando Jaramillo cuando llega el año 1956 graba un disco que es verdadera joya de coleccionista ya que sólo se hicieron doce copias

pues no ha nacido el hombre que pueda olvidar a aquella mujer que miraba enamorada al señor triste y los dos leían cada uno su libro antes de lanzarse a la piscina con el miedo que tengo siempre de deslizarme hacia ese tono Jaramillo al contar la historia de Elsa porque el amor tiene palabras que fuera del diccionario que construyen dos personas son estridentes son risibles y pese a este comienzo tan original Jaramillo graba ese mismo año su primer sencillo junto a Fresia Saavedra y también graba *Fatalidad* que se agotó en menos de una semana porque él se los dijo un día qué bueno sería el mundo si dos personas estuviesen siempre así como ustedes leyendo sus libros mirando las palmeras abrazados y es que aunque intentaba disimular las ganas de comerse a la muchacha la verdad es que le pareció del carajo verlos tan felices así que el corto lo imagino en blanco y negro con una voz que se imponga al murmullo de las canciones y es que como te dije hay un tiempo fuera del tiempo en el que yo no te estoy esperando debajo de esta palmera sino que tu abuelo escucha las canciones que yo cantaba y que ahora me rondan me atosigan me cercan me aplastan porque es como si cada milagro acumulase el castigo el hachazo el mordisco de este sol con las palabras que ya no me dices las que no me dejas decirte ya en 1955 Jaramillo había contraído matrimonio con María Rivera el primero de muchos amores que signaron la desordenada vida de este cantante y lo cierto es que él prefirió no volver a hablarles pues la mujer preciosa suspiró se movió la melena y le dijo tristísima tiene usted razón qué bueno sería el mundo si este hombre y yo siempre estuviésemos juntos pero de todos modos siguió gustándole ver cómo los dos se miraban cómo se tocaban y hasta pensaba que daban buena suerte y lo fue palabra que lo fue porque en esos días ganó la lotería con un número que sacó por el número de habitación que pedían siempre pensando ahora que me habría encantado conocer a tu abuelo imposible olvidar la foto que me mostraste y en la que te estaba cocinando un día que lo llevaste a los fogones porque estaba deprimido después de perder a tu abuela en 1957 grabó la canción preferida de los ecuatorianos que emigran de su país Nuestro juramento y decidió ir él en persona a servirle ese cuarto *whisky* y preguntarle si quería la carta del almuerzo si sería mesa para una o dos personas claro que pensaba que tu abuelo apareciese en mi historia y algo he intentado en el guion hay un guiño el señor que cocina y va cantando mientras la cámara se mueve hasta la casa de Elsa donde sucederá la historia principal que

nunca te he contado en 1957 llenó el teatro Guayas durante doscientas funciones seguidas lo había hecho bien el rostro amable el tono cordial pero le pegó el modo en que el hombre le dijo que por el momento con ese *whisky* era suficiente y que no sabía si necesitaba mesa para dos o para uno o para nadie porque igual te lo contó tu abuelo o no te lo contó pero Jaramillo vivió en Venezuela muchos años y aquí tuvo diez hijos en uno de esos excesos que explican la historia que voy a mostrar en mi corto si alguna vez consigo el dinero si alguna vez alguien quiere volver a prestarme atención claro que es imposible soslayar el impacto que fue para Jaramillo regresar en 1958 de una gira triunfal y que lo obligasen a prestar el servicio militar aunque con la consideración de que en las noches podía abandonar el cuartel para cantar porque seguía alejando el *whisky* y movía la silla para que el sol no lo matase cuando justo acababa la semana y mi padre y yo al regresar de la obra abríamos nuestra primera cerveza y sacábamos las guitarras para cantar Jaramillo para sentir que por instantes la vida no nos arrastraba con muchos de los vecinos pidiéndonos piezas bellas hasta que en el 1959 incorpora bandoneón y bajo en sus canciones ¿pero por qué no se los bebía? contemplaba los *whiskies* y no los tocaba y vaya que él había visto cosas extrañas desde que trabajaba en el hotel y había visto mujeres tristes y hombres tristes pero ninguno que pidiese tragos que no bebía y admitirás que es un guiño que nos hicieron los años pues tú no tenías por qué conocer esa música pero yo tampoco porque era un niño pequeño cuando a Jaramillo se lo llevó la cirrosis y su vida caótica sigue su curso y en 1963 es expulsado de México por denuncias de bigamia hasta el quinto *whisky* en que el señor ya era una sombra gigante que iba tomando la piscina porque de las borracheras preferí no hablarte nunca pues me lo dijiste la primera madrugada que nos escapamos a Margarita tengo una historia familiar horrible odio el alcohol odio mucho el alcohol y yo aparté la cerveza que me estaba bebiendo porque yo también lo odiaba y no me había dado cuenta así que para qué hablar de Jaramillo y sus excesos incluso una de sus bodas fue transmitida en El Salvador por la tele lo que significó problemas legales pues no había formalizado su divorcio y le preguntó si retiraba alguno de los otros *whiskies* pero el hombre respondió que los necesitaba todos que no le tocasen ninguno así que ese amanecer desnuda abrazada a mí como escuchando sonar en nosotros un trozo del mundo desgajado del mundo yo prometí nunca más beber aunque jamás te

conté que meses atrás llegaba tan aturdido a la publicidad que cerraba la puerta del baño y me dejaba dormir apoyado en el váter para que se me pasase la ebriedad pero pese a esas innovaciones musicales fue siempre el pasillo ecuatoriano lo que lo mantuvo en la cima del mundo artístico por lo que en el año 1965 graba las películas *Romance en Ecuador* y *Fiebre de juventud* y poco tiempo después se radica en Caracas aunque viaja constantemente porque tiene un éxito arrollador en Colombia Perú Uruguay Puerto Rico Chile y pidió el sexto y el séptimo *whisky* de una vez porque aunque me dijiste son demasiados años esperando que dejes a tu familia ya no aguanto más no lo aguanto pensé que esta vez vendrías y ahora sí nos quedaríamos juntos para siempre pues lo que quería contarte es que cuando yo trabajaba de albañil y embaracé a mi prima y me casé con ella ya me había ganado un par de premios en la universidad por lo que comencé a tener esa especie de vida duplicada en la que yo los viernes era el muchacho del Zanjón Barrera que cantaba Jaramillo y el resto del tiempo era el visitante más asiduo de la cinemateca el que se sabía plano a plano *El acorazado Potemkin* o *Ciudadano Kane* el que iba con su camarita por la calle para grabar un charco de agua tan curioso el hecho de que sólo se destaque a Jaramillo como intérprete cuando fue compositor de más de cuarenta temas y pidió el octavo el noveno y el décimo juntos y él le preguntó si podía ayudarlo y el hombre respondió que si había ocurrido algún derrumbe en la carretera le avisase pero a veces mi padre y yo nos íbamos a dar serenatas por lo que una noche dos policías trataron de robarnos y uno de los policías terminó con el brazo roto después de que papá lo empotrara contra una pared y yo agarrara al otro por el pelo y le restregase la cara contra un alambre de púas donde lo pasé de un lado a otro y también grabó dúos con Daniel Santos y Olimpo Cárdenas mientras permanecía en Venezuela pues su relación con el Ecuador seguía siendo conflictiva desde que en un concierto fue abucheado por un público que había contratado una amante desairada y pidió otro *whisky* porque ya sé que no vendrás ahora sí te cansaste ya no quieres intermitencias escapadas al mar proyectos instantes fulgurantes trozos ya no soportas lo que somos amor así que sólo me da por pensar en una tarde cuando aún no habías nacido y yo paseaba por el mercado de San Juan entonces un amigo me señaló a una mujer muy maquillada que solía dormir en el mercado pues se había quedado sin casa en Caracas solía frecuentar las avenidas Los Cipreses y

Lecuna y llegaban a contratarlo para que grabase canciones así que se iba feliz con alguna de sus tres amantes residenciadas una en el Hotel Bello Monte otra en la plaza Candelaria otra en San Agustín del sur porque le iba a salir por un platal esa borrachera con la que no se estaba emborrachando así que al fin él se decidió y junto con el *whisky* doce y trece le puso un plato con tostones queso mayonesa y le dijo que invitaba la casa y mi amigo contó que ella era una gran admiradora de Jaramillo se sabía de memoria más de mil canciones tuvo una pared empapelada con sus fotos y a su marido nunca le había parecido mal aquello y más de una vez le regaló algunos discos del tiempo en que Jaramillo solía cantar en un local llamado The Garage durante años también fue artista exclusivo de Radio Rumbos y Venevisión canal en el que promocionaba una telenovela titulada *La Panadera* porque qué mala cara tenía ese hombre no había que ser adivino para saber qué estaba esperando a la diosa de la melena negra cualquiera se sentiría igual si la estuviese esperando pero la vida era así por cada risa la vida cobraba luego diez noches tristes y jodidas pensó y volvió a limpiar la barra con un trapito era la cara más arrasada que había visto nunca pero Elsa tenía una dignidad increíble solía sentarse en un banco de madera miraba a las personas tarareaba en voz baja y a veces bebía un café mientras comía una arepa cantando Caracas tú estás en mis sueños desde pequeñito que te quiero ver raro sortilegio en mi fantasía lleno de poesía y el hombre apenas mordió los tostones luego lo vio caminar hacia la piscina hundir la mano en el agua y después con una cámara estuvo haciendo tomas de una hoja que flotaba porque me acerqué a Elsa y le comenté que estaba tarareando una de las canciones menos conocidas del guayaquileño entonces ella me miró con desconfianza hasta que canté la pieza y ella contó que se sabía todas esas canciones pues cantar Jaramillo era estar en el tiempo donde un reloj no llegaba nunca y que lo había conocido cuando pasó por Barquisimeto y quedé fascinado con su rostro con su historia quizá falsa pues es imposible conocer todas las melodías que cantó Jaramillo en su paso por el hermano país grabó en apenas doce horas un disco titulado *Julio Jaramillo le canta a Venezuela* disco en que fue acompañado por Los Copleros del Camino luego se puso a filmar las palmeras y la vista hacia el mar y se detuvo mucho rato en el barrio de los pescadores por lo que él estuvo a punto de recordarle que allí no acercase eso era zona peligrosa zona roja los pescadores contrabandeaban traficaban tenían

pistolas para que nadie se acercase a sus calles y Elsa me miró con ironía se acomodó su cabello sucio insistió en que las conocía todas así que seguimos viéndonos yo le invitaba un café y Elsa cantaba con voz rota alguna pieza que yo desconocía entonces anotaba el nombre para buscarla y ensayarla con papá y Jaramillo vivió fuera del Ecuador muchos años pero su presencia en el país se mantuvo gracias a la difusión que le dio Radio Cristal con su programa *La hora JJ* programa en vivo que mantenía su recuerdo desde un teatro que hoy lleva su nombre después volvió a la mesa miró los *whiskies* quizá le llamaban la atención sus distintos colores porque a medida que pasaban las horas se iban aclarando luego se frotaba la cara desesperado cuando ya llevábamos un tiempo conociéndonos una tarde la mujer me dijo que Jaramillo le había compuesto una canción yo sonreí y pensé que se refería a la canción Elsa una de las composiciones propias del intérprete y ella lo confirmó pero no me lo tomé muy en serio y por eso no le conté que en esa canción jamás se pronunciaba el nombre de la mujer y cabe insistir que mientras en el Ecuador el cantante no se sentía querido durante muchos años en países como Uruguay tuvo tal éxito que recibió honores de presidente de Estado pues los policías que lo condujeron desde el aeropuerto hasta su hotel comenzaron a sonar las bocinas lo que les significó que fuesen arrestados por lo que el cantante tuvo el gesto de ir a visitarlos a la cárcel levantando un poco el brazo como si estuviese cargando piedras y de verdad que en ese momento mientras le preparaba un nuevo *whisky* le habría encantado poder hablarle de un gran atasco en la carretera de una suspensión de vuelos en el aeropuerto sólo que un día un amigo del Mercado San Juan me contó que Elsa sí había conocido a Jaramillo que estuvo en el concierto que dio en un local de la carrera 20 incluso encontré fotos en la hemeroteca donde se puede ver a Elsa en la barra con los ojos hinchados de llorar y las manos enrojecidas de tanto que aplaudió porque había sido muy difícil para ella asistir a ese concierto su marido le puso todo tipo de problemas ya que fue tan grande su popularidad que diversos países se disputaron en su momento a Jaramillo como ciudadano propio en ese sentido para los venezolanos era un venezolano más que paseaba por la avenida Lecuna para los ecuatorianos lógicamente era un artista nacional y cuando dio conciertos en Los Ángeles muchos de los mexicanos asistentes afirmaban que el ruiseñor de América era mexicano y se acercó a limpiarle el poco espacio libre de la mesa

y le preguntó si deseaba que le trajese una guitarra entonces él lo miró cómo si acabase de despertar y con una sonrisa ladeada comentó que era una excelente idea pues así podría esperar a la mujer con música sólo que el marido de Elsa primero advirtió que ese día trabajaba hasta muy tarde que era imposible que se quedase con los dos niños luego comentó que la ciudad se estaba volviendo peligrosa no era conveniente para Elsa estar sola por la calle después se molestó y le dijo que una mujer casada y con un par de niños no tenía que hacer nada en el concierto de un bohemio con terrible fama luego le rogó con lágrimas que no fuese se inventó que estaba sufriendo problemas cardíacos y finalmente después de almorzar el esposo le robó las llaves y pasó la cerradura tres veces en el Million Dollar Theatre de Los Ángeles le lanzaban flores se subían para quitarle la corbata pero como hemos acotado en otros países también lo adoraban y en Montevideo no consiguió taxi para regresar hasta su hotel así que tomó un autobús y cuando la gente descubrió de quién se trataba nadie se quiso bajar en las paradas por lo que llegó un momento que el autobús colapsó así que en la mitad de la ruta los promotores de JJ debieron sacarlo por una ventana así que él le buscó la guitarra y se la colocó en las manos aunque comenzó a darle lástima porque el hombre triste que ya tenía en la mesa quince *whiskies* sin probar tomó la guitarra y cantó muy bajito tan bajito tú eres la paz yo la angustia yo el abismo tú la cumbre eres dulzura hechicera y amargo dolor me diste eres tú la primavera yo el invierno oscuro y triste hasta que se quedó callado porque claro amor si Elsa había soñado con ese concierto tantos meses si desde el principio le había advertido al marido que ella iría de todas todas pues una puerta con llave no la iba a frenar así que sacó a sus dos hijos por la ventana del jardín luego se salió ella y después llevó a los guaritos a casa de la abuela y se marchó al concierto aunque parece que no había servido de mucho pues al hombre no se le mejoró el ánimo sino que rasgó las cuerdas un par de veces y luego comenzó a filmar la guitarra así todos coinciden en que el esposo volvió a casa llamó desesperado a su madre fue a buscar a los hijos los acostó a dormir y se quedó fumando pero Elsa jamás volvió en el año 1973 se radica en México por segunda vez luego se puso con la guitarra a mirar de nuevo hacia el barrio de los pescadores y miró el cielo oscuro por eso él pensó si debía avisar a seguridad pues algunas veces tuvieron personas ebrias causando problemas en el *lobby* o también aquella señora que se colgó en su ha-

bitación y dejó una carta larguísima para otra mujer pero esto era tan distinto ¿cómo podía advertir que temía por un señor que llevaba dieciocho *whiskies* pero que no se había bebido ninguno? int salón de una casa - noche Fernando (40) fuma y el humo le tapa el rostro con una capa tan espesa que sólo se ve el humo y la punta del cigarrillo al principio sólo se escucha la voz de Fernando hasta que el humo se disipa y se contempla su rostro sudoroso FERNANDO tardas demasiado Elsa te dije que no fueras que hay peligro en las calles con lo bien que estamos aquí en casita donde nada se interrumpe donde todo se une se enlaza donde un momento viene tras otro momento y otro momento pero seguro que te perdiste seguro que te golpearon y en un rato tendré que ir al Antonio María Pineda a buscarte en la emergencia a reconocerte porque estarás vivas por Dios que estés viva aunque te hayan golpeado en 1975 reside en Medellín graba tres discos el último de los cuales se llamó *Amantes en enero* y lo vio tomar la camarita y grabar mucho rato los dieciocho *whiskies* intactos que tenía sobre la mesa luego miró otra vez el reloj pues tal vez creía que era capaz de detener las agujas del reloj o incluso retrocederlas porque lo mejor de esperar a alguien era ese principio cuando sin llegar es como si ya estuviese llegando así empieza el guion amor me habría gustado compartirlo contigo pero apenas me respondes ya no eres la muchacha que se acercó en aquel ciclo de cine para invitarme un café para decirme que mis cortos te hacían respirar ese aire limpio que tu vida no tenía ya no eres esa muchacha y así mismo le ha ido al proyecto nadie quiere producirlo ni invertir un dólar como me viene pasando desde hace años y lo digo sin queja porque prefiero contarte que como sospechas Elsa se escapó con Jaramillo esa misma noche cuando terminó el concierto ella se acercó con diez discos para que él se los firmase y cuando el cantante le dijo que se tomasen una cerveza ella sintió que el piso se le derretía debajo de los pies que se le borraban todas las palabras que hasta ese momento habían sido su vida y quizá entonces descubrió que una canción es un trozo de tiempo que el tiempo arranca el tiempo así que dijeron cerveza pero ella vino a darse cuenta de las horas de los días una semana después cuando abrió los ojos en Maracay y allí seguía con Jaramillo que dormía tranquilo y olía a *whisky* y cigarrillos que olía a los besos que ella no había dejado de darle en 1976 regresa al Ecuador y luego de su arribo a esta ciudad centenares de vehículos organizaron una caravana que recorrió las calles de la ciudad culmi-

nando frente a Radio Cristal cuando ya se encendieron las luces porque el cielo empezaba a oscurecer y él pensó que le habría gustado que la mujer apareciese para él llevar por cuenta de la casa un par de jugos de mora y fue allí en Maracay cuando Jaramillo le dijo a Elsa que tenía muchos compromisos y ella le dio un abrazo y regresó y desde ese momento comenzó a dormir entre cajas en el mercado pues aunque pensaba que su esposo y sus hijos la recibirían como si ella hubiese regresado esa misma noche ella ya no pensaba volver por eso Barquisimeto entero supo la historia porque incluso cuando el marido fue a buscarla Elsa pidió que le dejase ver a sus hijos pero no iba a regresar no insistiese no no no en radio Cristal Jaramillo saludó a las quince mil personas que se congregaron para darle la bienvenida y no le sorprendió cuando el hombre triste comenzó a derramar los *whiskies* sobre la grama y aunque había un par de farolas cerca de su mesa era como si el hombre y la guitarra fuesen una sombra y dejé de ver a Elsa de un día para otro cuando me mudé a Caracas empecé la universidad y filmé los primeros cortos premiados en ese festival del Caribe que abrieron puertas que visto lo visto eran puertas hacia ninguna parte pero la verdad ya no pensé más en ella ni en sus canciones yo iba a mis clases trabajaba en la publicidad para mantener a mis dos hijos y a su madre pero pasaba miles de horas en la cinemateca grababa mis cortometrajes y algunos viernes regresaba a Barquisimeto y me ponía a cantar Jaramillo hasta que un mediodía una vecina apareció insultándonos por los escándalos de nuestras canciones y dijo que nos iba a quemar la casa pero la vida desordenada que había llevado hasta ese entonces comenzó a pasarle factura pese a lo cual en 1977 grabó su disco *Se me olvidó tu nombre* cuando terminó de tirar los *whiskies* hizo una seña y él acudió a su llamado pero el hombre le dijo con voz rugosa que se había emborrachado sin emborracharse que se había pegado la gran borrachera de la vida sin emborracharse porque se lo prometió a ella una vez sin prometérselo así que rasgó unos acordes y casi sin voz cantó un trocito de otra de esas canciones prehistóricas que al señor le gustaban y entonces papá se puso de pie y lo seguí hasta casa de la vecina escandalosa le caímos a patadas a la puerta y la mujer salió despeinada le faltaban tres dientes le olía el aliento y papá advirtió que era la última vez que pasaba por casa dando gritos la mujer nos escupió entonces papá le dijo que era una puerca que como tenía cuatro hijos de cuatro maridos distintos a ver si al menos alguno estaba en casa para que

saliera a dar la cara así yo grité que si había un hombre en esa vaina saliera entonces apareció el mayor de los muchachos de la mujer y apenas asomó la cara le clavé un puñetazo en ese mismo año 1977 se casa con Nancy Arroyo con la que tenía relación desde el año 1966 cuando se conocieron en Caracas el hombre le dio un abrazo y una buena propina le dijo que le regresaría la guitarra a la mañana siguiente que esa noche robaría trozos de tiempo a las horas y necesitaba que la guitarra lo acompañase al fondo de la casa un hombre borracho olía a verduras podridas y papá saltó sobre el tipo lo agarró por la camisa lo lanzó al suelo y fue a Nancy Arroyo a quien Jaramillo le compuso una ranchera pues se encontraban separados en ese momento lo vio caminar con lentitud parecía dirigirse al ascensor pero en el último momento se regresó entonces vi a Elsa era ella estaba allí en la cocina de la casa comiendo caraotas con humilde serenidad y con el escándalo alzó el rostro como si mi padre y yo estuviésemos interrumpiendo un momento suyo un momento especial en que se llevaba un plato de comida caliente a la boca así que puede hablarse de que entre ellos sucedió un diálogo musical pues Nancy Arroyo le había compuesto a Jaramillo la canción *Quería conocerte* y estuvo a punto de advertirle que no saliese hacia el barrio de los pescadores y se acercó a la barra pues ya estaba terminando su turno le hice una seña a mi papá le rogué que nos fuésemos ya mismo no podíamos seguir allí en esa casa habían tenido el gesto compasivo de invitar a Elsa a cenar y levanté al muchacho del suelo y desee que Elsa no me hubiese reconocido que no supiese que yo era el muchacho que cantaba con ella y es que quizá desde ese momento intuí que Elsa era la más bella derrota la valiente derrota de quien un día decide dar un portazo cortar y olvidar y ser olvidada y decide que si unas paredes atrapan hasta el quejido de una canción lastimera es camino para huir pero Jaramillo enfermó de cálculos biliares y murió el 9 de febrero de 1978 en la clínica Domínguez por lo que todas las emisoras de la ciudad cancelaron su programación y transmitieron sus canciones durante los días que duró ese funeral al que asistieron doscientas mil personas que dolidas al perder la voz que cantó sus existencias acudieron a despedirlo,

había terminado el turno debía volver a su casa darse una ducha cenar mirar el béisbol pero se sentía pesado y cuando miró al hombre con la guitarra caminar hacia el barrio de los pescadores lo llamó ¿lo recordás, amor? te dije que si yo entra-

ba a ese barrio cantando Jaramillo seguro nada me sucedía y me apretaste la mano y me metiste en la habitación para desnudarme y rogarme que no nos separásemos más y quise contarte la historia de Elsa la mujer que saltó por una ventana y huyó de casa y miró al cielo nubes grises oscuras llovería llovería porque mi corto irá de eso Jaramillo será una excusa pues la que importa es Elsa el modo en que escapó de una casa que la asfixiaba así que hoy he brindado por ti que nunca llegaste a nuestro hotel de siempre y por ella que prefirió volar y contempló cómo se detenía frente a cinco tipos malencarados que lo rodearon y la lluvia comenzó a caer entonces uno de los pescadores empujó al hombre le arrebató la guitarra y otro le quitó la cámara así que dio un par de pasos hacia atrás pero lo sorprendió la firmeza con la que el hombre se cuadró frente a los tipos y le atravesó la cara al más fuerte con un puñetazo pues el señor tan educado tenía mañas de peleador callejero pero de inmediato le llovieron seis golpes y sin embargo se mantuvo firme y el más alto de ellos le lanzó varias patadas y el hombre triste se tambaleó pero insistió en mantenerse de pie aunque el rostro le sangraba y él pensó si llamar a la policía pero supo que era inútil no vendrían no se atreverían porque ahora los pescadores le estaban dando por todos lados pero el señor no soltaba ni un quejido no pedía perdón los insultaba les lanzaba golpes y lo pateaban pero volvía a levantarse para pelear derrotado feroz hasta que le dieron una patada en la barbilla y la lluvia cayó tan fuerte que todo se puso blanco y él tardó en mirar que los pescadores se habían marchado que el señor que esperaba a la muchacha permanecía en el suelo con los brazos abiertos en cruz y se acercó para levantarlo y respiró aliviado está vivo está vivo susurró y comenzó a arrastrarlo y lo escuchó murmurar todos deberíamos buscar la ventana de Elsa lanzarnos tirarnos a la calle lanzarnos con Elsa y él le dijo que no hablase que tomase aire vení y te contaré la historia de Elsa bajo el aguacero la lluvia el palo de agua y esta vez sí nos iremos juntos luego pensó en preguntarle el nombre de la muchacha de la melena para avisarle de urgencia para llamarla pero supo que ninguno la nombraría y dudó si sería que había personas que eran tanto y tanto que daba miedo nombrarlas y se sintió empapado por el agua se sintió triste como si hubiese estado con el hombre bebiendo *whiskies* esperando en la piscina a la mujer de pelo negro y no dijo nada y me arrastró mucho rato bajo la lluvia el palo de agua el aguacero quietos tan quietos

como muertos muy quietos esperando, Julio Jaramillo nació el 1 de octubre de 1935 en Guayaquil,
allí,
bajo la lluvia.

(Venezuela)

CUADERNOS
HISPANOAMERICANOS

Don _____
Con residencia en _____c/ _____
_____nº
Ciudad _____CP _____
DNI _____Pasaporte _____Email_____

Se subscribe a la revista CUADERNOS HISPANOAMERICANOS por el tiempo de _____A partir del número
Cuyo importe de _____

Se compromete a pagar mediante talón bancario o transferencia a nombre de: CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(IVA no incluido)

España	**Europa**	**Resto del mundo**
Anual (12m): 52€	Anual (12m): 109€	Anual (12m): 120€
Ejemplar mes: 5€	Ejemplar mes: 10€	Ejemplar mes: 12€

Pedidos y correspondencia

Administración: CUADERNOS HISPANOAMERICANOS.
AECID, Avda. de los Reyes Católicos, 4. 28040. Madrid, España.
T. 915827945. E-mail: suscripcion.cuadernoshispanoamericanos@aecid.es

SHL
WITHDRAWN

AVISO LEGAL PARA SOLICITANTES DE INFORMACIÓN

De conformidad con lo dispuesto en la Ley Orgánica 15/1999, de 13 de diciembre, de protección de datos de carácter personal, le informamos de que sus datos de carácter personal son incorporados en fcheros titularidad de la AGENCIA ESPAÑOLA DE COOPERACIÓN INTERNACIONAL PARA EL DESARROLLO denominados «Publicaciones», cuyo objetivo es la gestión de las suscripciones o solicitudes de envío de las publicaciones solicitadas y las acciones que eso conlleva.

Para ejercitar los derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición previstos en la ley, puede dirigirse por escrito al área de ASUNTOS JURÍDICOS DE LA AGENCIA ESPAÑOLA DE COOPERACIÓN INTERNACIONAL PARA EL DESARROLLO, calle Almansa 105, 28040 Madrid.

MINISTERIO
DE ASUNTOS EXTERIORES, UNIÓN EUROPEA
Y COOPERACIÓN

aecid

Cooperación
Española

9 771131 643008 00762